

Trabajadores paraguayos en la industria de la construcción del Área Metropolitana de Buenos Aires

Etnicidad y clase en la formación de una fuerza de trabajo subalterna

Autor:

Del Aguila, Alvaro

Tutor:

Wilde, Guillermo

2015

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Posgrado

TESIS DE DOCTORADO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

ANTROPOLOGÍA

**Trabajadores paraguayos en la industria de la
construcción del Área Metropolitana de Buenos Aires.**

Etnicidad y clase en la formación de una fuerza de trabajo subalterna

Doctorando: Álvaro Del Águila

Director: Dr. Guillermo Wilde

Co-director: Dr. José Itzigsohn

Consejera de Estudios: Prof. Mirtha Lischetti

2015

Índice

Agradecimientos.....	4
Prefacio.....	6
Introducción	
I – Presentación.....	8
II – Objetivos de la investigación.....	10
III – Relevancia.....	15
IV – Estado de la cuestión.....	17
V – Consideraciones metodológicas.....	35
VI – Organización de la tesis.....	38
Primera parte – “Adiós al yerbal” 40	
1. “Pynandi” – Dimensiones históricas de la emigración en Paraguay.....	44
2. “Chokokue” – Características de la producción en el entorno rural paraguayo.....	78
3. “Mba’porenda” – Migración y mercado de trabajo en la construcción del AMBA.....	96
Segunda parte – “El homo constructor” 124	
4. “La escalera paraguaya” – Redes y movilidad social de los trabajadores rurales paraguayos en la construcción del AMBA.....	125
5. “El colibrí y el cemento” – Condiciones de vida y trabajo de los migrantes paraguayos en las obras del AMBA.....	157
6. “El que no se la banca, mejor que se dedique a otra cosa”- Masculinidad obrera y representaciones sobre el riesgo laboral.....	186
Tercera parte - “El poder en las obras” 211	
7. “El ‘Quilombo’ en la obra” – Roles, conflictos y demarcaciones étnicas y de clase en la industria de la construcción del AMBA.....	214
8. “Pequeñas barricadas cotidianas” – Control empresarial, resistencias y organización colectiva en (y por fuera de) las obras.....	233
Consideraciones finales 260	
Anexos.....	274
Bibliografía.....	286

*A Alina
y su casita rodante*

Agradecimientos

Esta tesis no hubiera sido posible sin el apoyo y la ayuda de mucha gente. En primer lugar, mi familia: Teté, Alejandro, Fernanda, Jimena, Carito, Eluney, Amancay y la pequeña Alina, quienes siempre me brindaron su apoyo y me aguantaron en las tediosas idas y venidas del trabajo de campo y la escritura. En segundo lugar, quisiera destacar que esta investigación ha sido posible gracias al apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Sin duda, el hecho de que el sistema científico argentino me haya brindado la oportunidad de transitar la investigación como becario ha significado un enorme privilegio para mí. Quiero agradecer particularmente el apoyo de mi Consejera de Estudios, Mirtha Lischetti y de mis Directores, Guillermo Wilde y José Itzigsohn. Los tres han puesto lo mejor de sí para guiarme a través de la complejidad de la escritura y de los distintos procesos de decisión que implican hacer una tesis. En el mismo sentido, esta investigación debe mucho al Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC –SEUBE) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y, especialmente, (otra vez) a Mirtha Lischetti, Juan Pablo Cervera Novo, Carina Giraudó, Ivanna Petz y a todos aquellos que me abrieron un lugar allí. Fue en Barracas donde pude acercarme *de otro modo* a mi problema de investigación, a la vez que dar “mis primeros pasos” como coordinador de un grupo de trabajo de investigación-acción.

Esta investigación contó además con el apoyo del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Dado que esta investigación se radicó allí, quisiera expresar mi reconocimiento por el apoyo brindado por sus autoridades, en particular, de quien fuera su decano durante la mayor parte de este proceso, Alejandro Grimson. Una muy particular mención corresponde a la compañera Bettina Sidy, sin cuya ayuda muchos aspectos de esta tesis todavía estarían irresueltos.

El texto que sigue es la síntesis de muchos años de trabajo a lo largo de los cuales recibí comentarios de parte de una gran cantidad de personas. Entre ellos, quiero destacar las enriquecedoras observaciones que hicieron a mi trabajo Carlos Vilas, Ana Padawer, Alejandro Grimson, Virginia Manzano, Joshua Eubanks, Christine Mathias, Dolores Comas D’Argemir, María Laura Lagos, Mario Margulis, Gerardo Halpern, Hernán Palermo y Roberto Benencia. En el mismo sentido, quiero agradecer al Grupo de Estudios Sociales sobre el Paraguay (GESP-UBA) y muy particularmente a los colegas Magdalena López, Sebastián Bruno, Laura Gottero, Gabriela Mera y Magalí Gaudio, ya que de distintas maneras sus comentarios me ayudaron a re-pensar el problema de mi tesis.

Por último, quiero agradecer a todos los obreros paraguayos, bolivianos, argentinos y ucranianos que fui conociendo a lo largo del trabajo de campo. Verdaderamente, espero que algo de lo que aquí relato pueda devolverles toda la buena onda con la que siempre me recibieron.

A todos ellos, gracias. Junio 2015

Prefacio

*¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?
En los libros figuran sólo nombres de reyes
¿Acaso arrastraron ellos los bloques de piedra?
Y Babilonia, mil veces destruida,
¿Quién la volvió a levantar otras tantas?
¿Quiénes edificaron la dorada Lima, en qué casas vivían?
¿A dónde fueron la noche en que se terminó
la Gran Muralla China, sus albañiles?
(...)
A tantas historias,
Tantas preguntas.*

BERTOLD BRECHT, "Preguntas ante un libro de historia"

Después de deslizar la cadena y empujar el portón de chapa, basta con adentrarse unos pocos pasos para sentir que los fuertes olores del hierro y de la madera mojada inundan nuestras fosas nasales, anunciándonos la entrada a un lugar sensiblemente "distinto". Las músicas provenientes de varias radios encendidas se interceptan, configurando un espacio sonoro confuso y multicolor, en el que el ritmo ternario de la *polka* se incrusta en los compases pegadizos de la cumbia villera, todo atravesado por el caos poli rítmico de martillos golpeando clavos o chapas acanaladas. A este menjunje se suman los chiflidos y gritos que, de un nivel al otro, preguntan por el paradero de alguna herramienta o demandan algún balde más de material para completar el revoque. Los ruidosos motores de los *trompitos*, zumban incesantemente mezclando arena, cal y agua, pero también palabras dichas en guaraní, aymara y castellano.

Para quien ingresa por primera vez a una obra en construcción, todo parece húmedo y oscuro. La luz solar no logra expulsar la penumbra de la infinidad de recovecos que van conformándose bajo el avance de los encofrados de aglomerado y las estructuras de puntales de pino aserrado. A la escasez de luz se agrega la presencia de pequeñas partículas de cemento suspendidas en el aire, contribuyendo a generar en el visitante una sensación de confinamiento, de estar en un lugar en el que el aire tiene otro espesor.

Nada en una obra parece estar quieto, todos los objetos mudan persistentemente de naturaleza y función. Los tachos de pintura, dados vuelta a modo de asientos junto a la parrillita, son uno de los tantos indicios que nos señalan que ninguna disposición es definitiva allí, que nada es estático. Sólo existe un permanente estado provisorio de las cosas, y la ubicación de cualquier elemento resulta transitoria. Esparcidos por el suelo, los envoltorios de galletitas, las cáscaras de mandarina y los montoncitos de húmeda yerba mate insinúan que nos encontramos ante un

espacio habitado que es habitado de forma particular. Quizá como ante un bosque recién talado, o ante un campo recién arado, la obra en construcción se nos presenta como un escenario en el que la transformación de la naturaleza en manos del ser humano resulta palpable, indiscutible, evidente. Los protagonistas centrales de este proceso de cambio – *los obreros de la construcción*- transcurren allí sus días, transformándose a sí mismos al mismo tiempo que a la materia prima.

Como técnico encargado de la supervisión de las condiciones de seguridad en el trabajo, me tocó recorrer muchas obras y conocer a muchos obreros, cada uno distinto, ninguno igual al otro. Cada cual con su historia y con buenos motivos para estar allí. Durante los casi trece años que trabajé en la construcción, tuve el privilegio de compartir distintas situaciones con estos hombres, situaciones no siempre relacionadas con lo laboral aunque sí producto de un contacto previo en el ámbito del trabajo. De entre los muchos trabajadores que recuerdo haber conocido y que, por ciertas particularidades del rubro de la construcción (como es la corta duración de cada obra) no volví a ver, vienen a mi mente varios obreros paraguayos. Claro, empecé a trabajar en la construcción antes de siquiera pensar en que luego estudiaría Antropología. Será por eso que ahora busco recordarlos, tratando de rescatar sus rostros y sus palabras del olvido de la memoria.

La cotidianeidad de estos trabajadores en las obras transcurre de manera invisible a los ojos de todos nosotros: una vez que ingresan a la obra, se cierra el portón de chapa y allí transcurren sus días. Este trabajo pretende, entonces, “abrir” el portón a la vida de estos hombres.

Banfield, Lomas de Zamora, 21 Junio de 2015

Introducción

- I -

Presentación

La investigación que se presenta a continuación se ubica en la confluencia de tres grandes vertientes de indagación: *migración, trabajo y poder*. Surge del acercamiento a obras en construcción de edificios en el Área Metropolitana de Buenos Aires entre 2002 y 2014.¹ Allí, desde un comienzo, al conversar con los obreros, llamó nuestra atención el importante número de trabajadores paraguayos jóvenes y adultos que provenían del sector rural y que se habían dedicado a faenas agrícolas antes de migrar. Esta situación nos condujo a reflexionar sobre las relaciones específicas que podían existir entre *el proceso migratorio del trabajador rural paraguayo hacia el AMBA y su posterior incorporación en la industria de la construcción*. ¿Por qué había tantos migrantes que provenían del campo y tan pocos que venían de Asunción u otra gran ciudad del país? ¿Esto tendría que ver con algún tipo de reclutamiento de trabajadores que se llevaba a cabo en estas localidades? Pero además, ¿por qué se empleaban en el sector de la construcción?

Preguntas empíricas de este tipo fueron, poco a poco, dando lugar a interrogantes teóricos. Comenzamos así a interesarnos por las transformaciones que experimentaban sujetos que, sin antes haber vendido su fuerza de trabajo de manera sistemática, comenzaban ahora a adaptar sus racionalidades al cálculo que les imponía la industria capitalista. De este modo, al irnos adentrando en las experiencias migratorias de los trabajadores, comenzaban a hacerse evidentes otros procesos igualmente decisivos: los relativos a la transformación de subjetividades e identidades sociales que experimentaban los migrantes al incorporarse como obreros en la industria de la construcción del AMBA.

A medida que el trabajo de campo avanzaba, fuimos viendo que para los sujetos la migración a Buenos Aires y el trabajo en las obras se presentaban como parte de *un mismo proyecto de vida*. Así, ante la pregunta por los motivos de la emigración, los trabajadores nos ofrecían cierta cadena de argumentos: *para acceder a un salario regular, debieron migrar a Buenos Aires. Por ser varones, paraguayos y por no tener “oficio” ni “educación”, migrar a Buenos*

¹ En adelante, “AMBA”. Su territorio comprende la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 24 partidos del Gran Buenos Aires (Almirante Brown, Avellaneda, Berazategui, Esteban Echeverría, Ezeiza, Florencia Varela, General San Martín, Hurlingham, Ituzaingó, José C. Paz, La Matanza, Lanús, Lomas de Zamora, Malvinas Argentinas, Merlo, Moreno, Morón, Quilmes, San Fernando, San Isidro, San Miguel, Tigre, 3 de Febrero y Vicente López.

Aires había equivalido a trabajar en las obras. Trabajar en las obras había significado para ellos reunirse con un montón de compatriotas, a la vez que aprender un oficio desconocido, en espacios laborales caracterizados por modos de organización y jerarquías específicas.

A esta concatenación de hechos y expectativas manifestadas reiteradamente por los sujetos en diferentes oportunidades durante el trabajo de campo, parecía subyacer un conjunto de representaciones muy arraigadas que, de algún modo, atravesaba a los trabajadores rurales paraguayos de modo colectivo. Ambas, expectativas y representaciones, con el devenir del proceso histórico, parecían haber dado lugar a una suerte de “sistema migratorio-laboral” de magnitud considerable, que permitía explicar la importante presencia de trabajadores rurales paraguayos en las obras del AMBA. Pero, ¿cómo?, ¿por qué?. *¿Qué relación existía entre el hecho de ser paraguayo, venir del ámbito rural y trabajar en las obras del AMBA?*

Como podrá irse apreciando, el objeto de estudio de esta tesis será un determinado *proceso* y, más específicamente, *un proceso social de incorporación de nueva fuerza de trabajo a la producción industrial capitalista*. Siguiendo a Geertz, los antropólogos no estudiamos aldeas sino “en” aldeas. En este sentido, y parafraseando al autor, no abordaremos aquí “las obras”, a “los paraguayos” o a “los migrantes”, sino a un conjunto de fenómenos que dan por resultado un complejo proceso social que sucede *en* las obras y que *involucra* (en este caso) a migrantes que son paraguayos.

Ahora bien, analizar un proceso implica contemplar el término en su doble acepción, que remite, por un lado, a la idea de algo no completado aún (“en proceso”), pero también a la idea de algo (en este caso, un complejo sujeto social) que se desarrolla a través de sucesivas etapas. En estos dos sentidos entonces, esta investigación considerará *la emigración de trabajadores rurales paraguayos y su posterior inserción laboral como asalariados en la construcción del AMBA como parte y expresión de un mismo proceso, más amplio, de conformación de un grupo etno-laboral específico en el contexto del mercado de trabajo argentino*.

En tanto indagación surgida a partir de una aproximación etnográfica a las experiencias de trabajadores-migrantes, la investigación se sitúa en la intersección de dos campos: por un lado, lo que se conoce por *Estudios migratorios*, y que en las últimas dos décadas ha visto surgir un sinnúmero de investigaciones desde diversos enfoques y disciplinas y, por otro, la *Antropología del trabajo*, como especialidad intra-disciplinaria que, con los años, ha destacado con problemáticas y miradas propias. A partir entonces de estos lineamientos

iniciales, nuestro abordaje pretenderá de igual manera aprovechar los desarrollos teóricos de estas perspectivas como trascender los límites disciplinares entre estos campos.

-II-

Objetivos de la investigación

La investigación se propone la realización de tres objetivos, cada uno de los cuales se corresponde con una parte de la tesis. Recuperando el análisis de Bruno (2008), la inserción laboral *de cuatro de cada diez varones paraguayos que migran hacia la Argentina tiene lugar en la industria de la construcción de la Ciudad de Buenos Aires y su Área Metropolitana*. Esta situación adquiere aún mayor significación si se la contrasta con la participación nativa en el sector. De acuerdo al autor, hacia 2008 *sólo uno de cada diez argentinos nativos trabajaba en una obra* (Bruno, 2008).

Las interpretaciones que hasta el momento se han hecho respecto de esto han sido básicamente de dos tipos. Por un lado, encontramos visiones que han entendido que el fenómeno respondió durante los noventa a un proceso de “inserción selectiva” de los migrantes en un mercado flexible y desventajoso en cuanto a salarios y a condiciones de empleo (Maguid, 2001). En este sentido, los trabajadores paraguayos se habrían ocupado en la construcción a causa de que los nativos, a través de diversos mecanismos, habrían “obstaculizado” su desempeño en otros rubros. Si bien, a nuestro entender, resulta innegable la existencia de “techos invisibles” para la movilidad ascendente de los migrantes, esta perspectiva (surgida de la demografía) descansa en una concepción algo estática de los procesos de segmentación del mercado de trabajo, que resulta en la imposibilidad de visualizar los procesos de toma de decisión de los sujetos respecto de su propia existencia.²

Por otro lado, existen miradas etnográficas que han interpretado de forma opuesta el fenómeno. Así, Vargas (2005) ha relativizado el alcance de la “inserción selectiva” del migrante limítrofe en los escalafones peores pagos, de menor calificación y de mayor vulnerabilidad en la industria. Ha entendido que, en los últimos años, la “inserción selectiva”

² En este sentido, y si bien coincidimos con Maguid en su lectura general del mercado de trabajo que se abrió a los migrantes por los noventa, nuestro trabajo se propone incorporar la mirada de los sujetos en estos mismos procesos. Lo que se pretende con esto es desterrar las miradas *miserabilistas* (Grignon y Passeron, 1991) a través de las cuales se profundiza la estigmatización de algunos grupos, atribuyéndoles cierta “debilidad social intrínseca”.

apuntada por Maguid habría dado lugar a un “proceso de segmentación etno-nacional vertical” (Vargas, 2005: 27), por el cual los límites ya no cubrirían *solamente* los estratos ocupacionales más bajos de una obra sino, cada vez más, todas sus jerarquías. Desde esta perspectiva, el confinamiento de los migrantes a los puestos peores pagos en la construcción sería de alcance relativo, dado que existe evidencia que demuestra que algunos capataces y/o contratistas son migrantes.

Como afirmáramos en otras oportunidades (Del Águila, 2009, 2014b) la mirada de Vargas describe de forma acertada ciertas dimensiones del relacionamiento interétnico en las obras. Sin embargo, por no considerar *la centralidad que la dimensión histórica adquiere en el proceso migratorio paraguayo hacia Buenos Aires* conlleva una comprensión parcial del fenómeno de la inserción de los migrantes en las obras. A partir de la recuperación de distintos relatos de vida, buscaremos mostrar que resulta desacertado afirmar la movilidad ascendente del migrante en la construcción. Por el contrario, en los últimos años lo que parece primar es cierta tendencia a la “paraguayización” de algunos roles en la cadena de mando (capataces) o en el sistema de producción (contratistas). En este sentido, antes que frente a un proceso de movilidad social efectiva del migrante en la industria, estaríamos ante un reacomodamiento de los roles en el proceso capitalista de producción.³

Para dar cuenta de esto, como primer objetivo, en la primera parte de la tesis nos interesará *identificar las dimensiones históricas del proceso en que se han inscripto la migración y la posterior inserción de varones paraguayos en la industria de la construcción del AMBA*. Si bien es recurrente la tendencia a situar temporalmente el proceso en coyunturas surgidas en años recientes (sobre todo, en los “noventa”), intentaremos rastrear el origen de los condicionantes estructurales de dicha emigración e inserción laboral. A lo largo del análisis de este proceso, buscaremos identificar entre el conjunto de los migrantes, al sujeto social que se convertirá en futuro obrero de la construcción en el AMBA.

Ahora bien, el hecho de que no pueda acotarse el fenómeno a tiempos recientes no significa que las últimas décadas no hayan sido particularmente decisivas en la estructuración de nuestro problema de investigación. Recordemos que, entre 1976 y 2003, tanto el Estado como

³ Acuñamos el término “paraguayización” a partir del diálogo intertextual con el trabajo de Benencia (2006) referido a la destacada presencia de migrantes bolivianos en la horticultura bonaerense (*“bolivianización”*). El autor señala que en estos contextos suele darse que un trabajador comience como peón para luego convertirse en mediero, más tarde en arrendatario y finalmente en propietario comercializador de hortalizas. Como veremos, los procesos de movilidad ascendente que el autor describe (la “escalera boliviana”) mantienen importantes diferencias respecto del caso de los paraguayos en la industria de la construcción. El trabajo en las obras no permitirá así hablar de una movilidad ascendente tan clara como en los casos que retrata el autor, resultando un fenómeno mucho menos generalizado.

el mercado argentino “*eticizaron*” de un modo particular a los migrantes limítrofes. En este sentido, y en consonancia con la propuesta más general de Halpern (2009),

El Estado, a través de su legislación, fue emplazando a sujetos en lugares específicos del espacio social, a la vez que definiendo diferentes tipologías de membresía social. En ese sentido, la construcción del inmigrante latinoamericano no se restringe al orden de lo simbólico sino que entra en relación directa con el campo político. Y esta relación no es producto de antojadizas respuestas estatales, sino que, principalmente, estuvo asociada a las necesidades que el capital manifestó en relación con el trabajo (Halpern, 2009: 26).

De acuerdo al autor, por estos años “el Estado argentino fue un gran productor de limitaciones, impedimentos, expulsiones y discursos contra los inmigrantes regionales” (Halpern, 2007: 153).⁴ Así, en el marco de la plena vigencia de la Ley General de Migraciones y Fomento de la Inmigración N° 22. 439 (conocida como “Ley Videla”) los discursos políticos y sociales funcionaron como un “todo estigmatizador”, en el que dicha ley operó como “un dispositivo generador de ilegalidad que colocó a gran parte de la población migrante en situación de especial vulnerabilidad” (Courtis, 2009: 316). Este dispositivo jurídico, agrega Halpern, generó “un *plafond* legal que convirtió a esos inmigrantes en sujetos específicos, luego en sujetos posibles de una necesaria regulación y, luego de esa regulación, en sujetos peligrosos” (Halpern, 2007: 156). Particularmente durante la década de los noventa, el discurso de los medios de comunicación hegemónicos se acopló y retroalimentó esta mirada. Como señala Vázquez,

La misma normativa se fue ocupando de producir al sujeto que, para los medios de comunicación, se fue construyendo en *noticia*. En alguna medida, la desigualdad jurídica y material se constituyó en un insumo de la producción noticiosa. El segregado no se convirtió en noticia por el efecto de lo que lo segregaba, sino porque constituía un actor más (ilegítimo y responsable de diversas crisis) dentro del escenario de lo noticiable. No era consecuencia: era objeto responsable (Vázquez, 2011:213)

Entonces, y dado que nuestra presencia en las obras se inicia en 2002, hemos asistido a la lenta transición que condujo de la estigmatización pura y abierta que sufrieron los migrantes limítrofes en los noventa, hasta una política actual más orientada hacia la integración regional y la libre movilidad de trabajadores. Decimos “lenta transición” dado que, a pesar de los insoslayables cambios positivos llegados con el kirchnerismo⁵, la transformación de los

⁴ Halpern (2009) ha analizado en detalle el proceso de “eticización de los paraguayos en Argentina”. Si bien dicho proceso amplio no es en sí mismo el objeto de esta tesis, la investigación que presentamos puede inscribirse como un sub-proceso del reconstruido por el autor. En este sentido, el modo en que a lo largo de la historia los Estados paraguayos y argentino han particularizado a los (e)migrantes a través de distintos discursos y mecanismos normativos, sin duda constituye la base sobre la que se inscriben los procesos que detallaremos.

⁵ Si bien la sanción de la Ley N° 25.870 en 2003 constituye sin duda un hito fundamental en la transición hacia una cosmovisión más humana en torno a la cuestión migratoria, es preciso destacar que este proceso de cambio

imaginarios sociales sobre el migrante regional se vio limitada por representaciones estigmatizantes de gran raigambre histórica en el *sentido común social*.⁶

Uno de los indicios que permiten pensar al momento actual que atraviesa la sociedad argentina como un período de características transicionales respecto de la “cuestión migratoria” se vincula a que, tanto a nivel de la sociedad civil como de distintos organismos de gobierno, aún no existe pleno consenso respecto del lugar que se otorgará a los migrantes en la “imaginación” de la nación (Del Águila, 2012, 2013; Grimson, 2000, 2004; Halpern, 2009; Lischetti, 2003). En su dinámica particular, esto se evidencia en el exacerbamiento de las discusiones y debates entre distintas cosmovisiones relativas al fenómeno del movimiento de migrantes limítrofes y regionales hacia Argentina (Badaró, 2006; Courtis, 2006; Giustiniani, 2004).⁷

Como corolario de lo anterior, durante el trabajo de campo en las obras, y si bien a simple vista no parecía haber grandes diferencias entre las condiciones de trabajo a las que se sometía a obreros migrantes y a nativos, notamos que estas diferencias se tornaban más nítidas al analizar *los modos en que el empresariado concebía y valoraba el trabajo aportado por migrantes paraguayos*. La propia naturaleza subrepticia de esta *valoración diferencial que el empresariado hace de la fuerza de trabajo migrante* hacía que sólo en parte esta se exprese en el salario. A pesar de ello, como veremos, existe un abanico mucho más amplio de “pequeñas

no se inicia con la normativa, sino que ya se insinúa desde mediados de la década de 1990, con las actuaciones de la Comisión de Población de la Cámara de Diputados, junto con otras instituciones y organizaciones no gubernamentales como el *Centro de Estudios Legales y Sociales* (CELS), el *Servicio Ecuménico de Apoyo y Orientación a Migrantes y Refugiados* (CAREF) y la *Fundación Comisión Católica Argentina de Migraciones* (FCCAM). Entre otras cuestiones, estas instituciones prestaron asistencia a migrantes a la vez que fueron intervinieron en el análisis de los distintos proyectos de ley que se iban sucediendo como candidatos para reemplazar a la Ley “Videla” (Badaró, 2006; Chiarello, 2013).

⁶ En nuestro país, en los últimos años hemos asistido a un importante cambio a nivel normativo en relación a los movimientos migratorios (Chiarello, 2013; Domenech, 2005; Mármora, 1997; Novick, 2008, 2010, 2012). Si bien es aún pronto para saberlo, a nuestro entender existen indicios que permiten hablar de un proceso de reformulación del paradigma estatal respecto del tratamiento de los flujos migratorios regionales (Del Águila, 2013). Afirmamos esto, fundamentalmente a partir de la ya referida la Ley Nacional de Migraciones N° 25.871, pero también a partir del conjunto de acuerdos y tratados internacionales que fueron ratificados por nuestro país a lo largo de la última década. Entre ellos, destacamos la “Convención Internacional para la Protección de todos los Trabajadores Migratorios y sus Familiares” que entró en vigor a partir de Julio de 2003 y que plantea avances significativos respecto de concepciones pasadas (Pérez Vichich, 2004, 2005, 2007). También puede entenderse como parte de este “cambio de paradigma” a los múltiples acuerdos y decisiones emanadas del *Consejo del Mercado Común* (CMC) que avanzaron en cuestiones tales como la exención de visas a ciudadanos miembros de los Estados Parte del MERCOSUR (Novick, 2010; Teixidó y Baer, 2003).

⁷ El debate público aún continúa. Recordemos, por ejemplo, las tristemente célebres declaraciones del Secretario de Seguridad, Sergio Berni, sobre la relación entre migración e índices de delito: <http://www.infobae.com/2014/10/28/1604764-berni-antes-del-debate-del-codigo-estamos-infectados-delincuentes-extranjeros>

segmentaciones y distinciones” que ocurren *en* el espacio laboral (y no sólo en el mercado de trabajo) y que únicamente afloran al considerar en detalle el proceso de producción.

Como hipótesis de trabajo, sostendremos entonces que lo que a nivel social se presentó como un complejo de segregación/estigmatización/exclusión de los migrantes limítrofes hasta el 2003, para los trabajadores rurales paraguayos en las obras se tradujo en un proceso de “etnificación de la fuerza de trabajo” (Wallerstein, 1979), desde la cual el migrante fue “incluido desde su exclusión” (Halpern, 2009). Para evaluar esto en sus justos términos, como segundo objetivo nos interesará *pensar a las obras en construcción del AMBA como espacios sociales en los que tienen lugar complejas estructuraciones y yuxtaposiciones de las relaciones étnicas y de clase, en el marco de este proceso más amplio de creación y recreación de alteridad en términos nacionales.*

El análisis de las yuxtaposiciones y recomposiciones de la etnicidad y la clase en las obras sin duda resulta profundamente complejo. Clase y etnicidad se expresan de modos particulares al interior de cada ocupación, de modo acorde a la posición que cada sujeto ocupa frente al proceso productivo. Así, los modos en que el empresariado “ve” a los migrantes pueden servir de fundamento a la posibilidad material de sobre-explotar su fuerza de trabajo.⁸ Al mismo tiempo, entre obreros, capataces y contratistas pueden coexistir prácticas demarcatorias que, en ciertos casos, exceden las adscripciones étnicas y de clase y, en otros, las potencian como ejes de disputa.

Como último objetivo, nos interesará preguntarnos por los modos en que *los trabajadores paraguayos consiguen organizarse en la obra*. Nos interesará analizar tanto las expresiones de resistencia (Lischetti et al., 2006) a la explotación como los métodos de control empresarial destinados a minimizarlas. En relación a la organización colectiva, esto parece relevante dado que, a pesar del gran número de paraguayos en la industria de la construcción del AMBA, su participación y representación en el sindicato de trabajadores de la construcción (UOCRA) resulta escasa en términos relativos. Recordemos que la UOCRA se sumó al discurso oficial hacia mediados de la década de los noventa, llevando a cabo campañas xenófobas contra el trabajo de los migrantes. El modo por el cual se criminalizó al migrante durante estos años representa un hito histórico en el proceso de “etnicización” al que

⁸ A lo largo de la tesis, defenderemos el uso de la categoría de “explotación” por sobre la de “exclusión”. Si bien ambos procesos se verifican en el caso analizado por nosotros, la categoría de exclusión tiende a borrar su vinculación con el proceso productivo, y en parte oculta la finalidad última de los discursos xenófobos y racializadores que han recaído sobre los migrantes.

aludió Halpern (2009), y se habría reflejado en los discursos de algunos líderes sindicales para quienes “la responsabilidad por la falta de trabajo, los accidentes laborales y los bajos salarios no serían ni responsabilidad del gobierno ni de las empresas ni del sindicato, sino culpa de los “bolitas” y los “paraguas” que les robarían el trabajo a los trabajadores argentinos” (Grimson, 2006: 83). Nos preguntaremos entonces por el significado de la aparente renuencia de los trabajadores paraguayos a participar en organizaciones sindicales y políticas argentinas y su relación con el proceso más amplio de estigmatización.

Para encarar el cumplimiento de estos objetivos, deberemos interrogar la experiencia histórica de estos trabajadores, partiendo de sus vivencias en sus lugares de origen y atravesando las distintas “etapas” o “fases” a través de las cuales se van convirtiendo y son convertidos en trabajadores subalternos en el mercado de trabajo del AMBA. Consideraremos así cinco momentos de este proceso de migración e inserción laboral: a) la expulsión del sector rural, b) la inserción en las obras a partir de las redes sociales y el mercado de mano de obra, c) la movilidad social (parcial y aparente) de los migrantes al interior de la industria de la construcción del AMBA, d) las condiciones por las cuales los empleadores construyen una idea sobre “los paraguayos” como mano de obra más “flexibilizable”, y e) la reconstrucción de la identidad en la obra, donde lo étnico y la clase se superpondrán de forma novedosa, dando lugar a dinámicas sociales específicas de relaciones, conflictos y solidaridades.

-III-

Relevancia

Las cuestiones que abordaremos se tornan relevantes desde distintos puntos de vista. En primer lugar, a partir de un análisis “panorámico” sobre el estado de la cuestión previo a la investigación, se hace evidente a cualquier interesado en el tema de la migración paraguaya que ésta ha sido escasamente abordada en comparación al tratamiento que han recibido los procesos migratorios de otros contingentes étnico-nacionales.⁹ Esta falta de interés en el análisis de la temática contrasta con los datos censales más recientes, que estiman a los paraguayos como el principal contingente migratorio en Argentina, con una población con residencia permanente que supera el medio millón de personas. A partir de esta situación,

⁹ Algunos autores (Santamaría e Itzcovich, 2005) han atribuido esto a la falta de una discriminación de tipo fenotípico o por “portación de cara”, que sí sufrirían migrantes como los bolivianos o los coreanos. Por el contrario, como nos comentara un trabajador, “hasta que no lo escuchas hablar, no te das cuenta de si es o no paraguayo”. Como veremos, el idioma guaraní suele ser señalado por los porteños como el elemento más potente en la demarcación de la diferencia.

hasta cierto punto se torna “necesario” algún tipo de acercamiento antropológico a la cuestión, cuando más no sea para hacer notar la importancia que reviste este proceso, a la hora de pensar políticas públicas tendientes a expresar en forma más acabada la realidad que vivimos.

Desde un lugar más amplio, la centralidad de los procesos migratorios resulta prácticamente insoslayable a nivel global. Si bien la problematización de la migración tendió a centrarse en sus implicaciones culturales e identitarias, algunos autores han llegado a afirmar que, desde lo económico, existen países con matrices productivas que se sostienen básicamente a partir del trabajo de migrantes (Ippólito, 2004), como así también que son los envíos de remesas de trabajadores desde el extranjero los que constituyen los principales ingresos de muchas regiones empobrecidas de Latinoamérica (Fernández Castilla, 2005). Es en este sentido que consideramos que una aproximación antropológica a la presencia paraguaya masculina en las obras del AMBA puede abrir preguntas útiles para un futuro en el cual los procesos migratorios, sus causas, efectos y particularidades puedan ser mejor comprendidos y articulados al conocimiento más amplio de la vida social.

Pero este trabajo persigue también propósitos de otra índole. Como adelantamos, en diversos medios de comunicación, al igual que en ciertas construcciones sociales del “sentido común”, la migración desde países limítrofes es reiteradamente presentada como “problemática”. Esta situación plantea serias desavenencias para los procesos en marcha de producción de integración regional y latinoamericana. Como afirman Malegarie y Santamaría (2004: 27) muchas veces “el discurso político y el de la sociedad civil se retroalimentan, se legitiman mutuamente y se justifican uno al otro” lo que genera, según Cohen (2005: 143), la constitución de “una fuerte simetría entre ambos discursos, denotando un estado de naturalización en las imágenes que se construyen acerca del migrante externo”. Si bien esto no puede afirmarse para el período actual, sí sabemos que fue la norma durante los noventa. Así, por esos años se asumió acríticamente la cadena semántica “migrante externo-ilegalidad-desocupación-inseguridad” y, con esto, “el supuesto de que el migrante era portador de atributos que ameritaban un estado de alerta respecto a su ingreso” (Cohen, 2005: 147). Dado que, como dijéramos, atravesamos como sociedad un período transicional respecto de la imaginación del extranjero limítrofe, un propósito paralelo de esta tesis será el de intentar deconstruir este tipo de mirada estigmatizante, tanto al mostrar el papel central desempeñado por empresarios argentinos en la conformación de un mercado laboral segmentado étnicamente, como al rescatar de las historias regionales de nuestros pueblos las causas fundamentales del inicio y sostenimiento de los flujos migratorios desde el Paraguay hacia la Argentina.

Estado de la cuestión

Dado que a lo largo de la tesis nos serviremos de un número importante de antecedentes, lo que aquí haremos será sintetizar los principales aportes referidos a los tres grandes núcleos conceptuales que atraviesan nuestro trabajo: a) las *teorías y debates sobre la migración internacional y la ciudadanía*, b) los *estudios sobre la segmentación del mercado de trabajo y los nichos laborales* y c) el análisis de *las nuevas relaciones laborales capitalistas*.

Una vez hecho esto, explicitaremos el sentido que daremos a las categorías principales de análisis de la tesis: *etnicidad, clase social y subalternidad*.

a) Teorías y debates sobre la migración internacional y la ciudadanía

Como fácilmente puede apreciar cualquier interesado en la temática migratoria, el panorama de las investigaciones dedicadas a la cuestión en las últimas décadas es sumamente amplio y diverso. Frente a este escenario, nos interesará reseñar las principales líneas teóricas que, de una forma u otra, han servido de base a la mayor parte de los desarrollos conceptuales recientes. En este sentido, lo primero que debe decirse es que, desde hace una década, persiste cierto consenso respecto de *la falta de una teoría unificada y coherente que permita explicar la migración internacional* (Arango, 2003; Portes, 2007; Portes y Delgado Wise, 2006). Con lo que se cuenta, en cambio, es con “un conjunto fragmentado de teorías generalmente desarrolladas en forma aislada unas de otras, y algunas veces, segmentadas por límites disciplinarios” (Massey et. al., 1993: 4).

En primer lugar, encontramos acercamientos que se han interesado por explicar los *motivos del inicio de las migraciones internacionales*. Frente a esta pregunta, han surgido básicamente tres conjuntos de respuestas: la de la “economía neoclásica”, la de la “nueva economía de la migración” y la de las teorías que abrevan en la noción de “sistema mundial” (Wallerstein, 1979). La economía neoclásica adjudica el inicio de las migraciones a un conjunto de variables vinculadas a los diferenciales de salarios entre las economías nacionales, las condiciones de empleo en cada país y los costos de la migración para los distintos grupos. En general, puede decirse que concibe al movimiento migratorio como una decisión individual tomada por un actor racional orientada a maximizar la relación costo/beneficio en su inversión de trabajo y capital. Como exponentes de esta corriente encontramos a todos los

continuadores de la teoría de Lewis (1954), como ser Borjas (1990) o Harris y Todaro (1976). A nivel macro, la teoría neoclásica adjudica básicamente el movimiento de personas a las diferencias geográficas en la oferta y demanda de trabajo. Su argumento es que los países que poseen una elevada dotación de trabajo en relación al capital tienen un bajo salario de mercado, mientras que los países en los que la fuerza de trabajo es escasa en relación al capital disponible, se caracterizan por un nivel salarial alto. A través del movimiento de personas, estas diferencias tenderían a equilibrarse.

En oposición a esta visión, la “nueva economía de la migración” (Stark y Bloom, 1985; Taylor, 1986; Stark, 1991) considera las condiciones de una variedad de mercados, y no sólo de los laborales. Desde este enfoque, la migración responde a “una decisión tomada por un hogar para minimizar los riesgos para el ingreso familiar, o para superar las limitaciones de capital en las actividades productivas familiares” (Massey et. al., 1993: 2). Esta línea de análisis no considera entonces a actores individuales aislados sino a conjuntos (mayores o menores) de personas relacionadas entre sí (en relaciones culturalmente definidas), que actuarían no sólo con la finalidad de maximizar los ingresos esperados, sino también buscando minimizar los riesgos mediante la diversificación en la asignación de recursos entre sus miembros. De esta forma, por ejemplo, algunos miembros de una unidad doméstica podrían “ser enviados” a trabajar al exterior mientras que otros continuarían trabajando en las actividades de la economía local. Esto no necesariamente sería ocasionado por un diferencial favorable de salarios en el exterior sino que podría deberse, por ejemplo, a un exceso de fuerza de trabajo disponible al interior de un hogar. Así, esta corriente plantea que la unidad de análisis apropiada para el estudio de los movimientos migratorios no es ya el individuo, sino el *grupo social* (en general, el “hogar” o la unidad doméstica, aunque también la “comunidad”).

Por último, encontramos enfoques como el del “mercado de trabajo dual” (Piore, 1979) o la teoría de los “sistemas mundiales” (Wallerstein, 1979) que generalmente no enfocan en los procesos de decisión a nivel “micro”, poniendo énfasis, en cambio, en la existencia de motores estructurales de carácter más amplio para las migraciones. La primera corriente ha entendido a la migración como un producto de los requerimientos estructurales de las economías industriales modernas, y en consecuencia, sugirió que no sería causada tanto por los *factores push* o “expulsores” de los países remitentes (bajos salarios o desempleo) como por los *factores pull* o “atractores” de los países receptores (una necesidad crónica e inevitable de trabajadores extranjeros). A diferencia de esta última, la teoría de Wallerstein, desarrollada por distintos autores en el campo migratológico (Portes y Walton, 1981; Pettas, 1981; Sassen,

1988; Itzigsohn, 1996), considera a los movimientos migratorios no como una consecuencia de la bifurcación del mercado laboral al interior específico de las economías nacionales, sino como producto de la globalización económica y de la penetración del mercado a través de las fronteras de los países. Esta línea de indagación observa que, a nivel mundial y con el avance capitalista, la concentración (sobre-representación) de algunos migrantes en categorías laborales de baja calidad se ha incrementado y su pobre presencia en los mejores trabajos se ha intensificado (Herrera Lima, 2005). En este sentido, para esta corriente el movimiento de personas que atraviesan los límites de los Estados sería una consecuencia del desarrollo de un “mercado mundial” que, a partir del siglo XVI, habría comenzado paulatinamente a dar lugar a rupturas y dislocaciones, acompañando el desarrollo histórico del capitalismo. En otras palabras, la migración internacional seguiría “a la organización política y económica de un mercado global en expansión” (Massey et. al., 1993: 18). Si bien no podremos extendernos aquí en un análisis detallado, es preciso decir que en los últimos años esta corriente ha realizado un número importante de aportes teóricos.¹⁰

Una segunda cuestión que ha interesado a las ciencias sociales refiere a las *causas que perpetúan los flujos migratorios en el tiempo*. Entre otras dimensiones analizadas, tanto desde Argentina como desde el exterior, se han producido innumerables investigaciones en torno a las experiencias negativas y los procesos de estigmatización de los migrantes (Caggiano, 2005, 2008; Casaravilla, 1999; Castles y Kosack, 1984; Cohen y Mera, 2005; Goldberg, 2009; Grimson, 1999, 2006; Margulis, Urresti y otros, 1999; Novaro, 2011; Sinisi, 1998, Sayad, 2010; Tiscornia, Eilbaum y Lekerman, 1999; entre otros), el funcionamiento, la articulación y el desarrollo de redes de migrantes (Canelo, 2012; Freeman, 2006; Gurak y Caces, 1992), las instituciones que desarrolla la migración en las sociedades receptoras (Grimson, 1999; Kastoriano, 2006; Halpern, 2005, 2009; Marcogliese, 2003; Pereyra, 2001) y el significado social del trabajo que se ve modificado a partir de las migraciones transnacionales (Archenti, 1997; Archenti y Ringuélet, 1997; Benencia, 2006, 2009; Benencia y Karasik, 1995; Castles y Kosack, 1984; Courtis y Pacceca, 2010; Pizarro, 2009, entre otros).

A grandes rasgos, puede decirse que entre 1960 y mediados de la década de 1990, el debate se dio entre tres modos contrapuestos de comprender la experiencia del migrante en la sociedad de “acogida”: como proceso de *integración* (queriendo significar con esto cierta “incorporación respetuosa” de la diversidad cultural del migrante en la sociedad de destino, que no demanda una transformación cultural, social o política como condición para la

¹⁰ Por ejemplo, a través de los conceptos de *transmigración* (Pries, 2000) y de *transnacionalidad del espacio social* (Macías Gamboa y Herrera Lima, 1997).

inclusión social), como proceso de *asimilación* (exigiendo cierta “dilución” de las pautas culturales del migrante como condición de “ingreso y permanencia” en la sociedad de acogida) o como proceso de *aculturación* (cuando algunos aspectos de la identidad cultural/religiosa/política del migrante resultan abiertamente obstaculizados o calificados como no deseables).¹¹

Como dijimos, en general, estos enfoques dominaron los estudios migratorios hasta mitad de los ‘90, dando lugar a importantes sofisticaciones teóricas, tales como los conceptos de “asimilación fragmentada” (Portes y Zhou, 1993) o el de “pluralismo” (Kastoriano, 1996). Con posterioridad a esto y hacia el cambio de milenio, la *migratología* comenzará a centrarse en el estudio de las redes sociales, luego de documentarse su recurrencia en la mayor parte de los movimientos migratorios reales.

Las redes de migrantes están compuestas por lazos interpersonales que conectan a los migrantes, ex – migrantes y no migrantes de las áreas de origen y destino a través de lazos de afinidad o amistad a una comunidad de origen compartida. Las redes vinculan de forma dinámica a la sociedad receptora y a la comunidad de origen y “sirven como mecanismos para interpretar datos, recibir información y otros ítems, en ambas direcciones” (Gurak y Caces, 1992: 77). Una red no necesariamente se encuentra fuertemente institucionalizada, pudiendo ser muy variable en forma y función. A pesar de esto, en todos los casos demuestran evolucionar con el tiempo y con la maduración de las relaciones interpersonales (Massey et al., 1993; Itzigsohn, 2009), lo que ha llevado a algunos autores a afirmar que, “cuanto más débiles son los lazos que conectan los puntos de una red, tanto más difícil es mantener el ordenamiento social a medida que aumenta la distancia entre los puntos” (Gurak y Caces, 1992: 79).

Por otro lado, y una vez que la migración internacional se torna un proceso sostenido, surgen instituciones particulares y organizaciones de migrantes (Kastoriano, 2006; Halpern, 2005, 2009) que buscan satisfacer la demanda creada por “un desequilibrio entre el gran número de personas que buscan entrar a los países ricos en capital, y el limitado número de visas para inmigrantes que generalmente ofrecen estos países” (Massey et al., 1993: 23). De esta forma, con el tiempo, determinadas organizaciones, individuos o empresas se vuelven conocidas para los migrantes y estables institucionalmente, constituyendo otra forma de capital social del que

¹¹ Si bien hoy en día la mayor parte de estos enfoques han sido superados, en su momento significaron avances de importancia frente a la cosmovisión sustentada en la teoría del “crisol de razas”, por la cual se idealizaba la integración social del migrante en las sociedades de destino, sin visualizar los distintos tipos de conflicto a los que este proceso daba lugar.

éstos pueden disponer para tener acceso a los mercados laborales en el exterior (Hollifield, 2006).

El desarrollo de la teoría de las redes sociales ha dado lugar en la última década a perspectivas que hacen eje en el concepto de *transnacionalismo* (Portes, 2005; Herrera Lima, 2005; Itzigsohn, 2006, 2009; Ribeiro, 1999; Vertovec, 2006; entre otros). El concepto busca explicar los procesos a través de los cuales los migrantes forjan y sostienen múltiples relaciones sociales que vinculan a sus sociedades de origen con las de llegada. El enfoque enfatiza en los campos sociales que cruzan los bordes geográficos, culturales y políticos, y que los migrantes mantienen y desarrollan a través de múltiples relaciones –familiares, económicas, sociales organizacionales, religiosas y políticas. Estos abordajes, entre otras cuestiones, han mostrado cómo la participación de los migrantes en prácticas que los vinculan tanto a sus lugares de origen como a los de destino resulta sumamente extendida (Canales y Zolniski, 2000; Faist y Verdes, 2006; Itzigsohn, 2009). Al mismo tiempo, algunos autores han demostrado que la incorporación de los migrantes a la sociedad de acogida no debilita su participación política en las sociedades de origen (Calderón Chelius, 2003; Itzigsohn, 2009; Osteergard – Nielsen, 2009).

Por último, más recientemente, han surgido enfoques que revitalizan la comprensión de algunos procesos migratorios específicos en términos de “diáspora” (Brubaker, 2005; Bruneau, 2004; Dufoix, 2003; Maffia, 2003; Mera, 2008). Aunque el concepto se ha prestado a interpretaciones muy diversas, las propuestas más recientes han enfatizado en cierto sentido de pertenencia que aglutina a los migrantes, en relación a “una identidad nacional, cultura o religión, que si bien es articulada desde la referencia al Estado-Nación o cultura nacional, pone en juego formas de construir las identidades y de mantener una unidad de la misma en el plano transnacional” (Mera, 2010:3). Si bien se trata de un concepto que no ha sido suficientemente aplicado a la migración paraguaya, sin duda resultará de interés para pensar algunas cuestiones ligadas al procesamiento de las identidades a partir de la migración.

Una dimensión de análisis que recientemente ha comenzado a abordarse de forma paralela a la migratoria es la que refiere a la categoría de “ciudadanía”. A nivel global, mantiene plena vigencia aún la visión liberal esbozada por Marshall hacia 1950, que entiende que el otorgamiento de derechos políticos, sociales y civiles debe siempre ir de la mano de una pertenencia nacional. De este modo, al atravesar las fronteras de un Estado, las personas pierden momentáneamente sus atributos de ciudadano, pasando a convertirse en extranjeros hasta tanto otro Estado decida otorgarles (o no) una nueva ciudadanía.

Pero más allá de que los Estados efectivamente otorguen *ciudadanía formal* a muchos extranjeros, esto no siempre equivale a inclusión efectiva, es decir, a una *pertenencia real a la sociedad receptora*. Así, hoy en día, es perfectamente factible habitar al interior del territorio de un Estado sin ser parte de la nación que (supuestamente) contiene. Estas contradicciones se deben al hecho de que son aún los Estados los que *vinculan a la ciudadanía con la nacionalidad*, en una clara continuidad de funciones heredada del proceso de conformación de los Estados-Nacionales. En este contexto, se dan situaciones por las cuales la condición de *residente o habitante* de un país no necesariamente vincula jurídica o políticamente a las personas al Estado bajo el que viven.

Esta situación ha sido comprendida por algunos autores en términos de “ciudadanía polivalente” (Joppke, 1999) o “ciudadanía postnacional” (Soysal, 2000), queriendo con esto dar cuenta de las múltiples formas de pertenencia, status jurídicos e identidades sociales que pueden coexistir en la actualidad al interior de los Estados-Nacionales. Si bien, en los hechos, esto no parece nada nuevo, la realidad es que pone en cuestión una serie de supuestos de gran trascendencia. Entre otras propuestas, algunos teóricos y movimientos sociales han comenzado así a demandar la *sustitución del principio de nacionalidad por el de residencia*, aspirando con esto a una *territorialización de los derechos civiles, sociales y políticos* de los habitantes “reales” de los países. A pesar de los avances, resulta aún difícil hablar de modificaciones sustantivas en el corto plazo. Por el contrario, en un mundo presentado como “global”, persisten serias contradicciones entre la voluntad manifiesta en el discurso político de avanzar hacia la libre circulación y los objetivos restrictivos de regulación de los Estados que, en muchos casos, tienden a reforzarse.

A escala regional, y en el marco de este proceso esencialmente contradictorio, distintos intentos de integración económica, política y social han tenido lugar, con mayor o menor éxito, a lo largo del tiempo. Entre ellos sin duda se destaca la creación del MERCOSUR en 1991. Con su nacimiento, entre otras cuestiones relacionadas, se han alcanzado distintos consensos vinculados a la movilidad de personas entre los Estados nacionales miembros del bloque, si bien también es cierto que en muchos casos no han pasado de ser medidas uni o bilaterales de escaso alcance en términos reales.¹²

¹² El Mercado Común del Sur (Mercosur) —llamado “Mercado Comum do Sul” (Mercosul) en portugués, y “Ñemby Ñemuha” en guaraní— es un bloque subregional integrado por Argentina, Brasil, Uruguay y Venezuela. Tiene como países asociados a Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. Si bien comenzó siendo un proyecto puramente comercial/económico surgido del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y la crisis de la deuda externa en la región, con el tiempo fue dando lugar a una serie de cuestiones políticas, sociales y culturales de gran importancia. A pesar de esto, y por tratarse en esencia de un bloque basado en la

Como ejemplo de estos aires de cambio, debe destacarse asimismo la importancia del Programa de Regularización Documentaria conocido como “Patria Grande”, implementado en el país entre abril de 2006 y abril de 2009 y que otorgó acceso a la residencia legal a más de cuatrocientos mil migrantes. Si bien el Patria Grande tuvo sus bemoles (Pacceca y Courtis, 2007; Nejamkis y Rivero Sierra, 2010), resultan para nosotros innegables muchos de sus logros, sobre todo si se los compara con los de anteriores amnistías migratorias (Halpern, 2009; Sassone, 1987).¹³

b) La segmentación del mercado de trabajo y los “nichos” laborales

Hace ya más de treinta años, Wolf (1982) señaló que una de las consecuencias más evidentes de las reacomodaciones crónicas del mercado era la producción de variaciones en la demanda cualitativa y cuantitativa de fuerza de trabajo. A su entender, esta situación estaba en el origen de los mercados de trabajo no homogéneos, “segmentados” o “diferenciados”. La explicación de fondo se vinculaba al hecho de que, para sostenerse, el modo de producción capitalista debía necesariamente recrear de forma periódica la relación básica entre capital y fuerza de trabajo. Al hacer esto, re-creaba también la heterogeneidad de la fuerza de trabajo, “ordenando jerárquicamente a los grupos y categorías de trabajadores y produciendo

firma de tratados inter-estatales (y no de la creación de un gobierno supranacional, como el caso de la Unión Europea) ha dado lugar a avances que en muchos casos han sido meramente retóricos. Sin embargo, es también cierto que desde su nacimiento ha logrado abrir una serie de debates de enorme importancia, entre los que se destacan la puesta en cuestión de las ciudadanía basadas en la nacionalidad y la libre circulación de los trabajadores, entre otros asuntos de interés.

¹³ Las amnistías en nuestro país generalmente fueron otorgadas por los gobiernos democráticos luego de los períodos de mayor represión e intentos de freno a la inmigración limítrofe (Fuld, 1997). La primera amnistía fue dictada en 1949 (decreto 15.972/49) por el primer gobierno peronista. Fue prorrogada hasta 1951 por tres decretos adicionales (24.666/49; 12.369/50 y 25.950/50). El gobierno de Frondizi también decretó una amnistía de seis meses (decreto 3.364/58). Illia tomó la tercera medida en este sentido, a través del decreto del 3de enero de 1964, ratificado por la Ley 16.478 y el Reglamento de Migración aprobado por decreto 4.418/65. Como señala Mármora (1984) las tres primeras amnistías buscaron integrar socialmente a los migrantes “indocumentados”, mientras que a partir de la cuarta, el argumento pasó a ser la necesidad de un “control más efectivo” por parte del Estado Argentino. El gobierno peronista de 1974 dictó la cuarta amnistía (Decreto 87/74), ya mencionando los “abusos de los empleadores” y la existencia de “un verdadero mercado negro de mano de obra”, es decir, relacionando la afluencia de extranjeros con problemas vinculados al mercado de trabajo. La quinta amnistía la otorga Alfonsín (decreto 780/84) en la misma sintonía que la anterior. La última amnistía tiene lugar bajo el gobierno de Menem (decreto 1.033/92) cuando la mirada restrictiva comienza poco a poco a dar señales de radicalización. Si bien, técnicamente, el Programa de Radicación Patria Grande (2006-2009) impulsado por el gobierno de Néstor Kirchner no constituyó una amnistía migratoria propiamente dicha sino “una política de Estado que pretende proyectarse a futuro” (Cerrutti, 2009), sirvió en los hechos a que muchos migrantes regionales puedan acceder a la residencia formal en el país. Entre ellos, la mayoría fue de origen paraguay (cerca de 264.438 iniciaron el trámite aunque sólo una parte de ellos lo completaron). Para un análisis más detallado de las amnistías y políticas migratorias, consultar: Ceriani Cernadas (2011), Mármora (1997), Halpern (2009), Pacceca (2001), Sassone (1987) y/o Pacceca y Courtis (2007).

continuamente y re-creando simbólicamente marcadas distinciones culturales entre ellos” (Wolf, 1982: 460). El autor nos mostraba cómo estas dinámicas se originan (a la vez que se apoyan) en categorías de distinción social:

Por una parte, las categorías de raza sirven primordialmente para excluir gente de todos, excepto de los más bajos peldaños del ejército industrial y, por otra, las categorías étnicas expresan las formas en que esas poblaciones particulares se relacionan con ciertos segmentos del mercado de trabajo. Estas categorías provienen de dos fuentes, una externa al grupo en cuestión, la otra interna. Según cada porción entra al proceso industrial, los de fuera pueden categorizarla en términos de supuesto origen y de su supuesta afinidad con un segmento particular del mercado de trabajo [...] Estas “eticidades” no son, pues, relaciones sociales “primordiales”. Son producto histórico de la segmentación del mercado de trabajo bajo el modo capitalista (Wolf, 1982: 461).

Desde este punto de partida teórico, puede operarse una distinción entre aquellos enfoques que han abordado la relación etnicidad-trabajo atendiendo *a los fenómenos identitarios que tienen lugar como producto del trabajo social entre sujetos simbólicos*, y aquellos que han optado por concebir *al ámbito del trabajo como fundamentalmente creado y sostenido a partir de relaciones de interacción étnica*. Sólo algunos pocos autores (Wallman, 1979; Bonacich, 1973) han intentado sintetizar ambos enfoques al proponer que “los sistemas de trabajo pueden ser creados o mantenidos por la etnicidad y, al mismo tiempo, la etnicidad puede ser un producto de la estructura del trabajo” (Wallman, 1979: 6).

Aquellos autores que priorizaron el análisis de la relación etnicidad-trabajo como construcción simbólica y material que tiene lugar alrededor del hecho del trabajo, entienden a lo étnico como un producto o como una implicación necesaria de los agrupamientos humanos, en este caso, relacionada con el hecho de que los sujetos comparten cotidianamente un mismo ámbito de trabajo y determinadas relaciones de producción. Autores que han desarrollado este enfoque han sido Bourgois (1989) y, especialmente, Fenton (1999) quien ha aportado un concepto que será clave para esta tesis como es el de “contextos productores de etnicidad”.

Luego encontramos a autores que han enfatizado en las características que *el trabajo adquiere en tanto ámbito que es sostenido y al cual se accede a partir de la adscripción étnica*. Una particularidad de este énfasis radica en la comprensión de la etnicidad como *recurso previo* que los actores esgrimen como modo de acceder al trabajo. De acuerdo a este enfoque, podría rastrearse históricamente la “eticización de un sector o rubro”, lo que estaría en el origen de las relaciones que suelen establecerse entre ciertas adscripciones étnicas (aunque sobre todo, nacionales) y determinadas profesiones u oficios en las sociedades actuales. Este último caso habría dado lugar a las teorías de los “nichos laborales” (Abad, 2002; Arjona y Checa, 2006; Castles y Miller, 2003, Elías y Wright, 1999, entre otros) que, en algunos contextos, se

identifican con la presencia de determinados grupos nacionales (Ejemplos cercanos serían la asociación de la tintorería a los japoneses, del trabajo doméstico a las mujeres paraguayas, de los supermercados a los chinos, o de la venta de *bijouterie* en la vía pública a los senegaleses) Representantes de esta otra vertiente de análisis han sido Bonacich (1973), Wallman (1979) y Vargas (2005).

Nuestro acercamiento buscará situarse en la confluencia de ambos enfoques para pensar la situación de los trabajadores paraguayos en la industria de la construcción del AMBA a la luz de estos aportes.

c) Las nuevas relaciones laborales capitalistas

Los procesos que analizaremos se inscriben en lo que se ha conocido como *nuevas relaciones laborales* (De la Garza Toledo, 2001, 2012) surgidas de las re-configuraciones del modo de producción capitalista en las últimas décadas y que han significado una profundización de los procesos de fragmentación y precarización de las relaciones sociales de producción (Antunes, 1996). La investigación busca así recuperar aquellos enfoques que han entendido a la globalización capitalista como el principal motor de las transformaciones demográficas y organizacionales de los ámbitos de trabajo en las últimas décadas (Antunes, 1996; Beck, 2003; Braverman, 1974; Castells et al, 1999; De la Garza Toledo, 2001, 2012; Harvey, 1998, 2003; Holloway, 2011; Sassen, 1988, 2003; Silver, 2006).¹⁴

En términos generales encontramos, por un lado, enfoques que han considerado que el avance de las fuerzas globales va seguido de una inevitable pérdida de capacidad por parte de los Estados para regular las condiciones y características que adopta el trabajo. Como lo explica de la Garza Toledo, según esta perspectiva,

Todos estaríamos sujetos a la disciplina del mercado global, habría una desnacionalización de la economía y de las redes transnacionales de producción, mercado y finanzas, un anacronismo con la división entre norte y sur, una hibridación de las culturas; se borraría de hecho el límite entre global y local y las grandes corporaciones no tendrían referente territorial. Con esta globalización se produciría una compresión del mundo, del espacio y el

¹⁴ Si bien la cuestión ha sido abordada por las Ciencias Sociales casi desde sus orígenes, persiste aún cierta falta de consenso respecto a qué significa “globalización”, así como respecto a cuáles serían sus consecuencias principales. La enorme polisemia a la que ha dado lugar el término ha sido analizada por diversos autores y disciplinas (Appadurai, 2001; Beck, 2003; Giddens, 2003; Hilgers, 2011; Nash, 1989; Ribeiro, 2011; Wacquant, 2010, entre otros) coincidiendo en señalar las diversas desigualdades que encubre el aparente “pasaje natural” desde las sociedades modernas industriales a las “globalizadas”, basadas en la interconexión transnacional de redes, mercados, identidades y riesgos (Balibar, 2005; Bauman, 2002; Comas D’argemir, 1995; Friedman, 2001; García Canlini, 1999, 2004; Stavenhagen, 1994). Tanto el aumento de la circulación de cosas, personas e información a escala global, como la reorganización de las relaciones entre los lugares, han aparecido como focos claros del debate (García Canlini, 1999; Ribeiro, 2011).

tiempo, con la aniquilación del espacio y generalización del tiempo, anulando con esto la separación entre mundos de vida, creándose un solo sistema (de la Garza Toledo, 2001: 14).

En el extremo opuesto, encontramos a quienes sostienen que la globalización, en la mayor parte de los casos, fortalece el rol administrativo-regulador que cumplen los Estados sobre el mundo del trabajo. Quienes defienden esta visión reconocen que, si bien la globalización implica un proceso de aumento de competencia en los mercados, “las empresas no compiten aisladamente sino que lo hacen juntamente con el entorno productivo e institucional del que forman parte” (Vázquez Barquero, 2000: 4). En este sentido, “la competitividad de las empresas depende cada vez más del funcionamiento de la red de instituciones que estructuran el entorno en el que las empresas están radicadas” (Vázquez Barquero, 2000: 6).

Estas discusiones se imbrican en las referidas a la transformación de los modelos productivos. A pesar de la persistente creencia que adjudica a la globalización un carácter homogeneizador de los espacios de trabajo, al menos en América Latina, la convergencia hacia un solo modelo de producción y tipo de trabajador se ha demostrado falsa (Burawoy et al, 2000; Castells et al, 1999; de la Garza Toledo, 2001). Por el contrario, lo que se ha reconocido es cierta polarización de los aparatos productivos (Castells et al, 1999; de la Garza Toledo, 2012). De acuerdo a este enfoque, estaríamos al menos frente a dos perfiles: el *conservador*, que sustituye maquinaria y equipo, profundizando el taylorismo, con baja flexibilidad y utilizando un perfil tradicional de fuerza de trabajo, y el *flexibilizante* que, “con eje en las nuevas formas de organización del trabajo (...), emplea una mezcla entre fuerza de trabajo tradicional y una nueva fuerza de trabajo más joven (...) no calificada y de alta rotación externa” (de la Garza Toledo, 2001: 16). De esta forma, si bien lo “global” estaría presente en las políticas generales de las empresas y en las doctrinas sobre recursos humanos, no dejaría de “ser adaptado por las multinacionales y en especial por las empresas nacionales modernas a las condiciones locales” (de la Garza Toledo, 2001: 16).¹⁵

Se observa, en el universo del mundo del trabajo en el capitalismo contemporáneo, un múltiple proceso: por un lado se ha verificado una desproletarización del trabajo industrial, fabril, en los países del capitalismo avanzado. En otras palabras, una disminución de la clase obrera industrial tradicional. Pero, paralelamente, se ha efectuado una importante expansión del trabajo asalariado, a partir de la enorme ampliación del asalariamiento en el sector de servicios; se ha verificado una significativa heterogeneización del trabajo [...] se vive una subproletarización

¹⁵ Debates similares a los referidos sobre la globalización se han sucedido respecto del “neoliberalismo”. Sus defensores (académicos, como Hayek o Friedman, y políticos, como Thatcher o Reagan) han sostenido la necesidad de reducir el Estado a su mínima expresión en beneficio de una regulación autónoma por parte del mercado. Sin embargo, distintos autores (Comaroff y Comaroff, 1992; Comas D’argemir, 1995, Harvey, 2003; Hilgers, 2011; Wacquant, 2010) han mostrado que las consecuencias del neoliberalismo trascienden el mercado, las reformas institucionales o a las prácticas políticas, encubriendo intereses de clase específicos.

intensificada. La más brutal de esas transformaciones es la expansión, sin precedentes en la era moderna, del desempleo estructural" (Antunes, 1996:35).

En este marco, se ha señalado que la globalización trae aparejadas transformaciones no solo materiales y referidas a las condiciones de trabajo, sino también relativas a la subjetividad de los trabajadores. Como parte de estos procesos, el autor señala que la clase trabajadora se ha tornado más heterogénea, fragmentada y compleja y, en cuanto a sus movimientos, éstos han experimentado una significativa merma, que se aprecia en la reducción de las tasas de sindicalización a nivel mundial. Antunes sintetiza tres tendencias principales en las relaciones de trabajo contemporáneas: la individualización de las relaciones de trabajo, la desregulación y la flexibilidad laboral y el agotamiento de las relaciones sindicales tradicionales (Antunes, 1996).

Como aclaración, y si bien no todas las dimensiones de la globalización y la expansión neoliberal podrán ser efectivamente analizadas, es importante destacar que representan procesos consustanciados con los que estudiaremos. En este sentido, las obras del AMBA como espacios laborales se encuentran atravesados por "construcciones sociales que implican determinadas relaciones de poder y dominación, relaciones de fuerzas que pueden hacer variar los significados de los conceptos en juego" (de la Garza Toledo, 2001: 5). Enfocaremos luego con más detalle en las implicaciones de estos procesos para la industria de la construcción del AMBA.

Pasemos ahora a analizar las principales categorías de análisis que servirán a nuestra tesis. Si bien el análisis empírico que realizaremos no pretende cerrarse a estas interpretaciones, resulta preciso destacar los sentidos más trabajados por las Ciencias Sociales en relación a estas categorías, con el objeto de situar nuestro abordaje en el seno de los principales debates.

La relación etnicidad - clase social

La discusión en torno a la categoría de etnicidad sin duda ha dado lugar a profundas discusiones al interior de la Antropología. Es por ello que el acto de delimitar un mojón temporal que permita enfocar en el problema implica en sí mismo un posicionamiento teórico y político. Siguiendo a Menéndez (2002), hacia fines de la década de 1920, emergen en Europa nuevas problemáticas al interior de las Ciencias Sociales, al tiempo que son resignificadas y reorientadas antiguas temáticas disciplinarias, entre las que destaca la etnicidad. De acuerdo al autor, esta revisión habría sido impulsada fundamentalmente por

procesos conflictivos ocurridos en los países centrales, antes que por verdaderos problemas emanados de los grupos sociales no-occidentales. Si bien resulta un punto de partida arbitrario, puede decirse que a partir de aquí la noción de etnicidad comienza a formar parte del interés académico antes que como resultado de evidencias surgidas de los llamados “grupos étnicos”.¹⁶

A pesar de la importancia política que iría adquiriendo la noción de etnicidad con el correr de los años, de acuerdo con Hidalgo (1992), entre 1916 y 1969, ningún libro de texto importante incluye como entrada de su glosario los términos “étnico” o “grupo étnico”. Es por ello que la autora propone reconocer a la obra del noruego Fredrik Barth (1976 [1969]) como pionera en el abordaje del tema, ya que será recién a partir de la publicación de *Los grupos étnicos y sus fronteras*, que se impondrá una nueva perspectiva en las Ciencias Sociales, dando lugar a “un verdadero cambio disciplinar hacia nuevos problemas, nuevos énfasis y nuevos focos de atención” (Hidalgo, 1992:7).

La introducción al libro es el escrito de Barth que mejor representa sus ideas respecto de la conformación étnica. Continuando con una línea de análisis inaugurada por los primeros planteos de Max Weber, Barth afirmó que los grupos étnicos no son distinguibles unos de otros a partir de un conjunto determinado de rasgos/aspectos culturales “característicos” sino que, por el contrario, éstos rasgos suelen ser alterados, desplazados o reconfigurados a partir de la interacción con otros grupos. En este sentido, el autor planteó un enfoque que tomaba distancia de sus contemporáneos, quienes concebían a la etnicidad como existiendo de forma “independiente” a las dinámicas de los grupos sociales. Este posicionamiento condujo a Barth a afirmar que la historia de “la cultura de un grupo étnico posee un devenir propio, y que los aspectos particulares que pueden caracterizarlo en un momento dado no se desarrollan de

¹⁶ A fines del siglo XIX, Frobenius, considerado el principal etnólogo alemán hasta la década de 1930, desarrollará el concepto de *paideuma*, antecesor teórico del concepto de etnicidad. A través de éste, relacionaba lo que actualmente definimos como “étnico” con cierta “concepción del mundo”, entendida como una “entidad viva y autónoma que atraviesa estadios cíclicos de desarrollo que implican potencialidades creativas diferenciales, ya que la capacidad creadora de una cultura se constituye básicamente en la primera etapa del desarrollo de una sociedad, cuando los pueblos producen sus mitos y tienen sus mayores fuerzas y posibilidades de conmoción creativa” (Menéndez, 2002: 55). El ritual y el mito aparecían así como lo distintivo de lo étnico, y cumplían la función articular al sujeto con su comunidad, con su *volk*, con su pueblo. Como puede verse, esta primera noción de etnicidad aún no se encuentra diferenciada totalmente de la noción de cultura y hasta parece usarse como sinónimo de aquella. Asociada a la idea de un pasado mítico común, fundamentó la imaginación de una comunidad de iguales, en muchos casos organizada en torno a la idea de “raza” como base legitimadora de la “unidad” del grupo. Como muestra del origen europeo del interés por lo étnico, Menéndez cita las investigaciones de Schmidt sobre la existencia de un “alto dios” en distintas culturas. Schmidt no parece haber aspirado tanto a explicar la religión de los pueblos en cuestión sino a buscar, en la propia cultura germana, antecedentes monoteístas del cristianismo alemán, que permitieran excluir al judaísmo como la “fuente única de una religiosidad que era considerada parte fundamental de la identidad étnica alemana” (Menéndez, 2002: 54).

forma acumulativa sino cualitativa, pudiendo bajo determinadas circunstancias permanecer como procesos de cambio totalmente ocultos” (Bari, 2002: 5).

A partir de esto, Barth desprendió lógicamente que un conjunto determinado de rasgos culturales no permite la distinción entre un grupo y otro, ya que la variación cultural, en sí misma, impide el trazado unívoco de “límites étnicos” (Barth; 1976: 19). De esta forma, logró poner en cuestión la visión “esencialista” del análisis cultural, por la cual se tendía a atribuir a ciertos grupos formas de comportamiento y prácticas sociales “diacríticas”, que habrían sido el producto de una “herencia cultural inamovible” (Bari, 2002: 7).¹⁷

Retomando los planteos originales de Barth (1976 [1969]), los “grupos étnicos” pueden ser pensados como “categorías de adscripción e identificación que son utilizadas por los actores mismos y tienen, por lo tanto, la característica de organizar la interacción entre los individuos” (Barth, 1976: 10). Es así que un grupo étnico “se conforma en torno a una identidad diferenciada y contrastiva, como un sistema que define las relaciones sociales entre los miembros del grupo y los que no lo son” (Bonfil Batalla, 1979:36).

Ahora bien, como señala Terrén (2002), comprender la dinámica de la etnicidad y elaborar un modelo teórico de su funcionamiento que sea empíricamente contrastable se ha vuelto desde entonces uno de los retos inexorables de la antropología de las relaciones interétnicas. Tras el primer giro experimentado en este campo con el abandono del paradigma biológico de la raza, comenzó a imponerse un segundo giro que obligó a forjar visiones más complejas de los fenómenos ligados a la reproducción cultural de los grupos minoritarios. Comienza así a imponerse la necesidad de analizar los fenómenos ligados a la pertenencia étnica desde una visión que asuma una concepción más compleja y multidimensional del funcionamiento de la etnicidad.

¹⁷ A pesar de esto, los puntos de vista esencialistas persistieron. En 1986, Smith introduce una distinción entre “etnia” y “comunidad étnica”. El autor sostiene un argumento basado en *atributos* que usualmente confluyen en tipologías como la siguiente: “el núcleo de la etnicidad, tal cual fue transmitido por el registro histórico y en la medida en que forma la experiencia individual, reside en el cuarteto de mitos, memorias, valores y símbolos” (Smith, 1986: 15, citado en Regalsky, 2003: 34). De esta forma, “etnia” es para Smith “una cierta configuración fija de una población con un nombre colectivo, un mito común de descendencia, una historia compartida, una cultura inconfundible compartida, una asociación con un territorio específico y un sentido de solidaridad” (Regalsky, 2003: 34). Smith entiende por “comunidad étnica” al resultado de un proceso y una relación, “una respuesta defensiva de resistencia y renovación étnica contra amenazas externas y divisiones internas”. Al intentar dar cuenta del “origen étnico del Estado”, Smith parece olvidar que la etnicidad puede asimismo ser consecuencia de la emergencia o imposición de un Estado que reestructura las formas de apropiación y dominación al interior de la sociedad, cuestiones éstas que serán demostradas años después por Wolf (1997) y Scott (1998) y que serán de crucial importancia para nuestra investigación.

De este modo, en Latinoamérica las ideas de Barth serían revisadas a la luz de los grandes movimientos sociales del siglo XX, dando lugar a importantes avances conceptuales. Entre los muchos aportes, destacaremos aquí las reflexiones de Díaz Polanco (1988). En primer lugar, el autor plantea que, una vez conformados los sistemas sociales clasistas, “la etnicidad debe ser considerada como una *dimensión de las clases*, o como un nivel de las mismas” (Díaz Polanco, 1988: 62). Desde este punto de vista, el enfoque de Díaz Polanco representa un importante avance en relación al planteo original de Barth, en el sentido de que para éste último, las fronteras étnicas se modificaban a través de relaciones de *interacción simétrica* entre distintos grupos étnicos. Además, el aporte de Díaz Polanco resulta iluminador en otros sentidos. Desde lo epistemológico, al proponer un abordaje que contemple la relación entre etnicidad y clase social:

Se debe partir de otra estructura [la estructura de clases] para entender la naturaleza y reproducción del complejo étnico, postulando que el fenómeno cultural y social que este último implica está determinado por aquella estructura clasista; no en el sentido de que la primera produce al segundo, sino en el sentido de que en el movimiento de una podemos encontrar la clave de la constitución y reproducción del otro (Díaz Polanco: 1988: 64).

Este enfoque ayuda a comprender que todo grupo social desarrolla una dimensión étnica, y que si algunos grupos sociales no son considerados “étnicos”, esto simplemente se debe a que (se) ha(n) priorizado en su definición “formas distintas de identidad al enfatizar dimensiones de otro orden” (Díaz Polanco, 1988: 63). En este sentido, el acto de denominar “étnicos” a ciertos grupos y no a otros encubre decisiones claramente ajenas a las características objetivas del agrupamiento. Un grupo étnico se caracterizaría entonces por ser un complejo que ha desarrollado una solidaridad social o identidad social más o menos acentuada, a partir de ciertos componentes particulares, sin por ello excluir otros. Entonces, si bien estos procesos son producto de configuraciones internas, no es menos cierto que existen fuerzas sociales que hacen proclive la “eticización”¹⁸ de ciertos grupos y no la de otros.

Lo que nos interesará señalar entonces aquí es el carácter de *la diferencia étnica como desigualdad*, su íntima relación con la clase, y su generación en momentos históricos

¹⁸ Esto no quiere decir que la dinámica histórica de los grupos étnicos sea la misma que la de las clases sociales. Por el contrario, ningún modo de identificación funciona de forma “excluyente”, y lo que suele suceder es que uno u otro se actualicen de acuerdo al contexto específico (Archenti y Ringuelet, 1997). Como sugiere Gorosito Kramer, no debe pensarse que estas distintas modalidades de expresión de identidad constituyen “rupturas internas al sujeto o formalizan discontinuidades abruptas que puedan disolverlo en tantos sujetos como situaciones distintas exijan la demostración identitaria. Este sujeto es “el haz de manifestaciones cambiantes de su identidad culturalmente provista, así como la cultura es el haz de significaciones posibles, creadas y a crear, en cuanto manifestaciones de un pueblo en un tiempo y un espacio determinados” (Gorosito Kramer, 1997, s/d).

específicos (Bartolomé, 1987; Comaroff y Comaroff, 1992; Juliano, 1986, 1987, 1989; Pacheco de Oliveira, 1999; Tamagno, 1988, 2014; Trincheró, 2000; Trincheró et al., 2014). La etnicidad, así entendida, tiene siempre su *origen en fuerzas históricas específicas, fuerzas que son al mismo tiempo estructurales y culturales*. De este modo, la etnicidad es siempre producto de condiciones históricas particulares.¹⁹

Esta misma vía de indagación será años después desarrollada por Trincheró (2000), aunque en otras coordenadas espacio-temporales, para el análisis de lo que denominó *identidades políticamente estigmatizadas*. Siguiendo al autor, consideramos que es desde la historicidad de las relaciones de los grupos minoritarios en la estructura de la sociedad global de donde surge la clave distintiva de lo étnico, a partir de los procesos de *formación social de fronteras*. En clara convergencia con la propuesta de Díaz Polanco sobre la relación entre etnia y clase social, Trincheró señala que el estudio de las etnicidades interesa en tanto resultado de relaciones interétnicas al interior de un proceso de constitución de las relaciones de clase y de la forma Estado-nación que expresa dichas relaciones. Esta perspectiva permite conocer “la mediación del poder en la ubicación de cada “grupo” en la estructura social y las identificaciones políticas e ideológicas que reproducen dicha estructura social” (Bari, 2002: 8). La etnicidad entonces se generaría en las respuestas de los sujetos sociales concretos como un emergente de las relaciones entre la dinámica contradictoria y heterogénea de los procesos de valorización al interior del modo de producción capitalista (Trincheró, 2000).

De lo anterior puede seguirse que, si las clases sociales se explican por las relaciones sociales de producción, en una sociedad de clases en la cual existe una estructura dominante que “contiene” a las diferentes unidades étnicas minoritarias, *las relaciones de clase condicionan directa o indirectamente a las relaciones interétnicas, en torno a un eje dinámico de explotación y de dominación económica y social*.

En este sentido, una de las dimensiones complementarias del proceso de transformación y expansión capitalista será la que da lugar a continuas fragmentaciones y sucesivas recomposiciones étnicas (Regalsky, 2003). Así, el proceso político de establecimiento de nuevas formas de dominación irá acompañado siempre de la aparición en escena de “*nuevos grupos étnicos*”. Como adelantara Fenton (1999) se trata entonces de identificar procesos históricos y contextos productores de formas variables de etnicidad o, dicho de otro modo,

¹⁹ En palabras de Wallerstein, “la conciencia étnica está eternamente latente en todas partes. Pero únicamente se percibe cuando los grupos se sienten amenazados con la pérdida de privilegios adquiridos previamente o, al contrario, cuando piensan que es un momento políticamente oportuno para conseguir privilegios negados por mucho tiempo” (Wallerstein, 1979: 184).

“prácticas variadas de etnicización y racialización de colectivos que aparejan formas *sui generis* de desigualdad” (Fenton, 1999: 14). Intentaremos entonces pensar a las obras en construcción del AMBA como escenarios laborales en los que se expresan procesos de dominación más amplios y que dan lugar a la creación y recreación del complejo étnico.

La noción de subalternidad

El concepto de *subalterno*, “sin dejar de ser un formidable instrumento analítico, se ha convertido en un *passepertout* del lenguaje intelectual y académico y en un elegante recurso verbal del discurso político progresista o radical ilustrado” (Modonesi, 2012:2). Es por ello que para recuperar su densidad teórica rastreamos sus orígenes y antecedentes en la obra de Gramsci. Una vez hecho esto, analizaremos su posterior aplicación por la *Escuela de Estudios Subalternos*, corriente que utilizó con mayor sistematicidad la noción.

Si bien Marx ya había hecho referencia a la noción de subalterno como sinónimo de trabajador explotado, será Gramsci en *Cuadernos de la Cárcel* quien le otorgue verdadera entidad. En su afán por encontrar el correlato conceptual de la alienación en el terreno superestructural, el autor pensará a la subalternidad como el “equivalente socio-político en el plano de la dominación de lo que ésta indica en el plano socio-económico” (Modonesi, 2012: 4). En otras palabras, Gramsci apelará a la noción de subalternidad para dar cuenta de *la condición subjetiva de la subordinación en el contexto de la dominación capitalista*.

Detengámonos un momento en esto. Para Gramsci, el sujeto siempre se piensa a sí mismo como vive. Es por ello que, en tanto surgido en condiciones de dominación, el *pensamiento subalterno* se caracterizará por su pluralidad, su disgregación, el carácter episódico de su actuar y por una débil tendencia hacia la unificación ‘a nivel provisional’” (Modonesi, 2012:6). De acuerdo a Modonesi, lo anterior se vincula a que la subjetividad construida en torno a la situación de dominación se estructurará siempre como una *experiencia subalterna*, caracterizada por la *asimilación de la subordinación*, es decir, por la internalización de los valores propuestos por los que dominan o conducen moral e intelectualmente el proceso histórico (Modonesi, 2012:9). Así, y dado que el subalterno es un sujeto dominado, el

pensamiento sobre y desde él aparecerá siempre primariamente como una negación, como un límite de sí mismo (Rodríguez, 1998).²⁰

Ahora bien, a pesar de que Gramsci señaló que los sujetos reales son subalternos aun cuando se rebelan, también reconocerá cierta *tendencia a la autonomía*, como elemento constitutivo de lo subalterno. De este modo, en términos gramscianos, la noción de subalternidad

Permite centrar la atención en los aspectos subjetivos de la subordinación en un contexto de hegemonía: la experiencia subalterna, es decir, la incorporación y aceptación relativa de la relación de mando-obediencia y, al mismo tiempo, su contraparte de resistencia y de negociación permanente (Modonesi, 2012:14)

En síntesis, Gramsci consideró como cualidad de lo subalterno la posibilidad de asimilar la subordinación al mismo tiempo que desarrollar cierta resistencia en el proceso. Analicemos ahora un uso divergente del concepto, que puede también entenderse como su utilización más sistemática: el *Grupo de los Subaltern Studies*, fundado por historiadores hindúes entre las décadas de 1980 y 1990.²¹ Para pensar la población india, era necesario realizar un ajuste teórico y para ello el grupo recurrió a la noción de subalternidad, término genérico que abarcaba de modo amplio las diferentes dimensiones de la dominación: clase, género, casta, oficio, etnia, nacionalidad, edad, cultura y orientación sexual (Rodríguez, 1998).

El grupo de Estudios Subalternos asumiría como agenda de investigación “relevar y revelar el punto de vista de los subalternos, las voces negadas por los estatismos que dominaron tanto la cultura colonial como la que promovieron el nacionalismo hindú y el marxismo, en sus posicionamientos políticos y en las historiografías que cobijaron” (Modonesi, 2012:18). Esta crítica de las miradas *desde arriba* impulsaría una re-lectura de la historia de las rebeliones campesinas en la India, al tiempo que una formulación en perspectiva historiográfica relativamente novedosa. Ya desde su manifiesto fundador, Guha reconoció directa y explícitamente el vínculo con la obra de Gramsci, proponiendo la reconsideración de hechos y procesos que hasta el momento no habían sino considerados como expresiones políticas de los subalternos. Comienza así un énfasis investigativo en las movilizaciones campesinas, y en

²⁰ Lukacs intentará darle a esta negatividad o límite un estatuto gnoseológico privilegiado. Para él, la *condición subalterna* “se traduciría en la posibilidad de diferenciar entre conciencias ‘falsas’ o ‘verdaderas’, las mismas que vendrían a determinar criterios de verdad tanto en la esfera pública como en la producción cultural” (Rodríguez, 1998:1)

²¹ Como señala Rodríguez (1998), este grupo tuvo su origen en una discrepancia epistemológica con el partido comunista en torno a la determinación ontológica del sujeto histórico. El término en discordia era el de *proletariado*, “término inconmensurable con el tipo de constitución socio-cultural de la India, que se ajustaba más a nociones maoístas de campesinado” (Rodríguez, 1998:8).

aquellos actos que dejan entrever la existencia de una *conciencia no racional pero reflexiva* resultante de la experiencia de dominación y de la deliberación colectiva.

El pensamiento subalterno será ahora definido como "el límite absoluto o el lugar donde la historia se narrativiza como lógica" (Guha y Spivak: 1988:16). De este modo, el Grupo propondrá la "lectura en reversa" de la producción estatal de documentos, historiografía y narrativas históricas, con el objeto de resaltar el lugar y la "pequeña voz" del subalterno en los procesos sociales. El estudio de la subalternidad empezará así a ser desplazado "hacia una teoría de la recepción, de la lectura, de la interpretación, que subraya los modos de construcción en la sintaxis, los hitos, las cesuras y los silencios" (Rodríguez, 1998:9). Las formas de caminar, de saludar, de relacionarse con los demás, de utilizar y cuidar el cuerpo, pasarán a primer plano, en tanto revés de la trama de la dominación, enfatizando ahora en su dimensión de dominación cultural.

En la actualidad, la avanzada del *Grupo de Estudios Subalternos* ha sido continuada por diversos grupos, entre los que se destacan el *Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos* y el *Grupo Sudasiático de Estudios Subalternos*. Como señala Rodríguez (1998:11),

Así concebidos, el lugar del subalterno o de la subalternidad conduce hoy al estudio de la historia en términos de formación de legalidades. La subalternidad se discute ahora a través de los significados de los conceptos de ciudadanías, hegemonías, subordinaciones, sociedad civil, espacio público y gobernabilidades.

En términos generales, puede decirse que la categoría de subalternidad cumplirá una *función epistemológica* en el marco de nuestra tesis y será una guía fundamental hacia la consecución de nuestros objetivos. Por un lado, y en sintonía con el sentido gramsciano del término, la noción de subalternidad nos ayudará a enfocar en el proceso contradictorio de constitución de subjetividades en el marco de la experiencia de subordinación de los sujetos en las obras. Por otro lado, más cercano ahora a la propuesta de los *Estudios Subalternos*, nos predispondrá a una relectura y reinterpretación de las historias regionales y el sentido común a través de las cuales los migrantes paraguayos fueron constituidos como sujetos estigmatizados en el marco de la sociedad argentina. En términos de Spivak, nos ayudará a discutir ciertas narrativas que, con el correr del tiempo, se han convertido en lógica.

Consideraciones metodológicas

“Si después de esto sale un libro, vamo’ y vamo’”

PEQUE, obrero de la construcción

Como en toda investigación etnográfica, la experiencia previa del investigador deviene en una importante fuente de conocimientos, entre otras cuestiones, sobre los límites de sus propias conclusiones. Hay tres cuestiones que nos interesará clarificar en este sentido: primero, las condiciones que permitieron nuestro acceso al campo, segundo, el modo en que nuestro rol y nuestra subjetividad estructuraron las experiencias que observamos y los resultados que produjimos y, tercero, el marco metodológico más general desde/en el cual la investigación se inscribió y escribió.

Al principio como Técnico y luego como Licenciado en Salud y Seguridad en el Trabajo, me he desempeñado laboralmente en obras en construcción a lo largo de más de una década. Como mencioné en el prefacio, mi experiencia en la construcción precedió a mi experiencia en la antropología. Este dato no resulta menor y ha repercutido de distintas formas en la investigación. En primer lugar, y dado que *yo trabajaba en las obras al mismo tiempo que hacía trabajo de campo*, puede decirse que el rol del investigador no se correspondió con el modo “canónico” de acceso al campo. De alguna manera, comencé siendo *participante* sólo para luego convertirme en *observador-participante*. Verdaderamente considero que, de no haber trabajado en las obras, la investigación me habría sido difícil de realizar, al menos en los términos en los que aquí la presento. Si bien comencé a visitar obras estrictamente con propósitos etnográficos hacia 2011, muchas de las conversaciones y datos de campo que presentaré tuvieron lugar entre 2002 y 2011, cuando el trabajo en las obras era sencillamente, mi trabajo.

Ahora bien, considero que esta *condición* repercutió tanto positivamente (dando lugar a una observación-participante “privilegiada”) como negativamente, incidiendo de distintos modos en las disposiciones de los sujetos a participar de la investigación como entrevistados. Siguiendo a Rosaldo (1989), la aproximación e identificación entre sujeto de estudio y analista ubicado y reubicado, depende siempre, aunque de manera parcial, de la intersección de cultura y poder y, en ella, el investigador siempre porta identidades sociales múltiples, derivadas de la pertenencia a comunidades distintas de nacimiento, etnia, socialización,

participación política, residencia. Es por ello que, tal vez más que en otros cursos investigativos, la introducción de la *reflexividad* (Guber, 1999) constituyó una piedra angular y una dimensión central de mi investigación. Existían cuestiones sobre las que parecía difícil preguntar a los sujetos, sobre todo sabiendo que ellos conocían que yo era un empleado de la empresa. En este marco, buscamos desarrollar una actitud de “vigilancia epistemológica” (Bourdieu y Wacquant, 1995) permanente, que atendiera a los condicionantes a partir de los cuales los entrevistados y yo mismo *producíamos* la investigación. Puntualmente en relación a las entrevistas, esto demandó un esfuerzo particular por captar e interpretar las valoraciones que los sujetos hacían de la propia situación comunicativa, sobre todo al considerar que la asimetría entre ellos y nosotros, en la mayor parte de los casos, se encontraba legitimada y objetivada de antemano en los distintos roles que uno y otro cumplíamos frente al proceso productivo.

Por lo anterior, quisiéramos dejar en claro que el tipo de discurso elaborado por los trabajadores durante las entrevistas fue interpretado por nosotros como “extra-ordinario”, en el sentido de que nunca podría haber sido producido más allá de las inevitables condiciones contextuales de la situación comunicativa particular. A pesar de ello, no por ser “extra-ordinarios” estos discursos dejaron de constituir herramientas invaluable para acceder al punto de vista de los sujetos, que luego debió ser cotejado a través de la ampliación de la observación-participante.

Con respecto a los sujetos que entrevisté, el criterio de selección utilizado es difícil de explicitar, principalmente, por fundarse en cuestiones inherentes al propio trabajo de campo. Existen diversos motivos por los cuales un “interlocutor potencial” se convierte efectivamente en un “interlocutor real”. Sin embargo, es preciso decir que la *relación etnográfica*²² que dio lugar a las entrevistas que aquí se presentan fue sostenida con personas con perfiles muy diversos respecto de: su adscripción política, su experiencia en la sociedad de destino, sus

²² La etnografía consiste en “elaborar una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos, de modo que esa descripción no es ni el mundo de los nativos, ni cómo es el mundo para ellos, sino una conclusión interpretativa que elabora el investigador [...] (producto) de la articulación entre la elaboración teórica del investigador y su contacto con los nativos” (Guber, 1999:15). En tiempos recientes, la etnografía ha comenzado a emerger como parte del repertorio de abordajes que pueden contribuir a la comprensión de la industria de la construcción (Pink et al, 2012). En el mismo sentido, ha comenzado a reconocerse el valor de las perspectivas basadas en la práctica (Green et al, 2010). Desde el punto de vista de sus técnicas, el proceso etnográfico puede ser entendido como una “familia de métodos” basados en el contacto directo y sostenido con los sujetos (Willis y Trondman, 2000). En tanto proceso iterativo e inductivo, busca oír lo que se dice, ver lo que sucede e ir haciendo preguntas a la vez que produciendo material escrito sobre el cual volver luego y reflexionar. En términos epistemológicos, puede decirse sintéticamente que la etnografía se plantea reconocer el valor de la teoría al mismo tiempo que dar cuenta de la irreductibilidad de la experiencia humana.

ocupaciones previas, su edad, la cantidad de años de residencia en Buenos Aires, su rol en el proceso productivo, entre otros.²³

Durante los años de dedicación a esta temática, hemos realizado cuatro viajes a Paraguay. Si bien no podemos considerar estos viajes estrictamente hablando como “trabajo de campo”, sí podemos decir que en su conjunto representaron un intento por comprender otras dimensiones del proceso que analizamos. Durante estas incursiones visitamos distintas localidades rurales del país, así como algunos “bañados” (villas de emergencia de Asunción). Esto se fundamenta en la certeza de que nuestro objeto de estudio –el proceso de incorporación de fuerza de trabajo rural a la industria capitalista- no puede ser pensado exclusivamente desde la sociedad a la que llegan los migrantes.

Con respecto a la construcción de la “muestra”, entre 2006 y 2015, desarrollamos tareas de prevención de accidentes/observación–participante en unas 97 obras distribuidas en distintos puntos geográficos del AMBA. En la tesis se incluyen datos de campo y fragmentos de entrevistas realizadas en esas obras y/o sus inmediaciones (Ver locación de las obras en Anexo I).

Con respecto a la revisión y el análisis de la literatura existente sobre los procesos sociales en Paraguay, fue necesario desarrollar algún tipo de criterio de selección sobre esas fuentes. Si bien en cada capítulo justificaremos nuestra elección por uno u otro aporte, vale la pena destacar que en términos generales, la selección del material bibliográfico demandó varios años y en gran medida es el resultado de nuestra participación en círculos académicos de debate sobre la realidad social del Paraguay (fundamentalmente, como miembros del Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay – GESP/UBA).

Una reflexión que tal vez esté de más aclarar se vincula al hecho de que, por su propia naturaleza, los “resultados” generados a partir de esta investigación no serán necesariamente

²³ A lo largo de la tesis, se presentan distintas entrevistas a trabajadores paraguayos de la construcción. También se incluyen fragmentos de entrevistas realizadas a líderes de organizaciones sociales paraguayas del AMBA, ya que en muchos casos aportan visiones complementarias sobre la situación de sus connacionales en las obras. Estas últimas entrevistas fueron realizadas por nosotros en el marco de un proyecto encargado por la Organización Internacional para las Migraciones (IOM-OIM) en 2011. Ni en el caso de los trabajadores ni en el de los líderes de organizaciones, las entrevistas se transcribirán de forma completa, sino que serán seleccionados sólo aquellos fragmentos que mejor respondan al interés general de la investigación. En aquellos casos en los que las conversaciones con los trabajadores no fueron grabadas, se presentan reconstruidas en base a notas. De esta forma, se alternarán pasajes escritos en primera persona (si la cita es textual) y en tercera persona (si se trata de una reconstrucción hecha por nosotros).

generalizables a otros contextos espacio-temporales. A pesar de ello, esta etnografía “local” pretende aportar un pequeño grano de arena a la comprensión de las transformaciones más amplias de la sociedad y los grupos ocupacionales bajo el capitalismo.

El último aspecto a destacar se vincula a la importante cantidad de fotografías que serán incluidas a lo largo de la tesis. Esta decisión se fundamenta en la certeza de que las imágenes cumplen una importante función etnográfica. Por un lado, sirven para acercar al lector a los procesos empíricos que aquí sólo podremos describir con palabras y, por otro, son en sí mismas vías de construcción de conocimiento. A pesar de ello, sin duda la “realidad” aparecerá distorsionada en las fotografías. Del mismo modo en que las entrevistas dieron lugar a discursos “extra-ordinarios”, el acto de ingresar a una obra con la cámara, en todos los casos, implicó la alteración de las situaciones “ordinarias” de trabajo. En este sentido, coincidimos en que “el texto audiovisual puede convertirse en un documento no sólo sobre la realidad que refleja, sino sobre la que refracta” (Grau Rebollo, 2012). Es por ello que, de una u otra forma, las imágenes que incluimos devienen documentos que hablan de cómo percibimos cierta situación social o cómo conceptualizamos la alteridad en determinadas circunstancias. En definitiva, reflejan una parte del proceso de producción de conocimiento y, en sentido amplio, “contienen” ideología. Es por esto que sin duda hablarán más de nosotros como investigadores que de los sujetos que atraviesan los procesos investigados.

-VI-

Organización de la tesis

La organización general de la tesis responde a un criterio basado en la reconstrucción analítica del proceso migratorio y del proceso de proletarización de los trabajadores rurales en la construcción del AMBA, entendidos como dos dimensiones de *un mismo proceso real*. En este sentido, pretende conjugar la narración cronológica de las trayectorias migratorias al análisis de los distintos momentos que los sujetos atraviesan en el proceso de conversión en obreros.

La tesis consta de tres partes. En la primera, analizamos las condiciones de vida y trabajo en los lugares de origen, así como las representaciones sobre la migración y la industria de la construcción que existen antes de emigrar. En la segunda parte abordamos las experiencias del trabajo en la industria de la construcción del AMBA, reconstruyendo las trayectorias

laborales de los sujetos y describiendo las características de las relaciones que construyen en el espacio de trabajo. Por último, en la tercera parte analizamos los modos en que se expresa el poder en las obras. Abordamos aquí los distintos tipos de conflictos y expresiones de resistencia que pudimos documentar durante el trabajo de campo. La tesis se cierra con las consideraciones finales, en las que revisaremos el recorrido realizado y sopesaremos las líneas trabajadas.

Una aclaración importante: el modo de nombrar a los sujetos irá cambiando a lo largo de la tesis, de modo tal de dar cuenta del proceso de transformación que éstos experimentan. Así, en un primer momento nos referiremos a ellos como “migrantes”, “trabajadores rurales” o “pequeños productores”, de acuerdo a la dimensión que en cada caso se busque enfatizar. Con el discurrir de los capítulos, estos sujetos comenzarán a ser presentados como “trabajadores de la construcción” hasta alcanzar, finalmente, la condición de “obreros”, luego de haber atravesado las distintas “fases” del proceso de *subalternización*. Lo que se busca con esto es propiciar en el lector una mayor cercanía con el proceso que iremos describiendo.

Primera Parte

“Adiós al yerbal”

*“El yerbal era inmenso. Nadie conocía sus límites.
Cualquier rincón podía ser el centro”*

AUGUSTO ROA BASTOS, “Hijo de Hombre”

*“El problema reside ahora en desbaratar el concepto de ‘la’ historia
mediante la experiencia antropológica”*

MARSHALL SAHLINS, “Islas de Historia”

Introducción

Dedicaremos esta primera parte de la tesis al difícil intento de dar cuenta de las causas profundas que hicieron de la emigración de paraguayos y paraguayas hacia el exterior un proceso de características sostenidas hasta el día de hoy. Y hacemos hincapié en la dificultad de la tarea porque, a lo largo de los años, muchos autores antes que nosotros han intentado arribar a modelos explicativos que permitan captar las causas esenciales de dicha emigración. A pesar de esto, y como fuera observado hace casi cincuenta años (Rivarola, 1967), la consideración simplista del problema ha conducido a apreciaciones erróneas o superficiales de la cuestión. De acuerdo a Rivarola, el obstáculo más importante ha tenido que ver con el hecho de que, en general, los análisis han aislado el fenómeno propiamente demográfico de su correlato sociocultural, dando por resultado distorsiones significativas a la naturaleza del problema. En muchos casos, esto parece haberse originado en “cierta obsesión por evitar un modelo explicativo complejo, así como en cierta inclinación por lograr su reducción hasta categorías racionales unívocas e invariables” (Rivarola, 1967: 40). Por estos motivos, y frente a la certeza de que no existe un modelo capaz de dar cuenta de la totalidad y diversidad de las experiencias migratorias, no pretenderemos aquí limitar las explicaciones del éxodo rural paraguayo a un conjunto limitado de variables. Por el contrario, lo que buscaremos será analizar en profundidad un conjunto de *factores estructurales*, cuyas transformaciones e interacción han condicionado de forma decisiva la vida de las clases populares paraguayas impeliendo a muchos a emigrar.

En esta primera parte entonces, nos situaremos geográficamente en Paraguay. Sin ánimo de “exotizar” los procesos que describiremos, y con el mero objeto de propiciar una mayor

cercanía del lector con éstos, optamos por nombrar en guaraní a cada capítulo. Abordaremos así tres dimensiones que atraviesan la experiencia de los sujetos antes de emigrar: a) el proceso histórico general a través del cual la emigración se va constituyendo en una alternativa para las clases populares paraguayas (capítulo 1: *Pynandí*), b) las características que adopta la vida, la producción y el trabajo en los entornos rurales de los que proviene una parte importante de los trabajadores de las obras del AMBA (capítulo 2: *Chokokue*) y c) los proyectos migratorios que elaboran los sujetos una vez que parecen haberse agotado otras posibilidades (Capítulo 3: *Mba'porenda*).

Capítulo Primero

“Pynandi”²⁴

Dimensiones históricas de la emigración en Paraguay

¿Por qué gran parte de la población rural paraguaya emigra, o ha emigrado en el pasado? ¿Quiénes son los que emigran? ¿Cuándo y bajo qué condiciones comienza a constituirse el migrante como sujeto social en Paraguay? La naturaleza misma de estas preguntas nos demandará la revisión de ciertos procesos históricos atravesados por las clases populares en Paraguay. Tal vez, con mayor notoriedad que en otros casos, rastrear históricamente en Paraguay los factores estructurales que hicieron de la emigración rural un problema de importancia conduce de forma directa al análisis de la relación entre la conformación del poder político y el acceso a la tierra. Es por ello que, si bien podrá observárenos que la profundidad histórica que pretendemos dar a nuestro tema de investigación puede resultar excesiva, el recorte histórico que planteamos no resulta caprichoso. Por el contrario, el intento de identificar en la historia regional los *condicionantes estructurales de la emigración de trabajadores rurales paraguayos hacia las obras del AMBA* se sustenta en una mirada que entiende a este tipo de procesos sociales como producidos paulatinamente, a través de una lenta conformación que atraviesa distintas coyunturas históricas y políticas. Como señalara Sahlins (1988),

La historia es ordenada por la cultura, de diferentes maneras en diferentes sociedades, de acuerdo con esquemas significativos de cosas. Lo contrario también es cierto: los esquemas culturales son ordenados por la historia, puesto que en mayor o menor grado los significados se revalorizan a medida que van realizándose en la práctica (Sahlins, 1988:9).²⁵

La importancia de lo anterior es crucial y, de hecho, parte de las críticas que más adelante esbozaremos a los abordajes previos sobre la migración paraguaya hacia Argentina descansa, justamente, en el hecho de que muchas veces han soslayado la importancia de algunos

²⁴ El término guaraní “Pynandi” significa literalmente “pies descalzos”. En Paraguay, se lo utiliza para referirse en términos generales a las clases empobrecidas y, fundamentalmente, al campesino desposeído. En el contexto de la revolución de 1947, se lo utilizó para denominar al ejército de campesinos convocado por el General Morínigo para defender el poder del ataque de los Febreristas (alianza en contra del Partido Colorado formada fundamentalmente por el Partido Liberal y el Partido Comunista). Aquí lo tomamos en su sentido más general, como modo de nombrar a las masas empobrecidas del Paraguay.

²⁵ Nos interesará recuperar así la noción de “estructura de la coyuntura” (Sahlins, 1997), para referir a “la realización práctica de las categorías culturales en un contexto histórico específico” (Sahlins, 1997:14).

procesos pasados sobre la “decisión migratoria”. En este sentido, y en consonancia con las observaciones de Carrón (2008), a diferencia tal vez de otros procesos nacionales, el caso paraguayo no permite siquiera comenzar a considerar la emigración hacia el exterior sin referir antes al régimen de tenencia de la tierra, en tanto *sistema estructurante de la vida social*.

Ahora bien, emprender el estudio del acceso y tenencia de tierra en Paraguay implica revisar la larga e ignominiosa historia que va desde la virtual falta de propiedad privada sobre el recurso hacia comienzos del siglo XIX hasta la instauración definitiva del latifundio y el monocultivo extensivo de la soja en fechas recientes. La pregunta ahora es *¿cuándo efectivamente comienzan a emigrar paraguayos desde el sector rural a Buenos Aires para insertarse en la construcción del AMBA?* Al igual que con la mayor parte de las preguntas sobre el origen de determinados procesos sociales, este interrogante resulta engañoso. Sin duda podría rastrearse la presencia de trabajadores paraguayos en Buenos Aires hasta el mismo comienzo de las historias nacionales. Pero entonces, ¿es posible encontrar algún tipo de documento que dé cuenta de la presencia significativa de trabajadores paraguayos en las obras? Hasta donde entendemos, la respuesta a esta pregunta es un rotundo “no”. Y esto porque no existen fuentes oficiales (migratorias, censales, sindicales, parroquiales, etc.) que hayan documentado fidedignamente la inserción laboral de quienes migraron a Buenos Aires. Lo que sabemos, en cambio, es que alrededor de 1947 tiene lugar un éxodo masivo de paraguayos hacia Argentina a causa de la guerra civil. También sabemos que los procesos de “hipervisibilización de los migrantes limítrofes en Buenos Aires” (Grimson, 2006) comienzan a darse hacia la década de 1990. Sin embargo, estos datos poco nos dicen respecto de la inserción de los migrantes paraguayos en las obras. Además de los datos provistos por la Encuesta Permanente de Hogares (EPH, INDEC), con lo único con lo que contamos es con fuentes de tipo oral, surgidas de los relatos que nos brindaron los trabajadores paraguayos con mayor antigüedad en la construcción del AMBA. Esta constatación nos obligará a retrotraernos más allá en el proceso histórico, con la certeza de que la conformación de un sistema migratorio-laboral que vincula al sector rural paraguayo y a la industria de la construcción de Buenos Aires sólo podrá ser cabalmente comprendida a la luz de un análisis profundo de la historia regional.

Dicho esto, el intento de sintetizar más de doscientos años de historia paraguaya en unas pocas páginas está, cuando menos, condenado al fracaso de ser una enorme simplificación de poco poder explicativo. Y al decir “simplificación” apelamos a un mero eufemismo, dado que somos conscientes de que al interior de la historiografía paraguaya persisten aún serios

debates respecto de gran parte de los temas que trataremos. Sin embargo, consideramos que el riesgo de no reconocer la profundidad histórica del asunto excede sobremedida al riesgo de hacerlo de forma imperfecta. Es por ello que, siguiendo las propuestas de la “historia desde abajo” sugeridas por Lefebvre, Hobsbawm y E. P. Thompson, intentaremos sortear el criterio presidencialista que suele primar en los textos académicos para poner esta vez el foco en las *clases populares y sus experiencias en relación al trabajo, el acceso a la tierra y la migración*. Esto tampoco resultará simple, dado que Paraguay estuvo involucrado en los conflictos bélicos de mayor envergadura del Cono Sur durante el siglo XIX (Guerra de la Triple Alianza) y el siglo XX (Guerra del Chaco). Así, siguiendo a Pierre Vilar (1979), el desafío pasará por captar “bajo lo político, lo social; bajo el interés general, el interés de clase; bajo las formas de Estado, las estructuras de la sociedad civil” (Vilar, 1979: 53).

El análisis que sigue se sustenta en la revisión crítica de bibliográfica así como en el relevamiento de algunas fuentes secundarias, sobre todo de carácter censal (Censos Nacionales argentinos y paraguayos; Censos Agrícolas, Encuestas Permanentes de Hogar argentinas y paraguayas, entre otros).²⁶

El campesinado como base del proyecto nacional (1811 – 1870)

En Mayo de 1811, la provincia del Paraguay se independiza de España. De acuerdo a Chiavenato (2008) “Paraguay es quizá la primera nación en el hemisferio occidental que evidenció una conciencia colectiva nacional”, concluyendo que “fue el nacionalismo el que hizo de esta provincia la primera república verdaderamente independiente del continente, le dio crecimiento, unidad y fuerza” (Chiavenato, 2008:173). Algo similar es destacado por Pomer (2008), al afirmar que en Paraguay se produce la única revolución auténtica ocurrida en un país que fuera parte del imperio español: “esa revolución significó la eliminación del régimen colonial y la neutralización del grupo social dominante, estimado en unas cien familias que controlaban Paraguay y generalmente tenían negocios con la burguesía mercantil de Buenos Aires” (Pomer, 2008:2).

²⁶ Somos conscientes de que el recurso a este tipo de fuentes plantea serias limitaciones. En este sentido, coincidimos con Chesneaux (1984) cuando afirma que la gran mayoría de los documentos que se utilizan para la investigación “son de origen estatal o paraestatal, y esto es particularmente cierto en lo que refiere a los documentos cuantificados. Así, el autor afirma que “el territorio del investigador está profundamente marcado, jalonado, por el dispositivo de represión, nuestra memoria es la memoria del poder que funciona como una monstruosa registradora: archivos del aparato del Estado (fisco, moneda, etc.); archivos de Iglesia (contabilidad, eclesiástico, hospitales, registros parroquiales); archivos de los poderes privados (grandes fincas señoriales, grandes compañías comerciales) [...] De lo real no reconocemos sino aquello que podemos inferir de las series de indicios que el aparato de poder ha registrado y nos ha transmitido” (Chesneaux, 1984:33).

Esta “conciencia colectiva nacional” (Chiavenato, 2008) se expresará en las medidas de gobierno adoptadas por el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, partícipe activo de la gesta revolucionaria y autoproclamado Dictador Supremo de la República del Paraguay pocos años después de la independencia.²⁷ El Dr. Francia gobernó Paraguay entre 1814 y 1840, período que ha sido caracterizado como de “Estado autocrático popular” (Galeano, 2010). Como una de las primeras medidas de gobierno, cerró las fronteras de la naciente república al comercio exterior (Cardozo, 1996). De esta forma, Paraguay se convirtió en una de las primeras naciones americanas que logró el autoabastecimiento, rompiendo así los lazos de dependencia en materia comercial con España y con los gobiernos vecinos, encabezados por Buenos Aires (De Laino, 1993).

Al igual que en otras regiones americanas, durante el período colonial, los españoles y sus descendientes componían la clase dominante y eran propietarios de las mejores tierras. La estructura agraria estaba sostenida sobre una población mayoritaria de pequeños campesinos, unida por el idioma guaraní. Mestizos e indígenas se encargaban de las faenas agrícolas, ganaderas, forestales y domésticas (Guzmán, 2008). Los negros y mulatos no tenían derecho alguno sobre las tierras que ocupaban (Pastore, 1972). La agricultura campesina tenía lugar en parcelas individuales y familiares, sostenidas a través de relaciones de cooperación comunitarias basadas en el parentesco y la vecindad (Guzmán, 2008).²⁸

El Dr. Francia, además de conceder tierras a las familias guaraníes, arbitró los medios para iniciar entre ellos un proceso de alfabetización. “La entrega de la tierra a la masa campesina configuró una verdadera revolución, expresada en una política volcada hacia las necesidades de las masas y autónoma en relación al exterior” (Pomer, 2008: 2). En relación a los avances que suelen atribuirse a este período, se destacan la instalación del primer ferrocarril de América, así como la construcción del primer astillero de envergadura y el emplazamiento de los altos hornos más importantes de la región (Cardozo, 1996; De Laino, 1993; Pastore, 1972). Sin embargo, como señalara Pomer (2008), las medidas más importantes tomadas por

²⁷ La vida política del Dr. Francia ha sido magistralmente novelada por Augusto Roa Bastos en su obra “Yo el Supremo” (1974), último volumen de su “Trilogía Paraguaya”.

²⁸ De acuerdo a Gaona (2007) las primeras unidades económicas coloniales producían para subvenir la propia necesidad “a partir de la más simple y elemental división del trabajo” (2007:24). A través de esto, habían llegado a crear un tipo de economía familiar de autosuficiencia completa (Cardozo, 1996). Así, cada familia funcionaba como unidad económica autónoma. “En toda casa, chacra o estancia, había carnicería, panadería o hilandería, donde todo se producía cuanto se requería para el sustento” (Gaona, 2007:25). Esta economía doméstica o familiar, pronto entró en descomposición con la presencia de los primeros síntomas de la división del trabajo entre el campesino y el artesano, que comenzó a radicarse en la ciudad colonial de Asunción hacia mediados de 1500 (Cardozo, 1996).

el mandatario se vincularon al *recurso tierra*. Durante su gobierno, prácticamente la totalidad de las tierras fueron expropiadas a los españoles y a sus descendientes, pasando a ser propiedad del Estado Paraguayo. Esta importante transformación permitió la liberación de la fuerza de trabajo que se ocupaba de atender los cultivos de exportación (yerba mate y madera, fundamentalmente). Le fueron entregados lotes de tierra bajo arrendamiento a los peones rurales, que hasta ese momento habían laborado en las grandes plantaciones privadas (Guerra Villaboy, 1981). Esta política se focalizó en el conjunto de los campesinos nativos, bajo la condición de que las tierras arrendadas sean destinadas al desarrollo de la ganadería y de los cultivos productivos. Paralelamente, los viejos latifundios coloniales permanecieron en manos del Estado, y en ellos fueron organizadas las “Estancias de la Patria”, en las que miles de caballos y bueyes eran criados con el objetivo de abastecer de carne al ejército y a la población sin recursos económicos, al tiempo que producir cuero destinado a la exportación (De Laino, 1993; Guerra Villaboy, 1981; Pastore, 1972). De acuerdo a Milda Rivarola (1993: 18) ya comienza a apreciarse entre 1811 y 1840, *la constitución de una primera clase trabajadora paraguaya*, que sería luego destruida durante la Guerra Grande. Una parte importante de estas clases portaba aún tradiciones laborales propias del período colonial.

Sobrevenida la muerte del Dr. Francia en 1840, asumirá el poder como primer presidente constitucional Carlos Antonio López. Éste comenzará a abrir paulatinamente las puertas de la economía paraguaya hacia el comercio regional y mundial, iniciando un proceso de desarrollo de la industria estatal (Pomer, 2008; Riquelme, 2003). Paraguay por entonces comenzaba a dar sus primeros pasos como país moderno. En el marco del proceso, el gobierno adquirió el vapor, instaló la fundición de Ybycuí y extendió el uso del telégrafo, “entre otros signos indudables de modernidad” (Espínola González, 2010: 14).

Durante esta etapa, “la agricultura seguirá siendo un factor dinamizante de la economía y sus pilares serán cada vez más los pequeños y medianos productores” (De Laino, 1993: 25). Por decreto, en 1846 “se declaran propiedad del Estado las plantaciones de yerba mate y exportaciones madereras, independientemente de la propiedad de la tierra” (Pastore, 1972: 123). Entre algunas medidas del gobierno de Carlos Antonio López en relación a los campesinos, se cuenta el aliento a la constitución de familias sobre la base del matrimonio, dándoles propiedades, criaderos de ganado y herramientas. A pesar de esto, por estos años también comienzan a aparecer las primeras estancias particulares y va tomando forma una incipiente diferenciación social en el campo (De Laino, 1993).

A la muerte del mandatario en 1862, le sucedería en el cargo su hijo, Francisco Solano López, quien ya desde un comienzo dejaría entrever ciertas aspiraciones de gobierno de carácter regional (Cardozo, 1996). En términos generales, por estos años sólo una limitada parte de la población poseía en propiedad tierras rurales, el resto de los habitantes del país ocupaban las tierras en carácter de arrendatarios del Estado (De Laino, 1993). Si bien todavía es objeto de enconados debates, parece cierto que algunas particularidades del personalismo de López, junto con la invulnerabilidad e independencia que desarrolla la economía paraguaya por esos años generaron las condiciones que empujaron a los aliados a desencadenar la Guerra de la Triple Alianza contra el país.²⁹

Guiados por las directivas inglesas orientadas a instaurar el “libre cambio” en la región, Mitre y la oligarquía argentina se alían con Brasil y la Banda Oriental para impulsar una terrible ofensiva de más de cinco años de duración. “El liberalismo inglés no acepta que los nuevos países puedan emanciparse económicamente y, aún menos, que pretendan competir con él. Por esto, se esmera en mantener oligarquías retrógradas como la brasileña y la argentina” (Chiavenato, 2008: 75). Esos países, dominados por el imperialismo económico inglés, “se embanderan en representantes de la ‘civilización’ para destruir las economías nacionalistas y autónomas, como la del Paraguay” (Chiavenato, 2008: 75)³⁰.

Con la guerra, “se produce la ruptura definitiva de un modelo de crecimiento económico que significaba en la época la base para una formidable expansión capitalista” (Herken y Giménez, 1983: 43). En términos analíticos, lo que parece caracterizar a Paraguay hasta la Guerra de la Triple Alianza es su autonomía respecto del proceso de acumulación que se gestaba a nivel internacional, y que tendía a incorporar (más o menos violentamente) a las distintas economías al sistema mundial capitalista, creando en distintas partes del globo las condiciones necesarias para su posterior penetración. De acuerdo a Cueva (2008), la guerra

²⁹ Paraguay no tiene por estos años deuda externa de ningún tipo ni cuenta con inversiones extranjeras de importancia en su territorio. Con anterioridad a la guerra, el Estado paraguayo era propietario del 97,8% de la tierra y sólo el 2,2% era propiedad privada (De Laino, 1992).

³⁰ La Guerra de la Triple Alianza (también conocida como “Guerra del Paraguay”, “Guerra Grande” o “Guerra Guasú”) fue el conflicto de mayor repercusión en la historia sudamericana y, como tal, se ha prestado a interpretaciones disímiles. Lo que queda claro es que marcó un antes y un después en la historia regional, siendo aún materia de encarnizados debates historiográficos. Las “historias oficiales” de los países involucrados en general han mostrado versiones maniqueas de la guerra, plagadas de olvidos y manipulaciones (Whingham, 1991, 2004). Es por ello que debe dejarse asentado que existen visiones encontradas respecto de las causas que desencadenaron el conflicto. Por ejemplo, de acuerdo a Doratioto (2004), el enfrentamiento surge como consecuencia de las tensiones de poder que detentaban los nuevos estados del Cono Sur. El autor descarta de esta forma la teoría que refiere a interferencias británicas, argumento defendido, entre otros, por Chiavenato (2008) o Pomer (2008). Esta visión ha llevado a que, en algunos círculos, se hable de la “Cuádruple Alianza” para dar cuenta de la participación inglesa en el conflicto.

fue el medio que facilitó la incorporación de Paraguay al proceso de acumulación originaria, dado que antes de ella “la propiedad pre-capitalista estaba resguardada por un sólido sector estatal y las condiciones internas todavía no habían madurado lo suficiente como para que aquel proceso pudiera efectuarse por la sola respuesta endógena a los requerimientos procedentes del exterior” (Cueva, 1977, citado en Riquelme, 2011). De acuerdo a Pomer (2014), con la guerra, Mitre, y posteriormente Sarmiento, “cumplieron una tarea muy grata al sistema mundial que se estaba constituyendo, bajo la dirección de la Gran Bretaña, y de paso, eliminaron lo que también para ellos constituía el mal ejemplo mencionado” (Pomer, 2014: 2).³¹

Primeras formas de organización campesina en Paraguay (1870 – 1932)

El sintético recorrido histórico presentado hasta aquí deja entrever que, hasta antes de la Triple Alianza, no parecían haberse configurado aún en Paraguay los factores estructurales que en el futuro harían de la emigración un fenómeno de enormes magnitudes.³²

El enfrentamiento redujo la población de aproximadamente 800.000 a 221.000, la mayor parte de la cual quedó compuesta sólo por mujeres y niños (Kleinpenning, 1992: 474).³³ Aunque en los años posteriores la población iría recuperándose en número,³⁴ los efectos de la guerra persisten hasta el día de hoy en la memoria histórica del pueblo paraguayo.³⁵

³¹ Para la intelectualidad republicana argentina, Solano López era sinónimo del “Facundo” (Vyeira, 2005). En tanto, en el Paraguay, tres generaciones de dictadores desconfiaban de las ideas liberales provenientes de sus vecinos, viviendo recelosos del mundo exterior. La guerra será el inicio de una supremacía regional reñida y compartida entre argentinos y brasileños. Contradictoriamente, como afirma Vyeira (2005), es “en los campos de batalla del Paraguay en donde surgirá una futura clase dirigente argentina y brasileña que será luego firme defensora del mantenimiento futuro de la paz regional” (Vyeira, 2005).

³² El primer Censo Nacional Argentino (1869) contabiliza 3.288 paraguayos residiendo en territorio argentino, lo que representa para ese entonces el 1,6% sobre el total de la población extranjera y el 7,9% sobre el total de la población extranjera proveniente de países limítrofes. El segundo Censo Nacional (1895) muestra un total de 14.562 paraguayos, representando el 1,5% de la población extranjera y el 12,6% de la población extranjera proveniente de países limítrofes. No contamos con datos relativos a emigración por estos años, dado que Paraguay realiza su primer censo nacional tardíamente, en 1950.

³³ Chiavenato (2008) maneja cifras más trágicas. Afirma que en la contienda murió el 99,5 % de los hombres adultos paraguayos. Milda Rivarola estima que en ciertos partidos del interior del país, el 85% de los niños quedó huérfano una vez finalizada la guerra (Rivarola, M. 1993: 25).

³⁴ De acuerdo a estimaciones no censales, la población paraguaya llegó, en 1920, a rondar el millón de personas (963.330). De éstos, el 75 % vivía en el campo. Asunción no albergaba por esta época a más de 100.000 personas, aunque ya había partidos bastante poblados en su cercanía como San Lorenzo y Capiatá (Meliá, 2004:225).

³⁵ Una visión muy extendida es la que afirma que el “machismo paraguayo” comienza a estructurarse alrededor de la década de 1870, con la finalización de la guerra. La nación paraguaya debía hacer frente a las consecuencias del enfrentamiento bélico y, una de las primeras cuestiones para los sobrevivientes fue intentar



Ruinas de la Catedral de Humaitá, destruida por los cañonazos de los Aliados durante la Triple Alianza

Una vez finalizada la guerra, sobreviene un período trágico de la historia económica paraguaya, “período en que no sólo se sientan las bases de una injusta distribución de la tierra sino que se abren de par en par las puertas a la extranjerización de su economía y enajenación de su riqueza” (De Laino, 1993: 27). El Gobierno Provisorio promulga inmediatamente una nueva Constitución en la que autoriza al Poder Ejecutivo a que “proceda a la venta en pública subasta, a la más alta postura, o que ofrezca mayores ventajas, de propiedades del fisco ubicadas en el territorio de la República” (en De Laino, 1993:28). La constitución de 1870 deroga las leyes de confiscación de bienes y declara inviolable la propiedad privada. El idioma guaraní pasa a ser declarado fuera de uso, y a quienes resisten esta medida pasa a conocerse como “guarangos”, es decir, groseros, incultos y primitivos. Aparecen disposiciones compulsorias al trabajo que, entre otras cuestiones, declaran ilegal la siesta y obligan a los “vagabundos” a establecer cooperativas agrícolas de producción (Rivarola, M. 1993). Como ejemplo de este proceso, citamos un decreto presidencial del 1° de Enero de 1871:

recuperarse “en número”. Teniendo en cuenta esto, el promedio de 5 a 10 mujeres por cada hombre se vuelve, para algunos, la legitimación “demográfica” del machismo en Paraguay. Otras posturas relativizan el alcance de tales afirmaciones (Potthast, y Scarzanella, 2001; Rivarola, M. 1993). Como señala Dobré (2009: 5) “La ausencia de hombres en los hogares durante largas temporadas era una costumbre que tenía antecedentes en la época de la colonia y se prolonga hasta bastante avanzado el siglo XX. En efecto, durante un prolongado período de la historia del Paraguay, numerosos hogares rurales han estado conformados sólo por mujeres acompañadas por sus hijos e hijas, siendo ellas quienes se ocupaban de las principales labores de la chacra, de la venta de los productos en los mercados y del cuidado y la manutención de la prole. En este contexto, ha sido frecuente que los hombres hayan sido recibidos en estos hogares sólo como visitantes de paso o eventualmente como acompañantes temporarios. Las mujeres podían aceptar o rechazar la presencia de estos hombres y tenían descendencia con varios compañeros”. Para una ampliación sobre el tema, ver Potthast-Jutkeit (1996).

“El presidente de la República, teniendo conocimiento que los beneficiadores de yerbas y otros ramos de la industria nacional sufren constantemente perjuicios que les ocasionan los operarios, abandonando los establecimientos con cuentas atrasadas (...) decreta:

Art. 1: ...

Art. 2: En todos los casos que el peón precisase separarse de sus trabajos temporalmente deberá obtener (...) asentimiento por medio de una constancia por el patrón o capataces del establecimiento.

Art. 3: El peón que abandone su trabajo sin este requisito, será conducido preso al establecimiento, si así lo pidiere el patrón, cargándoseles en cuenta los gastos de remisión y demás que por tal estado origine (...).

(Citado en Rivarola, M. 1993: 32)

En 1879 se establece la libertad de explotación de la yerba mate y madera por parte de particulares. Hasta ese momento, sólo habían sido explotadas por el Estado. En Junio de ese mismo año, se hace la primera concesión a Patricio Escobar y Cía., inaugurando con esto la posterior evolución de los grandes latifundios en el Paraguay (Pastore, 1972). Pero entre 1883 y 1885, se promulgan las leyes que verdaderamente dan inicio a la matriz del problema actual de la tierra en Paraguay (Morínigo, 2005). Estas leyes conceden tierra a bajísimo costo a los grandes capitales. Estos años marcan el ascenso al poder de una clase dirigente paraguaya que se asocia subordinadamente al capital extranjero. Con el inicio del alambramiento de las tierras privadas en 1883 (Pastore, 1972: 209) comienzan a contabilizarse pequeños agricultores y hacendados que pierden sus tierras y pasan a encontrarse asentados en tierras que son propiedad de terceros. El capital argentino y anglosajón, fundamentalmente, acaparan los rubros con mayores posibilidades para el mercado internacional, como el tanino, la madera, yerba, aceites vegetales y carne vacuna (De Laino, 1993: 30). Se inicia la inexorable formación de latifundios y su correlato de minifundios en donde prima la explotación de tipo familiar.

Las grandes extensiones se localizaban sobre todo en las zonas de Itapúa, Alto Paraná, San Pedro, Misiones, Paraguairí y el Chaco. Las extensiones minifundistas, de estructura agraria prácticamente familiar, se extienden por la zona de Cordillera, Guairá, Caazapá, Paraguairí y Central (De Laino, 1993: 30). Nace así una forzada convivencia entre el latifundio y el campesinado minifundista, “obligado este último a cumplir las funciones de producción de alimentos a bajo precio y de provisión de fuerza de trabajo para el sector latifundista” (Guzmán, 2008:3).

Este avance oprobioso también dará lugar a las primeras expresiones de resistencia. Los agricultores de Emboscada, Limpio y Luque se manifestarán en defensa de sus parcelas de tierra y de la seguridad de sus hogares (Gaona, 2007:143):

La resistencia, enconada por cierto, que asumió caracteres violentos fue la de los agricultores del paraje de Agaguigó que fuera vendido con 600 familias de agricultores dentro. Ante la inminencia del desalojo violento, los campesinos se organizaron en una sociedad de resistencia y resolvieron defenderse, apelando a todos los medios, incluso utilizando fusiles. La resistencia ofrecida por estos agricultores de Agaguigó, marcó época en la República, y debe ser interpretada como signo inequívoco del ascenso de la conciencia de la masa campesina (Gaona, 2007:143).

Desde varios rincones del país comienzan a levantarse airadas protestas campesinas contra estas apropiaciones de los fundos y contra el pago de arrendamientos que intentaban imponer los nuevos propietarios. Como señala Guzmán (2008), el nuevo escenario agrícola conoció importantes diferencias regionales. Por un lado, existían los latifundios de los enclaves agroindustriales como el perteneciente a la firma Carlos Casado. En estas zonas de inversión directa del capital extranjero, se realizaba la explotación extractiva del tanino, la madera y la yerba mate. Estos enclaves funcionaron como unidades económicas casi autárquicas. Las formas de explotación de la mano de obra eran heterogéneas: junto al trabajo asalariado existían sistemas compulsivos que sujetaban a campesinos desarraigados. Generalmente los trabajadores de los obrajes poseían pequeñas parcelas que permitían la subsistencia de sus familias, además de proveer insumos a las empresas tales como la alimentación de los animales de trabajo.

Un panorama distinto era el de la zona de “viejo poblamiento”, que abarcaba los departamentos centrales del Oriente: Central, Cordillera, Paraguarí, Caazapá y Guaira. Allí la pequeña producción se acopló con los latifundios de los terratenientes criollos, dedicados a la ganadería extensiva (Guzmán, 2008). Además de los problemas ocasionados por la pérdida de campos comunales y bosques, los labradores fueron aquí forzados a renunciar a sus derechos a la tierra y luego obligados al pago de arriendo en efectivo, con parte de la producción o con fuerza de trabajo. “En algunos casos, los campesinos se integraron a relaciones clientelares con sus patrones terratenientes. En otros, resistieron durante décadas” (Guzmán, 2008:3).

En su edición del 30 de marzo de 1889, el periódico “La democracia” denunciaba que

“Los campesinos carecen de hogar y de un pedazo de tierra que cultivar, no tienen arados, ni azadas, ni palas, ni horquillas, ni rastrillos, ni barretas, nada; en la campaña sólo hay grotescos ranchos pajizos y no se ve sino la miseria, la desnudez y el hambre; los pueblos todos de la campaña, a dispersas allá y acullá, pobrísimos villorrios, más pobres todavía que las insignificantes aldehuelas europeas”. (Referido en Gaona, 2007: 139).

Un breve recuento de los principales propietarios de tierras hacia 1910, ayuda a comprender el sistema de tenencia de la tierra que se iba configurando y cuyas secuelas persisten hasta el día de hoy:

- Carlos Casado:5.625.000 hectáreas
- El Banco Inglés de Río de Janeiro:168.750 hectáreas
- The American Quebracho Company:412.500 hectáreas
- La Asociación Patriótica Española:318.750 hectáreas
- Hope Gibson y Ctes.:.....270.000 hectáreas
- Sociedad de Tierras y Maderas:468.750 hectáreas³⁶

No parece necesario ahondar en más detalles. Al igual que en Argentina, la clase política paraguaya había expresado repetidas veces el proyecto del “Paraguay pastoril” (es decir, de un país agrícola formado por colonos extranjeros), “establecido sobre la premisa de ausencia de una población laboral local” (Rivarola, M. 1993: 37). En este contexto, poco a poco, las clases populares expoliadas luego de la Triple Alianza buscarán el modo de irse reconstituyendo. Y será “con, o contra los miembros de esta clase política que deberán establecer sus propias organizaciones y reivindicar sus derechos a través de diversas formas de resistencia” (Rivarola, M. 1993: 37). Rivarola sintetiza el panorama de la economía paraguaya en esta gran etapa

Vio articularse en su interior grandes empresas agro-extractivas basadas en mano de obra semi-servil o retenida por mecanismos extraeconómicos (yerbales, obrajes, estancias); unidades industriales con mayores niveles tecnológicos y empleo de mano de obra asalariada (tanineras, empaquetadoras de carne, ingenios azucareros y algunas industrias alimenticias); y centenares de talleres artesanales urbanos (Rivarola M., 1993: 16).³⁷

Esta era la distribución ocupacional en Paraguay hacia fines del siglo XIX:

Profesión	Asunción	Resto del país
Artesanía y oficios	3.961	12.556
Profesiones liberales	130	546
Comerciantes	338	951
Industriales	376	1.010

³⁶ Además de un importante número de personas y empresas con superficies inferiores a las 200 mil hectáreas como, por ejemplo: La River Plate Quebracho con 187.500 hectáreas, El Banco Inglés de Río de Janeiro, Guillermo Nelson con 163.125 hectáreas o J. Dickinson con 185.625 hectáreas. A los que debe sumarse el importante número de extranjeros propietarios de fracciones de más o menos 1.875 hectáreas (Referido en De Laino, 1993: 34).

³⁷ En Asunción se establecían las pocas industrias que por ese entonces funcionaban en Paraguay. Gaona destaca (2007:38): “la guerra apenas había terminado y ya se advertían signos del resurgimiento civil. Estas manifestaciones de la vida civil surgieron de la colonia de residentes extranjeros. Proliferaron las constituciones de sociedades de socorros mutuos”. Entre 1869 y 1887 funcionaron en Asunción 11 sociedades de socorros mutuos con 1.384 asociados. “Estas sociedades constituyeron la antesala del auténtico movimiento obrero en el Paraguay” (Gaona, 2007: 42).

Hacendados	4	838
Empleados	594	868
Vendedores ambulantes	954	1.146
Agricultores	1.916	86.935
Tejedores e hiladores	13	299

Fuente: Anuario Estadístico de 1886 - Sr. Jacquet – citado en Gaona (2007:147)

En un contexto de marcada preeminencia rural, “el naciente proletariado paraguayo estaba compuesto fundamentalmente por el artesanado de las ciudades y la gran peonada de los obrajes, yerbales y estancias” (Gaona, 2007:48).³⁸

En los primeros periódicos editados por los gremios de artesanos y sociedades de protección mutua, empieza a discutirse el régimen de los “conchavos” en obrajes y yerbales, así como la reducción de los derechos de la alcabala para los arriendos enfitéuticos. En 1912, nace la Unión Obrera del Paraguay (UOP) que será la indiscutible central sindical mayoritaria de la época. La misma prestará un decidido apoyo a los agricultores. Entre los más de 50 gremios que contabilizaba se destacan los de “Aserradores y Anexos, Obreros Yerbateros y Anexos, Agricultores Unidos de Curumbá-cue, Aserradores Unidos de Concepción, Agricultores

³⁸ Si bien nuestro foco de análisis se sitúa en los ámbitos rurales del Paraguay, resultará interesante destacar algunas cuestiones vinculadas al movimiento obrero urbano por estos años. Un dato clave se vincula al hecho de que, como señala Rivarola, M. (1993), la historia social y obrera paraguaya no contó con la experiencia política previa de unos 12 millones de inmigrantes provenientes de Europa, que por esos años comienzan a afluir a Argentina, Brasil y Uruguay (Rivarola, M. 1993: 26). En Paraguay, el relativo aislamiento, junto con la situación de inestabilidad y la “leyenda negra” respecto del país propagada en los círculos europeos bajo el fomento de las potencias liberales, hicieron que la inmigración europea jamás alcanzase cifras similares a las de sus vecinos (Rivarola, M. 1993). Sin embargo, fundamentalmente a causa de la influencia del movimiento obrero argentino, hacia 1889 surgirían las primeras huelgas de trabajadores industriales en Paraguay. Los primeros en reclamar fueron los peones de la estación central de ferrocarril. En 1885, se funda en Buenos Aires “La internacional de Carpinteros, Ebanistas y Anexos”, en 1887 el “Sindicato de Panaderos” y en 1887, “La Fraternidad”. Recordemos que hacia 1890 se organiza en Argentina la primera central obrera de Latinoamérica (la Federación de Trabajadores de la Región Argentina) y se celebra poco después el primer congreso obrero en nuestro país. A pesar de las diferencias al interior de sus aparatos productivos, “Paraguay se estaba transformando en una caja de resonancia de los acontecimientos sociales argentinos” (Gaona, 2007: 81). Este período es definido por Rivarola (1993) como un período de “generalización del mecanismo de la huelga para la obtención de reivindicaciones laborales”. Por estos años, “el paro de los trabajos continuó siendo recurso usual de aquellos gremios que ya lo habían empleado en el período anterior, y una quincena de gremios asuncenos incorporan a su experiencia este recurso en la primera década del XX” (Rivarola, M. 1993:134). Las reivindicaciones en general continúan centrándose en la obtención de la jornada de 8 horas de trabajo y de aumentos de salario, aunque se presentan casos más complejos. Hacia 1892, a partir de un petitorio presentado por los maestros carpinteros, los patrones resuelven aumentar el jornal. En 1893 se efectúa la reunión gremial de maestros albañiles y peones, cuyo resultado fue la exigencia de rebajar una hora de trabajo en verano y de otorgar 15 minutos para el almuerzo, entre otros logros. El gremio de albañiles había crecido considerablemente no obstante la crisis del país, dado que en 1894 en Asunción se construyeron 88 casas, 119 murallas, con veredas y 9 murallones (Gaona, 2007:91). Gaona da a entender que este reclamo particular se da a partir de cierta coyuntura auspiciosa para los trabajadores en el campo de fuerzas, luego de que en 1877, 12 mil familias paraguayas del departamento central (y Asunción) emigraran a Corrientes, Argentina (Gaona, 2007:921), entre ellas muchos trabajadores constructores. Estos reclamos se unieron a los llevados adelante por distintos gremios industriales..

Unidos de Arroyos y Esteros, ídem de Caraguatay, ídem de Itapé, entre otros” (Gaona, 2008: 162). Entre 1915 y 1919 se constituyeron la “Sociedad de Agricultores Unidos” de Limpio y la Sociedad de Resistencia y de obreros agricultores” de Luque y luego, la “Sociedad de Agricultores” de Itá. De este modo, *las organizaciones de campesinos agricultores van naciendo bajo el impulso directo de la clase obrera organizada*. De acuerdo a Gaona (2008:214), en la década de 1920, la agitación y la movilización del campesinado paraguayo llegará a un punto tal que comenzará a afectar seriamente la cohesión interna de las dos grandes facciones que se sucedieron el gobierno de la nación por esos años (liberales y colorados).

Pero veamos ahora cómo todo este proceso incide en la emigración. Como explican Fischer, Palau y Pérez (1997:17), una vez terminada la Guerra Grande, Paraguay comienza a expulsar a su población hacia los países vecinos de forma alarmante. Si bien el movimiento de personas hacia Argentina ya empieza a mostrar características sostenidas, de acuerdo a Rivarola (1967), durante el período de entreguerras (luego de finalizada la Triple Alianza en 1870 y hasta el comienzo de la Guerra del Chaco en 1932), esto no afectará aun la distribución y la estructura demográfica. Como era de esperar, la venta de tierras públicas que sucedió a la Guerra dio lugar a la emigración de miles de campesinos desposeídos. Empezando por “la ausencia de una distribución equitativa de las tierras y los productos, la falta de trabajo, los profundos trastornos financieros y el temor a las represiones políticas” (Fischer, Palau y Pérez, 1997:17) puede decirse que *la causa principal de la emigración hacia el exterior por estos años fue la desigualdad social que se experimentaba en el campo paraguayo*.

Ahora bien, la migración interna, tanto la rural-rural como la rural-urbana se inició conjuntamente con la emigración hacia el extranjero. Hacia fines del siglo XIX, la población rural comenzó a buscar refugio en la ciudad como consecuencia de la venta de tierras públicas y el referido alambramiento de los campos iniciado en 1883 (Pastore, 1972). Un dato curioso es que en 1884 se promulga la primera ley de carácter laboral, surgida ante la inestabilidad experimentada por los trabajadores domésticos urbanos, quienes reclamaban mayor protección a partir de la llegada a la ciudad de las capas más empobrecidas de la comunidad rural.

Durante el período 1895-1914, la emigración masiva de paraguayos hacia Argentina presenta la característica de provenir de una misma zona, por ejemplo, de Itá, Villeta, Capiatá y Guarambaré, todos en la región central del país (Flores Colombino, 1972). Entre 1914 y 1917

la población paraguaya en Argentina prácticamente se duplica, aunque continúa la preferencia de los migrantes por las provincias argentinas que comparten una frontera con Paraguay (Misiones, Formosa, Chaco y también Corrientes, de acuerdo a Flores Colombino, por cuestiones de cercanía cultural).³⁹

Con el correr del tiempo, las condiciones para el acceso a la tierra irían empeorando. Kleinpenning (1992) muestra que, en vísperas de la Guerra por el Chaco con Bolivia (1932-1935), la situación no podía ser más acuciante: 30 millones de hectáreas estaban en manos de 32 familias o empresas y sólo quedaban 300.000 hectáreas para 35.000 pequeños o medianos propietarios.

Fin de época y primeros intentos de recuperación campesina (1936-1947)

La guerra entre Paraguay y Bolivia por el control del Chaco Boreal fue la más importante en Sudamérica durante el siglo XX. En sus tres años de duración, Bolivia movilizó alrededor de 250.000 soldados y Paraguay 120.000. De acuerdo a Chiavenato (2005), los motivos que empujaron a los dos países a la guerra se relacionan con la disputa internacional al interior del *trust* del petróleo representado, por el lado boliviano, en la *Standard Oil* (EEUU) y, por el paraguayo, en la *Royal Dutch Shell* (Holanda- Inglaterra). Una vez más el imperialismo impulsaba la guerra en el cono sur.

Unos cien mil bolivianos y paraguayos morirían a causa de esta disputa en las áridas y despobladas tierras del Chaco. Pero más allá de las trágicas consecuencias humanas, el enfrentamiento tendría una significación adicional para la historia obrera y campesina. Representaría el cierre de una etapa de logros vinculados a la organización y la lucha, aunque siempre desde una postura reformista (Gaona, 2009)⁴⁰

³⁹ El Censo Nacional Argentino de 1895 había mostrado 14.562 paraguayos en el país. El censo de 1914 arroja 28.049 paraguayos, revelando además la baja posición económica de éstos. En 1917, la población paraguaya en Argentina ascendía a 93.248 (Fischer, Palau y Pérez, 1997: 18). Los emigrados desde un principio se destacaron por su idoneidad en la agricultura, sobre todo en la elaboración de la yerba mate y el manejo forestal. Otras profesiones que desempeñaron fueron las de capataz y peón de estancias (Fischer, Palau y Pérez, 1997: 19).

⁴⁰ La Guerra del Chaco sorprendió al movimiento obrero en plena clandestinidad. En 1932, en un decreto firmado por el presidente se declaraban disueltas todas las organizaciones obreras. El gobierno había buscado retrotraer el movimiento obrero a una instancia de organización previa, sustituyendo todos los sindicatos por organizaciones de socorros mutuos. Esto no alcanzó ningún éxito. Los trabajadores, secundados por el Partido Comunista, crearon grupos gremiales en la clandestinidad y trataron de levantar sindicatos obreros en todo el país (Gaona, 2009). Al terminar la guerra, el movimiento obrero volverá a reconstituirse con militantes, principios y tácticas diferentes, bajo el control militar-nacionalista instaurado con la Revolución de Febrero de 1936. El liberalismo había arrastrado en su crisis toda una era de la historia de las clases trabajadoras formadas en su seno (Rivarola, M. 1993: 271). Desde la clandestinidad, se organizó durante la guerra el Comité Sindical Clasista. En algunos casos paradigmáticos, como en la empresa CALT, albañiles, zapateros, panaderos, pintores, telefonistas, ferroviarios, linotipistas y otros trabajadores consiguieron reorganizar el sindicato en plena época

Una vez finalizada la contienda chaqueña surgirá cierto “afán de renovación” en la sociedad paraguaya (Rivarola, 1967: 42). Los militares vencedores de la guerra regresan a Asunción y reclaman un lugar en la estructura de gobierno. En un hecho sin precedentes, surge una nueva fuerza política denominada Partido Revolucionario Febrerista. En su ideario y declaración de principios, afirma que “el campesino sin tierra es un absurdo económico, un contrasentido social y un crimen político” (Gómez Florentín, 2006: 87) y se compromete a dar tierra y títulos a los trabajadores agrícolas, con la condición de que éstos la cultiven.

Por esos años, el gobierno Febrerista sanciona una ley sobre tenencia de la tierra conocida como el Decreto Ley 1060 “de Reforma Agraria”. Entre algunas de sus modificaciones planteaba la cesión de parcelas a los ya ocupantes y a los excombatientes chaqueños y, fundamentalmente, aumentaba a 100 hectáreas la superficie máxima de los lotes agrícolas, *ordenando la expropiación de grandes extensiones de tierra* para colonización. Como afirma De Laino (1993: 40), “la reacción del capital internacional, aliado con latifundistas locales y el militarismo, no se hizo esperar”, forzando en 1937 la sanción de un decreto que derogaba al decreto ley 1060.

Hacia 1940, en un ambiente tumultuoso, se sanciona el Estatuto Agrario que consolida los derechos campesinos sobre la tierra. Por esa fecha, 14 propietarios poseían 7 millones de hectáreas en la Región Oriental y 11 propietarios poseían 5 millones de hectáreas en el Chaco. El Estatuto estuvo rodeado de las más conflictivas situaciones. Según sus detractores, era de corte “socialista” y contrario al liberalismo económico. Entre otras cuestiones, declaraba que las tierras de dueños extranjeros que no sean racionalmente explotadas y que adeuden impuesto inmobiliario pasarían al dominio del Estado. Los beneficiarios serían todos los paraguayos mayores de 18 años, favoreciendo especialmente a la mujer, en cuyo caso no se fijaba límite inferior de edad para acceder a tierra.

A lo largo de estos años, fueron progresando algunas disposiciones favorables al interés campesino. Todo hasta la aparición en escena el General Morínigo. Con él, da comienzo a una etapa que fuera caracterizada como de “Estado con poder estructural” (Gómez Florentín, 2006: 27). Morínigo unifica al Partido Colorado y establece la triangulación Gobierno – Fuerzas Armadas – Partido Colorado, sentando las bases de las que luego se valdría Ströessner para gobernar. La llamada nostálgica a los nacionalismos previos a la Guerra

del terror policíaco, del Estado de sitio, la ley de “defensa social”, las prisiones, deportaciones y las torturas feroces (Gaona, 2009). Estos gremios constituyeron grupos avanzados del proletariado paraguayo que renacería a la vida con una potencialidad ejemplar luego del conflicto chaqueño. A partir de aquí, el movimiento obrero abandonaría su etapa de anarquismo y reformismo y se decide a intervenir en la política. Comienza a organizarse con alcance nacional y a aspirar a la unidad.

Grande fue moneda corriente. El gobierno lanzó de forma sistemática programas sociales destinados a las clases obreras y al campesinado. Creó el primer programa de previsión social del país y estableció la primera ley de salario mínimo para los trabajadores.

A pesar de lo que pudiera pensarse, paradójicamente, estas reivindicaciones de las fuerzas sociales recibirían más tarde las respuestas típicas de un gobierno totalitario: “represión y persecución política, seguido del desbaratamiento de organizaciones laborales contestatarias con la sucesiva creación de entes más afines a los intereses gubernamentales” (Gómez Florentín, 2006:29).

Morínigo dismantelará más tarde todo avance en relación a reforma agraria, negando sus derechos al paraguayo sin tierra, ocupante con su chacra y su rancho en tierras ajenas. Volvería así a aparecer la figura colonial del “intruso”, que constituye por estos años el 59% de la población rural (Pastore, 1972: 389; De Laino, 1993: 44). Entre otras cuestiones, Rivarola (1993: 115) afirma que para esta época, las empresas instaladas a principios de siglo debieron afrontar “el ancestral problema de carestía de mano de obra, agravada por la importante emigración ocurrida en el mismo período; y soportar, paralelamente la competencia de los “reclutadores” – argentinos o brasileros – de peones paraguayos”. La solución empleada fue la intensificación de los mecanismos coactivos de enganche por “deudas forzosas e inamortizables”, ya antiguos en la región, generalizándose en consecuencia las distintas formas de violencia destinadas a extraer cotidianamente de los peones el trabajo pagado con anticipos, a fin de evitar la fuga de los mismos de las propiedades de las empresas agroexportadoras. También aparecieron mecanismos nuevos de compulsión al trabajo, ya que como señala Rivarola:

Las prohibiciones de establecer las familias de los peones en el predio o del cultivo de rubros de subsistencia, la multiplicación de los almacenes de las compañías, el pago en vales, etc., parecen haber sido puestas en marcha en este período de carestía de personal en los obrajes, tanineras y yerbales del país (Rivarola, 1993:184).

No sólo las deudas retenían indefinidamente la mano de obra en los yerbales. “La tuberculosis, la sífilis y el alcoholismo coadyuvaban al exterminio físico de los peones, sometidos a durísimas jornadas de trabajo de 14 a 16 horas y a condiciones de alimentación y vivienda deplorables” (Rivarola, 1993: 187). El sistema de castigos corporales –del que ya existían referencias en 1885- se había generalizado para forzar al personal reacio a este régimen de trabajo semi-esclavo: “cepos de lazo, la técnica del ‘estaqueado’ o ‘estirado’, atar al peón por las extremidades: colgarlo de árboles, etc. eran moneda corriente en los ranchos yerberos de toda la región” (Barrett, 1943: 124/6 citado en Rivarola, M. 1993).

Morínigo sustituye el arrendamiento de las tierras del Estado por la venta de las mismas, dando lugar a una nueva avanzada del latifundio y una nueva “apertura de puertas” a la liquidación del patrimonio inmobiliario del Estado (De Laino, 1993: 44). La regionalización económica del país incluía a grandes rasgos un Paraguay agro-pastoril al sur, y una región “norteña” de empresas tanineras, obras y yerbales. La población de ambas regiones se había ido diferenciando progresivamente: la de campesinos y peones del sur era descripta como sedentaria, laboriosa y pacífica, mientras la del norte gozaba de fama pendenciera y violenta (Rivarola, 1993). En las empresas del norte, “los trabajadores cambiaban frecuentemente de nombre, abandonando un obraje para ir a trabajar durante algún tiempo en otro, bajo un nombre diferente” y en el Chaco, donde el cuatrismo era flagelo cotidiano, “difícilmente se consideraba asesino al que tenía varias muertes sobre su conciencia”. (Rivarola, M. 1993:187).

A partir de aquí, la percepción del proletariado rural como “clase peligrosa” comenzaba a justificarse por varios elementos: la presencia del Estado y de los organismos policiales era prácticamente inexistente en la campaña, la posesión de armas de fuego era usual – incluso entre obreros y peones – en todo el país, mientras que el consumo de alcohol se había generalizado hasta alcanzar niveles alarmantes (Rivarola, M. 1993). El Censo Agrícola llevado a cabo durante esos años arrojaba la siguiente distribución: de 94.498 productores agrícolas censados en el país, sólo 15.080 eran propietarios; 6.130 eran arrendatarios, 70.247 eran ocupantes y 3.038 tenían otra forma de relación con los dueños de la tierra. Además, el 71,8% de los agricultores no tenía arado de hierro, el 54,7% no tenía ningún tipo de arado y el 48,6% no tenía arado ni carreta (Pastore, 1972). Por ese entonces, la *ausencia de calzado* (“*pynandí*”) de los más pobres en el campo llamaba la atención de los viajeros (Rivarola, M. 1993).

En relación a la emigración, distintos autores (Rivarola, 1967; Flores Colombino, 1972; Fischer, Palau y Pérez, 1997, Carrón, 2008) coinciden en señalar que se convierte en una verdadera “cuestión social” desde el comienzo de la década de 1940, continuando críticamente hasta el presente. Si bien, como vimos, ya desde fines de la Triple Alianza habían tenido lugar desplazamientos poblacionales hacia el exterior, a partir de 1940 tiene lugar una “evidente internalización del proceso de emigración como una forma viable de respuesta para superar las circunstancias desfavorables a que se sienten expuestos continuamente” (Rivarola, 1967: 42). Como sugiere el autor, a partir de 1940, “los acontecimientos políticos y la evolución de la estructura del poder tuvieron una significativa incidencia en el desencadenamiento y la conformación de la migración paraguaya” (Rivarola,

1967: 43). Según Pastore (1972), solamente durante la dictadura de Morínigo entre 1941 y 1946 se habría obligado a 50.000 paraguayos a abandonar su país por cuestiones políticas.

En 1947, una confrontación armada divide a Paraguay política y emocionalmente en dos bandos irreductibles, terminando con la derrota de los insurgentes y dejando como secuela profundos trastocamientos políticos y sociales (Rivarola, 1967). *A partir de aquí comenzará un gran éxodo de migrantes opositores al régimen triunfante.* De acuerdo a algunos autores, la emigración por estos años fue extraordinaria, de proporciones jamás vistas, tanto por su cantidad como por su duración (Pérez Acosta, 1952). Rivarola afirma que “no se da un caso similar en América Latina, en el que una nación afronta – en el reducido lapso de veinticinco años- la pérdida de casi un cuarto de su población por conducto de la emigración” (Rivarola, 1967:42). El autor, en consonancia con las teorías sociales dominantes en los años ´60, concebirá al movimiento migratorio como una “vía de alivio” a las tensiones que agitan reiteradamente el sistema social paraguayo, ya sea en sus dimensiones económicas, políticas o sociales.

Antes de la guerra civil de 1947, los paraguayos en Argentina ascendían a 200.000. Una vez finalizada, ese número rondaría los 400.000 (Cardozo, 2011). Pero además, será a partir de este momento que *los migrantes tienden a fijar residencia en Argentina y a adoptar su nacionalidad.* Antes, la migración no había sido imaginada como definitiva. Permanecían en Argentina, pero siempre con la esperanza de poder volver cuando se calme la situación. Esta coyuntura puede pensarse como el inicio del flujo emigratorio que sentará las bases para las primeras redes sociales paraguayas en Buenos Aires. *Si bien, como veremos más adelante, ya no pueden encontrarse trabajadores de la construcción que hayan emigrado por estos años, es posible rastrearlos indirectamente a través de los relatos de los actuales obreros.*⁴¹

Alrededor de mediados de 1950, entonces, el principal refugio de los emigrados paraguayos será Buenos Aires y ya no las provincias fronterizas (Fischer, Palau y Pérez, 1997: 21). La tierra había continuado acumulándose en unas pocas manos y a esto ahora había que sumar la persecución política. A partir de esta situación, “es comprensible ver que al campesino paraguayo no le quedó sino el camino del éxodo que, además de llevar nuestra fuerza de trabajo a otras naciones, acrecentó el patrimonio de los latifundistas” (De Laino, 1993:45).

Las clases populares bajo la dictadura stronista (1954 – 1989)

⁴¹ Por estos años surgen en Buenos Aires las asociaciones paraguayas más importantes, muchas de las cuales subsisten hasta el día de hoy. Su historia y dinámica fueron analizadas por nosotros en otro trabajo (Del Águila, 2012) y no serán objeto de indagación de esta tesis.

A inicios de la década de 1950 se vive una grave crisis económica y política que desembocará en el golpe de Estado que llevará a Ströessner al poder en 1954. En Mayo de ese año, el ejército irrumpe nuevamente en escena, aunque esta vez con la coparticipación con el Partido Colorado, quien por entonces detentaba el poder. Se inicia entonces una estructura estatal de poder autoritario y jerárquico que obliga a miles de opositores al régimen a exilarse buscando asilo en otros países, principalmente, en la Argentina y Brasil, con quienes el Paraguay comparte una frontera geográfica. El dictador sostendrá un modelo prebendista-paternalista, dando lugar a una “partidocracia” (López, 2012), construida en torno al Partido Colorado.⁴²

El régimen acabó con la inestabilidad política vía la desactivación de cualquier tipo de oposición. Vio en el concepto de “reforma agraria” la presencia de una política de izquierda y, en tal sentido, modificó el nombre de la entidad encargada de tal problemática que a partir de allí pasó a llamarse “Instituto de Bienestar Rural”.

Al Estado le cupo un rol decisivo en las transformaciones de la estructura agraria. De acuerdo a Guzmán (2008), dos amplios procesos estuvieron en el centro de la intervención estatal tronista: la *colonización* y la *modernización*.

El proceso de colonización abarcó las zonas “abandonadas” del país. Se repartieron más de 4 millones de hectáreas de tierras fiscales en forma de lotes. Las zonas colonizadas abarcaron los departamentos de la cuenca del Paraná –Canindeyú, Alto Paraná, Caaguazú e Itapúa– y también regiones del este de San Pedro y Concepción (Guzmán, 2008). Estas zonas de la frontera Este eran una periferia escasamente habitada y débilmente integrada; habían formado parte de los grandes latifundios de enclave, ahora en declinación. En los departamentos centrales existía una fuerte presión por la tierra debido a la presencia de los latifundios, la erosión de los suelos, el crecimiento demográfico y la minifundización (Guzmán, 2008). Esta “presión” fue encontrando distintas salidas. Una de ellas fue la migración temporal o permanente a los países limítrofes. Otra fue, justamente, la ocupación de tierras.

⁴² Paraguay tuvo una de las más largas e “invisibles” dictaduras de América Latina. Según el informe de la Comisión de Verdad y Justicia, hubo 12.000 víctimas directas de violaciones a los derechos humanos, detenciones, secuestros y torturas. 130 de estas víctimas fueron desaparecidas en la Argentina en el marco del Plan Cóndor durante la década del '70. La dictadura dejó 128.000 víctimas indirectas, que en una población menor a 2 millones de habitantes da una idea de la magnitud del proceso. Hubo cientos de exiliados políticos, detenciones arbitrarias por tiempo indefinido y sin juicio, como el caso de Ananías Maidana, quien estuvo preso durante 24 años por ser comunista. También hubo represión a comunidades campesinas y a pueblos indígenas, como el caso de Costa Rosado (en 1980, un grupo de campesinos armados pidió ser llevado en ómnibus hasta Caaguazú. Ströessner ordenó cazar a “los guerrilleros” con tropas militares y civiles. 10 campesinos se encuentran desaparecidos desde entonces). Halpern (2009) ha analizado en detalle las experiencias históricas de los emigrados exilados en Buenos Aires.

Habitualmente grupos de minifundistas o sin tierras unidos por lazos de parentesco o vecindario llevaron adelante estas ocupaciones espontáneas en tierras fiscales o con títulos de dudoso origen que estuviesen sin cultivar (Guzmán, 2008). Cuando en 1963, el Instituto de Reforma Agraria es sustituido por el ya citado Instituto de Bienestar Rural (IBR), el gobierno del Gral. Stroessner daba por sentado que los campesinos ya habían recibido la tierra que debían recibir y que ahora empezaba, no la etapa de la reforma agraria sino la del “bienestar” (Palau, 2005:5). Nada más contrario a la realidad. Será a partir de este momento que los problemas campesinos se agudizarán, agobiados por la corrupción, la ineptitud administrativa y las políticas económicas excluyentes.

Primero se creyó que la colonización permitiría la redistribución de la población, aliviando las tensiones sociales en la zona central y sin tener que cambiar las estructuras existentes de tenencia de tierras. En este sentido, la política estatal de colonización en principio representó una respuesta ante la presión campesina. Sin embargo, como señala Guzmán, no se trató de una respuesta “diseñada con criterios técnicos sino más bien un intento de solucionar los problemas inmediatos” (Guzmán, 2008: 5). Por sobre todas las cosas, *la colonización fue utilizada por el gobierno autoritario para extender las relaciones clientelares al sector campesino y así consolidar las bases políticas y sociales del régimen*. Bajo este objetivo se implementó otra modalidad de colonización en la cual caudillos locales del Partido Colorado movilizaban a grupos de campesinos para que ocuparan tierras. De acuerdo a Guzmán (2008:6) esto no implicó una verdadera reforma agraria sino una expansión fronteriza. Por eso, a pesar de que se posibilitó el acceso a la tierra, el panorama general fue el de una insuficiente consolidación de los nuevos asentamientos. La falta de un apoyo sostenido por parte del Estado explica en gran medida estos resultados. Con anterioridad a la colonización, los colonos carecían de medios de producción propios, ya que generalmente eran minifundistas semi-asalariados o campesinos medios empobrecidos. El Estado solamente los proveyó de una parcela de tierra y de algunas herramientas. Los asentamientos carecieron en todos los casos de infraestructura y servicios sociales básicos. El apoyo técnico y crediticio fue escaso, lo permite hablar de una importante ausencia de planificación (Guzmán, 2008). La colonización encauzó la población “sobrante” de las zonas minifundistas hacia las nuevas zonas, pero reproduciendo los rasgos de la agricultura de subsistencia y el subdesarrollo rural. En palabras del autor,

Los programas de colonización se adecuaron a las distintas coyunturas históricas. A una primera etapa caracterizada sobre todo por la respuesta estatal a las demandas campesinas, le sigue un periodo en el cual la política de colonización tuvo el objetivo de promover la modernización capitalista. Por lo tanto, la colonización

fue un proceso general de expansión de la frontera agrícola con varios actores, entre los cuales se destacaron los campesinos paraguayos, las empresas agro-ganaderas y los socios del régimen. El Estado bajo Strössner maniobró entre estos intereses. Mientras se abrían ciertas vías para la difusión de la pequeña producción, bajo la presión misma de los campesinos, el Estado privilegió las condiciones para el desarrollo de un sector agrícola moderno, garantizó el mantenimiento del latifundio ganadero y favoreció a sus adeptos” (Guzmán, 2008:7).

Sin duda, los programas de colonización repercutieron en la predisposición a emigrar. Como veremos luego, muchos de los trabajadores entrevistados en las obras manifestó poseer tierras antes de emigrar. Fundamentalmente, esto sucedió con los oriundos del departamento de Itapúa, quienes nos relataron que sus familias habían obtenido las parcelas de tierra durante el Gobierno de Strössner. Si bien ellos no hicieron referencia a ningún programa gubernamental en particular, puede pensarse que sus experiencias se enmarcan en estas políticas. Como quisimos mostrar, la lógica estatal pretendía, simplemente, asentar a la mayor cantidad de colonos al menor costo posible (Guzmán, 2008).

“El problema de la dictadura en el lado paraguayo...por ejemplo, yo pertenezco, del lado paraguayo, a una organización campesina... que fui torturado y he luchado mucho por mi país, para que se le pueda una reforma agraria integral...en Paraguay...yo estuve en el asentamiento “Minga Porá – lote 8”...y estuve mucho tiempo ahí, y después pasé a la Argentina, porque fui perseguido...porque he reclamado el derecho de mis compatriotas campesinos y se logró 6 colonias en la lucha de la dictadura...pero fuimos reprimidos, brutalmente...pero logramos algunas colonias que nazcan en la frontera con Brasil... qué bueno... y ahora esa colonia es una ciudad” (Entrevista a José, actual obrero de la construcción y miembro de una organización social paraguaya de Villa 21-24. Enero de 2011).

Las palabras de nuestro interlocutor nos muestran algo de lo atravesado por los campesinos durante la colonización. Como consecuencia, los colonos sufrieron la falta de capital y tecnología necesarios para asegurar la expansión de la finca en un entorno cada vez más fuertemente articulado por el mercado (Guzmán, 2008). Otros grupos sociales fueron los mayores beneficiarios de este proceso. Cerca de las tres cuartas partes de las tierras fueron adjudicadas en grandes lotes. Partidarios y familiares vinculados al partido de gobierno usufructuaron las prebendas. Muchas de estas tierras fueron destinadas como latifundios ganaderos o revendidas luego especulativamente (Guzmán, 2008). Asimismo, se vieron beneficiados nuevos actores empresarios, nacionales y extranjeros, agentes de una agricultura “moderna”. Particularmente, los empresarios agrícolas brasileños que compraron tierras para dedicarlas a la siembra de soja y trigo. Guzmán (2008) estima que al final de la década del setenta, aproximadamente 150.000 brasileños se encontraban instalados en la zona fronteriza

oriental. “El Estado hizo todo lo posible para favorecer esta otra colonización porque se encuadraba en el marco general de reformas económicas para instalar el renovado modelo agroexportador” (Guzmán, 2008: 7).⁴³

La producción de soja pasó de 1500 hectáreas en 1961 a 357 mil hectáreas en 1980 (Guzmán, 2008:8). A esto se sumó la expansión del cultivo del algodón, el trigo y otros cultivos menores. El mercado mundial comenzaba a demandarlos y ello disparaba su expansión.

Empresarios impulsados por los beneficios que se podían obtener de la exportación y en el marco institucional favorable que brindaba la dictadura, implementaron nuevas formas productivas en la agricultura –un sector que había quedado reservado tradicionalmente al campesinado paraguayo–. Entonces, desde los años sesenta pero en un proceso que se consolida durante los años setenta y ochenta, el campo paraguayo vivió un intenso proceso de cambio que ha sido conceptualizado como *modernización agraria excluyente* (Rivarola, 1994, citado en Guzmán, 2008:8).

El otro proceso que estuvo en el centro de la intervención stronista en el campo fue el de la *modernización* agraria. En los hechos, ésta significó la expansión de cultivos, empresas y técnicas productivas con miras a responder a los requerimientos del mercado mundial. La mayoría de las tareas comenzaron a ser mecanizadas, con lo que cada vez menos trabajadores irían siendo empleados (excepto para la transformación de los montes en tierras aptas para el cultivo). El principio que orientó a esta nueva producción fue, sencillamente, la maximización de la ganancia (Guzmán, 2008). Algunas consecuencias del proceso en términos emigratorios pueden verse en relación al avance sojero,

Los circuitos de comercialización se vuelven más complejos, incluyendo la intervención privilegiada de las empresas multinacionales agroexportadoras. Los que trajeron las maquinarias y los conocimientos para poner en producción miles de hectáreas fueron los empresarios brasileños de diferentes tamaños, desde pequeños productores familiares a grandes terratenientes. La frontera de colonización agrícola del estado brasileño de Paraná que se desplazaba hacia el occidente desde los años cincuenta, comenzó a extenderse sobre la frontera paraguaya. Puede decirse que la modernización paraguaya fue otro capítulo de la transformación agraria que se estaba produciendo en el país vecino. Los agricultores podían vender sus tierras en Brasil y comprar en Paraguay y aun les quedaba dinero para capitalizar sus explotaciones” (Guzmán, 2008:8).

En síntesis, a lo largo de todo este proceso, el Estado favoreció decididamente la emergencia de la agricultura capitalista. La política agraria se redefinió a partir del objetivo de la

⁴³ De acuerdo a Meliá (1997) en el Paraguay han subsistido dos modelos de economía que cíclicamente conviven y se desbaratan mutuamente; la economía de la producción (sea ésta destinada o no al mercado) y la de la “succión”. Es a esta forma de economía extractiva que se achacan, y con razón, la privación, el despojo, la escasez y en general, todas las carencias. Para Meliá, “la corrupción económica hay que buscarla inicialmente en la alteración y trastrueque de las formas de economía incluyentes, para dar paso al modelo y prácticas excluyentes. La política del Estado real permite la acumulación de bienes de unos a costa de la exclusión de otros” (Meliá, 1997:57). Como veremos en el siguiente capítulo, la cultura campesina expresa de varias formas simbólicas esa apropiación indebida e injusta y la distribución con falta de equidad (Palau, 2005:5).

maximización de la ganancia. Para ello se asignaron las tierras públicas en grandes lotes y se modificaron las condiciones para su adquisición, posibilitando que los extranjeros las compraran en las zonas fronterizas. Se dieron créditos y subsidios privilegiados al sector sojero y se instrumentaron políticas fiscales y cambiarias favorables al negocio exportador (Guzmán, 2008). El avance de la agricultura comercial mecanizada iría paulatinamente desplazando a las comunidades campesinas. Fundamentalmente, a causa de que la nueva empresa agraria cada vez demandaba más y más tierras, pero también a partir de la escasa demanda de trabajo y la alta precarización laboral. La descampesinización estaba en marcha.

La modernización descalificaba sistemáticamente el conocimiento y las prácticas tradicionales del campesinado, asociándolas al atraso productivo. Como señala Guzmán, para más, incentivados por el Estado para entrar en la “era de progreso”, los campesinos se volcaron hacia el algodón, un cultivo comercial de exportación. La superficie cultivada se cuadruplicó en el decenio 1976-1986 y las exportaciones crecieron de un 5% del total en 1972/3 a un 47%, diez años después. “El modelo productivo del algodón se basó no en grandes extensiones de cultivo con cosecha mecanizada sino en el aprovechamiento intensivo de la mano de obra familiar de las unidades campesinas. Los campesinos medios y minifundistas se convirtieron en los principales productores” (Guzmán, 2008:8).

Los efectos de esta orientación hacia el algodón fueron nefastos. Condujeron a las familias campesinas al reemplazo de los cultivos de autoconsumo –mandioca, maíz y poroto– por una producción orientada al mercado externo. De esta forma, la seguridad alimentaria sobre la que se sostenía el modelo económico campesino resultó transformada, introduciendo por primera vez la incertidumbre relativa a la mera reproducción social. Ahora, para sobrevivir, no sólo dependían de las contingencias climáticas sino, también, de los caprichos del mercado mundial.⁴⁴

Veamos ahora las principales consecuencias de la dictadura en términos emigratorios. De acuerdo a Rivarola (1967), *hasta antes de 1954, las migraciones motivadas por factores*

⁴⁴ Si bien no podremos extendernos en esto, es preciso destacar que durante la década del sesenta y hasta su trágico final a mediados de los setenta, la resistencia campesina a este modelo de modernización se organizó en torno a las Ligas Agrarias Cristianas (LAC). La movilización de los labradores tuvo lugar en varios pueblos del país, primero como agrupaciones locales de base y luego unificados en los ámbitos regional y nacional. Lo que dio sentido a la experiencia campesina fue un pensamiento católico renovado por el movimiento del sacerdocio tercermundista (Guzmán, 2008:9). Una comunidad de base se integraba en cada colonia y la unión de todas las bases de un mismo pueblo formaba una Liga agraria. Las Ligas no contaban con dirigentes permanentes; en cada comunidad y para cada tarea o reunión se elegía un coordinador y un secretario, cargos que se terminaban con el evento (Guzmán, 2008:9). A su vez, se crearon federaciones regionales y nacionales que las agruparon.

políticos, parecen haber afectado más a los centros urbanos que a la población rural estrictamente hablando.



Seccional del Partido Colorado en el departamento de Ñeembucú

Es por esto que puede pensarse que los paraguayos que llegan a Buenos Aires *antes de 1954*, provienen principalmente de las ciudades (Asunción y Encarnación) y, en gran medida, dejan Paraguay por motivos de índole política (recordemos la guerra civil de 1947). Paradójicamente, a partir de 1954, la principal motivación entre los emigrados parece ser de naturaleza económica⁴⁵.

“Mirá, acá hay dos clases de...nosotros tenemos también una visión social de cómo se fue dando...el proceso en el país...acá en la década del 60 hubo un tipo de migración...una parte...pero si vayamos antes, en el momento en que asume Ströessner...acá hubo un sistema migratorio que fueron prácticamente migraciones políticas...esas migraciones políticas se ubicaron en toda la frontera, en Corrientes, Formosa... después de eso, ya prácticamente...esas fueron las primeras migraciones de tipo político...y fue de tipo económico en la década del 60...que también, fue una corriente de migración muy importante que también se ubicó en toda esa franja por un tema que estaba la cosecha de algodón, toda

⁴⁵ Vale aclarar que la distinción entre “migrantes políticos” y “migrantes económicos” proviene estrictamente hablando de los estudios migratorios, con una finalidad meramente analítica. En este sentido, al analizar casos específicos, esta distinción suele presentarse como una falsa dicotomía, dado que para los sujetos reales, los procesos políticos no suelen experimentarse de forma aislada de los económicos. En este sentido, para el caso que nos atañe, es sabido que resultaba sumamente difícil para alguien trabajar en Paraguay por esos años si uno no se encontraba afiliado al Partido Colorado. Vemos así que economía y política pueden presentarse como una misma y única razón para emigrar.

la fruta, esas cosas...eso fue desapareciendo todo en las fronteras...hoy prácticamente ha desaparecido todo...toda esa corriente de migración se ubicó adentro de la Capital Federal, una parte de Rosario, y todo principalmente en la Provincia de Buenos Aires...hasta la década del 70, en la década del 70 nosotros tuvimos otro tipo de migración, sobre todo en La Plata, no? Otra corriente política muy fuerte, donde la dictadura militar paraguaya...junto con la dictadura militar de Argentina formaron el famoso Plan Cóndor...que sistemáticamente siguieron junto con los militares de acá, con los militares del Paraguay a los paraguayos acá...la mayoría que venía acá, como todavía hay empresarios paraguayos que estaban acá en el poder municipal...que fueron todo servicio de información de Strössner, se dice que...todos los que pensaban distinto a la política del Paraguay, en la década del 70. Después tenemos otro tipo de migración, la década ya estamos hablando de la década del 80, 90, que fue más económica, el famoso uno a uno de Menem...acá fue la mayor cantidad de migraciones golondrina que se produjo en la República Argentina...por el tema económico...el dólar en ese tiempo, uno a uno...y después, el otro sistema, hoy en día” (Entrevista a Gualberto, miembro de una organización social paraguaya y antiguo trabajador de la construcción. Febrero de 2012)

De acuerdo al Censo Paraguayo de 1962, el 65% de la población del país tiene su asentamiento en áreas rurales⁴⁶. De acuerdo a Rivarola (1967), los *factores condicionantes de índole económica*, a diferencia de los políticos, actuaron de forma decisiva sobre las poblaciones rurales. De acuerdo al análisis del autor, esto se habría debido a que, por un lado, casi la totalidad de la población rural ocupaba por esos años tierras menores a 10 hectáreas y, por otro, a que no existían en dichas zonas otras fuentes de actividad económica. Al mismo tiempo, como mostramos, el avance sojero y la creciente latifundización iba dando lugar a lo que podría entenderse como un modelo de “producción rural sin campesinos”. Así, sólo el 60% de la fuerza de trabajo dependiente del sector agrícola será utilizada por esos años (Rivarola, 1967). El “nivel de sub-ocupación y desocupación, ya sea periódica o disfrazada, alcanzaba una significación altamente comprometedora” (Rivarola, 1967: 52). La fluctuación de precios de los productos agrícolas (recordemos el caso del algodón) eran enormes e imposibles de prever. Poco a poco, comienza a configurarse “un sub-sistema adaptativo sumamente práctico y operativo que contribuye a consolidar firmemente esa endeble

⁴⁶ Sin embargo, la proporción de asentamiento rural parecería ser aún mayor, dado que el censo habría considerado como “población urbana” a los centros poblados que eran cabeceras de departamentos (nombre que se da a las provincias paraguayas), sin tener en cuenta el volumen demográfico de los mismos. A pesar de ello, en muchos casos por esos años, las cabeceras de departamentos del Paraguay se asemejaban más a poblados rurales que a centros urbanos (Rivarola, 1967: 49).

estructura agrícola de producción” (Rivarola, 1967:53). Uno de los pilares de este subsistema lo constituirá la emigración hacia Argentina que, por estos años, comienza a adquirir las características de un movimiento que se dirige fundamentalmente hacia Buenos Aires (Ver anexo II).

“Tenemos que ser sinceros...que la gente que llega acá, no es una clase media...es la clase...más...son los...digamos así, los que ya no tienen lugar en Paraguay, que vienen acá para buscar una supervivencia...entonces, le cuesta el idioma...o sea, no tiene una formación para adaptarse a una sociedad como acá...sobre todo, hablamos de la periferia de La Plata...y aquellos que vienen...un poquito en mejor condiciones, se queda en Capital Federal” (Entrevista a Julio, actual trabajador de la construcción y miembro de una organización social paraguaya de Tolosa, Febrero de 2012).



Un tractor en camino de tierra del Departamento de San Pedro de Ycuamandiyú (2009)

Como veremos, en esta configuración también participan ciertos factores condicionantes de índole cultural (que Rivarola no considera pero que, según Fischer, Palau y Pérez [1997], habrían actuado favoreciendo la elección de Argentina como principal destino migratorio). Una “cultura e idioma comunes, la vecindad geográfica, las extensas fronteras compartidas, junto con la facilidad de intercomunicación tanto por el transporte fluvial como terrestre, habría favorecido la emigración hacia Argentina (Palau, Fischer y Pérez, 1997) y no, por ejemplo, hacia Brasil.⁴⁷

⁴⁷ Esta afirmación debe ser complejizada. Puede pensarse que para los migrantes que llegan a Buenos Aires hasta 1954, el idioma efectivamente constituye una característica favorable. Recordemos que, la mayor parte de estos migrantes dejan el Paraguay fundamentalmente motivados por factores de índole política, provenientes de los principales centros urbanos del Paraguay. En oposición a esto, los flujos migratorios posteriores a 1954 aglutinan

“En el caso del paraguayo el problema es, realmente, el idioma y la documentación...porque son gente muy de afuera, del campo...entonces, por ahí habla muy poco el castellano, se maneja en guaraní, entonces cuesta muchísimo...nosotros tenemos muchísimo gente aquí que tiene ese problema” (Entrevista a Isabelino, Asociación paraguaya de Berazategui. Enero de 2012).

Recordemos que, hasta la década de 1960, la inmigración de paraguayos no era definitiva o permanente. Es recién a partir de mediados de la década de 1950 que este flujo tiende a fijar residencia en Argentina. Según el censo argentino de 1960, en esa década un 23,7 % del total de paraguayos que viven en el país adoptan la nacionalidad argentina.

Una cuestión a destacar es que durante la década de 1970, la emigración de paraguayos se frena relativamente por efecto de la activación económica debida a la construcción de la central de Itaipú y al boom del algodón y la soja. Al parecer, durante estos años existe un fuerte flujo de retornantes (Fischer, Palau y Pérez, 1997). No obstante lo anterior, la emigración volverá a intensificarse desde fines de la primera mitad de la década de 1980 (Fischer, Palau y Pérez, 1997).⁴⁸

Veamos el caso de Pereyra, quien migra por esos años

“Pereyra”

Pereyra salió de Paraguay con catorce años y llegó a Buenos Aires con quince, en 1974. Nos comentó las razones que llevaron a sus padres a vender la chacra familiar y venir.: “La razón de ellos fue... vos querés vivir, bien, y no podés... no tenés medios... entonces... eh.... Tenés que salir... eh... buscar... buscar nuevos horizontes... tal vez... tal vez no en otro país, tal vez cambiando de pueblo eh...conseguís...pero... eh...cambiando de pueblo no conseguís nada....vas de mal en peor. Tenés que entrar en el juego de los políticos... sino no sos... no sos nada”

a personas provenientes de las zonas rurales del país, fundamentalmente guaraní parlantes y, en algunos casos monolingües. Estos migrantes no buscan asilo político en la Argentina sino una mejora en su nivel de vida.

⁴⁸ Miranda et al (2012:3) destacan que “en las décadas del 60 y 70 la proporción de personas nacidas en Paraguay que se encontraban residiendo en el exterior representaba entre el 10% y el 14% de la población total, siendo la cifra más alta de América Latina”. Por su parte, Halpern (2009) señala que algunas estimaciones realizadas por investigadores con una extensa trayectoria en la materia han calculado que, actualmente, el porcentaje de población paraguaya que vive fuera de país se ubicaría entre el 10 y el 15%, siendo sólo superado por El Salvador (Texidó, 2003). En términos netos, las estimaciones señalan que desde 2001 hasta 2007 la emigración ascendió a 280.000 personas, lo cual abarca a una décima parte de la población económicamente activa de Paraguay” (PNUD, 2009 citado en Miranda et al, 2012:3).

Dice que no recuerda muchas cosas de su infancia pero que después, cuando volvió a Paraguay por el año 1985, no se sintió muy a gusto. A su mujer la conoció durante ese viaje que hizo, para ver si había posibilidades allí o si regresaba a Buenos Aires. En relación a ese viaje, afirma:

“Después, de grande, cuando volví sí... ahí sí... y conocí lo que es eso... la vida allá que es muy... o sea, a mí, no me gusta. Recorrí todo... todo el país recorrí yo... las zonas más jodidas... los lugares o sea más jodidos... recorrí... eh siempre... bueno, fuimos explotados, bah... eh... porque la gente tiene unos manguitos y ya... los que tienen... ahí nomás te la van currando y te explotan como... hasta ahora sigue eso... no cambia nada... cambia el gobierno pero no cambia la política...la política sigue haciendo igual... esto es mío... vamos a robar allá...allá es una zona liberada. Es mucho más grande (que en Argentina) la corrupción. Más grande porque la gente va más por la... por la moneda...eh... entonces se abre...el camino se abre para todos... si vos sos político... y vos tenés tu gente... eh ... y ...tu gente también a través tuyo roban, porque vos le das esa tarjetita y vos con esa tarjetita hacés lo que se te canta. Acá no es tan así, si pero muy... muy pocos son los que se tiran a... porque si vos tenés un punterito...político... no es que se tiran mucho al pozo porque... saben que después le va... a... le va a venir... pero allá no. Allá todos... cuanto más robás... más te quieren tus vecinos...” (Entrevista a Pereyra, Obra de calle Pumacahua. 2008).

Todo esto empezó... que más o menos yo te pudiera decir...o sea, lo que yo ví... anteriormente no le daba mucha importancia porque éramos todos... eh, con el gobierno de Stroëssner éramos todos... nadie hablaba... nadie hablaba porque ahí nomás te cortaban la cabeza viste... los que entraban en la facultad tenían que ir... calladitos... seguir la misma línea porque... te desvías y un día fuiste.....era así.....se siguió hasta el golpe de estado... que yo todavía estaba acá, eh, yo viajé después del golpe de estado ... y ahí...empezaron todos los gobiernos... o sea... usaron mal la libertad” (Segunda entrevista a Pereyra. Obra calle Pumacahua. 2008).

Más allá de que después analizaremos con más detalle las miradas que los sujetos tienen respecto de algunos procesos políticos en Paraguay, sirven aquí a la contextualización histórica de las migraciones. Carrón (2008) sintetiza este largo período dictatorial: “la compra de grandes extensiones por pocos propietarios, el alambrado, la degradación de los precios de los productos agrícolas, la baja calidad de las condiciones de vida, fueron provocando la expulsión del agricultor de sus pequeñas parcelas de tierra, el abandono y el ausentismo,

fenómenos que las políticas rurales no conseguirán contener” (Carrón, 2008:24), y “menos aún en las últimas tres décadas, después del Tratado de Itaipú, en 1973” (Meliá, 2004: 230).

La llegada de la democracia (1989 – 2008)

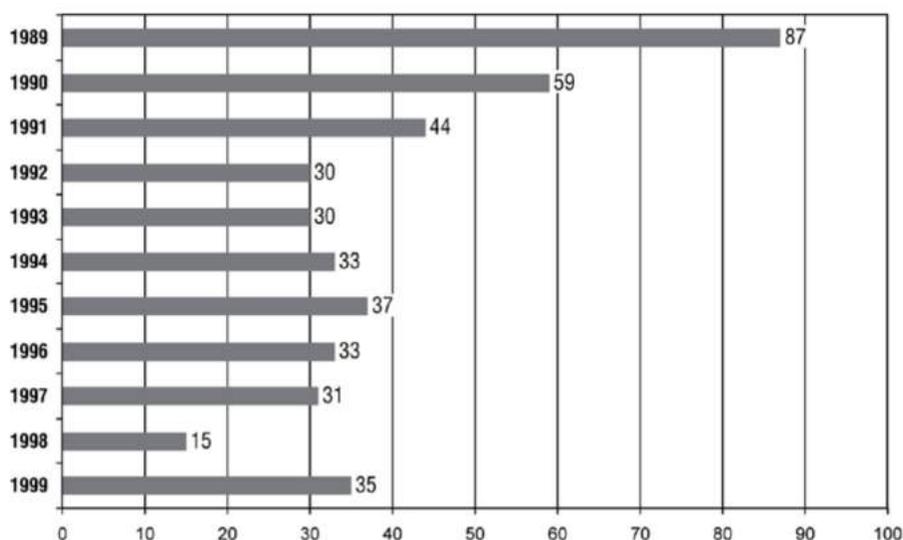
El retorno democrático en Paraguay se inicia en 1989, cuando es derrocado mediante golpe de Estado el anquilosado gobierno autoritario del general Ströessner. Sin embargo, Laterza (1989) insiste en recordar que el Paraguay no dejó de ser autoritario en febrero de 1989, puesto que, si bien el derrocamiento del dictador fue respaldado por la voluntad colectiva, no rompió con la modalidad golpista y, por lo tanto, ilegal (citado en López, 2010: 6). A pesar de ello, es cierto que la ruptura del régimen autoritario en 1989 abrirá un período de transición hacia la democracia, lo que haría posible que la población comience a disfrutar de ciertas libertades civiles, sobre todo en las ciudades. En el campo, por el contrario, la lucha por la tierra no haría más que agudizarse (Riquelme, 2003). En este nuevo escenario, las organizaciones campesinas adquirieron un gran protagonismo. Cada vez con más fuerza, comienzan a llevar a cabo importantes acciones reivindicativas. Las grandes postergaciones eclosionan y las acciones se dirigen básicamente a la recuperación de la tierra. En relación a esto, autores como Hobsbawn (1968) o Wolf (1972) han coincidido en señalar que la aparición de los movimientos sociales rurales representa una reacción frente a la descomposición campesina. La misma se produce por “la alteración de la sociedad campesina como consecuencia de la expansión del capitalismo en la agricultura. Tanto la tierra como el trabajo y la producción se convierten en mercancías, y de esta manera se da una separación de los campesinos de sus recursos productivos y de su matriz social habitual” (Fogel, 1982: 29). Sin duda este proceso había alcanzado el paroxismo durante el stronato. La mayor parte de las organizaciones campesinas había tenido que mantenerse en la clandestinidad. El Movimiento Campesino Paraguayo (MCP), la Federación Nacional Campesina (FNC), la Organización Nacional Campesina (ONAC), la Unión Nacional Campesina (UNC) y la Organización de Lucha por la Tierra (OLT) comienzan ahora a crear sus propias comisiones vecinales de sin tierra para articular, apoyar y acelerar la lucha (Riquelme, 2003: 18).

Por primera vez parece cobrar vitalidad el señalamiento realizado por Quijano (1967: 171) respecto de la “tendencia del campesinado de algunos países a diferenciarse y a organizarse como un sector específico de intereses sociales, que se manifiesta en la emergencia de vigorosos movimientos político-sociales, varios de los cuales han logrado alcanzar un nivel considerable de desarrollo y han ejercido una profunda influencia sobre sus respectivas sociedades”. En general, en Paraguay, el movimiento campesino había tenido un rol político

importante en algunos períodos de la historia, “pero sin la proyección necesaria para modificar las relaciones sociales vigentes” (Riquelme, 2003: 25). A pesar de ello, como una particularidad del caso paraguayo y a diferencia de otros países, “el salto que dieron las organizaciones campesinas de pasar de lo asistencial a un programa de desarrollo nacional” (Riquelme, 2003:35) una vez recobrada la democracia, no surgirá de estrategias urbanas sino del propio movimiento campesino.

Será entonces con la transición hacia la democracia que el campesinado comenzará a constituirse en uno de los principales protagonistas del proceso paraguayo. Surgirán así miles de campesinos sin tierra que irrumpirán en las grandes “propiedades privadas”, con la ilusión de hacerse de una parcela propia (Riquelme, 2003). Entre 1989 y 1999 se producirán 434 casos de conflictos de tierra. Sólo en los tres primeros años de transición democrática, se consignan alrededor de 30 conflictos de importancia por año.

Gráfico 1. Conflictos de tierra por año (1989 – 1999)

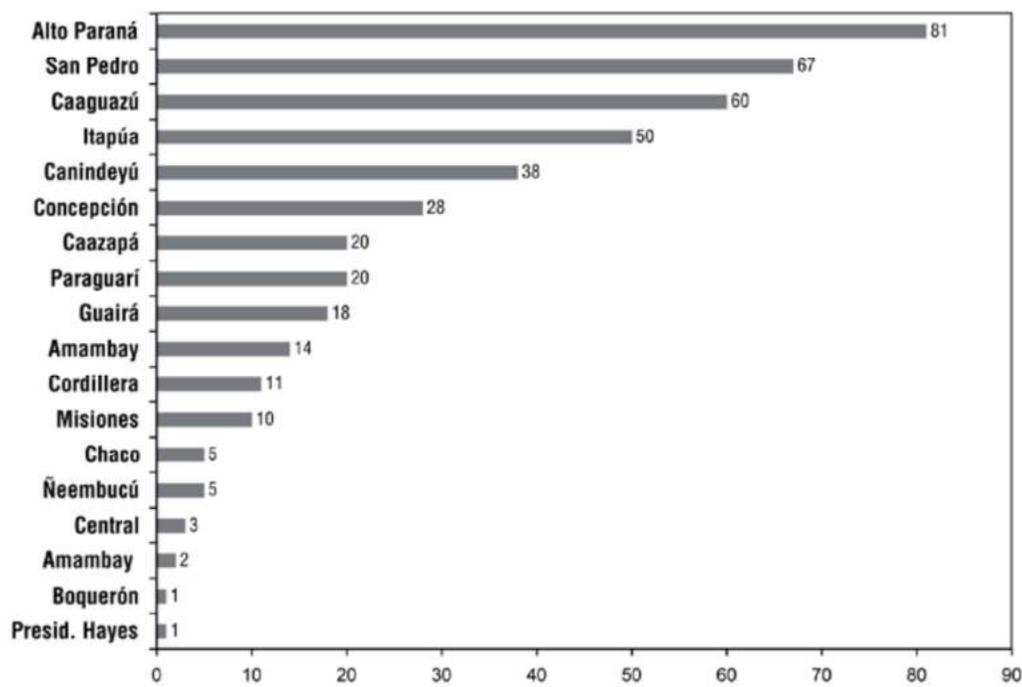


En Riquelme (2003). Fuente: CDE-Informativo Campesino.

La verdadera puesta en escena de este protagonismo campesino comienza en 1994, cuando las organizaciones campesinas empiezan a marchar sobre Asunción todos los años en el mes de marzo. Si antes habían sido debilitados por la represión, después del golpe, y si bien la participación del liderazgo campesino a la acción política “se constituyó en un factor que influyó debilitando la formación de un movimiento con autonomía” (Morínigo, 2003: 14), “tanto la represión como la participación política crearon las condiciones para una mayor identidad, lo que favoreció el desarrollo y la creación de un movimiento con capacidad de

presencia y acción histórica, desde su posicionamiento socioeconómico y cultural” (Morínigo, 2003: 14).⁴⁹

Gráfico 2. Conflictos de tierra por Departamento (1989 – 1999)



En Riquelme (2003). Fuente: CDE-Informativo Campesino.

Un hito importante de la conflictividad social en tiempos “democráticos” se produce hacia 1999, con el “Marzo Paraguayo”. Se trata de un levantamiento ciudadano contra el por entonces presidente Cubas Grau (1998-1999), por el asesinato del vicepresidente de la República, Luis María Argaña. La movilización ciudadana en Asunción coincidió con la marcha anual de la Federación Nacional Campesina que llevó unos 15.000 manifestantes a las plazas del Congreso, uniéndose a los manifestantes que repudiaban el asesinato. En esta jornada, murió el campesino Cristóbal Espínola, “a causa de disparos mortales de francotiradores fieles al gobierno depuesto” (Riquelme, 2003: 207).

⁴⁹ Entre los intentos de conformar frentes coordinados de lucha, ya a principios de este siglo, se encuentra la constitución en el mes de julio de 2004 del Frente Nacional de Defensa de la Vida y la Soberanía (FNDVS), que aglutinó a delegados de diferentes organizaciones campesinas, obreras, estudiantiles, de mujeres, indígenas, y partidos políticos de izquierda. La FNDVS logró establecer el diálogo e instalar una instancia de unidad de acción entre organizaciones de gran preponderancia (Riquelme, 2003). Se asiste asimismo durante este período a la expansión de un nuevo actor social: las organizaciones no gubernamentales (ONGs) que, con pequeños proyectos productivos y de capacitación, incursionan cada vez más en el sector campesino (Riquelme, 2003).

Los movimientos emigratorios durante esta etapa “democrática” no sufren grandes alteraciones. En primer lugar, con la finalización de las obras en la hidroeléctrica Itaipú hacia 1984 se produce, por un lado, el retorno de los asalariados a sus lugares de origen, originándose una fuerte presión por la tierra (Fischer, Palau y Pérez, 1997). Esta mano de obra liberada no encuentra ocupación en otros sectores económicos, lo cual agravaría y complejizaría aún más la situación en el campo. La construcción de Itaipú (al igual que sucedería luego con la construcción de Yacyretá, entre 1983 y 1998) demandó el trabajo de miles de trabajadores de origen campesino. Estas experiencias constituyeron para muchos trabajadores las primeras en el sector de la construcción. Como veremos luego a partir de las entrevistas, una parte importante de esta fuerza de trabajo optará por migrar a la Argentina en lugar de retornar a sus pueblos de origen.



Cartel ubicado en una esquina céntrica de Asunción (2009).

Los distintos gobiernos democráticos han desarrollado distintos programas de repatriación de sus connacionales. El problema de la emigración juvenil es tan acuciante que en 1993 se creó la “Secretaría de Desarrollo para Repatriados y Refugiados Connacionales”, que funciona hasta el día de hoy.

Un punto a destacar tiene que ver con que, durante este período, las corrientes emigratorias comienzan a vincular cada vez más a los jóvenes.⁵⁰ De acuerdo a la Encuesta Permanente de Hogares Paraguaya, entre 2005 y 2010, más del 60% de los varones paraguayos que emigraron tenían entre 15 y 24 años de edad. Esta situación posee un doble efecto sobre las áreas rurales. Por un lado, se observa un acelerado proceso de vaciamiento de las poblaciones, y, por otro, el hecho de que los que migran son cada vez más jóvenes de ambos sexos, con los mejores niveles de escolaridad, lo que implica que en pocos años más la agricultura familiar campesina se verá seriamente afectada.

“Sería lindo hacer las cosas al revés, procurar que los compatriotas, los jóvenes, no vengan... para no hacer acá los documentos ni nada... porque, yo creo que nuestro país está vacío de jóvenes y eso no... no habla de cosas buenas... Yo creo que eso, el gobierno de turno (en relación al gobierno de Lugo), yo creo que se está revisando, yo creo que todos están preocupados, que todos saben eso y...es impresionante como los compatriotas están saliendo del país”. (Entrevista a Almídez, obrero de la construcción. Obra de Erezcano. Febrero de 2011).

El siguiente cuadro muestra cómo, si bien tanto la población urbana como la rural tienden a aumentar, la migración interna tendió a disminuir en términos relativos.

Cuadro 1. Paraguay: Población total del país y total de migrantes internos por censos, según áreas urbana y rural, 1977-2002

Intervalo	Población urbana	Población rural	Población total	Total migrantes	% migrantes sobre población total
1977-1982	1.295.345	1.734.485	3.029.830	234.913	7,75
1987-1992	2.089.688	2.062.900	4.152.588	254.400	6,13
1997-2002	2.928.437	2.234.761	5.163.198	262.565	5,09

Fuente: DGEEC (2002)

Un panorama general mostraba que hacia 1992, el 75,6% de la Población Económicamente Activa (PEA) lo constituía el sector agrícola, de comercio y de servicios. Como señala Paredes (2002:9), “el proletariado industrial propiamente dicho era un sector minoritario”. Además, hacia 1998, el 46,4% de la PEA pertenecía a la llamado sector informal de la

⁵⁰ Como señala Miranda (2012), es preciso advertir que hace algunos años se hacía difícil pensar la existencia de «jóvenes migrantes», ya que la condición juvenil era privilegio de individuos —generalmente hombres— de grupos socialmente aventajados (Miranda, 2007), los cuales en algunos casos experimentaban la movilidad territorial en calidad de «estudiantes», patrocinados siempre por su red familiar. Mientras que aquellos que hoy denominamos «jóvenes migrantes» se incorporaban a la actividad laboral en las sociedades de destino o permanecían en sus hogares de origen asumiendo las tareas domésticas desde edades tempranas (Miranda, 2012:2).

economía (DGEEC, 1998). Alderete (2006) destacaba que “la mala distribución de ingresos hace que Paraguay sea el país más desigual en América y el cuarto en el mundo”, sólo superado por Namibia, Lesotho y Bostwana. A pesar de la intensificación del desarraigo campesino (Galeano y Rivarola, 2000), Paraguay era a fines del siglo pasado el país con mayor proporción de población campesina de América Latina, con el 43% (...) pues el resto de los demás países tienen en promedio un 27% de población rural” (Alderete, 2006 citado en Halpern, 2009:83). De aquí la emigración como contradicción del propio avance capitalista: “cuanto más se expulsa fuerza de trabajo del ámbito rural, más evidente se hace la incapacidad de incorporar esa fuerza de trabajo en un terreno donde lejos está de producirse un crecimiento capaz de responder a las demandas poblacionales” (Halpern, 2009:81).

La esperanza que se desvanece: el Gobierno de Lugo y un golpe de Estado “a lo paraguayo” (2008-2012)

En 2008, por primera vez en la historia política paraguaya, un candidato no perteneciente al Partido Colorado o al Partido Liberal gana las elecciones presidenciales: el ex-obispo Fernando Lugo Méndez, quien gobernará el Paraguay hasta 2012, cuando un año antes de finalizar su gestión, sea removido de su cargo “mediante un juicio político (o «golpe parlamentario») que se caracterizaría por violar varias figuras jurídicas” (López, 2014:1). Si bien es cierto que Lugo había anunciado una reforma agraria, nunca logró la mayoría parlamentaria para llevar a cabo casi ninguna medida destinada a transformar el régimen de tierra⁵¹. Si bien es cierto que Lugo no logró transformar las corruptas estructuras de poder, como señalamos en otra oportunidad (Del Águila, 2015), durante su mandato tuvieron lugar algunos cambios auspiciosos en relación a los emigrados.⁵²

El escenario al que se enfrentaba Lugo no podía ser menos augurante. El Censo Agropecuario de 2008 arrojaba que la concentración de las tierras se había mantenido prácticamente igual durante los veinte años de democracia. De hecho, ésta se había agudizado, ya que mientras que el censo agropecuario de 1991 registraba que el 1,55% de propietarios tenían el 81,32% de las tierras, al finalizar el censo del 2008, el 85,5% de las tierras estaba en manos del 2,06% de los propietarios. Por otra parte, la cantidad de fincas en Paraguay había caído de 307.221

⁵¹ En este orden de cosas, la plataforma que sirvió para legitimar el juicio destituyente a Lugo fue la Masacre de Curuguaty (Canindeyú) en la que murieron 11 campesinos y 6 policías en lo que fuera una toma de tierras fraguada impunemente por los golpistas para argumentar la inestabilidad política del gobierno de mandatario.

⁵² Fundamentalmente, nos referimos tanto a la extensión de los operativos de Consulados itinerantes en Argentina, a través de los cuales se logró otorgar documentación a muchos migrantes que hasta entonces permanecían “indocumentados”, como también al Referéndum que dio por anulado el Artículo 120 de la Constitución Nacional paraguaya que prohibía el derecho al voto a los emigrados.

en 1991 a 289.666 en el 2008, representando una baja del 5,7%. Al interior de este conjunto, las categorías que más disminuyeron fueron aquellas que involucraban a los pequeños y medianos productores de 1 a menos de 100 hectáreas. Solamente habían aumentado en cantidad las propiedades con más de 100 hectáreas (Ha). Además, *había 5.418 nuevas fincas de más de 100 hectáreas, en tanto existían 22.973 fincas menos en las categorías que van de 1 hasta 100 Ha* (Censo Agropecuario, 2008).



Grafiti en la Villa 21-24 de Buenos Aires.
Como parte de su campaña con miras a la presidencia, Lugo visitó la villa que alberga a la mayor cantidad de paraguayos en la Ciudad de Buenos Aires.

De acuerdo a la Encuesta Permanente de Hogares paraguaya (EPH), la pobreza en el país hacia el año 2010 alcanzaba a 2.195.586 personas, es decir a un 37% de la población del país (6.273.103 habitantes). Según la misma fuente, hacia el año 2010, sobre 5.028.575 personas en edad de trabajar, 2.262.858 no lo hacían, lo que significaba un desempleo de alrededor del 45%. Hay que decir también que de las 2.765.717 personas que trabajaban, 792.476 lo hacían en el marco del empleo informal, lo que habla de un subempleo que representa el 29% del mercado laboral en el Paraguay.



Marcha anual del movimiento campesino a Asunción (Foto gentileza de Paraguay Pyahura)

En resumen, la situación de los campesinos paraguayos no ha visto cambios positivos en los últimos años. Nos permitimos, para cerrar este capítulo, citar *in extenso* las palabras de Patricio Dobrée en su introducción al libro *“La tierra en Paraguay: de la desigualdad al ejercicio de derechos”* (2012), ya que sintetiza mejor que lo que podríamos hacerlo nosotros el momento actual que se vive en el país en relación a la tierra:

Después del golpe parlamentario que en junio de 2012 interrumpió un lento y frágil proceso de construcción democrática, el rostro del sistema capitalista mundial se hizo presente en Paraguay en su versión más obscena y descarada. El modelo de desarrollo basado en la agricultura empresarial a gran escala fue fortalecido y beneficiado con la continuidad de tasas impositivas burlescas para los grandes productores, la autorización de nuevos tipos de cultivos transgénicos, la indiferencia ante las fumigaciones con agro tóxicos, la derogación de leyes ambientales y el descredito, cuando no la violenta persecución, de cualquier intento de resistencia que proviniera de las organizaciones sociales del campo.

A partir de ese momento, ya no fue necesario guardar ningún secreto. La lógica del capital impuso a la tierra su verdad, que es la de pertenecer al orden de la transacción y la acumulación dentro de un espacio económico internacional. Es cierto que esta configuración poco tiene de nuevo, ya que su estructura se ha ido desplegando y consolidando en sucesivas fases desde los tiempos de la colonia. No obstante, lo que si resulta novedoso es la prepotencia con la que se ha pretendido instalar un régimen de percepción donde el modelo agroexportador se presenta como destino inevitable de la historia (Dobrée, 2012:5).

Capítulo Segundo

“Chokokue”⁵³

Características de la producción en el entorno rural paraguayo

*“Sólo la forma en que el plustrabajo es arrancado
al productor directo, al trabajador;
diferencia las formaciones económico-sociales”*

KARL MARX

*“Tekoha ÿre ndaipori teko”
“Sin territorio, no hay cultura”*

PRINCIPIO GUARANÍ

Introducción

En el capítulo anterior analizamos los principales procesos históricos a través de los cuales se han creado (y se re-crean periódicamente) las condiciones estructurales que hacen que algunos habitantes del entorno rural paraguayo se conformen como grupos subordinados de la estructura social, fundamentalmente privándolos, de generación en generación, del acceso a la tierra y, con esto, de la capacidad para garantizar la estabilidad de su reproducción social.

Al argumentar en favor del abordaje histórico sobre la cuestión de los paraguayos en las obras del AMBA, dijimos que nuestro interés pasaba por intentar acercar una respuesta a las siguientes preguntas: *¿Quiénes son los que emigran desde Paraguay y luego se insertan en la industria de la construcción como obreros asalariados? ¿Cuándo y bajo qué condiciones comienza a constituirse en Paraguay este migrante como actor social?* Si bien, en principio, podría argumentarse que para responderlas bastaría con presentar los saldos migratorios de los distintos períodos históricos y su correspondencia con la historia política del país, veremos que la introducción de la mirada etnográfica nos permitirá analizar *de otra manera* dichos procesos

Recordando que nuestro interés es el de mostrar que, con la migración, las adscripciones y las racionalidades se ven profundamente transformadas, nos dedicaremos en este capítulo a

⁵³ El título del capítulo refiere a una polka compuesta por Mauricio Cardozo Ocampo. En guaraní significa “Campesino”.

caracterizar las condiciones de vida y trabajo de los sujetos con anterioridad a la emigración, ahora en perspectiva sincrónica. Esto nos permitirá reflexionar más adelante respecto del modo en que se articulan y se re-definen mutuamente las identidades bajo las relaciones de producción de la gran industria urbana. La pregunta central sería ahora: *¿cómo ocurre la transformación de ciertos sujetos ligados a la actividad agrícola, con distintos orígenes geográficos en el Paraguay rural, en un grupo social de cierto protagonismo en la industria de la construcción de Buenos Aires?* En sintonía con los señalamientos de Thompson (1984), consideramos que, sin duda, antes de constituirse en miembros de una “clase”, los sujetos deberán haber experimentado “situaciones de clase”. A lo largo de la tesis, iremos dando cuenta de las que consideramos principales. Por el momento, baste decir que, provenientes de ámbitos caracterizados por la primacía de relaciones de producción domésticas orientadas a la subsistencia, muchos paraguayos se encuentran en Buenos Aires frente a una industria signada por la compra-venta de fuerza de trabajo en el mercado.

“No nos olvidemos de que...gran parte de los compatriotas que vienen del campo...y sin conocer Asunción, que es una ciudad, digamos así...más moderna...pero...más moderna, para estar como mejor preparado antes de llegar a Buenos Aires...pero...sin pasar por Asunción, y viene acá y se encuentra con un cambio totalmente...es un cambio...demasiado...entonces, como que cuesta...cuesta insertarse digamos así...eso yo lo veo como un déficit”. (Entrevista a Andrés, contratista paraguayo. Diciembre de 2010).

Así, estos trabajadores (socializados en estructuras económicas y sociales distintas a las del *homo economicus* capitalista) deberán adaptar su visión del mundo al nuevo ámbito de producción, caracterizado por la explotación intensiva de la fuerza de trabajo con el objeto de obtener altas tasas de ganancia. Entre otras cuestiones, esta situación significara para muchos de los trabajadores comenzar a percibir por primera vez un salario monetario de forma regular.

Ahora bien, dado que argumentaremos que gran parte de los trabajadores de la construcción del AMBA provienen de “comunidades caracterizadas por la producción doméstica orientada a la subsistencia”, quisiéramos especificar a qué nos referimos exactamente con esto. Permítasenos una breve digresión para recuperar las categorías teóricas que guiarán nuestro análisis.

Dentro de la teoría social, el campesinado ha dado lugar a acalorados debates académicos y políticos de gran trascendencia (Archetti, 1974, 1993; Archetti y Stolen, 1975; Galeski, 1977). Así, se los ha relacionado con la autosubsistencia (Archetti, 1985; Shanin, 1979), pero

también se ha hablado de “campesinos sin tierra”, identificándolos con los jornaleros que trabajan en fincas privadas (Craviotti y Soverna, 1999; Forni y Neiman, 1994; Giarraca, 1990; Giarraca y Aparicio, 1991; Giarraca y Teubal, 2005; Schiavoni, 2005). La falta de una explicitación concreta respecto de estos puntos de partida conceptuales podría llevar al equívoco de considerar que los trabajadores provienen de lugares en donde priman relaciones “pre-capitalistas” de producción. Nada más lejano de la realidad. Como intentaremos mostrar, estos entornos han sido tan atravesados por el desarrollo capitalista como cualquier otro punto del globo. Argumentaremos, por el contrario, que las confusiones en este sentido se originan a partir de concepciones erróneas respecto de las categorías de “campesino”, “campesinado” y “producción doméstica”, cuestión que ha conducido a que las relaciones entre campesinado y capitalismo, muchas veces, hayan sido interpretadas en términos excluyentes.

Así, comúnmente, al hablar de “campesinado” se lo ha hecho en dos sentidos distintos: o bien, relacionando lo campesino a lo primitivo y lo atrasado, o bien imaginándolo románticamente, como una comunidad caracterizada por el trabajo manual y la sabiduría ancestral respecto de la tierra, en donde aún priman relaciones igualitarias y armoniosas.⁵⁴ En ambos casos, el problema es el mismo: *se actúa como si las culturas campesinas no fueran también alcanzadas por la ideología dominante, el “desarrollo” capitalista y las contradicciones propias del antagonismo de clases.*

Un primer problema que surge de estas miradas radica en considerar que si el productor agrícola adquiere maquinaria “moderna”, está perdiendo con esto su “condición de campesino”, pasando a convertirse en una suerte de “empresario rural”. Esta visión se desprende de la concepción “romántica” (aunque más peligrosa que ella), y por lo mismo afirma que si el campesino vende parte de su producción en el mercado con el objeto de obtener algún tipo de beneficio, deja automáticamente de estar guiado por pautas tradicionales de existencia, pasando así a engrosar el grupo de los “comerciantes”. En base a este tipo de argumentos, se ha sostenido que, o bien en las localidades rurales de los países periféricos prima cierto “pre-capitalismo”⁵⁵, o bien lo contrario, que el mundo rural no es más que una

⁵⁴ Si bien, por supuesto, desde la antropología se han hecho numerosos aportes superadores de estas visiones, tanto desde la Argentina (Abduca, 1993, 1995; Archetti, 1993; Balazote, 2007; Balazote y Radovich, 1992; Cragolino, 2001; Radovich y Balazote, 2001, 2009, 2014; Trincherro, 1995, 2002; Valverde y Morey, 2005; entre otros) como desde otras latitudes (Cancian, 1989; Godelier, 1978; Meillasoux, 1972; Sahlins, 1972; Wolf, 1982; por nombrar sólo a algunos).

⁵⁵ Los informes de la CEPAL para América Latina durante las décadas de 1950 y 1960 enfatizaban el problema de las situaciones de pobreza rural a las que consideraban resultantes de la supervivencia de formas tradicionales de producción, del minifundismo y su expresión en la estructura de clases: el campesinado. (Trincherro, 1995:9). En este sentido, la pobreza era caracterizada como el resultado de una combinación de escasez de alimentos y estructuras productivas “atrasadas”. Estas visiones tendían a soslayar el carácter contradictorio de la producción

extensión del capitalismo “urbano”, y que sus habitantes muestran comportamientos y racionalidades económicas que se inscriben claramente dentro de la lógica de acumulación capitalista.⁵⁶

Dado que el panorama es ciertamente difuso, vale la pena explicitar nuestro punto de partida teórico en relación a estas cuestiones. En primer lugar, entendemos que *lo que esencialmente define al modo de producción capitalista no se vincula al destino mercantil o no de la producción, sino el predominio a escala social del sistema salarial.*⁵⁷

La evidente falta de claridad sobre estas cuestiones (aun entre pensadores marxistas) ha dado lugar a concepciones mecanicistas y esencialmente erróneas sobre los sujetos sociales agrarios de las sociedades capitalistas. Fundamentalmente, a partir de una sobre-interpretación de los escritos de Marx, se ha entendido (Pérez, Rebollar y Monroy, 2007) que para hablar con propiedad de “capitalismo”, es preciso que una sociedad haya experimentado antes un proceso de “descampesinización” absoluta. Sin embargo, nada parecido fue sugerido por Marx ni por ningún otro teórico de importancia al interior de la tradición marxista. Siguiendo a Azcuy Ameghino (2004), en su modulación más general, se denomina campesino a

Todo productor directo que reproduce su existencia mediante la aplicación de su fuerza de trabajo – y la de su grupo familiar y/o grupo doméstico- predominantemente al cultivo de la tierra y/o la cría de ganado, cualquiera sea su relación jurídica con el medio de producción fundamental que se constituye en su laboratorio natural. Esta

agraria capitalista, “donde el incremento de la oferta de alimentos va de la mano con la profundización de las desigualdades sociales, los desastres ambientales y el desempleo” (Trincheró, 1995:10).

⁵⁶ Siguiendo a Cancián (1989) existen tres grandes conjuntos de miradas sobre los grupos campesinos. Por un lado, las teorías que han resaltado su *homogeneidad* como grupo social (tales los casos de Wolf, Foster o Chayanov), aquellas que han hecho hincapié en su *heterogeneidad* (por ejemplo, Barlett) y aquellas que han destacado la existencia de pautas de *diferenciación* en su interior a partir de su relación con el sistema global (por ejemplo, Lenin). Sin duda, las tres posturas aportan premisas que podrían resultar de interés para el análisis del campesinado paraguayo. Si bien no nos detendremos en este debate, de forma sintética puede decirse que los teóricos de la homogeneidad han concebido a los campesinos como poseedores de un sistema sociocultural “especial” que los haría diferentes de otras personas y reacios a asociarse con el exterior así como a adaptarse a los cambios económicos. Por su lado, los teóricos de la heterogeneidad los han entendido como semejantes a otras personas, destacando su “ansiedad” por cambiar cuando se enfrentan a auténticas oportunidades. Por último, a los teóricos de la diferenciación les ha interesado la forma en que las relaciones con el sistema económico global afectan a los campesinos (Cancián, 1989).

⁵⁷ El capital es una relación social de producción, y el capitalismo un modo de producción basado en el predominio de dicha relación. “Esto significa que para el marxismo es siempre la organización social de la producción, por sobre cualquier otro factor y determinación, la que define el contenido de clase de cada sociedad concreta. Así por ejemplo, la maquinaria más moderna, la agricultura de precisión, el recurso satelital, etc., no bastarán para definir por sí mismos la naturaleza capitalista o no de un régimen de producción, aun cuando tendencialmente puede aceptarse que “el molino movido a brazo nos da la sociedad de los señores feudales; el molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales. Así, muchas unidades productivas pueden parecerse a las capitalistas, e incluso funcionar como tales, y sin embargo, no serlo” (Azcuy Ameghino, 2004: 175).

definición básica prescinde del resultado económico de la explotación más allá del logro de la subsistencia y reproducción de sus operadores (incluido entre otros el recurso a diversas formas *part time* de peonaje y trabajo a jornal); es decir que no se toma como definitoria la producción o no de excedentes, ni su probable acumulación monetaria o transmutada en diversas objetivaciones de la riqueza social. Tampoco resulta un componente determinante del ser campesino el destino de su producción, la que puede ser predominantemente para el consumo familiar o para el mercado (Azcuay Ameghino, 2004: 164).

Esta definición tiene la virtud de mostrar que campesinos como los mencionados existen y han existido en prácticamente todas las sociedades conocidas por la humanidad. En este sentido, puede decirse que la categoría, a diferencia de otras, como “obrero”, *no remite a ningún modo de producción en particular*. Como señala Vilar, resulta justamente por ello preocupante “el empleo de la palabra ‘campesino’ sin calificativo, como si existiera un campesino-concepto, un campesinado en sí”, dicho de otro modo, es preciso desconfiar de “una utilización de la palabra ‘campesino’ aisladamente empleada, sin más distinciones ni análisis” (Vilar, 1988:268).

Habiendo acordado la necesidad de acotar la investigación a grupos campesinos concretos, avancemos ahora en otros aspectos. En los planteos originales de Marx, una de las condiciones para que se verificara el pasaje del feudalismo al capitalismo consistía en que el campesinado debía ser “liberado” de dos de sus rasgos esenciales:

La sujeción y dependencia personal respecto a otros sujetos sociales dotados de cuotas de poder suficientes para establecer y reproducir coactivamente dicho tipo de vínculos; y la disponibilidad de un relativo control sobre las condiciones de producción que le facilitaban un acceso directo a los medios de subsistencia y en consecuencia, a la reproducción de su existencia” (Azcuay Ameghino, 2004: 166)

A partir de esto, el desarrollo capitalista necesariamente requeriría de la disociación entre el trabajador y la autonomía sobre las condiciones de su trabajo, “proceso que de una parte convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados” (Marx, 1947:608). Ahora bien (y aquí está el punto), este proceso no ha sido mecánico y, por el contrario, ha adoptado formas muy disímiles de acuerdo al lugar y al momento histórico en cuestión. En este sentido, y si bien la proletarianización parcial de los campesinos así como el monopolio relativo de medios de producción por una minoría enriquecida resultan elementos característicos de la descomposición del campesinado pre-capitalista, sólo representan una parte del complejo fenómeno de la *descampesinización*.⁵⁸

⁵⁸ Efectivamente, Marx mostró que la proletarianización de una parte del campesinado así como la transformación de otra parte en burguesía, son producto de la diferenciación social emergente del proceso de transformación de los antiguos productores directos. Esto surge de la constatación de que “siempre y en todo lugar han existido

En concordancia con lo planteado por Azcuy Ameghino (2004), en ningún momento la teoría marxista ha afirmado la necesidad de que este proceso de descampesinización se complete totalmente para poder comenzar a hablar de capitalismo en justos términos. De hecho, como explica el autor, se trata de una tesis ajena al materialismo histórico, en tanto en el marco conceptual marxista sólo corresponde hablar de una *descampesinización suficiente*. “¿Suficiente para qué? Suficiente para poder afirmar el predominio a escala social de las relaciones de producción capitalistas por sobre otras relaciones anteriores con las que éstas inevitablemente coexisten” (Azcuy Ameghino, 2004:169).⁵⁹

Desde esta postura, y bajo esta definición de predominio capitalista, resultaría fácil argumentar que, al día de hoy y al interior de muchas regiones rurales del Paraguay, *el capitalismo aún no se ha constituido en modo de producción dominante*. Los Censos Agrícolas así lo demuestran: una gran parte de la población en los entornos rurales del Paraguay practica la agricultura de auto-subsistencia y sólo ocasionalmente vende su fuerza de trabajo. Desde el marco teórico propuesto, entonces, el proceso de descampesinización parecería no haber adquirido aún las características *suficientes* como para dar lugar a la extensión generalizada (y mayoritaria) de relaciones sociales de producción capitalistas caracterizadas por la compra-venta de fuerza de trabajo.

Nos encontramos así frente a lo que parece ser una paradoja: la reconstrucción de los procesos históricos realizada en el primer capítulo ha mostrado al sector campesino paraguayo como un actor al que cíclicamente se ha privado de los medios para garantizar su reproducción. Al mismo tiempo, el campesinado paraguayo ha sido “liberado” de las previas ataduras extraeconómicas, de modo tal que es libre ahora de vender su fuerza de trabajo. Sin embargo, algo parece haber “fallado” en este proceso de instalación definitiva de las relaciones sociales de producción capitalistas. ¿Qué estamos pasando por alto?

La respuesta a esta pregunta vendrá de la mano de la introducción de una categoría a la que muchas veces las ciencias sociales no han otorgado suficiente importancia. Nos referimos al concepto de “*producción doméstica*”. La introducción de esta noción nos permitirá

productores más y menos acomodados, mejor o peor parados frente al proceso de formación capitalista” (Azcuy Ameghino, 2004:170).

⁵⁹ Lo que en general ha tenido lugar en los distintos procesos reales ha sido la coexistencia de una fracción significativa de empresarios (o “patrones”) agrarios que continúan siendo ellos mismos productores directos a la vez que explotadores de trabajo asalariado (lo que Lenin analizó a través del concepto de “campesino rico”), junto con una parte de asalariados rurales que continúan explotando tierras, propias, arrendadas u ocupadas, pero siempre insuficientes para la reproducción del núcleo familiar, por lo que deben recurrir periódicamente a la venta de su fuerza de trabajo (“semiproletarios” o “campesinos pobres” en Lenin).

comprender que existen instituciones “extra-capitalistas” sobre las que, finalmente, descansa en estos contextos la hegemonía capitalista. Así podremos ver que, lejos de buscar su destrucción, el desarrollo capitalista en el campo paraguayo las ha necesitado para garantizar su mantenimiento.

Uno de los antecedentes más importantes en el análisis de la producción doméstica campesina ha sido Chayanov (1966). El objetivo de su trabajo fue el de descubrir las leyes que gobiernan la producción de lo que denominó “Unida Económica Campesina” (UEC), equivalente a la familia en ciertos contextos de primacía agrícola. La diferencia central que Chayanov encuentra respecto de la organización de cualquier sistema de producción capitalista es que la fuerza de trabajo en las unidades domésticas es un factor fijo, porque depende de la composición familiar y no puede aumentarse o disminuirse a voluntad. A partir de esto, el escaso desarrollo de las fuerzas productivas haría que, en numerosas sociedades campesinas, el trabajo vivo sea más importante que el trabajo acumulado (maquinaria, herramientas), “favoreciendo el desempeño de las relaciones de parentesco como condiciones sociales de producción” (Schiavoni, 1995: 45).

Años más tarde, Rey (1971) y Meillasoux (1975) coincidirían en señalar que la “producción doméstica” refiere a un modo de producción de origen pre-capitalista (en el sentido de que es previo en su aparición) que se articula al capitalista, coadyuvando en su mantenimiento.⁶⁰ Lo que Meillasoux afirma es que el modo de producción capitalista, si bien resulta el dominante, necesita crónicamente del abastecimiento de fuerza de trabajo producida bajo condiciones no capitalistas. De esta forma, la producción doméstica cumple la función de reducir *costos de producción* al hacerse cargo del *costo de reproducción* de sus miembros y por lo tanto de una parte sustantiva del precio de la fuerza de trabajo empleada en el sector capitalista. Es por esto que la aniquilación de este “modo de producción doméstico” no presentaría,

⁶⁰ De acuerdo a Meillasoux (1972), la “comunidad doméstica agrícola” representa una forma de organización social integral que persiste desde el neolítico. Sahlins (1972) lo llamó “modo de producción doméstico” y si bien habló de la “Edad de piedra”, no precisó el período histórico concreto al que se vinculaba, tomándolo como un “tipo ideal” en términos weberianos. A su vez, Meillasoux concibió al modo doméstico como “pre-capitalista” pero únicamente en el sentido de que su existencia es anterior al modo de producción capitalista. Sin embargo, afirma, no sucede lo mismo que ha sucedido durante el pasaje del feudalismo al capitalismo, cuando el desarrollo de un modo de producción implicó el dismantelamiento del anterior. En este caso, no es necesario que el modo de producción doméstica sea destruido sino, más bien, todo lo contrario. Es por esto que no se trataría de modos de producción “sucesivos”. La producción doméstica sería transversal al esclavismo, el feudalismo y al capitalismo y habría coexistido con ellos. Así, el aporte de Meillasoux ayuda a desenmascarar por falaces los postulados que conciben las “economías de alimentación” como formaciones sociales empobrecidas de capitalismo. Nosotros aquí no consideraremos a la producción doméstica como un modo de producción (como sí lo hacen Meillasoux o Sahlins). Por el contrario, para no generar confusión, hablaremos de “relaciones de producción de tipo doméstico que coexisten con relaciones sociales de producción capitalistas”.

comparativamente, ventajas inmediatas para el capitalismo. Por el contrario, será la preservación de un sector doméstico productor de alimentos lo que permitirá al capitalismo realizar y perpetuar la acumulación originaria (Meillasoux, 1972). Así lo explica el autor,

La agricultura de alimentación en los países subdesarrollados permanece casi totalmente al margen de la esfera de la producción capitalista, pero está, directa o indirectamente, en relación con la economía de mercado mediante el abastecimiento de mano de obra alimentada en el sector doméstico, o de alimentos de exportación producidos por campesinos alimentados por sus propios productos. Esta economía de alimentación pertenece por lo tanto a la *esfera de la circulación del capitalismo* en la medida que lo provee de fuerza de trabajo y alimentos, mientras que permanece fuera de la *esfera de la producción capitalista* por cuanto el capital no se invierte en ella y porque sus relaciones de producción son de tipo doméstico y no capitalista (Meillasoux, 1972: 137)

En este contexto resurgirán con fuerza las investigaciones sobre las dimensiones productivas y reproductivas del parentesco, cuyo análisis ha sido extenso en la antropología (Trincheró, 1995; Meillasoux, 1972; Godelier; 1974; Goody, 1988; entre otros).⁶¹

En síntesis, y de acuerdo con Trincheró (1995), entendemos que las unidades de producción doméstica, “lejos de ser formas provisionales o transicionales, se conforman como parte estructural del proceso de acumulación capitalista, aportando procesos de producción y lógicas reproductivas basadas, por ejemplo, en el parentesco” (Trincheró, 1995:11).

Este recorrido teórico nos servirá para intentar mostrar que, si bien al interior de la industria de la construcción del AMBA resulta innegable la primacía de relaciones de producción capitalistas (basadas en la relación salarial y la compra-venta de fuerza de trabajo), como parte del conjunto de estrategias empresariales para hacer más eficaz el aprovechamiento de la fuerza de trabajo, será común que el empresariado “importe”, directa o indirectamente, trabajadores de otro país. Una parte importante de estos nuevos obreros poseerá una socialización previa en relaciones de producción de tipo doméstico. En este sentido, *al interior de la industria de la construcción tendrá lugar, al menos durante cierto tiempo, la coexistencia de lógicas productivas y reproductivas marcadamente distintas*. Como veremos a continuación, una de ellas anclada al *ethos productivo campesino*, basado en la reciprocidad, la confianza y la ayuda mutua; la otra, estructurada en torno al cálculo de costos y la

⁶¹ De acuerdo a Godelier (1984), las relaciones de parentesco funcionan como relaciones de producción cuando son la condición para la apropiación de la naturaleza: constituyen la base de la organización social en los procesos concretos de explotación de los recursos y operan además como marco para la distribución del producto. Es por esto que las considera “plurifuncionales” (Godelier, 1984). El desarrollo de este tipo de relaciones de producción tiene múltiples implicaciones que iremos desarrollando para el caso de las unidades domésticas campesinas en Paraguay. Resulta interesante adelantar, sin embargo, que de acuerdo a estudios realizados en la frontera brasileña-paraguaya, la forma en que se organiza la venta de fuerza de trabajo al interior de algunas unidades domésticas paraguayas suele dar lugar a que el jefe del hogar (el “padre”) sea el que se asalariza “y por esta razón descuida el cultivo de su propia finca, mientras que los brasileños venden la fuerza de trabajo de sus hijos pero retienen la del jefe” (Palau y Heikel, 1987: 235-236 citado en Schiavoni, 1995:56).

persecución del mayor beneficio posible. A lo largo de la tesis, iremos viendo cómo esta situación está en el origen de complejas interrelaciones de las que surgirán igualmente procesos de subordinación y de resistencia.

Pero pasemos ahora al análisis más específico de los modos en que se trabaja en los entornos rurales de los que proviene una parte importante de los trabajadores paraguayos de la construcción del AMBA. Dado que el objetivo fundamental de este apartado es el de relevar las caracterizaciones que se han hecho respecto de las disposiciones económicas (Bourdieu, 1977) de los pequeños productores que luego emigrarán, sirva de aclaración que nuestro análisis será sumamente puntual. De esta forma, no podremos profundizar en las múltiples dimensiones que adquiere la producción en los entornos rurales paraguayos, y que nos llevaría a abordar cuestiones tales como: sistemas de siembra y cultivo, productos por región, sistemas de mediería, entre otros. Lo que haremos, por el contrario, será abocarnos fundamentalmente a reflexionar en torno a tres cuestiones básicas (ya bastante amplias de por sí): *para qué* se produce, *entre quiénes* se produce y *cómo* se produce entre los pequeños productores del entorno rural paraguayo.

¿Cómo, para qué y entre quiénes se produce? Relaciones de producción y mercado de trabajo en el entorno rural paraguayo

El mercado de trabajo que caracteriza a la industria de la construcción del AMBA sin dudas difiere significativamente del que prima en los lugares de origen de los trabajadores migrantes. Si bien es claro que existe allí compra-venta de mano de obra, ésta presenta ciertas características distintivas respecto de lo que sucede en el AMBA.

En Paraguay, la situación de los pequeños productores frente al mercado de trabajo ha sido abordada por un importante número de autores (Galeano, 1984, 1986; Galeano y Yore, 1994; Riquelme, 2003; Rivarola, 1982; Fogel, 2006; Meliá y Temple, 2004).⁶² Retomaremos así

⁶² Referiremos a partir de aquí a nuestros sujetos de investigación en términos de “pequeños productores” (Meillasoux, 1972). Con esto, se busca enfatizar en la relación básica de asimetría material (que da lugar a asimetrías simbólicas) que diferencia a nuestros sujetos de indagación de los grandes productores y terratenientes que caracterizan al entorno rural paraguayo. Sólo referiremos a ellos en términos de “campesinos” cuando así surja de las citas de nuestros antecedentes. Esto se debe a que la categoría de “campo paraguayo” (así como la de “cultura campesina” o “campesinado paraguayo”) poseen el defecto de encubrir (más que de aclarar) las importantes diferencias que existen entre productores, familias y regiones al interior del país. Al aceptarlas, existe el riesgo de concebir al conjunto de las relaciones sociales que priman en estos contextos como armónicas, no jerárquicas e “igualitarias”. Si bien, por no ser éste el objeto del apartado, no podremos extendernos en una puesta en cuestión de tales construcciones, valga aclarar que bajo ningún punto de vista pretendemos aquí “idealizar” las relaciones sociales que caracterizan a algunos ámbitos rurales del Paraguay sino, por el contrario, presentarlas como lo que son: relaciones sociales de producción contradictorias.

algunas de sus investigaciones, a la vez que señalaremos las implicaciones de lo desarrollado por otros autores para otros contextos. Fundamentalmente, nos referiremos al modo en que el capitalismo se apoya en instituciones y cosmovisiones “extra-capitalistas” para garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo de la que se sirve (Harvey, 2003; Meillasoux, 1972).



Calle del centro de un poblado rural en el departamento de Itapúa (2009)

En consonancia con los procesos analizados en el primer capítulo, distintos autores han afirmado que la estructura social del campo paraguayo se inscribe sobre la base de una importante desigualdad en relación al acceso a la tierra (Pastore, 1972; Palau y Heikel, 1987; Galeano, 1984; Fogel, 2006; Meliá y Temple, 2004). Así, en la actualidad, cerca del 90% de las explotaciones rurales comprenden menos del 10% del total de la tierra, concentrando al mismo tiempo un poco más del 90% de la población rural (Galeano, 1984; Riquelme, 2003; Ortiz Sandoval, 2007). Ante esta situación, como componente tradicional de la lucha por la reproducción social, las ocupaciones de pequeñas parcelas de tierra suelen ser comunes entre los pequeños productores desposeídos (Riquelme, 2003).⁶³

Esta configuración del acceso a la tierra parece constituir la espina dorsal alrededor de la cual se estructura la desigualdad en el entorno rural paraguayo, y sobre la que se asientan la “cultura”⁶⁴ y las estrategias de reproducción social que las unidades domésticas desarrollan.

⁶³ En el primer capítulo pretendimos mostrar que el problema de la tierra ha constituido el principal foco de violencia histórica en Paraguay. En este contexto, las ocupaciones de tierras por parte de pequeños productores han sido y son sumamente frecuentes. A modo de ejemplo, se presenta una noticia periodística en el ANEXO III.

De esta forma, frente a la lógica del beneficio capitalista esgrimida por los grandes terratenientes, las familias pequeño-productoras parecen oponer una visión del mundo que los aleja del mero objetivo de la obtención de ganancia. Riquelme (2003) ha logrado captar esta concepción práctica:

La afirmación de que la tierra es para quien la trabaja está muy arraigada en la mentalidad de los campesinos, y en esa medida es un factor importante que motiva y alimenta la lucha por la tierra. Para el campesino la tierra es un factor de producción y no de especulación o de status, como lo es para la oligarquía terrateniente (Riquelme, 2003: 188).

En este mismo sentido, Ortiz Sandoval (2007) ha planteado que la ganancia económica en el campo paraguayo sólo representa una posibilidad legitimada para los agentes dominantes de los espacios rurales, pero no así para el común de los productores. A pesar de esta situación, señala, resulta paradójico el hecho de que la reproducción del sistema que legitima la ganancia de los sectores rurales dominantes descansa, a fin de cuentas, en los pequeños productores. Éstos, a través de sus prácticas económicas, conjugan “lógicas mercantiles y no-mercantiles propias de su cultura” que suelen ser aprovechadas por los grandes poseedores de tierra (Ortiz Sandoval, 2007:731).⁶⁵

“Esa es la problemática hoy día que tiene el Paraguay... dentro del Paraguay mismo... o sea, en Paraguay es como que hay una diferencia entre el Paraguay de Asunción y el Paraguay del Interior... como ser, el Paraguay de Asunción es muy... hasta casi diría, europeizado... con una cultura occidental muy profunda... como se implementó desde la Conquista en toda América Latina... y se trata de dejar de lado la cultura originaria... el Guaraní, el

⁶⁴De acuerdo a Meliá y Temple (2004) el campesinado paraguayo se habría formado desde el inicio mismo de la colonia, como fenómeno periférico de las minúsculas ciudades de españoles. En este sentido, “sería el resultado de una relación típicamente colonial. En su origen y desarrollo es español, mientras que social y culturalmente hablando es guaraní” (Meliá y Temple, 2004: 222). Así, Paraguay representa un caso poco común en América Latina: se trata de un país cuya población, en su mayor parte, “habla una variante de la lengua guaraní sin reconocerse mayoritariamente como indígena. Esta paradoja sólo encuentra explicación a partir de la consideración de procesos históricos de larga duración que pueden rastrearse desde la época colonial” (Wilde y Couchonnal, 2010: 1).

⁶⁵ Como ejemplo de esto, la antropología económica ha dado cuenta de sociedades en las cuales el “precio” es un medio totalmente inútil para distinguir el aspecto económico de un bien. Sin embargo, aún se suele cometer el error de equiparar economía a sistema de precios (Burling, 1976). Por su parte, Polanyi (1977 [1968]) ha demostrado que la “acción racional” que muchas veces se considera universal refleja simplemente un desarrollo de ciertas sociedades. A diferencia del mundo occidental, en otras culturas muchas veces el sistema económico es un proceso institucionalizado cuya principal pauta de integración es la reciprocidad. En el mismo sentido, y a diferencia de los enfoques neoclásicos, el autor ha mostrado que la escasez y la opulencia suelen ser determinadas socialmente, sin ningún tipo referencia a cuestiones “objetivas”.

Paraguay su problema no es el guaraní... es el castellano” (Entrevista a Sinforiano, miembro de una organización social paraguaya de José C. Paz. Febrero de 2011).

En estas localidades, el “mercado rural” representa un complejo sistema de acciones e interacciones entre sujetos e instituciones, que suele estructurarse a partir de la coexistencia de distintas visiones sobre el mundo circundante. *La oposición “prototípica” que caracteriza al entorno es aquella que distingue a los terratenientes (quienes muchas veces ni siquiera viven en la zona) de los pequeños productores, para quienes la tierra no sólo constituye el medio de producción del sustento, sino también el eje alrededor del cual gira la vida social de la comunidad* (Ortiz Sandoval, 2007).



Rancho en el departamento de Caaguazú (2009)

A partir de esto, y a pesar de que los economistas clásicos suelen considerar que el motor de los comportamientos económicos está dado por el principio de la optimización y de la persecución del mayor beneficio posible, las relaciones sociales que construyen los pequeños productores paraguayos distan de ser reductibles a ello.⁶⁶

⁶⁶ Algo similar ha sido demostrado para otros contextos espaciotemporales por autores como Bourdieu (1977) o Thompson (1979). De la misma forma, Marx (1947[1867]) y Polanyi (1977[1968]) han discutido estas cuestiones al momento de dar cuenta del modo en que las prácticas económicas se imbrican en la organización social. Por su parte, Weber (2004 [1905]) señalaba que “las economías campesinas hallan condicionamientos para una orientación estrictamente ‘racional’ de sus cálculos de lucro y ganancia, en la indefinición que imprimen los factores morales, afectivos o tradicionales en sus conductas económicas, dada una ‘predisposición’ a responder a la costumbre y anteponer una racionalidad orientada a valores a una racionalidad orientada a fines, clave en la construcción de las disposiciones capitalistas de conductas orientadas a ‘probabilidades’ de ganancia en el mercado” (Weber, 2004:70)

Lo que aquí nos interesa señalar es que el único modo de comprender en profundidad la racionalidad económica que prima entre los trabajadores rurales paraguayos es atendiendo a la estructura social en la que se inscriben sus vidas. Sólo así podremos comprender que existen representaciones que los actores sostienen en tanto “sujetos sociales totales”, para quienes la dimensión económica no sólo habla de la riqueza/pobreza en términos absolutos sino también, y de forma mucho más central, de la pertenencia efectiva de los miembros a una “comunidad moral”. Esto, sin embargo, no significa que los pequeños productores no participen del mercado como así tampoco que no aspiren al bienestar. Tal y como aclara Ortiz Sandoval, ellos participan del mercado rural, pero “sin disposiciones capitalistas” o, en términos de Bourdieu, sin un *habitus económico capitalista* (Ortiz Sandoval, 2007: 735).⁶⁷



Vivienda rural en el Departamento de San Pedro (2009)

Esto es lo que lleva a Ortiz Sandoval a afirmar que “el mercado es re-significado creativamente por los campesinos como mecanismo que se interpone a la racionalidad instrumental, opuesta a sus culturas e identidades” (Ortiz Sandoval, 2007: 734). De acuerdo al autor, dicha re-significación se traduciría en una moral práctica que puede resumirse en la concepción: “O ganamos todos o no gana nadie” (Ortiz Sandoval, 2007: 734).⁶⁸

⁶⁷ “En este tipo de economías también hace falta que la gente haga sus cálculos, aunque sea a su manera. Injustamente, se ha entendido a la contabilidad como una invención del ‘espíritu’ capitalista” (Kula, 1970:487 citado en Cancián, 1989). Así, la ausencia de especulación no revela una pretendida “irracionalidad” -como lo ha sostenido tantas veces el pensamiento burgués, sin reconocer otra racionalidad que la propia – sino una racionalidad distinta, propia de otras relaciones sociales de producción” (Godelier, 1974:18).

⁶⁸ Esto bien podría relacionarse con los conceptos de “pobreza uniforme” y de “filantropía reforzada” sugeridos por Wolf (1982). En términos generales, el autor refirió a los campesinos de Zinacantán como una “comunidad

Por supuesto, lo anterior no significa que no puedan existir productores que logran más éxito económico que otros, mediante la introducción de transformaciones en la productividad del trabajo, en la acumulación de capital y/o en los hábitos de consumo. Lo que el autor busca expresar es que estas diferencias sólo logran legitimarse sobre la base presupuesta de una “equidad moral” (Thompson, 1979). *Es a partir del ceñimiento a la moral compartida que la ganancia de algunos puede ser aceptada como una opción legítima al interior de la comunidad, sin que ésta implique necesariamente una pauta de diferenciación social.* Esto es lo que lleva a afirmar a Ortiz Sandoval que esta máxima de conducta es la que permite explicar por qué a quienes buscan la ganancia económica para sí mismos, “sólo les queda migrar a los centros urbanos o al exterior” (Ortiz Sandoval, 2007: 734). Intentaremos más adelante mostrar que, en muchas oportunidades, la migración hacia el exterior de personas en edad productiva constituye una estrategia del núcleo doméstico para asegurarse algunos bienes de consumo (y/o dinero en efectivo), antes que un plan estrictamente individual. Por otra parte, muchas veces el motor de la migración no parece ser en sí la ganancia capitalista, sino la mera supervivencia.⁶⁹

El segundo conjunto de aportes del que nos serviremos ha enfocado en la cuestión de *entre quienes se* produce en los ámbitos rurales. Lo primero que debe decirse es que, para estas unidades domésticas, producir implica básicamente “producir entre nosotros”. Esto se vincula al hecho de que en estas localidades el trabajo considerado “ideal” suele ser aquel que se realiza en el marco del grupo familiar, al interior del grupo doméstico (Chayanov, 1966; Meillasoux, 1972). Como señala Comas D’Argemir:

La institución doméstica proporciona, en definitiva, la resolución de problemas derivados del contexto socioeconómico, actuando como una especie de colchón ante las situaciones de crisis. Además, el intercambio

corporativa cerrada”, al interior de la cual se compartía la pobreza. En esta comunidad, los miembros ponían límites para evitar que nuevos agentes exteriores adquirieran membresía. Foster (1985, citado en Cancián, 1989) sostendrá algo similar, pero a través de una visión cultural-cognoscitiva, que afirma que los miembros de todas las comunidades comparten una “orientación cognoscitiva común”, entendida como una expresión no verbalizada e implícita de su comprensión de las “reglas del juego” de la vida. Esta orientación cognoscitiva tendría como fundamento y modelo la “imagen del bien limitado”. Al igual que Pitt Rivers (1971, citado en Cancián, 1989), el autor afirmará que lo que suele presentarse como aparente “sospecha” frente a quien proviene del exterior, en realidad podría bien ser entendido en términos de “prudencia”.

⁶⁹ Durante el trabajo de campo, algunos trabajadores de la construcción nos relataron los motivos de su emigración. Grandes sequías y distintos tipos de crisis de la producción rural fueron identificados por ellos como los motivos primarios. En más de una oportunidad, se nos habló de “cosechas perdidas” frente a las cuales, sencillamente, no tenía sentido quedarse en las comunidades, pues no había nada que pudiera hacerse. En la generalidad de los casos, las situaciones críticas de los núcleos domésticos suelen ser resueltas a través de los lazos de solidaridad que funcionan a nivel de la comunidad. Pero en algunos casos particulares, estas vías no resultan suficientes y, por distintos motivos que desarrollaremos más adelante, la migración del núcleo doméstico o de alguno/s de sus miembros es interpretada como la alternativa más apropiada para asegurar la subsistencia.

laboral está mediatizado por las relaciones de parentesco, de manera que las jerarquías internas de sexo y edad quedan subsumidas por las relaciones basadas en la obligación moral y la intensidad afectiva que devienen así componentes esenciales en los mecanismos de dominación interna y en el uso diferencial del trabajo de los componentes de la familia (Comas D'Argemir, 2000: 97).

Esta situación adquiere verdadera centralidad para los núcleos domésticos, dado que los lazos de parentesco (a partir de la norma exogámica que se cumple en los núcleos domésticos) terminan por vincular a las personas con otros miembros de la comunidad. Esto, por supuesto, siempre y cuando los miembros del núcleo doméstico no migren para instalarse en otras localidades o en el exterior. Cuando esto último ocurre (como veremos más adelante, en el caso de los trabajadores que migran hacia Buenos Aires), las relaciones de producción de la unidad doméstica pueden verse alteradas profundamente.

Retomando entonces el análisis de las comunidades rurales como conjunto social estructurado, es posible apreciar que, en torno al mercado, los pequeños productores crean un “nosotros” (Ortiz Sandoval, 2007). En estos contextos,

Ser *mborihahu* (pobre) se define como una condición más social que económica: si alguien comparte tanto social como económicamente con los demás, por más que tenga mayores ingresos puede ser considerado igualmente pobre. En contrapartida, el rico no es quien gana más dinero, sino quien al ganar dinero, reniega de su condición de *mborihahu*, que es una identificación social (Ortiz Sandoval, 2007: 749).

De esta forma, el dinero obtenido por los pequeños productores en el mercado suele ser gastado en la misma comunidad. Esta actitud representa una gran diferencia respecto de la conducta económica que caracteriza a los sectores rurales dominantes. En este sentido, la identificación social descansa más sobre este tipo de prácticas que sobre el hecho de participar o no del mercado en tanto compradores-vendedores de la producción.⁷⁰

⁷⁰ Con el avance capitalista, los campesinos de todo el mundo han comenzado a ser en parte dependientes del mercado y en parte productores de su propia subsistencia. Sin embargo, de acuerdo a Cancián (1989), hoy en día la mayoría de ellos produce una proporción mínima de sus alimentos, “sobre todo en aquellos lugares en los que otras actividades ofrecen un modo de vida mejor que trabajar una pequeña extensión de tierra, si es que la hay” (Cancián, 1989:225). En este sentido, de acuerdo al autor, hoy en día existirían dos grandes actividades generadoras de ingresos alternativas para los campesinos: el trabajo asalariado y la “producción de mercancías subalternas” (Cancián, 1989: 227). Esto último comprende la producción (y el comercio) de artesanías con baja inversión de capital y escasa fuerza de trabajo. Sin embargo, frente al caso paraguayo, las afirmaciones de Cancián sólo son de alcance relativo. Como veremos, por tratarse de un país de escasa industrialización relativa, el trabajo asalariado al interior de sus fronteras nacionales se torna improbable para un número importante de trabajadores rurales. Respecto de la producción de “mercancías subalternas” y dado el carácter empobrecido y estacional de la producción agrícola, las artesanías aparecen como un recurso complementario apropiado, y en algunos pueblos se convierten en la principal fuente de ingresos. Sin requerir gran inversión den materiales, máquinas ni formación de fuerza de trabajo calificada aumentan las ganancias de las familias rurales, mediante la ocupación de mujeres, niños y hombres en períodos de inactividad agrícola (Cancián, 1989:93). Un punto a destacar ha sido señalado por Balazote y Radovich (2014:31) en relación a que “las mercancías producidas por el campesino circulan en un mercado regido por los precios de producción, que se constituye como un espacio



Calle céntrica de una localidad del departamento de Itapúa (2009)

Pero los modos por los cuales se construye simbólicamente la categoría del “nosotros” entre los pequeños productores, también pueden ser observados a través de otras conductas. Así, como analizaremos en el siguiente apartado, dentro de estas comunidades, el *favor* se vuelve un bien simbólico de enorme importancia. Las ayudas recíprocas de trabajo aparecen como mecanismos arraigados de producción económica que no se corresponden con el comportamiento prototípico capitalista (Meliá y Temple, 2004). De esta forma, sobre la base de las condiciones sociales de producción compartidas, y sobre la experiencia común frente a la adversidad, los sujetos construyen una fuerte noción del “nosotros-étnico”. En otras palabras, las condiciones de producción a las que están expuestos en tanto pequeños productores, y en tanto “pobres”, representan la base material sobre la cual se yergue la etnicidad y el sentido de pertenencia al grupo. Aquí, “la condición social hace a la confianza” (Ortiz Sandoval, 2007: 752). Y es a partir de esto que la “confianza” adquiere un valor insoslayable entre ellos, a nuestro entender, hasta el punto de ser considerada condición de posibilidad de la pertenencia (Del Águila, 2014^a).

social que jamás resulta neutral. El mercado aparece así, como mecanismo de intercambio desigual a partir del cual se lleva a cabo la transferencia de excedentes. En él los productos campesinos no pueden imponerse por su precio de producción”.

Por último, y en relación al *modo en que se produce*, diversos autores han señalado grandes diferencias que muestra la economía de los pequeños productores respecto de la producción de la gran industria capitalista (Bourdieu, 1977; Harvey, 2003; Meillasoux, 1972; Thompson, 1979; Trincherro, 2000).

La incorporación de la noción del tiempo acorde a la lógica mercantil en los espacios rurales no sucede de manera lineal ni homogénea entre los campesinos. El cálculo y la previsión como mediación de la “posibilidad objetiva” de ganancia es apenas una parte, a veces tangencial, de la organización temporal campesina y su cultura (Ortiz Sandoval, 2007: 752).

Esto parece deberse a que la garantía de la reproducción social está fundada en la garantía del ciclo agrícola, cuyo ritmo y fuente de legitimidad radica en el retorno de las estaciones ligadas a la germinación, al crecimiento y al declive de los sembradíos. Esto sin duda crea las condiciones materiales sobre la que tiene lugar la socialización de las relaciones temporales, “retrotrayendo el pasado hacia el presente como una fórmula retrospectiva de seguridad de la reproducción social” (Ortiz Sandoval, 2007: 753).

De este modo es posible apreciar que *la temporalidad capitalista se instala relacionadamente en disputa con la “cultura campesina”*. Como fuera dicho, en este tipo de comunidades, el imaginario social opera generalmente en torno a una comprensión cíclica del tiempo. Se trata de una “memoria del futuro” (Meliá y Temple, 2004), por la cual los pequeños productores basan su sabiduría y pericia sobre los quehaceres agrícolas en las expectativas de que las cosas sucedan de acuerdo a como lo hicieron en el pasado. Se trata de una cosmovisión completamente construida sobre la idea de “ciclo” y, si bien puede parecer “ingenua”, distintos autores han demostrado que resulta perfectamente eficiente en términos de gasto energético (Thompson, 1979; Meillasoux, 1972; Sahlins, 1972). Como lo explica Thompson (1979):

La notación del tiempo que surge de estos contextos ha sido descrita como “orientación al quehacer”. Es quizá la orientación más efectiva en las sociedades campesinas (...). Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer. El primero es que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de lo que es una necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre “trabajo” y “vida”. Las relaciones sociales y el trabajo están entremezclados – la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las necesarias labores- y no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el “pasar el tiempo”. En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud hacia el trabajo le parece antieconómica y carente de apremio (Thompson, 1979: 224)

A partir de lo anterior, puede apreciarse que la productividad basada en el cálculo de tiempos y en la intensificación del uso de la fuerza de trabajo sólo adquiere sentido en momentos muy específicos del ciclo productivo agrícola. Nuestra investigación mostrará de qué manera la inserción de los trabajadores como asalariados en la industria de la construcción plantea a los sujetos una transformación profunda de este conjunto de disposiciones y racionalidades. De alguna forma, estas disposiciones serán adaptadas y re-significadas en las obras. Sin embargo, en un primer momento, estos (y otros) contrastes serán percibidos y experimentados como obstáculos para la integración.

“Exactamente, también tenemos dificultades...porque la mayoría que vienen, vienen del campo...del monte, de la aldea...que alguno no tiene tele allá en la aldea...le cuesta hablar...yo tengo un hermano analfabeto que entiende más o menos castellano, pero no habla directamente castellano...en guaraní...hay dificultades de eso también... trabajo, se consigue... la mayoría trabajamos en construcción, acostumbrados al trabajo pesado los paraguayos...porque venimos del campo y...de eso, no nos podemos quejar tampoco...conseguimos”. (Entrevista a Horacio, trabajador paraguayo de la construcción. Obra de Juana Manso. Marzo de 2009).

En la segunda parte de la tesis retomaremos estos ejes analíticos con la finalidad de contrastar con los modos en que se desarrolla el trabajo en la construcción.

Capítulo Tercero

“Mba’porenda”⁷¹

Migración y mercado de trabajo en la construcción del AMBA

*“Pero vienen y lo primero que hacen...como entran casi casi,
como te digo, informalmente algunos...
con un permiso por 15 días, 30 días y se quedan...
Entonces, se pierden dentro de lo que es el Gran Buenos Aires”*

ESTANISLAO, contratista paraguayo

En este tercer capítulo ya analizaremos las características que adopta el proceso migratorio de trabajadores paraguayos hacia la Argentina (y el AMBA en particular). A través de la presentación conjunta de fragmentos de entrevistas y fuentes secundarias buscaremos, por un lado, dar cuenta de las dimensiones del flujo de personas provenientes de ese país en términos de etapas y magnitudes y, por otro, presentar la mirada de los sujetos respecto de esos mismos procesos. Una vez hecho esto, intentaremos rastrear el origen de los trabajadores de la construcción del AMBA en las distintas localidades rurales de Paraguay.

Recapitulando, si bien de modo sucinto, en el primer capítulo anticipamos algunos datos cuantitativos que daban cuenta del modo en que fue y es procesada la *emigración* en Paraguay. A través de algunos de esos datos pudimos apreciar el modo en que la sociedad y el Estado paraguayo han valorado el “abandono” del país por parte de sus compatriotas. Esto se vincula a que los procesamientos presentados en el primer capítulo provenían fundamentalmente de investigaciones realizadas por autores paraguayos que abordaron las mutuas implicaciones entre acceso a la tierra, poder político y emigración. Ahora bien, lo que haremos en este capítulo es presentar el “reverso de la misma moneda”, es decir, abocarnos al análisis de los datos originados en *la mirada estatal, social y académica argentina* respecto de la *inmigración* de paraguayos hacia nuestro país. La importancia del contraste se vincula al hecho de que *las sociedades interpretan social, económica y políticamente de forma distinta los procesos de e-migración y los de in-migración*. Como ejemplo de ello, una primera cuestión a destacar resulta del hecho de que en los estudios originados en nuestro país, los

⁷¹ En guaraní, “El lugar donde hay trabajo” o “donde el trabajo está”.

migrantes paraguayos han sido muchas veces agrupados bajo la categoría más amplia de *migrantes limítrofes o regionales*.⁷²

La migración limítrofe y paraguaya hacia la Argentina

La producción académica referida a movimientos migratorios desde países limítrofes sucedidos con posterioridad a 1960 ha crecido en las últimas décadas (Balán, 1980, 1990; Benencia, 1999, 2003; Benencia y Karasik, 1995; Devoto, 2003; Grimson, 1999, 2006; Hinojosa, 2000; Maguid, 1997; Marshall y Orlansky, 1983; Sassone, 1995, entre muchos otros). En contraste, la producción referida al período anterior no ha sido tan abundante debido, por un lado, a la escasez de información fidedigna sobre el período previo y, por otro, a la poca cantidad de migrantes limítrofes en las ciudades durante esos años en comparación a la presencia de migrantes transatlánticos (Ceva, 2006; Pacceca, 2000).⁷³

Detenernos en contrastar los valores y valoraciones que han rondado a la migración paraguaya hacia Argentina (y el AMBA) nos prevendrá de caer en la utilización de “cifras imaginarias” (Bruno, 2010), que suelen ser más cercanas a la percepción que el sentido común hace de la presencia del *Otro cultural* en nuestra sociedad que a su presencia efectiva.⁷⁴

⁷²Sin duda, existen excepciones a esto que afirmamos. Los migrantes paraguayos han sido estudiados ya sea de forma particular como junto a otros grupos nacionales. Así, Halpern (2003, 2005, 2009), Bruno (2008, 2010, 2011); Gaudio (2012^a, 2012^b, 2012^c); Gerbaudo Suárez (2012^a, 2012^b, 2013), Gottero, (2009, 2010^a, 2010^b) y Del Águila (2009, 2011, 2013, 2014^a, 2014^b, 2015), Mera (2012), entre otros, han abordado específicamente la cuestión de la migración paraguaya, más allá de su inserción o no en la categoría más amplia de migrantes “limítrofes” o “regionales”. También Marcogliese (2003) y Pereyra (2001) han realizado estudios específicos sobre cada contingente nacional, aunque en cada caso, entendiéndolos como parte de una cuestión más amplia denominada “migración limítrofe”. Asimismo existen abordajes que han considerado a las migraciones de bolivianos y paraguayos de forma conjunta (por citar sólo algunos, Cerrutti y Maguid, 2006; Cerrutti, 2009; Gavazzo, 2011, Grimson, 2006; Maguid, 1997, 2001, 2005; Marshall, 1977; Marshall y Orlansky, 1981; Vargas, 2005; Grimson, 2006; Novaro, 2011; Novick, 2008, 2010, 2012; Pacceca, 2000, 2001; Pacceca y Curtis, 2007; Sassone, 1987).

⁷³ Desde el comienzo de la historia censal moderna en 1869 hasta la actualidad, los migrantes limítrofes en conjunto siempre han representado entre un 2 y un 4 por ciento de la población total del país. Los últimos datos censales disponibles reflejan que los migrantes limítrofes en Argentina representan el 3,1% de su población total (INDEC, 2014).

⁷⁴ “Los extranjeros que invaden en silencio la Argentina ya son más de 2 millones’, ‘hay 3.300.000 inmigrantes de países limítrofes y del Perú’, ‘más de 750.000 extranjeros viven hoy ilegalmente en el país’, ‘Bolivianos en la Argentina [...] son entre 1,5 y 2 millones’, ‘[los bolivianos] son aquí más de un millón de personas y casi dos millones contando a sus descendientes’. A través de medios masivos de comunicación se ‘informa’ y se instalan diferentes cifras respecto de la presencia de la inmigración limítrofe y peruana en el país. Todas ellas remiten a proyecciones agigantadas del fenómeno, que por la fuerza de la repetición y el poder de objetividad de las cifras en los imaginarios sociales terminan fortaleciendo a éstas en un estatus de ‘hecho de la realidad’, ‘verdad instalada’. Las discusiones sobre las migraciones y los migrantes variarán de acuerdo a los presupuestos e intereses políticos de los sectores sociales e institucionales en pugna, pero existe un consenso tácito de aceptación de cifras magnificadas” (Bruno, 2010:1)



Control migratorio en frontera Paraguay (por Asunción) – Argentina (por Clorinda)

En este sentido, y como fuera sugerido por Grimson (2006), se torna preciso considerar las variaciones en el régimen de visibilidad del *Otro limítrofe*, ya que éstas no siempre se han fundado en aumentos concretos de su presencia en el país. En otras palabras, las construcciones que el sentido común ha hecho respecto de la presencia de migrantes limítrofes carecen de cualquier sustento estadístico. De acuerdo al autor, es por esto preciso buscar la explicación a la “hipervisibilización” (Grimson, 2006) del migrante en las coyunturas económicas, sociales y políticas atravesadas por la Argentina en los distintos períodos históricos.⁷⁵

Algunas de las cuestiones que mayor peso parecen haber tenido en este proceso de hipervisibilización de los migrantes limítrofes han sido, por un lado y como adelantara Ceva (2006), la interrupción de los flujos de migrantes europeos hacia 1930 y, por otro, la llegada de un número cada vez más importante de migrantes limítrofes a Buenos Aires (y a las grandes ciudades)⁷⁶.

⁷⁵ Grimson refiere a un proceso sucedido durante la década de 1990 por el cual habría tenido lugar un “cambio en el régimen de visibilidad de la etnicidad en la Argentina”, pasando de una situación de ‘invisibilización’ de la diversidad a una creciente ‘hipervisibilización’ de las diferencias” (Grimson, 2006: 70).

⁷⁶ Esto no significa que la migración paraguaya hacia las grandes ciudades argentinas pueda ser considerada un fenómeno reciente. Por el contrario, en términos históricos, es la de más antigua residencia en el AMBA. Entre otras evidencias, existen registros de 1876 que documentan la fundación del primer centro de paraguayos en Buenos Aires (la “Unión Paraguaya”, formada por opositores al Lopismo). Asimismo, en 1887 tiene lugar la

Cuadro 3. Nacidos en el Paraguay residentes en la Argentina según lugar de residencia 1895 – 2010

Año	Residentes Paraguayos en Argentina	Porcentaje de Paraguayos residentes en AMBA	Porcentaje de paraguayos residentes en otras provincias
1869	3.288	Sin datos	Sin datos
1895	14.562	9,3%	90,7%
1914	28.049	11,2 %	88,8 %
1917	93.248	12,4 %	87,6 %
1947	155.269	13,3 %	86,7%
1960	230.000	29,6 %	70,4 %
1995	250.450	73,3%	26,7%
2010	550.713	75,4%	24,6%

Elaboración propia en base a datos consignados en Fischer, Palau y Pérez, 1997; Pastore, 1972; Flores Colombino, 1972; Carrón, 1979 y Censo Argentino 2010.

“Si...yo creo que...a veces, yo escucho por ejemplo...yo me pregunto, a veces hay quejas de que se habla de los migrantes...se habla, unos critican a los migrantes, se habla hasta inclusive como que suena a discriminación...y a veces yo me pregunto, en la Argentina, quién no ha sido descendiente de migrantes? yo no escucho por ejemplo un apellido nativo, nativo...muy pocas veces...a veces yo digo...qué ingrato, qué ingrato...me pregunto yo por dentro...porque quién no ha sido descendiente de migrantes...? Yo digo que, en el partido de La Matanza...si se haría un censo...pero hay un porcentaje importantísimo digamos así, no solamente de paraguayos, sino de bolivianos, de uruguayos, de peruanos...y los españoles, los italianos, en algún momento” (Entrevista a Fabio, miembro de una organización social de La Matanza y obrero de la construcción. Club Deportivo Paraguayo. Febrero de 2011)

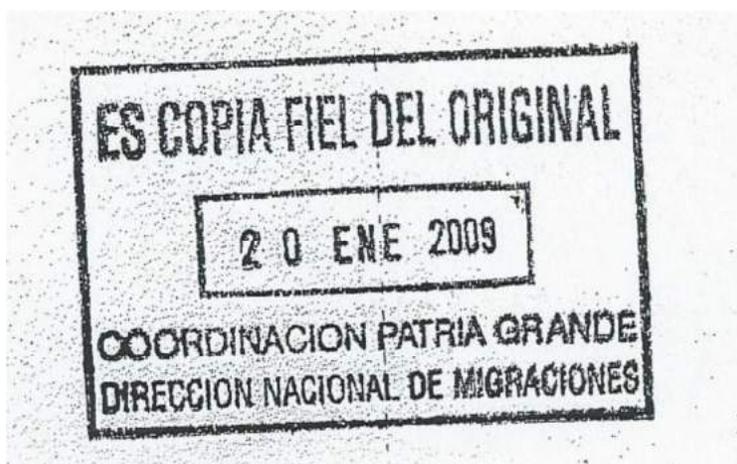
fundación en Buenos Aires del “Centro Paraguayo”, una organización que nuclea a emigrados de la Triple Alianza. Ya desde comienzos del siglo XX comienzan a surgir en Buenos Aires distintas filiales de los partidos políticos proscritos o perseguidos en Paraguay. Sin duda, esta situación se agudizará con la dictadura stronista, cuando muchas organizaciones políticas y sociales de paraguayos empiezan a conformar nichos de resistencia y lucha política desde Argentina (Pereyra, 2001).



**Cédula de Identidad Civil paraguaya de un trabajador de la construcción del AMBA.
La vigencia de un documento que acredite identidad en el país de origen es requisito para la tramitación
de la residencia en Argentina**

Con respecto a esta creciente “metropolización” de la migración paraguaya, trabajos recientes (Bruno, 2008) han mostrado que el patrón de inserción laboral y de residencialidad de los migrantes se ha visto modificados en las últimas décadas, cuando éstos comienzan a dirigirse de forma directa hacia las grandes ciudades del país, en general, sin hacer escalas previas en otras provincias de la Argentina. Estudios realizados hacia fines de la década de 1990 ya mostraban que las formas de asentamiento de los migrantes limítrofes tendían a concentrarse cada vez más en el AMBA. Así, durante la década de 1990, de acuerdo a Maguid (1997), el AMBA se consolidaría como destino principal de paraguayos y bolivianos (65% y 39% del total de residentes en el país).

“Las prioridades son la gente que está llegando en esta nueva etapa de la migración paraguaya... son gente joven que vienen ya en familia, no como los paraguayos de antes que venían o papá o mamá, veía qué encontraba, después iba sumando a la familia... ahora vienen todos, vienen de a tres, de a cuatro y...sin ninguna infraestructura... no tienen casa, no tienen trabajo asegurado, no tienen nada... ni documentos, ni documentos” (Entrevista a Andrés. Trabajador de la construcción y miembro de una organización social paraguaya de José C. Paz. Febrero de 2011).



Sello que la Dirección Nacional de Migraciones colocaba a los legajos en el marco del Programa Patria Grande. Cerca de 250 mil paraguayos iniciaron el trámite de radicación en el marco de dicho programa.

Una cuestión de interés se vincula al hecho de que, a pesar de los vaivenes económicos argentinos, desde mediados de la década de 1970 la migración proveniente de países limítrofes (y la paraguaya en particular) no sólo no mermó sino que continuó aumentando (Maguid, 1997). Esto también había tenido lugar en los períodos anteriores: entre los censos de 1914 y 1947, la población de origen paraguayo se incrementó un 200% (Pereyra, 2001:8).⁷⁷

“Hoy en día en La Plata, casi el 80 por ciento de todos los paraguayos que viven...y por ahí nos podemos quedar cortos...viven en terrenos usurpados...y definitivamente, prácticamente hoy en día, más de 25 o 30 años que están viviendo acá...nosotros en este momento estamos avanzando bastante fuerte con la Provincia, que se pueda sacar una ley, o un decreto...que por única vez se puedan escriturar todos esos terrenos, a través de la ley Pierri, a través de Usucapión⁷⁸...y estamos esperando, de un momento a otro que la Provincia, junto con el Embajador, firmen ese convenio” (Entrevista a Sinforiano, antiguo trabajador de la

⁷⁷ Si bien es cierto que hacia fines de la década de 1980 se evidencia una significativa disminución en términos absolutos de los migrantes paraguayos (3,5%). Esto parece deberse a un breve período de retorno, al que ya referimos, vinculado a la construcción de grandes obras públicas (Itaipú y Yacyretá) junto a la caída de Strössner en 1989 (Torales, 1991; Boccia Paz et al., 1994).

⁷⁸ La usucapión también llamada “prescripción adquisitiva” o positiva es un modo de adquirir la propiedad de una cosa. La prescripción adquisitiva compete a aquella persona que mediante el transcurso de cierto tiempo y bajo las condiciones establecidas por la ley ha poseído un bien inmueble, se ejerce contra quien aparezca como propietario de esos bienes en el Registro Público de la Propiedad, con el fin de que se declare que se ha consumado y que ha adquirido por prescripción la propiedad del inmueble reclamado. El fundamento de la usucapión, desde el punto de vista del sujeto activo, responde a la necesidad de poner fin a un estado de incertidumbre de derechos (los generados por la posesión apta para usucapir, y los de propiedad que le asisten al titular del dominio), en tanto que centrada la atención en el sujeto pasivo, la prescripción adquisitiva descansa en la inercia del auténtico propietario del bien, quien lo abandonó o dejó en manos de otro poseedor, inercia que da lugar a la usucapión, que constituirá la sanción impuesta al propietario negligente (Fuente: Ley 24.374)

construcción y actual miembro de una organización social paraguaya de José C. Paz. Febrero de 2011).

Cuadro 4. Extranjeros y extranjeros limítrofes por año censal

Censo	% de extranjeros sobre población total	% de limítrofes sobre población total	% de limítrofes sobre extranjeros
1869	12,1	2,4	19,7
1895	25,4	2,9	11,5
1914	29,9	2,6	8,6
1947	15,3	2,0	12,9
1960	13,0	2,3	17,9
1970	9,5	2,3	24,2
1980	6,8	2,7	39,6
1991	5,0	2,5	50,2
2001	4,2	2,6	60,3
2010	4,5	3,1	68,9

Elaboración propia a partir de datos presentados en Maguid (1997), Cerrutti (2009) y completada con el análisis de Censos Nacionales (1980, 1991, 2001, 2010)

Respecto de la residencialidad de los migrantes, hacia fines de los '90, Cacopardo y López (1997) estimaban que el 53,2 % de los paraguayos residentes en Argentina lo hacía en el conurbano bonaerense, puntualmente en dos zonas. La primera comprendía los partidos de La Matanza, Esteban Echeverría, Almirante Brown, Quilmes mientras que la segunda estaba integrada por los partidos de General Sarmiento, Moreno y Morón. Además, un 20% de las familias paraguayas radicadas en el país por esos años residían en La Matanza.⁷⁹

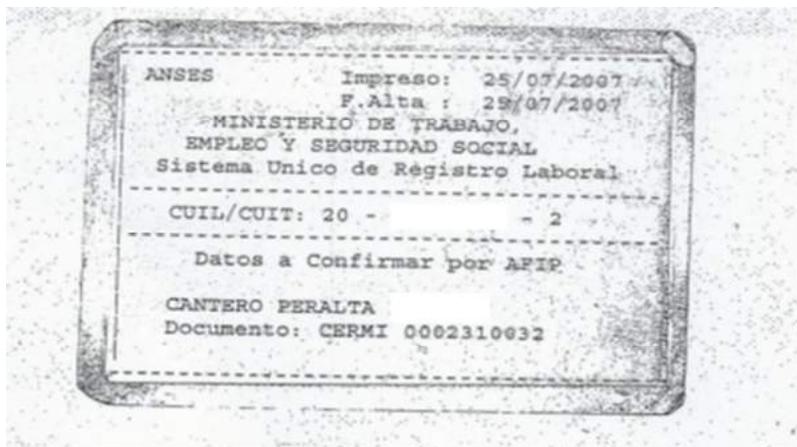
⁷⁹ Si bien no podremos detenernos en el análisis de indicadores tales como las redes matrimoniales o la tasa de endogamia que priman entre los migrantes paraguayos, resulta interesante remarcar algunos aspectos. Cacopardo y López (1997) mostraron a través de procesamientos estadísticos que, en el comportamiento matrimonial de los paraguayos, es mucho más frecuente la unión de mujeres paraguayas con hombres de otra nacionalidad que la unión de hombres paraguayos con mujeres de otra nacionalidad. En su investigación, las regiones de origen de los cónyuges argentinos de los paraguayos eran fundamentalmente el noreste, el área metropolitana y el noroeste. Sin embargo, al entender de las autoras, estos procesamientos podrían estar ocultando procesos de "endogamia encubierta" (Cacopardo y López, 1997:199) a través de los cuales las personas argentinas del noroeste y del noreste que constituyen los cónyuges de los/as paraguayos/as podrían ser argentinos cuyos padres o abuelos eran paraguayos.

De acuerdo al Censo 2010, el porcentaje de extranjeros en el Gran Buenos Aires representa un 7,5% sobre la población total. En cuanto al análisis por partidos, aquellos que poseen las mayores proporciones de población nacida en el extranjero con respecto a la población total son: Esteban Echeverría (10,1%), La Matanza (9,7%) y Lomas de Zamora (9,3%). De estos extranjeros, se registra una importante presencia de personas nacidas en el Paraguay, las que representan un 58,6% del total de los no nativos. Le siguen en orden de importancia los oriundos de Bolivia que representan el 18,2% (INDEC, 2014).

“Porque el asentamiento que tenemos nosotros que acá, cuando empezamos a trabajar con el relevamiento, tiene una problemática triple, a corto plazo que es la siguiente: tiene propietario el terreno. Era una olería que, bueno, no pudo pagar sus impuestos al Municipio, que la hizo cerrar, quedó ahí, los espacios vacíos que fueron ocupados... incluso, en una parte se hicieron las casita, con los planes y demás... lo que quedó, ocuparon ahora los paraguayos, se llama ‘el barrio de los paraguayos’ lo que es fundamental entre nosotros es que a raíz de esto que pasó.....de la muerte de un compatriota en el Indoamericano... que se insista a la gente que la usurpación no es buena... que no es buena para nada...entonces tiene que tener conocimiento de que está en país extranjero, y que tiene que luchar para conseguir, como hicieron todos los que vinieron anteriormente... para brindar, para brindar algo mejor a la familia.... Entonces, a partir de ahí, es otro asesoramiento más...y que eso se puede lograr de otra manera... de formas legales... por ejemplo lo que pasó con las unificaciones con el Municipio... entonces, el Municipio puede ayudar mucho en ese sentido...construyendo política” (Entrevista a Sinfioriano, José C. Paz. Febrero de 2011)

Las palabras de Sinfioriano dan cuenta de la complejidad que atraviesa el problema del acceso a la tierra en Buenos Aires. En relación a la migración, esta problemática ha sido abordada por autores como Cravino (2006, 2008), Fara (1985), Merklen (1991, 1997) y Herrán (2000), entre otros. Con respecto a la inserción laboral de los migrantes limítrofes en el mercado de trabajo argentino, distintos autores (Benencia y Karasik, 1995; Marshall y Orlansky, 1983; Balán, 1990; Maguid, 1997) han coincidido en señalar que, en un primer momento, los migrantes paraguayos habrían respondido a las demandas coyunturales de mano de obra o a trabajos temporarios en cosechas, principalmente en las áreas limítrofes o fronterizas. Para Maguid (1997), un segundo momento se habría iniciado cuando los migrantes comienzan a cubrir, a partir de 1947, los puestos de trabajo en las industrias regionales y mineras que empiezan a ser abandonados por los migrantes internos que dejan sus provincias natales para trasladarse hacia la capital y el Gran Buenos Aires. A partir de 1960, con la caída de los precios de los productos regionales y la incorporación de tecnología de mecanización de la

cosecha en el noroeste, la migración paraguaya (y la limítrofe en general) habría cambiado de rumbo, buscando nuevas oportunidades en el AMBA, en los rubros de la construcción, la industria manufacturera y el servicio doméstico, por estar estas tareas mejor remuneradas que en el resto de las provincias argentinas o en sus propios países (Balán, 1990; Maguid, 1997).⁸⁰



Credencial que certifica el registro en ANSES de un trabajador de la construcción paraguayo. Para obtenerla, es preciso antes tramitar la residencia temporaria ante la Dirección Nacional de Migraciones (DNM).

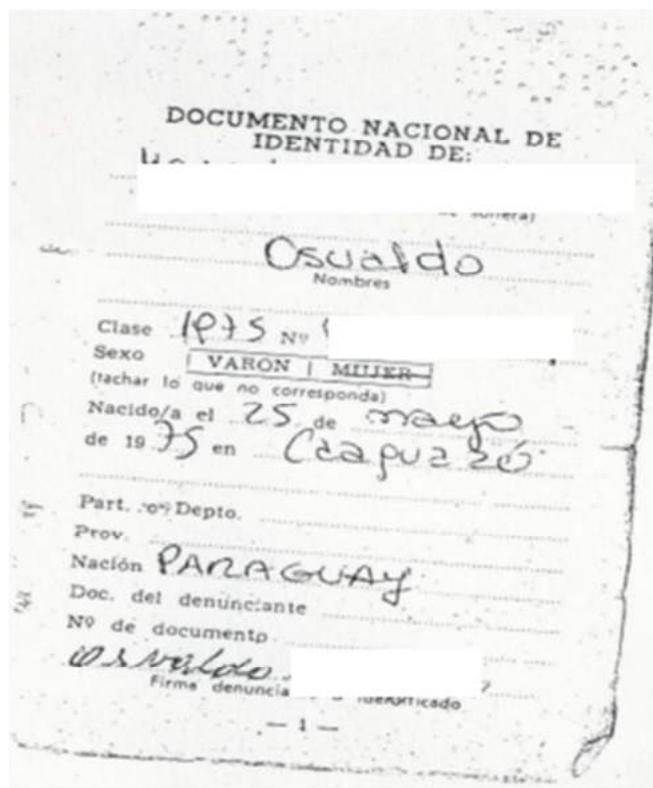
Así, la falta de interrupción relativa de los movimientos de paraguayos se vincula de igual manera a factores “expulsores” en Paraguay como a la demanda de mano de obra en el AMBA. A pesar de lo que podría creerse, de acuerdo a Beccaria, Carpio y Orsatti (2000) el mercado de trabajo argentino entre 1945 y 1975, a diferencia de otras economías latinoamericanas, no presentaba niveles altos de subutilización de trabajo. Como lo explica Maguid (1997),

Si bien hubo una escasa absorción de trabajo por parte del sector productivo moderno, se fue expandiendo un sector informal, con niveles de productividad no muy baja, que permitió dar empleo a numerosas personas con niveles de ingresos adecuados. En esa época habría una oferta excedente de trabajo calificado y una demanda de trabajo no calificado, situación que explicaría la absorción de fuerza de trabajo adicional abastecida por la inmigración limítrofe (Maguid, 1997: 38).

Como señala la autora, comienza a estructurarse un mercado de trabajo caracterizado por la segmentación y la informalidad, que eclosionará en la década de los noventa con tasas tristemente célebres de desempleo. Muchos migrantes (y nativos, por supuesto) perderán sus

⁸⁰ Si bien en este trabajo nos abocaremos fundamentalmente a describir las condiciones de trabajo y migración de varones paraguayos, no debe ser soslayada la situación de las mujeres que, de hecho, constituye la mayor parte de los migrantes paraguayos en Argentina (Dobreé, 2014; Gaudio, 2012a). Siguiendo las tendencias regionales, la “feminización” de la migración constituye uno de los indicadores que progresivamente ha comenzado a caracterizar a los flujos internacionales de la población paraguaya, tanto hacia Argentina como hacia Europa.

trabajos o serán precarizados por esos años. Paradójicamente, y a pesar de lo que podrían afirmar las miradas lineales sobre la migración, en la Argentina entre 1991 y 2001, el número de migrantes paraguayos prácticamente se duplicó (INDEC, 2004). Algo similar sucederá luego de la crisis social y política de 2001-2002 cuando ya el “1 a 1” cambiario no puede ser considerado como la explicación última de la migración hacia la Argentina. De hecho, durante largos períodos entre 2003 y 2014 la moneda paraguaya (“Guaraní”) estará menos devaluada frente al dólar que el peso argentino.



Documento Nacional de Identidad Argentino otorgado a un actual trabajador de la construcción nacido en Caaguazú en 1975. Según nos relatara, ingresó con su madre al país en 1990, con 15 años para reunirse con su padre quien también trabajaba en la construcción

De esta forma, vemos que las condiciones económicas “atractoras” o de demanda de mano de obra (“pull”) no pueden explicar por sí mismas el movimiento de paraguayos hacia el AMBA. Visto y considerando los importantes procesos de recesión económica atravesados por la Argentina, difícilmente pueda explicarse la migración sólo a partir de un supuesto “cuadro de oportunidades” que comienza a abrirse para los migrantes a partir de 1960 en Buenos Aires. Como señaló un sociólogo paraguayo, “el modelo explicativo es coherente y

bonito” (Carrón, 2008: 99) pero no da cuenta de la constelación de causas que enmarcan la migración paraguaya hacia la Argentina (Fischer, Palau y Pérez, 1997).⁸¹

“Picachu”

Picachu, como le dicen sus compañeros, tiene 37 años. Él y su padre, Aarón, vinieron desde Coronel Bogado hace casi quince años y viven juntos en San Miguel. Coronel Bogado es una localidad rural del sur del Paraguay, perteneciente al Departamento de Misiones, un departamento consignado por el Ministerio del Interior Paraguayo como “altamente expulsor”. Lo que más nos interesa resaltar de la experiencia de Picachu (y de Aarón, su padre) tiene que ver con los motivos de su venida. Nos comentó que, *“allá en Bogado, un año teníamos sembrado todo algodón... y vino una sequía enorme”*. A partir de esto, Aarón decidió vender la cosecha *“así, sin levantar”* y venirse para acá. Aarón es viudo hace muchos años y Picachu es su único hijo. Entre 1995 y 1997, en Paraguay tiene lugar la primera gran crisis económica del gobierno de Wasmosy. Según nos lo explicó Picachu, *“ya no tenía sentido seguir en Bogado con la cosecha perdida”* (Entrevista a Picachu, obra de calle Cramer. Marzo de 2008).

Si bien lo retratado se vincula a avatares propios de la producción agrícola, en parte refleja la vulnerabilidad que condiciona la reproducción social de los pequeños productores paraguayos.

Cuadro 5. Migrantes limítrofes (y peruanos) en el país de acuerdo a los censos nacionales de población

Censo	Bolivianos	Brasileños	Chilenos	Paraguayos	Peruanos	Uruguayos
1869	6.194	5.919	10.883	3.288	Sin datos	15.076
1895	7.361	24.725	20.594	14.562	551	48.650
1914	18.256	36.629	34.568	28.592	1.247	88.656

⁸¹ Recordemos la centralidad que adquiere en Paraguay el régimen de tenencia de la tierra. Entre otras cuestiones, como quisimos mostrar en el primer capítulo, su consideración permite explicar cómo la deteriorada situación de los pequeños campesinos, la falta de tierra y su baja productividad crónica, la imposibilidad de ampliar la frontera agrícola, y la desocupación y subocupación resultantes de ello, adquieren un papel central en la configuración de la alternativa emigratoria para los sujetos (Rivarola, 1967; Heikel y Rojas Bahr, 1993). Al mismo tiempo, existen y existieron factores “extraeconómicos” propios del proceso paraguayo que no pueden soslayarse a la hora de intentar comprender las características y dimensiones del movimiento de personas hacia la Argentina. De esta forma, la “Guerra del Chaco” (1932 - 1936), la “Guerra Civil” (1947) y la dictadura de Stroessner inaugurada por el golpe militar de 1954, “sumaron opositores y exiliados de otra extracción social al flujo tradicional de personas en búsqueda de trabajo” (Marshall y Orlansky, 1983: 76).

1947	47.774	47.039	51.563	93.284	2.760	73.640
1960	89.155	48.737	118.165	155.269	Sin datos	55.934
1970	92.300	45.100	133.150	212.200	Si datos	51.100
1980	118.141	42.757	215.623	262.799	8.561	114.108
1991	143.569	33.476	244.410	250.450	15.939	133.453
2001	233.464	34.712	212.429	325.046	88.260	117.564
2010	345.272	41.330	191.147	550.713	157.514	116.592

Elaboración propia a partir de datos presentados en Maguid (1997) y Censos Nacionales (1980, 1991, 2001, 2010).



Cédula de Identidad Civil Paraguaya de un trabajador de la construcción del AMBA nacido en la localidad de Mariscal Estigarribia en 1985.⁸²

Con respecto a la inserción laboral de migrantes limítrofes en la industria de la construcción, varios autores coincidieron en señalar que el rápido y continuo desarrollo de la construcción residencial privada a partir de 1960⁸³, empleó grandes cantidades de mano de obra adicional

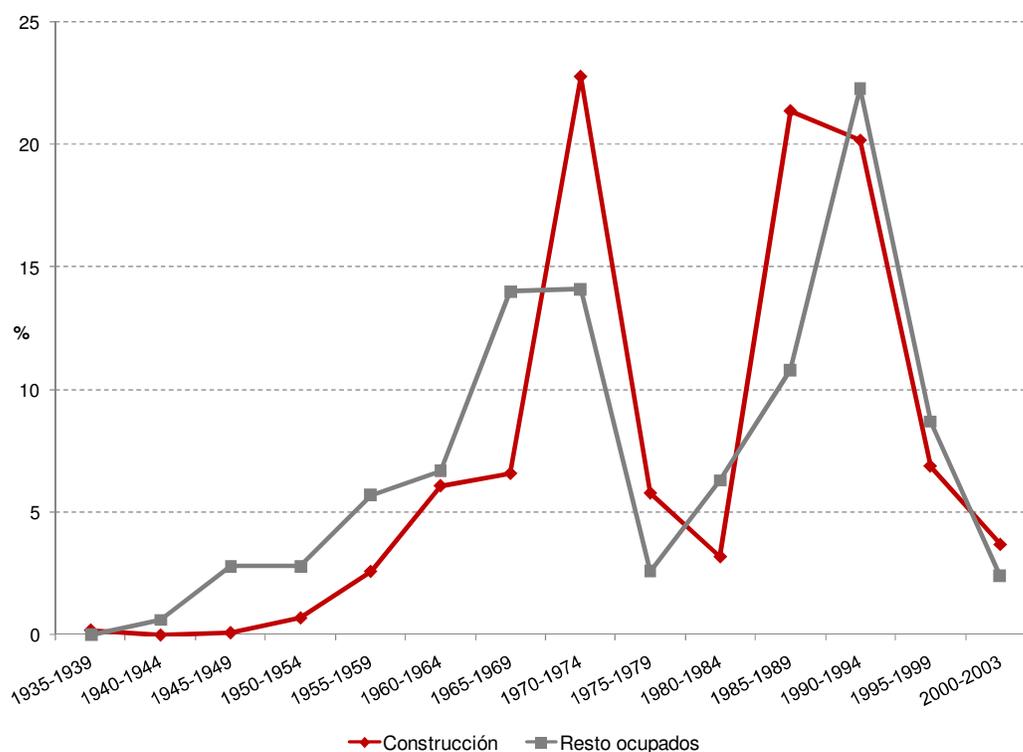
⁸² La localidad de Mariscal Estigarribia es la segunda ciudad en importancia del Departamento de Boquerón. Sin embargo, hacia 2002 su población ascendía a 2.500 habitantes. Su actividad principal es la ganadería (Censo Agrícola 2008).

⁸³ Recordemos que, con anterioridad a 1960, los paraguayos venían incorporándose en la zona del nordeste argentino, principalmente en las tareas de la cosecha estacional de la yerba mate en Misiones y del algodón en

en el corto plazo, sobre todo paraguayos y bolivianos que se fueron sumando a los migrantes internos y nativos del área que se estaban reubicando en esta rama a causa de su carácter dinámico y expansivo (Benencia y Karasik, 1995, Marshall y Orlansky, 1983).

El siguiente cuadro permite apreciar la importante incidencia del trabajo en la construcción entre los migrantes paraguayos del AMBA, en relación al año de llegada al país. Si bien estos procesamientos sólo permiten ver tendencias generales, es interesante destacar *que cerca de la mitad (47,4%) de quienes se desempeñaban hacia 2003 en la construcción llegaron o bien en el período 70-74 o en el 85-94* (Bruno y Del Águila, 2010). Recordemos el exacerbamiento de la persecución política por esos años. Lamentablemente, no contamos con datos más recientes que permitan analizar lo sucedido con los migrantes llegados en la última década.

Cuadro 6. Migrantes paraguayos ocupados según año de llegada a Argentina. Gran Buenos Aires. Año 2003



Elaboración de Sebastián Bruno con base en INDEC, Encuesta Complementaria de Migraciones Internacionales 2002-2003, en Bruno y Del Águila (2010)

Formosa (Balán, 1990), pero también en las oportunidades de empleo agrario en la producción de caña de azúcar, tabaco y té (Cerrutti y Parrado, 2003).

Recordemos que la importante caída registrada en la década de 1980 parece vincularse al comienzo de las obras de las grandes obras públicas como Yacyretá e Itaipú, cuyas obras emplearon una gran cantidad de constructores. Una reflexión que merece destacarse es aquella que refiere al año de llegada. Los migrantes poseen interpretaciones sustantivas respecto de esto y, en algunos casos, llegan a diferenciar entre el “migrante antiguo”, a quien atribuyen un interés laboral y asociado al sacrificio, y los migrantes más “jóvenes” y recientes, quienes llegarían a Argentina para “aprovecharse”. En este sentido, al menos discursivamente, al interior de la colectividad paraguaya existen demarcaciones relativas a los “establecidos y los forasteros” (Elías, 2003).

“Por ahí no sé si es lo mismo, porque nosotros estamos hablando por nosotros, pero hay gente, en otro lado, por ejemplo en La Matanza, la gente nueva que vinieron...yo no creo que les resulte tan fácil...acomodarse... primero, porque no tienen escala, vienen del campo a una gran ciudad que le es desconocido...por ahí, nosotros... no sé, pero... al venir de joven, te integras más rápido...depende las épocas también, no? Pero, por ejemplo, ellos los que vienen ahora, vienen sin escala, ni siquiera en Asunción... no pasan... pero mucha gente...vos ves, que juegan al vóley...vos ves gente, con muchas necesidades (...) porque allá no hay trabajo todavía... se está armando Paraguay con su nuevo presidente... entonces cuesta, este período de transición es bravo... pero... el idioma ayuda mucho también porque manejamos el mismo... claro...bueno... en realidad, como decía Blanca (otra entrevistada), también depende, porque algunos solo hablan guaraní...pero es verdad... o sea, a veces ayuda...claro... también el paraguayo tiene mucha ventaja en esta Argentina generosa, eh...viene por salud... ojo...hay muchos paraguayos que vienen por salud que acá la Argentina no pregunta de dónde venís ni quién sos, ni si tenés documentos...la Argentina te abre los hospitales, con una solidaridad que nosotros... por eso somos tan agradecidos...la salud en Paraguay es muy precaria...por eso vienen aquí a...lo único que... la documentación de los argen....de los paraguayos, tendría que ser un poco más estricta, no? Habría que apretar un poquito más ese tema...(...) si, si... yo por ejemplo, no estoy para nada de acuerdo con la gente que quiere aprovechar... y que lo han hecho... a mí me pone mal...porque, también hay gente de acá... claro... hay gente de acá, por ejemplo...claro, está bien...la gente ya no quiere trabajar... la gente quiere planes sociales... el paraguayo, por lo general, no viene a pedir eso porque le es difícil, si no tiene documentos, no tiene tantos años... no pide eso pero pide trabajo...bueno, el trabajo lo consigue y, después, por ahí, el argentino que viene de afuera también le pasa lo mismo, ya no quiere ir a trabajar en la obra...como hacía antes, por ejemplo, el paraguayo...el trabajo que se descartaba era lo que

agarraba... y ahora, por ejemplo, ahora... yo he escuchado “estos paraguayos de mierda” que vienen y te sacan el trabajo...pero, esas cosas...el paraguayo viene a trabajar... yo no sé si ahora vienen con otras ideas...pero yo, en la cabeza creo que pasa lo mismo acá con la gente más joven... el paraguayo...el migrante viejo, es muy agradecido... y siempre está diciendo “Argentina me dio mucho”... aparte de los hijos y todas las otras cosas... entonces, de por sí, está agradecido... entonces, si la gente es así, el que convive, y es de acá, tiende a no discriminarlo... pero el que viene de allá y que se trae puesto el sombrero y... un montón de cosas... sí, es lógico que alguien lo discrimine...porque de repente no cumple todas las reglas...el tema del documento es algo muy importante... yo creo que es un poquito de irresponsabilidad...de dejadez...porque... cuando tiene tiempo, no lo hace y después, no tiene tiempo y... el documento lleva su proceso... aunque ahora es mucho más rápido, eh... no hay excusas, ahora no hay excusas... es rapidísimo y te lo mandan a tu casa....solamente hay que tomarse el tiempo...porque acá hay paraguayos que tienen hijos argentinos y aún no tienen el documento... claro... y las instituciones argentinas deberían apretar un poquito más...a mí me parece que eso es algo fundamental porque el paraguayo...se aboca a trabajar... a trabajar... de lunes a sábado a trabajar...”total, no me exigen...total”... un poquito eso” (entrevista a Blanca e Isabel, miembros de una organización social paraguaya de Berazategui. Enero de 2011).

Más adelante retomaremos este tipo de distinciones establecidas al interior de los propios paraguayos en Argentina. Retomemos ahora lo relativo a la inserción en las obras. Si desagregamos las ocupaciones que realizan los varones paraguayos, podremos ver aquello que señalaba Bruno (2008): que cuatro de cada diez varones paraguayos en el AMBA trabaja en la construcción:

Cuadro 7. Varones no migrantes y migrantes paraguayos residentes en Gran Buenos Aires ocupados según grupos ocupacionales. Primer semestre 2003. (%)⁸⁴

Grupos ocupacionales	No migrantes	Migrantes
----------------------	-----------------	-----------

⁸⁴ A partir de este momento, presentaremos una serie de procesamientos que focalizan en los migrantes paraguayos y la industria de la construcción del AMBA. En todos aquellos casos en que sea posible, nos referiremos a las últimas fuentes censales y estadísticas disponibles. Sin embargo, existen procesamientos que sólo podremos realizar sobre la base de la Encuesta Permanente de Hogares (y complementaria Migraciones) de 2003, por no estar a nuestro alcance datos más recientes. Vale la pena aclarar que gran parte de los procesamientos aquí presentados seguramente han sufrido modificaciones en los últimos años. De cualquier manera, optamos por presentarlos dado que aportan al conocimiento general de la cuestión.

	(Argentinos)		paraguayos	
Total	100,0		100,0	
	1.870.381		67.535	
Prestación de servicios	73,8		35,1	
Construcción	10,4		39,8	
Producción de bienes no agropecuarios	15,0		23,8	
Producción de bienes agropecuarios	0,5	*	0,8	**
		*		*
Servicio doméstico	0,1	*	0,6	**
		*		*
Sin información	0,1	*	-	
		*		

Nota: EPH: ** CV mayor a 20 %. ECMI: *** CV mayor a 25 %

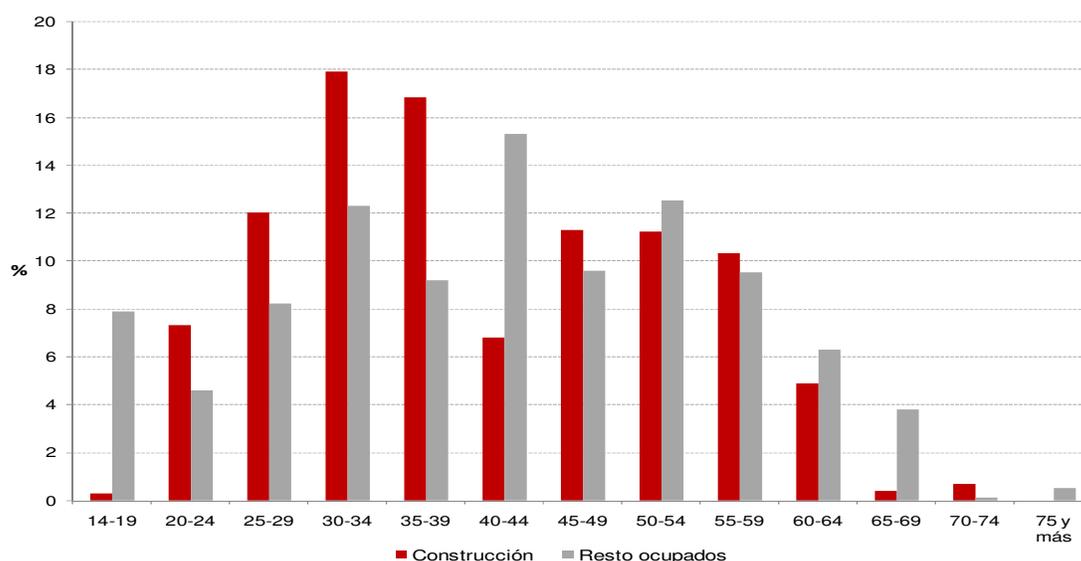
Fuente: Procesamientos de Sebastián Bruno en base a EPH (onda mayo 2003) y ECMI. En Bruno y Del Águila (2010).

Un dato interesante resulta del hecho de que los migrantes paraguayos en Argentina no se han insertado de forma significativa en tareas agrícolas. Por el contrario, prestación de servicios y construcción representan las inserciones más destacadas. El cuadro 8 permite contrastar las edades de quienes desarrollan tareas en las obras respecto de los que trabajan en otros sectores de la economía.

Los constructores, si bien están presentes en todos los tramos de edad, son más visibles en dos grupos diferenciados: el primero, entre 20 y 39 años (con más concentración en los que tienen más de 30) representa el 54% de los trabajadores paraguayos de la construcción. El segundo grupo, constituido por trabajadores con más de 45 años y hasta 59, que representan casi a un tercio (32,8%) de los trabajadores paraguayos en las obras. Como afirmáramos en otra oportunidad,

Más allá de la polaridad entre trabajadores más jóvenes y otros más experimentados; la estructura evidencia una amplitud interna que implica la posibilidad de absorción de mano de obra no sesgada etariamente. En consonancia con los antecedentes, la construcción no sólo requiere de jóvenes con alto despliegue físico, sino también crecientes cuotas de experiencia y un esperable manejo de conocimientos específicos en las tareas. De todas formas, como se verá más adelante, la concentración casi excluyente de los trabajadores paraguayos en las tareas de calificación operativas muestra un límite en el ascenso técnico del trabajo, aún para quienes están en edades más próximas al retiro. En contraste, se puede observar cierta continuidad en la distribución de edad de quienes trabajan en otras actividades (prestación de servicios y la producción industrial), donde evidentemente la heterogeneidad de demandas sectoriales impacta en el reclutamiento de trabajadores de distintas edades (Bruno y Del Águila, 2010:8).

Cuadro 8. Migrantes paraguayos ocupados por edad según ocupación. Gran Buenos Aires. Año 2003



Fuente: Elaboración de Sebastián Bruno con base en INDEC, Encuesta Complementaria de Migraciones Internacionales (ECMI) 2002-2003, en Bruno y Del Águila (2010)

Surge aquí un punto de enorme importancia para nuestra tesis, vinculado al origen de los trabajadores. *¿Hasta qué punto es posible hablar de una proveniencia rural entre los trabajadores de la construcción del AMBA?* Para averiguar esto, veamos dónde vivían los migrantes antes de llegar a Argentina.

Los departamentos de origen de los trabajadores paraguayos de la construcción del AMBA

La región de origen de los actuales trabajadores de la construcción constituye uno de los datos más ricos para caracterizar las trayectorias laborales. En un trabajo anterior, analizamos sus proveniencias a la luz de los datos más recientes disponibles (Bruno y Del Águila, 2010). Algunas de las conclusiones a las que arribamos fueron que *quienes venían desempeñándose en actividades rurales en Paraguay terminaron absorbidos en gran medida por la construcción del AMBA*, siendo que un tercio de la fuerza de trabajo “constructora” paraguaya en Buenos Aires proviene del campo. Veremos más adelante cómo este gran grupo de trabajadores no experimentará un mero cambio de actividad en Buenos Aires, sino también la inserción en nuevas relaciones de trabajo y producción.

Permítasenos antes de seguir realizar algunas aclaraciones. Por un lado, no es cierto que todos (ni que la mayoría de) los varones paraguayos que migran hacia el AMBA se insertan en la construcción. Lo que afirmamos es que dicha inserción es significativa, dado que casi 4 de cada 10 paraguayos en el AMBA trabajan en una obra (Bruno, 2008). Por otro lado afirmamos que muchos de los paraguayos (no todos, ni la mayoría) que trabajan en las obras del AMBA provienen de zonas rurales de Paraguay. Con respecto a esto, si despejamos del universo de análisis a aquellos que no poseían trabajo en Paraguay, los trabajadores provenientes del medio rural alcanzarían el 43 % de quienes actualmente trabajan en la construcción (Bruno y Del Águila, 2010:7). Ahora bien, estos datos surgen de considerar como “urbana” a la proveniencia de cabeceras de departamentos de Paraguay, ya que así se encuentra tipificado tanto en los censos nacionales paraguayos como en los argentinos. Sin embargo, *esto no nos permite contabilizar las migraciones internas previas*. Además, para quien conoce Paraguay, es sabido que la residencia en una cabecera de Departamento no necesariamente significa una inserción laboral distinta a la agrícola. En otras palabras, residir en la cabecera de departamento no es sinónimo de inserción laboral industrial o asalariada. Resulta así común para muchos paraguayos vivir en una cabecera de Departamento o núcleo urbano y dedicarse fundamentalmente a las faenas agrícolas. Presentaremos un caso a modo de ejemplo.

“Lezcano”

Lezcano tiene 62 años y es oriundo de Itá, localidad situada a 35 km. de Asunción. Vino a los 22 años a Argentina, en 1968. Una vez llegado, se estableció en Villa Cildañez, en el barrio porteño de Parque Avellaneda. Desde mediados de la década de 1980, vive junto a su familia en Laferrere, partido de La Matanza, provincia de Buenos Aires. Se define a sí mismo como “constructor en general”. En Itá, Lezcano vivía con su madre. Él fue su único hijo. Vivían en una granja que su madre había establecido en un pedazo de tierra desocupada. Ella se dedicaba allí a las actividades propias de una granja: era matarife de chanchos y vendía gallinas y huevos. Sólo para uso doméstico, plantaban en un pequeño terreno algo de caña y de mandioca. No conoció a su padre hasta avanzada edad. Años más tarde, también descubrió que tenía varios hermanos por parte de él. Mantiene relación con algunos de ellos en la actualidad. Su padre se desempeñaba como hachero en algunos campos de la zona (Nota de campo a partir de conversación con “Lezcano”. Febrero de 2008).

Como podemos ver, Lezcano vivía en Itá, una ciudad importante cercana a Asunción. Sin embargo, antes de emigrar, sus labores se enmarcaban fundamentalmente en la producción de

granja. Casos como el de Lezcano sin duda, abundan y serán analizados en profundidad más adelante.

Dicho lo anterior, si bien es sabido que la proveniencia geográfica de los migrantes en general es sumamente heterogénea (Bruno, 2008), es interesante observar particularmente la información desagregada para el caso de los trabajadores de la construcción.

Cuadro 9. Migrantes paraguayos de 18 años y más según departamento de residencia por ocupación actual. Gran Buenos Aires. Año 2003

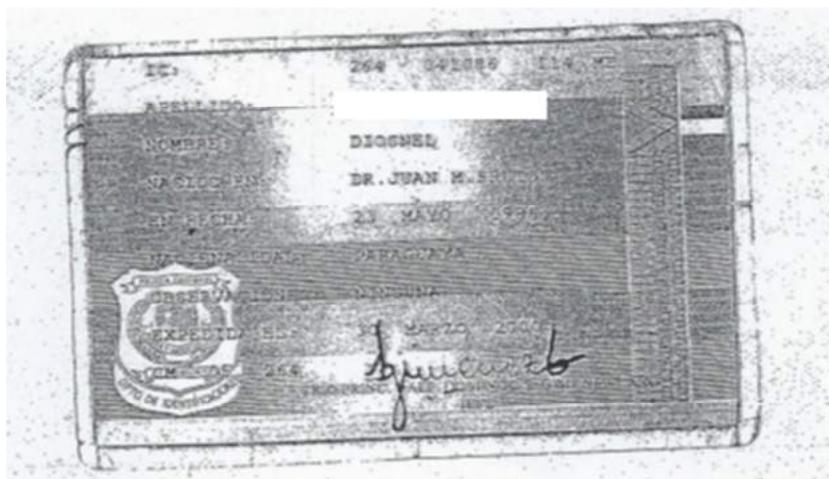
Trabajadores de la construcción				Resto de migrantes paraguayos			
Nº Orden	Departamento	%		Nº Orden	Departamento	%	
	Total	100			Total	100	
		26.800				61.958	
1	Itapúa	28,4		1	Área Metropolitana de Asunción	28,6	
2	Área Metropolitana de Asunción	21,9		2	Itapúa	12,9	
3	Caazapá	10,1		3	Paraguarí	12,0	
4	Misiones	8,5		4	Ñeembucú	7,1	
5	Central	5,5		5	Central	6,7	
6	Cordillera	5,1		6	Cordillera	6,1	
7	Caaguazú	4,9		7	Caaguazú	5,6	
8	Paraguarí	3,9		8	Guairá	5,4	
9	Guairá	3,4		9	Misiones	4,7	
10	Ñeembucú	2,9	a)	10	Caazapá	3,7	
11	Alto Paraná	2,0	a)	11	Concepción	2,1	
12	Concepción	1,5	a)	12	Alto Paraná	2,1	
13	Amambay	0,4	a)	13	San Pedro	1,0	a)
14	San Pedro	0,3	a)	14	Boquerón	0,1	a)
15	Boquerón	-		15	Amambay	0,0	a)
	Sin información	1,4	a)		Sin información	1,8	

Nota: a) Coeficiente de variación mayor a 25 %

Fuente: Elaboración de Sebastián Bruno con base en ECMI 2002-2003. En Bruno y Del Águila (2010).

Como puede verse, de acuerdo a los procesamientos realizados por Sebastián Bruno (Bruno y Del Águila, 2010), si se contrasta con el resto de los migrantes, los provenientes del Departamento de *Itapúa* representan más de un cuarto de la fuerza de trabajo paraguaya en la construcción argentina, “lo que sugiere la existencia de redes específicas de contactos y reclutamiento allí y de funcionamiento de la incorporación de trabajadores a través del ‘paisanaje’ como garantía de confianza, una vez en Buenos Aires” (Bruno y Del Águila, 2010: 8).⁸⁵

El segundo territorio de proveniencia es el *Área metropolitana de Asunción*, con una proporción ligeramente menor que el resto del universo. La importancia de esa proveniencia radica en su carácter eminentemente urbano lo cual, como refiriéramos, limita las interpretaciones lineales que relacionan la construcción con un origen exclusivamente rural (Bruno y Del Águila, 2010).



Cédula paraguaya de trabajador de la construcción del AMBA nacido en la localidad de Dr. Manuel M. Frutos en el Departamento de Caaguazú.⁸⁶

Los departamentos de *Caazapá* y *Misiones*⁸⁷ marcan una presencia relativa importante entre los “constructores”, agrupando a casi dos de cada diez trabajadores. Dichos orígenes tienen

⁸⁵ Para el resto de los migrantes, que no trabajan en la construcción, *Itapúa* representa poco más de uno cada diez. Es decir que los trabajadores provenientes de este departamento se encuentran sobre-representados en la industria de la construcción de Buenos Aires.

⁸⁶ La localidad de Dr. Juan Manuel Frutos (Departamento de Caaguazú) poseía hacia 2008 poco más de 19 mil habitantes. Si bien se trata de una localidad de gran importancia a nivel departamental, también la mayor parte de su población se encuentra abocada a faenas agrícolas (Censo Económico 2008).

⁸⁷ Los departamentos de *Itapúa*, *Caazapá* y *Misiones*, poseen una intensa dinámica poblacional con la provincia argentina de *Misiones*, particularmente con su capital -Posadas- (Bruno, 2008). Sin embargo, el vínculo de estas áreas con Buenos Aires no necesariamente hace intervenir a Posadas como nexo, ya que una buena parte de las

una importancia mucho menor en el resto “no constructor”, ubicados entre los departamentos menos representados respecto a la proveniencia de los migrantes (Bruno y Del Águila, 2010: 8).

De acuerdo al estudio *Ampliando Horizontes* realizado por PNUD en 2008, el *Departamento Central* es el que registra el mayor flujo de emigrantes a España: 48,88%. Es decir que la mitad de quienes emigran desde estas zonas tiene como destino ese país europeo, lo que evidencia una clara preferencia migratoria por ese destino por parte de las personas de las zonas más pobladas y urbanizadas del país. El mismo estudio muestra que, por el contrario, las y los migrantes de los departamentos más empobrecidos y de población rural, como *San Pedro o Caaguazú*, se dirige principalmente a la Argentina, en un 71,5% y 72,6% respectivamente, mientras que apenas un 19,8% de las personas migrantes de San Pedro, y un 18,9% de Caaguazú, tiene como destino España.

A su vez, según datos arrojados por la Encuesta Permanente de Hogares de Paraguay, hacia 2008 el número de hogares con emigrantes llegaba a 182.401, lo que demuestra que *el porcentaje de hogares con población emigrante en el departamento de Caaguazú e Itapúa es cerca del doble que el de Asunción, San Pedro y Alto Paraná.*

“Cabezón”

La experiencia de “Cabezón” o “Duhalde”, como le dicen sus compañeros de trabajo, ayuda a ver otro caso concreto de migración proveniente del departamento de Itapúa. Él es originario de la localidad de Ayolas, lugar en el que fue emplazada la Represa de Yacyretá. Con 46 años, nos comentó que a su familia se le pagó un dinero al iniciarse las obras, para que se mudaran de Ayolas hacia la localidad de San Patricio, por cuestiones vinculadas a la necesidad de utilizar esos terrenos para la construcción. Una vez llegado a Buenos Aires, se instaló en José C. Paz y, a los dos meses de estar ahí, ya comenzó a trabajar en la construcción como pintor de obra, por el “contacto de un conocido” (Nota de campo sobre conversación sostenida con “Cabezón”. Obra de Juana Manso y Peñaloza. Abril 2010).

El siguiente cuadro permite ver la importancia de las labores agropecuarias entre los varones paraguayos que actualmente residen en el AMBA. Puede así verse que uno de cada tres

trayectorias territoriales de los migrantes tienen como destino directo el principal aglomerado urbano de Argentina, es decir, Buenos Aires (Bruno, 2008).

trabajadores actuales de la construcción en Buenos Aires se desempeñaba en faenas agrícolas antes de migrar. Como puede observarse, *la construcción capta más fuerza de trabajo agrícola (34 %) que, en su conjunto, el resto de los sectores productivos en Buenos Aires (18,2%)*. Estos procesamientos también nos permiten ver que sólo algo más de uno de cada diez trabajadores actualmente ocupado en las obras se desempeñaba en la construcción en Paraguay.

Durante el trabajo de campo no pudimos registrar muchos casos de obreros de la construcción que ya se hubieran desempeñado como tales antes de migrar. Al mismo tiempo, y en base a las descripciones realizadas por los escasos obreros que sí poseían experiencia previa en la construcción antes de emigrar, podemos afirmar que puede resultar apresurada cualquier comparación lineal entre la industria de la construcción argentina y paraguaya, fundamentalmente por el lugar ocupado por dicho sector a nivel de incidencia y participación en el PBI de ambos países.⁸⁸

Es puntualmente a partir de esta situación que diremos que una parte importante de los trabajadores rurales paraguayos se proletariza en la construcción del AMBA (uno de cada tres migrantes hoy en las obras trabajaba en la producción agrícola).

Cuadro 10. Migrantes paraguayos de 18 años y más ocupados según última ocupación en Paraguay por ocupación actual. Gran Buenos Aires. Año 2003 (%)

Ultima ocupación en Paraguay	Ocupación Actual			
	Construcción		Resto ocupados	
Total	100		100	
	(26.800)		(38.907)	
Producción de bienes agropecuarios	34,0		18,2	
Inactivo en Paraguay	20,9		37,3	
Prestación de servicios	17,4		19,5	
Construcción	14,5		9,3	
Producción de bienes no agropecuarios	12,0		14,6	

⁸⁸ De acuerdo al Censo Económico Nacional Paraguayo (2012), sobre 799.153 ocupados, la construcción sólo capta a 14.077, es decir al 1,76 % del total de los trabajadores ocupados registrados por el Censo, ya sea en condiciones formales o no de trabajo. Para el mismo año en Argentina, solamente considerando los trabajadores registrados por el IERIC (es decir, pertenecientes a empresas declaradas, con aportes y recibo de sueldo) la misma estimación ascendía a 414.868 trabajadores de la construcción, lo que frente a un total de 15.271.000 de ocupados registrados, representaba el 2,71%.

Servicio doméstico	-		0,1	a)
Sin información	1,2	a)	1,2	a)

Nota: (a) Coeficiente de variación mayor a 25 %. Fuente: Elaboración de Sebastián Bruno con base en ECMI 2002-2003. En Bruno y Del Águila (2010).

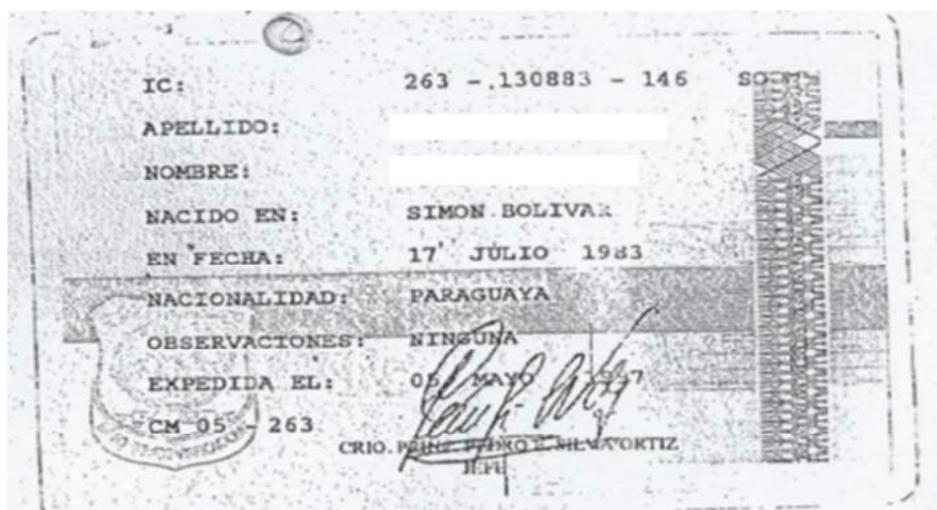
Otra cuestión de interés se vincula a la estratificación interna actual de los trabajadores de la construcción. De acuerdo a los datos existentes, éstos se enfrentan a un posicionamiento casi excluyente: *nueve de cada diez desarrollan tareas de calificación operativa*.⁸⁹ En términos de movilidad ocupacional, los que actualmente trabajan en la construcción muestran mayores niveles de equivalencia en la calificación y un registro apenas más favorable entre aquellos que ascendieron; en ambos casos tomando como referencia a los ocupados en el resto de los sectores económicos (Bruno y Del Águila, 2010). La mayor diferencia se da en el registro marginal de quienes vieron “descender” su tipo de inserción laboral (5,9 %).



Anverso de Cédula de Identidad Civil Paraguaya de un trabajador de la construcción del AMBA nacido en la localidad de Simón Bolívar (Departamento de Caaguazú).⁹⁰

⁸⁹ De acuerdo a INDEC (2010) se define “Calificación operativa” como aquella en la que se realizan tareas de cierta secuencia y variedad que suponen atención, rapidez y habilidades manipulativas así como ciertos conocimientos específicos acerca de las propiedades de los objetos e instrumentos utilizados. Estas ocupaciones requieren de conocimientos y habilidades específicas adquiridas por capacitación previa y/o experiencia laboral.

⁹⁰ La localidad de Simón Bolívar en el Departamento de Caaguazú también es un buen ejemplo de lo que afirmamos. Hacia 2008, contaba con menos de 5.000 habitantes, de los cuales más de 4.200 se dedican a faenas agrícolas (Censo Económico 2008). La economía de este distrito se basa en la producción agrícola y forestal, especialmente en el cultivo de caña dulce, mandioca, algodón, soja, yerba mate, trigo, naranja dulce y hortalizas varias.



Reverso del documento anterior

Cuadro 11. Migrantes paraguayos de 18 años y más ocupados en la construcción según calificación ocupacional actual por calificación de la última ocupación en Paraguay. Gran Buenos Aires. Año 2003 (%)

Calificación ocupacional actual	Total		Calificación de la última ocupación en Paraguay								
			Profesional	Técnica	Operativa	No calificados	Nunca trabajó en Paraguay	Sin información			
	100,0			100,0		100,0		100,0		100,0	
Total	26.800		-	1.638		13.626		5.621		5.595	320 a)
Profesional	0,2 a)		-	-		-		-		0,8 a)	-
Técnica	3,7		-	51,3 a)		0,9 a)		0,4 a)		-	-
Operativa	90,2		-	33,1 a)		96,0		91,9		90,5	100,0 a)
No Calificados	6,0		-	15,6 a)		3,1 a)		7,7 a)		8,8 a)	-

Nota: (a) Coeficiente de variación mayor a 25 %

Fuente: Elaboración de Sebastián Bruno con base en ECMI 2002-2003. En Bruno y Del Águila (2010).

“Esquivel”

Tiene 37 años, nació en Asunción. Su padre tenía allí una tapicería y se dedicaba principalmente a la confección de los asientos para las líneas de colectivos. Desde los once años, Esquivel ayudó en el negocio familiar y, desde los catorce, cuando empieza la

secundaria, ya se “bancó solo” con su trabajo. Concluyó la educación primaria y secundaria y realizó los primeros dos años de una carrera terciaria en Economía. Incluimos aquí su caso porque permite relativizar algunos planteos relacionados a la supuesta movilidad social ascendente perseguida por los migrantes al arribar a Buenos Aires. En el caso de Esquivel, la construcción no es el primer rubro en el cual se inserta una vez en Buenos Aires. Por el contrario, abre una tapicería en Moreno, en la casa de su hermano mayor, que “hace veinte años está acá”. En relación al motivo de su venida a Buenos Aires, dijo que en Paraguay “La tapicería no iba más...aparte... yo ya me había juntado... y yo tenía mi tallercito... con mi hermano... después él se fue para Brasil, no Brasil, Paraguay, pero del lado de Brasil... se puso su taller... yo me quedé en Asunción...yo me junté...y bue... por esas cosas de la vida.... bueno... se armó quilombo con mi mujer....y decidí venirme (Entrevista a “Esquivel”. Obra de la calle Thorne. Febrero 2008).

La entrevista a Esquivel nos permite visualizar algunas cuestiones interesantes. En primer lugar, él proviene de Asunción. Recordemos que sólo uno de cada cinco obreros paraguayos en las obras del AMBA proviene de la capital del país (21,9%). Según nos cuenta, él poseía un oficio previo a la emigración. Esto parece relacionarse con algo que nos comentara un contratista, aquello por lo cual los paraguayos provenientes de Asunción no se insertaron tanto en las obras como en otros rubros (zapatería, curtiembre, tapicería, etc.). Tal vez esta situación pueda relacionarse con cierta característica de los capitalinos que haga más recurrente la posesión de un “oficio”. No estamos en condiciones de afirmarlo. Lo que sí nos muestra Esquivel es que, siendo tapicero y conociendo el rubro, lo primero que hace al llegar es establecer una tapicería. Sólo una vez que esto no le resulta, acudirá a las redes sociales para conseguir un trabajo en las obras. Es decir, tanto en su caso como en el de otros como migrantes provenientes de Asunción, la construcción no representa la alternativa laboral “ideal” y, sin embargo, allí terminan.

Otra cuestión a destacar se vincula a las diferencias de estructuras de las inserciones de los migrantes paraguayos en la construcción respecto de los “no migrantes”. Estos indicadores, si bien distan de dar una visión integral y acabada de las desigualdades en el acceso al mercado de trabajo, permiten establecer las brechas dadas por la pertenencia etno-nacional (Bruno y Del Águila, 2010). El primero de ellos refiere a la estratificación interna según la calificación de las tareas. Si bien se marcó anteriormente el agrupamiento casi exclusivo en puestos operativos, nótese la dispersión de la distribución de los “no migrantes”. Por un lado, el 13,7

% de técnicos y profesionales da cuenta del estrato superior del sector, dominado por el grupo nativo. La presencia de paraguayos es significativamente menor, *indicando las limitaciones de paraguayos al acceso a posiciones jerárquicas* (Bruno y Del Águila, 2010).

Cuadro 12. Población de varones ocupados en la construcción según calificación ocupacional por condición migratoria. Gran Buenos Aires. Año 2003 (%)

Calificación ocupacional	Migrantes paraguayos	No Migrantes
Total	100%	100%
	26.886	195.547
Profesional y técnica	3,9	13,7
Operativa	89,9	74,0
No calificados	6,3	12,4

Nota: (a) Coeficiente de variación mayor a 25 %

Fuente: Elaboración de Sebastián Bruno con base en ECMI 2002-2003. En Bruno y Del Águila (2010).

“Luque”

Luque es un paraguayo que ingresó hace pocos días a trabajar con Escobar, el contratista. Debe tener unos 40 años. Sus compañeros le dicen Luque, porque proviene de esa localidad, a 21 km. de Asunción. Me comentó que se vino principalmente porque su hija más grande ya está terminando la escuela en Paraguay y quiere estudiar “Contabilidad”. Por esto, dice, se vino a Buenos Aires “a trabajar un tiempo en las obras”. Allá era ayudante de panadero en el pueblo, y cuando llegó se metió en la obra por un cuñado que conocía a Escobar. Está viviendo con su cuñado en la villa del Bajo Flores. Es poco común que un hombre de casi cuarenta años como él sea todavía ayudante. Su caso es excepcional, ya que llegó a Buenos Aires a muy avanzada edad, sin experiencia previa en la construcción (Nota de Campo a partir de una conversación informal con “Luque”. Obra de la Calle Pumacahua. Julio 2008).

En prácticamente todos los casos, los trabajadores paraguayos empiezan como “ayudantes” en la industria de la construcción argentina. En general, y como mostraremos luego, permanecen algún tiempo en este escalafón hasta ascender al de “oficial”. Pero dejemos esta cuestión para

más adelante. El siguiente indicador refiere a la precariedad de las relaciones laborales. Sin duda, el sector de la construcción posee niveles de precarización mayores que otras actividades, más allá de la condición migratoria de sus trabajadores (Galín, 1996; Panaia, 2008). Sebastián Bruno ha dado cuenta de ello y, por ejemplo, en el siguiente cuadro puede apreciarse el caso de los “no migrantes” donde sólo el 43,4 % se encuentra aportando al sistema de seguridad social, mientras que en el resto de las actividades el grado de formalidad alcanza a casi seis de cada diez trabajadores.

Cuadro 13. Asalariados según aporte jubilatorio por ocupación actual y condición migratoria. Gran Buenos Aires. Año 2003 (%)

Existencia de aporte jubilatorio	Construcción		Resto asalariados	
	Migrantes paraguayos	No migrantes	Migrantes paraguayos	No migrantes
Total	100	100	100	100
	15.547	73.266	28.402	1.212.416
Con aporte jubilatorio	22,6	43,4	45,5	59,3
Sin aporte jubilatorio	77,3	56,6	53,6	40,3
Sin información	0,1 a)	-	1,0 a)	0,4 a)

Nota: (a) Coeficiente de variación mayor a 25 %

Fuente: Elaboración de Sebastián Bruno con base en ECMI 2002-2003. En Bruno y Del Águila (2010).

Como señaláramos (Bruno y Del Águila, 2010: 13), *la situación de precariedad es norma cuando se trata de los trabajadores paraguayos*. Más de tres cuartos de éstos trabajan en la construcción de manera informal, brecha (de 20,7 puntos porcentuales respecto de los nativos) que extrema el relativo alto registro que tienen los “no migrantes” del sector. Si bien es cierto que los grandes niveles de precariedad para los paraguayos no son privativos de quienes trabajan en la construcción (también existe una brecha para quienes trabajan en el resto de las actividades), en la construcción, la distancia con los “no migrantes” es mayor (13,3 puntos porcentuales).

“En las obras de acá, hay contratistas que le dicen a la gente que venga a trabajar, que les pagan 15 pesos por día, en guaraníes, pero que les dan la comida y el alojamiento. Después, les tiran en las obras unos colchones finitos como un papel y van al supermercado y les compran esos huesos, esos que la gente compra para los perros, lo que nadie quiere, y eso les dan... yo no, a mí no me gusta, yo prefiero pagarles 35 por día y que cada uno coma lo que quiera” (Entrevista a “Escobar”, contratista paraguayo. Julio 2008).

Según nos relatara Escobar, en general, el proyecto migratorio de los muchachos jóvenes empieza cuando “ven que el vecino se compró una moto, por ejemplo, entonces dicen: ‘me voy a Buenos Aires, trabajo un año, duermo en la obra, no gasto nada, hago una diferencia, vuelvo y me compro una moto’, pero después de un mes, un compañero les dice: ‘vení vamos a Bronco’ y ahí ya le toman el gusto a la joda y se gastan todo... ‘hay gente que vos les das 200 pesos un sábado y llega el lunes y no tienen nada” (Entrevista a “Escobar”, contratista paraguayo. Julio 2008).

¿Por qué el trabajo en la construcción aparece como un eslabón constitutivo del proyecto migratorio de muchos jóvenes paraguayos? Tanto las palabras de “Escobar” como la situación de “Luque” muestran que las motivaciones y proyectos que originan la migración pueden ser diversos. Entre los jóvenes, parece primar una visión que busca “aprovechar” el trabajo en las obras durante un tiempo limitado, para ahorrar y volver a Paraguay con una diferencia que permita la compra de una moto, o de un auto para trabajar como remis. En cambio, entre los migrantes que ya poseen familia, el proyecto puede vincularse a su rol de proveedores del hogar y a la necesidad de enfrentar gastos concretos de este tipo. Como denominador común, puede decirse que con la inserción en las obras busca generarse un ingreso monetario más difícil de obtener en Paraguay. Este dinero puede servir a la finalidad de afrontar gastos de estudios de familiares a cargo, por ejemplo, que demandan poseer dinero en efectivo. En la segunda parte de la tesis analizaremos con más detalle el destino de las remesas que los trabajadores envían a sus núcleos domésticos en Paraguay.

Segunda Parte

El homo constructor

En esta segunda parte de la tesis analizaremos los procesos que tienen lugar al interior de las obras en construcción del AMBA a partir de la inserción de los migrantes rurales paraguayos como fuerza de trabajo. Dividiremos nuestra presentación en tres capítulos. En el primero, “*La escalera paraguaya*”, abordaremos el problema del acceso a las obras y nos preguntaremos acerca de los procesos de movilidad social que la industria permite para los migrantes. En el segundo capítulo, “*El colibrí y el cemento*” describiremos el modo en el que los trabajadores rurales paraguayos van apropiándose simbólicamente de este nuevo lugar de trabajo y comienzan, poco a poco, a transformarse en “obreros”. En el tercer capítulo, “*Representaciones sobre la masculinidad y el riesgo*”, indagaremos acerca de la conformación de modos específicos de transitar y construir la masculinidad entre los trabajadores, extendiendo el análisis a algunas cuestiones que tienen lugar por fuera de las obras. Así, la “hombría” del trabajador paraguayo será pensada en el contexto más amplio de representaciones sociales sobre la clase y el riesgo laboral.

A través de los distintos capítulos, en esta segunda parte de la tesis asistiremos al nacimiento del *homo constructor*, como resultado de la serie de procesos a través de los que se transmiten, se reformulan e internalizan prácticas y valores asociados al trabajo en las obras.

Capítulo 4

La escalera paraguaya:

Redes y movilidad social de los trabajadores paraguayos en la construcción del AMBA⁹¹

Introducción

¿Cómo acceden los migrantes al trabajo en las obras? ¿Qué características de la construcción permiten explicar la sobre-representación de trabajadores rurales paraguayos en el sector? ¿Se trata de un rubro que favorece la movilidad social ascendente de los migrantes? Para desentrañar estas cuestiones recuperaremos las investigaciones que han analizado antes que nosotros el funcionamiento de la industria de la construcción.

La industria de la construcción en el marco de las nuevas relaciones laborales

En la actualidad, la industria de la construcción representa uno de los sectores productivos de mayor envergadura a nivel mundial. De acuerdo a la Organización Internacional del Trabajo (OIT), hacia 1998 había más de 111 millones de trabajadores de la construcción en todo el mundo, la mayor parte de ellos procedentes de países de ingresos bajos y medianos (OIT, 2001). Al mismo tiempo, la distribución del empleo en la industria de la construcción era casi exactamente inversa a la distribución de la producción: los países de ingresos altos generaban el 77 por ciento de las construcciones con un 26 por ciento del empleo total. Al resto de los países (de ingresos bajos y medianos) les correspondía sólo el 23 por ciento de la producción mundial con un 74 por ciento del empleo total (OIT, 2001:7).

Estimaciones recientes muestran que los trabajadores de la construcción representan entre el 5 y el 10 por ciento del total del mercado de trabajo en casi todos los países del mundo (Thiel, 2012:3). A pesar de esto, es poco lo que se sabe aún sobre ellos y sobre el modo en que desarrollan su vida y su trabajo. El hecho parece vincularse a que la industria de la construcción posee ciertas características que la hacen extremadamente difícil de analizar. Una de ellas se relaciona con cierta complejidad interna que le es propia (en tanto y en cuanto implica tareas muy diversas, como son diseño, construcción y servicios de mantenimiento) lo que la convierte en un sector que conjuga muy distintos tipos de trabajos y oficios. Esto ha

⁹¹ El nombre del capítulo busca establecer una relación de intertextualidad con el trabajo ya citado de Benencia (2006) referido a los horticultores bolivianos en la periferia bonaerense.

llevado a algunos autores a afirmar que cualquier análisis cabal de la industria debe partir de considerarla como un conjunto relacionado pero relativamente heterogéneo de sub-industrias (Pink, Tutt, Dainty y Gibb, 2010), caracterizado por cierta “fragmentación estructural” (Pink, Tutt y Dainty, 2013:2) respecto de los modelos de trabajo y de organización a los que da lugar.⁹²

Hace más de tres décadas, Coriat (1980) distinguió entre dos clases de sectores productivos: aquellos en los que el rendimiento creciente depende fundamentalmente de la aceleración del ritmo y el tiempo de trabajo y aquellos sectores en los que el rendimiento se vincula a la mejora conjunta del sistema. Asimismo, dividió a las industrias entre aquellas que actúan sobre la forma de los productos y las que lo hacen sobre su composición química. A partir de esto, el autor afirmó que las “*industrias de forma*” resultan sensibles al tiempo de trabajo y al ritmo con que se completan las distintas secuencias productivas mientras que, en las “*industrias de procesos*”, será la calidad de las operaciones físico/químicas la que más impacte en la cantidad y calidad de los productos. Dentro de las “*industrias de forma*”, Coriat (1980) reconoció diferencias entre las que producen “en serie” y aquellas que producen “por unidad” o “por obra”. Así, mientras que las “*industrias en serie*” sufrirían restricciones a partir de la “*intensidad directa* del trabajo” (ritmo de las tareas elementales directamente aplicadas a la transformación de los materiales), las “*industrias por unidad*” o “*por obra*” se verían más afectadas por restricciones relativas a la “*intensidad conexa* del trabajo”. Ésta última situación caracterizaría a la industria de la construcción, dado que allí la realización de una tarea implica siempre la finalización de otra tarea previa y la optimización de los procesos depende de una organización planificada entre los distintos grupos de trabajo.

De este modo, en la construcción las tareas deben ser coordinadas entre distintos “especialistas” o “gremios” (plomeros, albañiles, carpinteros, herreros, armadores, gasistas, calefaccionistas, ascensoristas, colocadores de cerámicas, pintores, etc., pero también arquitectos, ingenieros, calculistas y técnicos), situación que en las últimas décadas ha dado lugar a cierta primacía de la “subcontratación” (de la Garza Toledo, 2012; Harvey, 2003;

⁹² En contraste con estos abordajes, en Argentina la industria de la construcción ha sido estudiada de forma global, interpretando las distintas especialidades como parte de un “todo”. Si bien puede resultar interesante a futuro plantear un estudio de características sub-sectoriales, nuestro propio objeto de estudio hace que un planteo en estos términos carezca de sentido. Esto se debe a que los migrantes paraguayos se han insertado en diversas especialidades al interior de la industria, ya sea albañilería, carpintería, armadura, pintura, plomería, entre otras, no siendo posible asociar unívocamente el origen nacional a una de ellas.

Chiriguini y Lischetti, 2008) por la cual las distintas especialidades representan, a su vez, a distintas empresas.⁹³

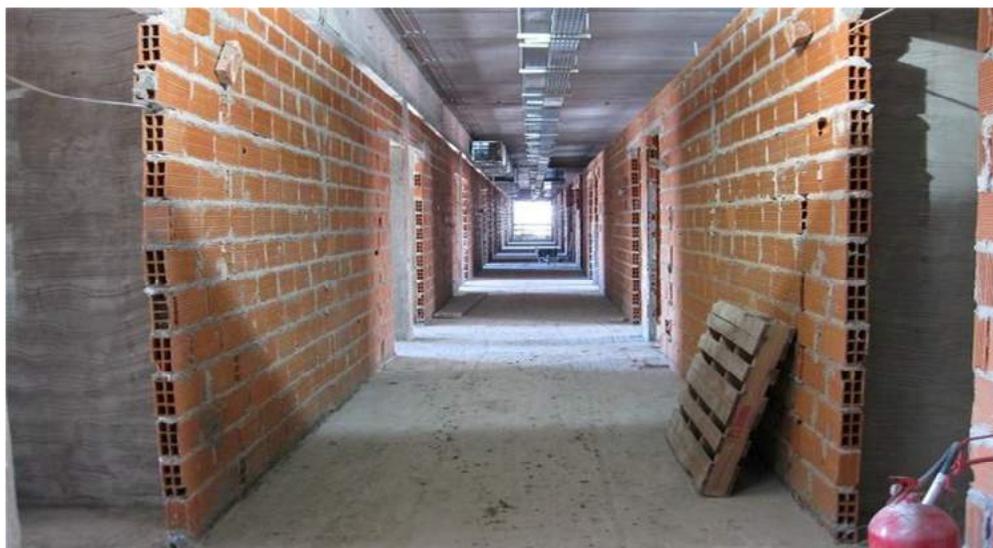


Silleteros realizando tareas de limpieza de vidrios en un edificio de Puerto Madero antes de ser entregado. Algunos pocos obreros “con suerte” quedarán trabajando como encargados para el consorcio del edificio terminado.

A pesar del alto grado de especialización que caracteriza a una parte importante de trabajadores de la construcción, algunos autores los han entendido como mera “mano de obra de ejecución” (Rivermar Pérez, 2013: 9). Según estas miradas, el trabajo de los obreros de la construcción, como décadas atrás el de los obreros en la línea de montaje (Harvey, 1998), “se reduce a operaciones simples, sin ninguna calificación o saber productivo” (Iglesias, 2012 citado en Rivermar Pérez, 2013: 9), “lo que permite establecer jerarquías entre los trabajadores que se apoyan en distintas formas de discriminación o ‘minorización’” (Lara, 1998 citado en Rivermar Pérez, 2013: 9). Como intentaremos mostrar, este enfoque no logra captar procesos sumamente interesantes de aprendizaje y transmisión de saberes complejos al

⁹³ En nuestro país, la preeminencia del sistema de contrataciones y subcontrataciones, ha dado por resultado un cambio en las condiciones contractuales, posibilitando en muchos casos una mayor flexibilización laboral. De acuerdo a un estudio realizado por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2012), la subcontratación permitió en los últimos años a las grandes empresas desligarse de ciertas responsabilidades vinculadas al trabajo directo en la obra, concentrándose en las actividades de gestión y coordinación. Un efecto de ello fue el aumento del número de empresas medianas y pequeñas y la existencia de menos empresas grandes en el sector (Reyes, 2015). Las empresas se limitan a mantener un número muy bajo de trabajadores calificados y estables para los puestos clave y contratar a otros de acuerdo a las necesidades específicas. Estos trabajadores operativos de baja calificación se inscriben en la categoría de trabajadores autónomos y no figuran como parte del plantel permanente de la empresa (dando lugar, en muchos casos, a relaciones de dependencia encubiertas). Otra forma de subcontratación en la construcción es el arreglo de trabajo “por tanto” (*tanteros*) y no por jornal, el cual también representa un régimen de tercerización.

interior de la industria, al tiempo que desconoce y encubre las causas más profundas de la “minorización” que tiene lugar *al interior de las obras*.⁹⁴



**La obra como proceso.
Mampostería terminada y comienzo de revoque interior.**

Con respecto a los antecedentes regionales de nuestra investigación debe decirse que, aun cuando existen estudios específicos sobre la industria de la construcción, la mayor parte de ellos refiere a cuestiones de *managment* y/o procesos técnicos de arquitectura e ingeniería. Aquellos pocos enfoques que han considerado la industria en sus implicaciones sociales, han sido fundamentalmente producidos en Chile (Rodríguez y Latorre, 2011; Farías y Martínez, 1989) y Uruguay (Carrasco Jara, 2010). A pesar de su importancia, estos estudios enfocan fundamentalmente en cuestiones de liderazgo, programas de prevención de riesgos y productividad. En Paraguay, tampoco se han realizado estudios de importancia sobre la construcción. El único material que hemos podido relevar ha sido la publicación mensual de la *Revista de la Cámara de la Construcción Paraguaya* (CAPACO) y algunos números del *Informativo Laboral*, (publicación del CDE-Paraguay) que refieren al sector.

⁹⁴ Con esta afirmación no buscamos ocultar un rasgo característico del sector de la construcción como es el bajo nivel de instrucción formal de sus trabajadores. Por el contrario, lo que se busca es relativizar el alcance de explicaciones de tipo “lineal”, que analizan la cuestión a partir de un número reducido de “variables”. En Argentina, es cierto sin embargo que, mientras que en la industria manufacturera y en los servicios el porcentaje de trabajadores (asalariados) que no completaron sus estudios primarios son el 5% y el 6% respectivamente, en la construcción alcanza un 16%. Del mismo modo, sólo el 13% de los trabajadores en la construcción ha terminado sus estudios secundarios, mientras que en la industria manufacturera y los servicios los valores se elevan a 24% y 21% respectivamente. (Valores a mayo de 2006. Fuente Instituto de Estadística y Registro de la Industria de la Construcción Argentina - IERIC).



Calentador de agua eléctrico improvisado por los trabajadores paraguayos con los materiales de la obra. Son múltiples los saberes técnicos que los obreros ponen en juego a la hora de trabajar, lo que permite poner hasta cierto punto en entredicho las visiones que hablan de su “ignorancia” o que los consideran mera “mano de obra de ejecución”

Por lo anterior, el antecedente más directo a nivel regional lo ubicamos en Brasil, puntualmente, en las investigaciones de Gustavo Lins Ribeiro (1991, 1992, 2006). El autor ha analizado una forma de producción particular denominada “proyectos de gran escala” (dentro de las que incluye a las grandes centrales hidroeléctricas como Yaciretá, Itaipú, y Tacuruí) que, entre otras cuestiones, ha implicado la creación de una empresa estatal que cumple con el rol del Estado durante las obras (Ribeiro, 2006). Aun cuando el análisis del caso guarda una distancia significativa respecto del tipo de obras edilicias en las cuales desarrollamos nuestro trabajo de campo, algunas de sus reflexiones nos serán de suma utilidad.

La industria de la construcción en Argentina

Recapitulando, y a pesar de la importante proliferación en los países centrales de estudios que en los últimos años se han dedicado a analizar la industria de la construcción (Chan y Raisanen, 2009; Cremers y Janssen, 2006; Pink, Tutt, Dainty y Gibb, 2010; Pink, Tutt y Dainty, 2013) y a los trabajadores que allí se desempeñan como fuerza de trabajo (Chan, Clarke y Dainty, 2010; Harvey, M. 2001, 2003; Ness, 2011; Thiel, 2012), puede decirse que

es poco aun lo que se ha estudiado desde la Argentina. Si bien existen trabajos que han analizado la presencia de trabajadores migrantes en la industria (Aruj y Di Santo, 2002; Aruj, 2012; Galín, 2000; Mármora, Gurrieri y Aruj, 2000; Pérez Vichich, 2000), éstos se han enfocado en las características más generales de la cuestión, fundamentalmente en cómo la presencia de mano de obra migrante impacta en el mercado de trabajo argentino. Una excepción a lo anterior la constituyen los trabajos de Panaia (1985, 1990, 1995, 2004) quien, desde la Sociología del Trabajo, se ha dedicado durante años al análisis del sector y cuyo abordaje resultará de gran utilidad.

En plena crisis de los años 2001-2002, los puestos en la construcción declarados a nivel país oscilaban entre 110.000 y 120.000 (IERIC, 2004). Con la recuperación económica posterior, el crecimiento comienza a percibirse de manera constante y progresiva siendo un año clave el 2003, con un aumento significativo de los puestos declarados. Esta tendencia, ya en el primer trimestre del año 2005, logra superar en más de un 100% el número de puestos mencionado para el período de crisis, posicionándose en 254.819 puestos en relación de dependencia (Reyes, 2015).

Dicho ritmo de crecimiento seguiría elevándose en los años subsiguientes, hasta trepar a fines del 2007 a 418.540 puestos declarados, de modo coincidente con el aumento del empleo y la caída del desempleo en nuestro país. La mayor inversión en infraestructura, tanto en la obra privada como pública, parece estar en la base de este crecimiento. De acuerdo a INDEC (2012), el auge de la actividad se vivirá en el último trimestre de 2008, cuando los ocupados registrados en el sector superan los 600.000. Durante 2009 tendrá lugar una importante retracción, tanto por efecto de la crisis internacional como del quiebre que provoca el conflicto con el campo. Hacia 2010 y primer semestre de 2011 el sector experimentará un salto cualitativo, alcanzando un momento de auge con el pico más alto de población asalariada, con 643.850 ocupados (Reyes, 2015).

En el primer semestre de 2012 volverá a apreciarse una caída del ritmo de la actividad. Sin embargo, como cuestión a destacar, *esto sucede sin expulsar cantidades significativas de mano de obra*, pues se mantiene en valores similares a los del segundo trimestre 2011 (Reyes, 2015). De acuerdo a los datos aportados por el Instituto de Estadísticas y Registro de la Industria de la Construcción (IERIC)⁹⁵, se estima que la cantidad de trabajadores registrados

⁹⁵ Entidad pública no estatal sin fines de lucro, creada con el objeto de ofrecer variables de previsibilidad por regiones y caracterizada por la gestión compartida entre gremios obreros, patronales y el gobierno, para mantener empadronados a empresas y trabajadores, a fin de efectuar el aporte obligatorio al fondo de desempleo (Silva, 2000).

en la construcción hacia el mes de Noviembre de 2012 alcanzó los 400.626 en todo el país (IERIC, 2013). Entre ellos, el AMBA representaba casi el 40% (IERIC, 2013). Si bien las cifras presentadas ya de por sí tornan relevante un análisis en profundidad del sector, a esta situación deben sumarse los aportes de autores (Panaia, 1985, 1990; Silva, 2000) que interpretaron la construcción como un ámbito productivo donde algunas condiciones de *informalidad*⁹⁶ se encuentran casi naturalizadas.

En este sentido, a pesar que en la actualidad muchos de los puestos están declarados, “muchos otros siguen sumergidos, sub-declarados -con menor cantidad de horas de trabajo respecto de las efectivamente realizadas- o subcontratados a través de tercerizaciones” (Reyes, 2015: 5). Veamos hasta qué punto esta situación resulta *estructural* en la construcción argentina.

Hace ya más de veinticinco años, Panaia definió a la construcción como un sector tradicional, casi artesanal, “donde distintos factores contribuyen a bloquear su modernización, como el peso del Estado-empresario, la política de inversiones públicas y el alejamiento de las fronteras tecnológicas tradicionales” (Panaia, 1990: 135). Al momento de realizar su investigación, la autora señalaba que el sector carecía de “instrumentos crediticios aptos y adecuados” para llevar adelante los emprendimientos, con lo cual, y ante la necesidad de efectuar grandes inversiones iniciales, se veía crónicamente afectado por restricciones fuertes a su crecimiento real. Estas características serían las que más habrían determinado el carácter de la actividad, configurándola como un sector sujeto a ciclos pronunciados, muy expuesto a las crisis económicas y altamente propenso a estructuraciones específicas del mercado de trabajo, la configuración empresaria y las políticas de gestión de la mano de obra a ella asociadas.

El análisis de Panaia partía de considerar que los enfoques macroeconómicos no lograban dar cuenta de las múltiples configuraciones que adoptan el trabajo, la técnica y la organización en situaciones de transición como la argentina, caracterizada por una industrialización de tipo tardío y periférico. A partir de esto, propugnaba por un análisis de tipo sectorial, “mesoeconómico”, y en especial, por un análisis en profundidad de aquellos sectores de la

⁹⁶ El concepto de *informalidad* ha sido definido por Portes como “la suma de las actividades productoras de ingresos en las que se involucran los miembros de un hogar, excluyendo los ingresos provenientes del empleo contractual regulado” (Portes, 1995: 86-87). Si miramos al interior de las ramas productivas, veremos que el sector de la construcción tiene reglas implícitas de alta informalidad, sólo superada por el servicio doméstico. De acuerdo a algunos autores, gran parte de la población de las obras es joven y, al no tener experiencia ni un nivel educativo concluido, o bien por ser migrantes, el trabajo en la construcción se vuelve una opción coyuntural esperando un futuro mejor (Longo, 2011, en Battistini y Mauger 2011).

industria conocidos por las ciencias del trabajo como “no fordistas”, entre los cuales se suele ubicar a la construcción. De acuerdo a la autora, en este tipo de sectores, *la concepción típica del trabajo y de la relación salarial muchas veces mantiene grandes diferencias en relación a la media de industrias*. Según lo explica, a diferencia de los países centrales, en la Argentina, la expansión del taylorismo y del fordismo nunca fue tan pronunciada, en parte, a causa de cierta preeminencia de la empresa “de origen familiar” (Panaia, 1985: 2). Al mismo tiempo, el escaso empleo de tecnologías mecanizadas, junto al predominio de procedimientos manuales tradicionales, habrían hecho de la construcción de edificios un “submercado económico” en el que aún “prevalece el uso intensivo de la mano de obra” (Panaia, 1995: 3).



Albañiles levantan pared de ladrillo.

Si bien las técnicas y métodos constructivos han ido evolucionando con el correr del tiempo, muchos procesos de trabajo se ejecutan de modo relativamente similar a como se hacían en el pasado.

Un punto central del análisis de Panaia tuvo que ver con los modos por los cuales la industria de la construcción argentina lograba sobreponerse a los obstáculos financieros a los que se enfrentaba cíclicamente. Frente a la evidencia del crecimiento notable de la actividad hacia 1980, la autora sostuvo que dicho crecimiento sólo podía explicarse por un incremento de

actividades constructivas subterráneas “que escapan a las registraciones oficiales y los mecanismos legales de contratación de la mano de obra” (Panaia, 1990: 137).⁹⁷

Uno de los indicadores que mejor “habla” de la informalidad laboral son los aportes previsionales. Según Mingo et al. (2012), la falta de aportes, de modo asociado, puede acarrear deficiente o nula atención de la salud porque se carece de obra social, aseguradora de riesgo de trabajo (ART) y seguro de desempleo. Además, los trabajadores ganan mucho menos que un trabajador registrado y no tienen salario familiar. De forma paralela, la falta de aportes puede hablar de la vulneración de otros derechos, por ejemplo, relacionados a los convenios de trabajo - vacaciones, horarios y hasta normas de seguridad e higiene- .



Llenado de base y columna.

A través de un caño o una canaleta, el hormigón es llevado desde el camión hasta el sitio a llenar. Una vez ahí, los trabajadores deben “hacer entrar” de forma pareja el hormigón con palas en la estructura de hierros y encofrado. Se considera a esta tarea una de las más “pesadas”, dado que el esfuerzo físico debe acompañar la caída del hormigón. Debe palearse lo más rápido posible para evitar que avance el fraguado.

Una cuestión a señalar se vincula a que, en este sector, el no registro escinde también las posibilidades de acogerse a los beneficios de la Ley 26.494 (22/04/2009) que crea un régimen previsional diferencial para los trabajadores de la industria de la construcción que les permite jubilarse a los 55 años. “Esta conquista viene como correlato de la alta exposición y riesgo del cuerpo que tienen los trabajadores en la obra, y al estar ‘en negro’, se ausentan por supuesto estas garantías” (Reyes, 2015). Por último, el no registro también pone en situación de

⁹⁷ Galín (2000) analizó los datos referentes a la tasa de desempleo específico de la construcción por esos años, arrojando que la misma pasó de 2,9% en 1980 a 33% en 1995.

indefensión al trabajador al momento de perder su trabajo, ya que en la construcción funciona el Fondo de Cese Laboral (ex fondo de desempleo) para aquellos que están registrados.⁹⁸



A la izquierda, obreros instalando cañería de hormigón. A la derecha, movimiento de tierra durante una excavación. Los derrumbes suelen dar lugar a importantes accidentes, en muchos casos, fatales.

Si bien no existen estudios específicos, es posible afirmar que la condición migratoria afecta de distintos modos el registro de los trabajadores. A partir de esto, y si bien los abordajes presentados revisten gran importancia, intentaremos complejizarlos a través de la introducción de la mirada etnográfica en las obras. Ello nos permitirá relativizar en gran medida el alcance de algunas afirmaciones, contrastando los datos estadísticos con las representaciones que los propios actores hacen de su situación laboral. Así veremos cómo la vulnerabilidad muchas veces adjudicada “mecánicamente” a los sujetos no deja de estar atravesada por actos de “agencia” (Giddens, 1995; Grimberg, 1991, 1997).⁹⁹

⁹⁸Fondo de Cese Laboral (Ley N° 25.371 para trabajadores comprendidos en el Régimen Nacional de la Industria de la Construcción Ley N° 22.250): garantiza que el trabajador desocupado puede cobrar hasta un máximo de 8 meses, siempre y cuando el empleador haya depositado las cargas sociales de los últimos 18 meses antes del cese laboral. Fuente: <http://www.uocra.org/>

⁹⁹ De acuerdo a Giddens (1995), el momento de producción de la acción también es un momento de reproducción en los contextos en los que se lleva a cabo la vida social cotidiana. Al reproducir las propiedades estructurales, los agentes sociales también reproducen las condiciones que hacen esa acción posible. Las estructuras entonces no son independientes del conocimiento que tienen los agentes acerca de lo que hacen en su actividad cotidiana. El conocimiento que tienen no es casual, sino “integral a la persistente estructuración de la vida social” (1995: 48).

El acceso a las obras

¿Cómo se da el acceso de los migrantes paraguayos a las obras del AMBA? A partir del trabajo de campo y las entrevistas realizadas, podemos afirmar que esto sucede fundamentalmente a partir de dos vías: o bien a través a las redes sociales, o bien mediante la compra-venta de la fuerza de trabajo en el mercado de mano de obra del AMBA.

Lo que entendemos aquí por “mercado de mano de obra”, en los hechos refiere al ofrecimiento de fuerza de trabajo que los trabajadores realizan “puerta a puerta” en las obras, por fuera de las redes sociales. El hecho de que se realice puerta a puerta se vincula a que rara vez una empresa constructora publica anuncios solicitando albañiles, armadores o carpinteros. Resulta asimismo sumamente infrecuente que un obrero presente un currículum para comenzar a trabajar en una obra. Lo que suele ocurrir, por el contrario, es que los trabajadores, en bicicleta o caminando, salen a recorrer obras por los barrios centrales de Buenos Aires, en donde hay más obras, pidiendo hablar con el encargado para ofrecer su (fuerza de) trabajo. Durante estas entrevistas cara a cara con el capataz, el trabajador suele “decir” lo que sabe hacer: levantar pared, preparar mezcla, tirar plomadas, sacar niveles, encofrar escaleras, etc. A partir de esto, y en caso de ser empleado, estará “a prueba” por un tiempo difícil de determinar con exactitud, que quedará a criterio del capataz. Durante este período, el trabajador deberá demostrar en la práctica lo que anteriormente “dijo” saber hacer.¹⁰⁰



Ante los reiterados ofrecimientos de trabajo que diariamente recibía, el encargado de una obra decidió colocar un cartel para disuadir a los que se acercaran.

¹⁰⁰ Los capataces no suelen referirse a sí mismos como “capataces” sino como “encargados”. Como veremos más adelante, la palabra capataz posee una carga peyorativa, y está asociada a alguien que “no trabaja” y cuya única función es controlar el trabajo de los demás.

“Yo empecé con una empresa cordobesa... eh.... Benítez, Antonio Benítez... pasé por la obra y pregunté, viste... si necesitaban ayudante... me dijeron que si y empecé a laborar. A la semana me pidieron documento y le dije que no tenía... tenía diecisiete años. Y cuando eso... te exigían muchos papeleo viste?... y entonces costaba mucho... no te daban... yo después... yo después de diez años... yo estuve acá diez años sin documento...y así y después empecé a laborar con ellos y cuando cobré la primera quincena me compré herramientas... martillo, tenaza, clavera, metro...si... y... después de las cinco, seis de la tarde... me sentaba a mirar los planos... no entendía un carajo... pero fui aprendiendo” (Entrevista a “Escobar”, contratista paraguayo. Julio de 2008).

Las palabras del entrevistado nos informan sobre varias cuestiones. En primer lugar, la acción de salir a caminar y a golpear los portones de las obras puede considerarse una medida que muchos migrantes acostumbran tomar (o han tomado alguna vez en el pasado). En el caso de Escobar (que hoy en día es contratista), así fue como comenzó en la construcción, preguntando si necesitaban “ayudante”.¹⁰¹



Un obrero paraguayo consulta al capataz de la misma nacionalidad sobre cómo debe ser interpretada una cota en los planos de albañilería.

¹⁰¹ En la industria de la construcción argentina, la pericia se expresa a través de “categorías” (ayudante, medio oficial, oficial, oficial especializado) que a su vez tienen un correlato en el salario. A modo ilustrativo, en Julio de 2014, el monto que se pagaba la hora de trabajo de un ayudante ascendía a \$27,42 y a \$32,85 la de un oficial. Fuente: UOCRA. Para ser ayudante, no se necesita tener conocimientos previos. El ayudante, como su nombre lo indica, tiene la función de colaborar con un “oficial” y simplemente hace las tareas que éste le indica, que suelen ser las que implican mayor desgaste físico (mover ladrillos, arena, bolsas de cemento, baldes de material, etc.).

Otro punto a destacar de las palabras de Escobar tiene que ver con el hecho de que, en general, los jóvenes trabajadores paraguayos no poseen experiencia previa en la construcción. En este sentido, aprender a leer un plano es considerado un saber muy valioso y constituye un aspecto importante en la diferenciación y el establecimiento de categorías laborales al interior de la industria.

“Y habría que ayudarles a los muchachos jóvenes que vienen del campo, darle laburo y cuidarles, qué se yo... y yo me vine con amigos, es distinto que venir solo, solo... ¿a quién recurriría?... ayudarles en sentido de laburo, o sea, que aprenda y que salga adelante... es lo que yo pienso” (Entrevista a “Dari”. Capataz paraguayo. Obra de 3 de Febrero, Septiembre de 2013).



Trabajadores paraguayos se acercan a una obra de gran envergadura en Puerto Madero para ofrecer su trabajo. Pueden esperar varias horas con la esperanza de que el capataz los reciba.

A pesar de lo anterior, la vía más corriente de acceso al trabajo en las obras suele ser a través de las redes sociales. Y esto se debe a que, en concordancia con lo planteado por Vargas (2005), la construcción se apoya en lazos de confianza para funcionar del modo en que lo hace. De acuerdo a la autora, la obra se sostiene a partir de “una serie de intercambios y ‘arreglos’ que no pueden catalogarse ni como formales ni como informales porque no

pertenecen al orden de lo regulable por el Estado” (Vargas, 2005:32), y el modo en que estos arreglos se mantienen por fuera de la normativa que regula los contratos y condiciones de trabajo se apoya fundamentalmente en la confianza que mantienen los sujetos entre sí. En este sentido, son las redes sociales las que, por su misma naturaleza, aportan a la construcción la confianza que esta necesita para sostenerse en base a arreglos e intercambios que muchas veces son sólo “de palabra”.



Capataz observa el trabajo de la cuadrilla de carpinteros.

Nótese que la jerarquía laboral suele objetivarse en el color de los cascos. Así, los cascos blancos representan roles directivos y hablan de que sus portadores no realizan trabajo manual. Los demás colores pueden servir para diferenciar las especialidades. Así, por ejemplo, los albañiles tendrán casco amarillo, los armadores, verde y los carpinteros, azul.

Vargas destaca el papel cumplido por la adscripción nacional en la construcción: “la adscripción nacional opera, más que como discurso, como sentido práctico que organiza las relaciones en la obra a través de la producción de lazos de confianza” (2005:30). De hecho, la autora considera a la adscripción nacional como el eje estructurante del proceso de producción de confianza:

La industria de la construcción se vale de los lazos de confianza producidos por la adscripción nacional para funcionar de un determinado modo, incluyendo acuerdos por fuera de la ley que les garantizan mayores ganancias a empresarios y contratistas, y empleo y reconocimiento a los trabajadores (Vargas, 2005: 31).

La autora explica que la nacionalidad (que ante los ojos de los sujetos es interpretada como un conjunto de características que distinguen étnicamente a los individuos entre sí) actúa como garantía del cumplimiento de los diferentes pactos realizados entre trabajadores y contratistas y entre los contratistas y el estudio de arquitectura o la jefatura de obra. Desde su punto de vista, “la adscripción nacional sería la posibilitadora y performadora de una determinada forma de organización del trabajo” (Vargas, 2005:23).

Si bien estamos plenamente de acuerdo con la autora en el hecho de que la adscripción nacional cumple un rol central al interior de las obras, diferimos con ella cuando afirma que ésta es en última instancia la que hace posible el proceso de producción de confianza y de reputación social sobre el que descansa la explotación de la fuerza de trabajo en la construcción. Sin duda, el ser paraguayo o boliviano o argentino dan lugar a una serie de posicionamientos sobre los que se interpreta la diferencia en la obra. Sin embargo, el sostén principal de la confianza no descansa en el origen o la adscripción nacional. Si bien es cierto que el enfoque de Vargas posee la virtud de posibilitar una mirada contra-estigmatizante respecto de las nacionalidades limítrofes (que llevará luego a la autora a afirmar la posibilidad de movilidad social ascendente de los migrantes en el rubro), a nuestro entender, tiene el defecto de centrarse excesivamente en la adscripción nacional y considerarla la línea demarcatoria fundamental de lo étnico en las obras.

Antes de decir que la nacionalidad es interpretada en clave étnica diremos aquí que la *nacionalidad es interpretada en términos de clase*, es decir, que ésta es entendida (por todas las personas que trabajan en una obra) como una “característica” de los sujetos que habla de la posibilidad de aceptar ciertas condiciones de explotación y, con esto, convertirse en “aptos” o no para el trabajo en obras. Nos detendremos en esto más adelante.

Retomando ahora la pregunta respecto de las vías de acceso a las obras, y si bien es cierto que Vargas reconoce la importancia del parentesco, la vecindad, el paisanaje y el compadrazgo como instituciones que son movilizadas para posibilitar la inserción laboral de los obreros, sostiene la importancia de la adscripción nacional como recurso para el acceso al trabajo. Desde su enfoque, el hecho de “ser paraguayo” implicaría para el trabajador un recurso que lo pondría en condiciones (hasta cierto punto) ventajosas frente al mercado de trabajo y esto porque “ser paraguayo” sería interpretado por capataces, contratistas y arquitectos casi como un sinónimo de cualificación para el trabajo en las obras. En realidad, de acuerdo a Vargas, lo que el migrante ofrecería no sería tanto su “saber hacer” como el “saber no hacer quilombo”, es decir, saber respetar y no poner en discusión los arreglos y la confianza sobre los que se

sostiene la producción. Veremos luego que la etnicidad se reformula en las obras de un modo más complejo, trascendiendo ampliamente las adscripciones nacionales y articulándose fundamentalmente en torno a antagonismos de clase, es decir, en torno al lugar relativo que cada trabajador ocupa en torno al proceso productivo. Lo que por el momento nos interesa señalar es que difícilmente ser paraguayo pueda implicar, en el contexto del AMBA, un “recurso” para alguien. Plantearlo así implica desconocer las desigualdades históricas que vienen subordinado, unas a otras, las distintas nacionalidades en nuestra región desde tiempos remotos.

Ahora bien, es posible que el argumento de Vargas se cumpla en casos muy específicos. Por ejemplo, para el paraguayo que recorre obras golpeando los portones de chapa para ofrecer su trabajo, “ser paraguayo” tal vez sí represente un recurso efectivo, en tanto y en cuanto el contratista o capataz (que no lo conocen), lo imaginarán como “étnicamente apto para el trabajo en las obras dado que es paraguayo”. En este sentido, el argumento de Vargas podría aplicarse a lo que entendimos como *acceso al empleo vía el ofrecimiento puerta a puerta de fuerza de trabajo en el mercado de mano de obra*.

Ahora bien, cuando se trata de entender la sobre-representación de trabajadores paraguayos en las obras del AMBA, la adscripción nacional por sí misma no alcanza para explicarla. La principal vía de acceso a las obras resulta de la participación en redes sociales. *Entre los migrantes, las redes sociales exceden ampliamente los lazos basados en la adscripción nacional y no pueden equipararse con ella*. En esto queremos ser categóricos: un paraguayo no da trabajo a otro paraguayo sólo por el hecho de que ambos son paraguayos. De hecho, en más de una oportunidad, los trabajadores nos hablaron de “compatriotas que nos hacen quedar mal, porque vienen a robar y no a trabajar” (Conversación informal con Cándido, capataz paraguayo). La confianza que certeramente señala Vargas, sin duda debe descansar en algo más. Será preciso entonces desmembrar la categoría de “redes sociales” en un análisis que dé cuenta de la base material de dichas entidades. Esto nos permitirá ver que el acceso a las obras suele ser sostenido y posibilitado a partir de relaciones no necesariamente relacionadas con lo nacional.

“Es un ida y vuelta” – el acceso a las obras a partir de las redes sociales

Durante el trabajo de campo, cuando preguntamos a los trabajadores cómo accedían regularmente al trabajo en las obras, muchos nos respondieron “es un ida y vuelta” o “es como una rueda”. La objetivación del funcionamiento de las redes sociales en la idea del “ida

y vuelta” o del “círculo” ha sido recurrente en las entrevistas a los trabajadores paraguayos. Sin duda, esta idea merece ser deconstruida, con el objeto de captar el conjunto de lazos concretos que vinculan a los sujetos que se recomiendan unos a otros para trabajar.

Cuando indagamos más concretamente en relación a quiénes los habían recomendado, los tipos de lazo que más peso parecían tener entre los trabajadores paraguayos fueron el parentesco, el paisanaje (la residencia común en un poblado en el lugar de origen) y la vecindad (residencia común en un barrio del AMBA). También, en algunos pocos casos, los migrantes afirmaron haberse conocido con su recomendador durante celebraciones o eventos de las asociaciones de la colectividad paraguaya en Buenos Aires. En relación a esto último, diremos que *solamente la inserción laboral surgida de recomendaciones hechas por personas que se han conocido en eventos de la colectividad paraguaya puede ser comprendida propiamente como inserción posibilitada por la adscripción nacional*. Como veremos, el resto de las inserciones laborales suelen suceder a partir de lazos de parentesco, de vecindad o paisanaje.

Así, estos tres tipos de relación social están en el origen de la mayor parte de las recomendaciones de trabajo que un paraguayo hace de otro paraguayo, como también de los procesos de “reclutamiento” (la convocatoria de trabajadores que hace un contratista o capataz cuando debe llevar a cabo una obra). De esta forma, fácilmente puede apreciarse que un paraguayo no estaría en condiciones de recomendar más a que un número limitado de paraguayos: los que son parte de la familia (extensa o no), los que conoce del barrio, los que conoce del lugar de origen o, en menor medida, los que ha conocido luego de su participación en eventos de la colectividad paraguaya en Buenos Aires.

Recuperando lo anterior, las redes sociales que abren las puertas de la obra a la mayor parte de los paraguayos sólo “aparentemente” descansan en la nacionalidad. Si bien es cierto que todos los involucrados son paraguayos, como dijimos, estos paraguayos no son cualquier paraguayo y recomendador y recomendado suelen conocerse cara a cara con anterioridad a la recomendación.¹⁰²

¹⁰² El papel del parentesco es tal vez el más central de todos. De hecho, muchas veces las relaciones sociales de vecindad y paisanaje son interpretadas en términos de parentesco “ficticio” (Wolf, 1966). En la obra, por ejemplo, a las cuadrillas de trabajadores se las suele identificar por el apellido de su contratista. Por ejemplo, la “gente de Morales”, o “los de Morales” pasando así a adquirir ficticiamente el apellido de su contratista. Al ser pensadas estas relaciones en términos de parentesco, aumenta su importancia en términos de garantía de confianza.

Parentesco

A lo largo del trabajo de campo, nos hemos encontrado con un gran número de trabajadores cuyo proceso migratorio se había iniciado a partir de la sugerencia de un pariente de venir a trabajar en las obras. En este marco, la alternativa migratoria/laboral se presentaba a los sujetos a través de las relaciones de parentesco.

“Lezcano”

Dejó Paraguay durante el tiempo de *“democracia condicionada por Stroessner”* porque, según él lo recuerda, *“veía que las cosas no iban bien”*. Siguiendo los pasos de un cuñado que hacía tiempo iba y venía entre Itá y Buenos Aires con un camión, decidió venir *“a probar suerte”*. Cuando llegó, en 1968, se asentó con su cuñado en Villa Cildañez. A los tres meses, ya había hecho su casa allí, con ayuda de algunos vecinos y compañeros de trabajo. Desde mediados de la década de 1980, vive junto a su familia en Laferrere, partido de La Matanza. Ahora trabaja con Correa, un contratista paraguayo a quien conoce del barrio. Antes de dedicarse exclusivamente a la plomería, realizó trabajos muy diversos: fue locutor y fotógrafo, y en los últimos años condujo junto a su hija un programa de radio en guaraní en FM Ibiza llamado *“Ritmo latino”*, en el cual pasaban música paraguaya y auspicios de la comunidad paraguaya en Buenos Aires: *“Vine de Itá y me ubiqué en barrio Cildañez. Un día, vino al barrio un paisano que era como un padre para mí. Él era músico y poeta. Villalba, se llamaba. Con él, siempre nos íbamos al Centro Iteño, en Derqui. Semanalmente, había campeonatos de fútbol en Soldati. Ahí jugaban las 30 compañías (barrios de Itá). Los días 3 de Febrero, se hacía la fiesta patronal de Itá. Junto con otros paraguayos, empezamos a organizar un campeonato de fútbol más grande, que se llamó “Confraternidad de los pueblos del Paraguay”, y que se jugaba en el cruce de Lomas, en un terreno que nos cedía el Hotel Satélite. En este campeonato, competían las ciudades del Paraguay, cada una con su equipo. Después, todos hacíamos una fiesta grande y se dividía lo recaudado entre todos los centros, funcionábamos como “una cooperativa”.* (Notas sobre entrevista a Lezcano. Obra de Urquiza, Marzo de 2008).

El caso de Lezcano permite ver el alto grado de complejidad que adquieren las redes sociales con el tiempo. Él llega a Buenos Aires a través de un “cuñado”. Luego, gracias a un “paisano” que era “como un padre” para él, se acerca a la colectividad, de la que participa asiduamente durante varios años. Luego de trabajar en otros rubros, accede a su trabajo actual en las obras, a partir de un compatriota a quien conoce “del barrio”.

Una cuestión que nos interesa destacar se vincula al hecho de que la migración hacia el AMBA como una “opción socialmente reconocida” parece haberse ido conformando poco a poco en las comunidades rurales del interior del Paraguay. En un primer momento, puede pensarse que se trata de una idea que circula “de boca en boca”, a partir de las relaciones de paisanaje o parentesco. A diferencia de esto, en la actualidad, la migración hacia el AMBA y la consiguiente inserción en las obras parece ser una alternativa *vox populi* en muchos poblados rurales, sobre todo a partir de la información que llega sobre las experiencias laborales positivas de los migrantes antecesores. El caso de Lezcano es muy interesante, dado que él llega de forma temprana a Buenos Aires (1968), cuando todavía no existe el entramado social que caracteriza a la colectividad paraguaya de hoy día. En este sentido, puede pensarse a Lezcano como un migrante “pionero” en el AMBA y como uno de los que participa de los *primeros modos de organización de los migrantes en términos nacionales*. Si bien no aparece en el relato, Lezcano nos comentó que la *Confraternidad de fútbol de los pueblos del Paraguay* y las celebraciones que luego se hacían sentarían las bases para eventos tan multitudinarios como son las actuales celebraciones del día de la Virgen de Caacupé en Buenos Aires, o “*Caacupe-í*” (“pequeña Caacupé”), como suele conocerse. Como se evidencia a partir de su relato, en esta primera etapa, la nacionalidad parece haber cumplido un rol más destacado del que tendría tiempo después. Sin duda, estas redes irían ramificándose con el correr del tiempo, y su desarrollo sería aprovechado por las generaciones migratorias posteriores, aunque ahora ya con *parientes, paisanos y vecinos* establecidos en Buenos Aires.

Otro aspecto a destacar tiene que ver con que Lezcano no se inserta laboralmente en la construcción apenas llega al AMBA. Desarrolla otros trabajos antes de finalmente convertirse en plomero de obra. Puede pensarse que el rubro aún no se ha “paraguayizado” por esos años y que los paraguayos aún no son muchos en las obras hacia la década de 1970. En este sentido, los procesos de etnicización del rubro no parecen ser tan visibles por esos años (ver Anexo al final del capítulo).



Cartel en un poblado rural del Departamento de Misiones, Paraguay.

Los ómnibus salen todos los días hacia Buenos Aires desde distintas localidades del interior de Paraguay. Con anterioridad, los migrantes debían primero trasladarse a ciudades como Encarnación o Asunción para poder viajar a Buenos Aires. Sin duda, esto refleja la creciente “metropolización” de la migración internacional paraguaya, por la cual los migrantes rurales ya no migran hacia las ciudades del propio país, sino que directamente lo hacen a Buenos Aires, sin pasar antes por la capital paraguaya.

Pero retomemos lo referido al papel que cumple el parentesco en el acceso al trabajo en las obras. El siguiente caso permite ver cómo los contratistas suelen apelar a éste para conseguir trabajadores confiables cuando les “sale una obra”.

“Antonio”

Antonio tiene 42 años. Está hace 10 años acá, pero según nos cuenta, “va y viene”. Trabaja acá y después se vuelve a Paraguay. Es soltero. Trabajó en Monte Grande en una fábrica de muebles, porque antes de venirse, en Paraguay, era carpintero. Es de Ypacaraí. “Soy primo de Escobar” (utiliza el nombre de pila de éste). Tiene 2 hermanas viviendo acá, una casada y con cuatro hijos que vive en Pontevedra. Sin embargo, él prefiere dormir en la obra. “Me ahorro el boleto”, dice y sonrío con picardía. Como ya se hizo tarde y me tengo que ir, me despido. “Bueno, la próxima te traés una damajuana así hablamos mejor” me dice Antonio, y los dos nos reímos. Notas de Campo sobre conversaciones con Antonio. Obra de San Justo. Enero de 2008.

El caso de Antonio muestra, entre otras cuestiones, cómo el parentesco participa del “reclutamiento” de trabajadores. Cuando a un contratista le surge algún trabajo de importancia, manda a llamar a sus parientes en Paraguay, quienes vienen por el tiempo que dura la obra y luego regresan. Si bien este tipo de casos no es recurrente, nos parece

importante destacarlo como una modalidad en la que también interviene el parentesco posibilitando el acceso al empleo. Sin embargo, en la generalidad de los casos, el reclutamiento de trabajadores se hace en el mismo barrio del AMBA o a través de las relaciones de parentesco y paisanaje. No hemos conocido muchos casos como el de Antonio, quien sólo viene a Buenos Aires mientras dura la obra. Podría pensarse como una modalidad de trabajo “golondrina” para la construcción.¹⁰³

Vecindad

Otra posible (y muy recurrente) situación se da cuando el recomendado conoce a su recomendador del barrio. En parte, esto permite poner en entredicho el papel que corrientemente se adjudica a la etnicidad, entendiéndola como una suerte de sustrato simbólico-inmaterial que vincula “mágicamente” a las personas a partir de ciertos rasgos imaginados como compartidos. Al menos para los casos que nos ha tocado analizar, parece más acertado hablar de una “etnicidad territorial” o, en términos de Bartolomé, de “etnicidad residencial o local” (Bartolomé, 1997:124). Este concepto permite apreciar que, si bien es cierto que se recurre a otros paraguayos con quienes sin duda se comparten adscripciones, el sentido de lo compartido en términos étnicos muchas veces se encuentra anclado a representaciones más amplias sobre el territorio (el barrio). Este tipo de vínculo facilitador del trabajo se verifica en un gran número de barrios populares del AMBA, y puede incluir tanto a migrantes como a nativos. En más de una oportunidad, un paraguayo ha recomendado a un argentino para el trabajo, a partir de que son vecinos y se conocen desde hace tiempo. Suele utilizarse la construcción verbal “hacer entrar a alguien”, y los sujetos se refieren al proceso en términos de “tal me hizo entrar”, o “lo llamé a tal para que venga”.

Uno empieza porque, cuando es pibe, ya no quiere ir al colegio ya...y... lo más fácil es entrar en la construcción... no en todos los casos, ponele, yo tengo muchos vecinos que laburan en fábricas y los hijos, mayormente como laburan en fábricas los recomiendan en la fábrica y quedan laburando ahí... pero nosotros, mayormente, como la mayoría del barrio sabe nosotros a qué nos dedicamos, mucha gente nos va a pedir laburo a nosotros...claro... nosotros somos uno de los primeros que estamos en el barrio, uno de los primeros... Florencio Varela, barrio Don José. Mi viejo hace 32 años ya que vive ahí, mi viejo compró un terreno cuando era campo ahí, ¿me entendés?, ahora es un barrio grande... (Entrevista a

¹⁰³ Iván Gerahard, investigador de la Universidad Nacional de Misiones, nos comentó informalmente durante un encuentro que esta modalidad resulta común en las zonas de frontera. Así, un número importante de trabajadores paraguayos en la construcción de Posadas van y vienen entre Paraguay y Argentina, a veces, en el mismo día.

Ruben, hijo de un capataz paraguayo y actual capataz de la obra de Eduardo Acevedo. Mayo, 2014).

“Hay gente que primera vez, que les conozco acá, que vinieron con “Guampi” (de quien ya hablaremos) y hay gente vieja también...si... y también se acomoda así... uno lo acomoda así...a “Guampi” ya lo conocía en el 92, de otra empresa... a “Eladio” yo lo metí en la empresa también, era vecino de Varela... Desde chiquito le conozco a él (al capataz)...veinte años que vivo ahí en el barrio ya...somos todos conocidos, y si ellos combinan (con el estudio de arquitectura), bueno nos dicen... ‘a trabajar’”. Conversación informal con Zayitas. Obra de Acevedo, Mayo 2014.

Paisanaje

Un número muy importante de trabajadores llegaron a las obras a partir del contacto realizado por un paisano del lugar de origen. Al igual que en el caso anterior, la etnicidad como proceso de identificación se construye (y se supone) a partir del hecho de haber compartido los sujetos condiciones de vida similares en el lugar de origen. En este sentido, la colectividad paraguaya se caracteriza por ser sumamente “regionalista”. En parte, esto puede verse en las organizaciones sociales que han formado en Buenos Aires. Ejemplos de ello son el Centro Acevalense, el Centro Iteño de Derqui, entre muchos otros (Del Águila, 2012).

“Í”

Me presento, le cuento que yo trabajo con Escobar en “la obra de Flores” y que además estudio Antropología, y que había hablado con él porque estaba haciendo un trabajo sobre “los paraguayos que vienen a trabajar a la obra”. Le pregunto al más joven si me podría responder algunas preguntas y él me dice que sí, que no tiene problema. Le pregunto el nombre. “Rodrigo Manuel”, me responde. El otro se ríe y le dice “Í”. Como no logro captar el motivo de la risa, pregunto. Le dicen “Í” porque es el más chico de la obra (en guaraní, el sufijo “í” se coloca al final de algunos sustantivos para dar cuenta de su “tamaño pequeño”).

¿Cuántos años tenés? – “21”.

¿Hace cuánto que llegaste acá? Y... (piensa)... 2 meses y dos días. También proveniente de Ypacaraí. Dice que vino a juntar plata para comprarse un terreno allá.

Su padraastro conoce a Escobar del pueblo e intercedió para que “le consiga algo en Buenos Aires”. Llegó en micro hasta San Justo y está viviendo con el hermano, que es zapatero, y que vive en San Alberto (“antes de Crovara”, nos explica). Le pregunto si se siente bien acá en Buenos Aires, y me dice que sí. Le pregunto qué hace para divertirse, si va a bailar o algo así, principalmente para tratar de confirmar la percepción que me transmitió Escobar, de que los jóvenes vienen con un proyecto de ahorro pero que después se gastan el dinero en salidas nocturnas. “Todavía no salí”, me responde. “¿Y qué hacés para divertirte? ¿conocés gente acá?”, pregunto. ‘Si, tengo muchos conocidos por ahí mismo, por San Alberto. Y nos quedamos jugando al nueve”. Ante mi desconocimiento, me explica cómo es el juego de cartas. (Notas de campos sobre conversación con “Í”. Obra de San Justo, Abril de 2008).

Es interesante ver cómo surge el objetivo de comprar un terreno como parte del proyecto migratorio de Í. Por otro lado, se ve claramente la forma en que opera el paisanaje: Í tiene un padraastro que conoce a Escobar del pueblo, y es éste el que lo recomienda. Veamos ahora un caso en donde el acceso se ve posibilitado a través del paisanaje y el parentesco de forma conjunta.

“Don Justo”

Me acerco entonces al viejito canoso. Los otros le decían “don”. Entonces le pregunto el nombre y me responde “*Justo*”. De ahí en más, lo trato de “Don Justo”. Este hombre respondió ampliamente a todas mis preguntas mientras seguía desclavando los puntales que ya no se usaban. Habló mucho conmigo. Don Justo llegó en 1961 al país. Tiene 67 años. Llegó a los 20 años, “*solito*”. Primero trabajó en una fábrica de plásticos en Bajo Flores. Después en una lavandería en Avellaneda, después colocando placas de yeso. Vive con una hermana en Camino de Cintura y Ruta 21, “*en esos monoblock*”. Trabaja con Escobar hace 6 meses, y lo conoció mediante un primo que antes trabajaba con él, que a su vez lo conocía del barrio. “Es un tipo muy bueno” me dice. Su padre trabajaba en el ferrocarril, en Paraguay.

Me cuenta que dentro de unos años se volverá a su país, para jubilarse. Dice que el clima de acá le hace mal a la salud, que tiene alergia. “¿alergia a qué?”, le pregunto. Piensa. “*A todo*”, dice.

Tiene dos hijos que viven en Paraguay. Él vive acá, y acompaña a su hermana, que quedó viuda. Hablamos largo rato de política. Me dice que cuando murió Perón, en el ‘74, él trabajaba en la lavandería, y que un día fue y que estaba “*lleno de caras tristes*”. Después le

pregunto por la época de los militares, me cuenta que *“los militares mataron mucha gente, iban golpeando las puertas en los hoteles y que no les importaba si eras paraguayo te mataban igual,... estaba eso del Operativo Cóndor”*. Notas de campo a partir de una conversación informal con Don Justo. Obra de San Justo. Abril de 2008.

Al igual que el caso de Lezcano, El de Don Justo nos informa sobre las inserciones laborales de los paraguayos que llegaron al AMBA durante la década de 1960. Como señaláramos, la construcción todavía no se presentaba por aquel entonces como el ámbito de inserción que se evidenciará tan significativo en el futuro. En 1974, *“cuando murió Perón”*, él todavía trabajaba en una lavandería. Por otro lado, como él lo expresa, llegó *“solito”*, sin conocer a nadie acá. Al igual que Lezcano, Don Justo parece constituir un caso “pionero” de la migración paraguaya hacia la ciudad. Como señalamos en el primer capítulo, y si bien no puede considerarse a la migración paraguaya hacia Argentina como un fenómeno reciente, es cierto que la mayor parte de los migrantes se dirigía por ese entonces hacia provincias fronterizas.

En relación al acceso al empleo, Don Justo apela a un primo que conocía a Escobar del barrio, y que ya había trabajado con él. Contrastando su caso con el de “Í” (quien se inserta en la construcción en “forma directa”), vemos que Don Justo trabaja en otras cosas antes de entrar a la obra. De cierta forma, esto refleja que la opción de trabajar en las obras del AMBA como parte de una estrategia migratoria bastante difundida hoy en día en localidades del interior del Paraguay sólo fue perfilándose con el correr del tiempo.

El siguiente caso muestra al parentesco como relación que facilita el alojamiento al recién llegado, mientras que el paisanaje es la que permite acceder al trabajo.

“Picachu”

Cuando llegaron con su padre, se ubicaron con el tío de Picachu (hermano de la madre) en González Catán. Al poco tiempo, los dos consiguieron trabajo como ayudantes en una obra en construcción: *“gracias a un paisano de mi viejo de allá, de Bogado”*. Poco tiempo después, ya entraron en la empresa y hace casi diez años que padre e hijo trabajan allí. (Entrevista a Picachu, obra de Crámer. Septiembre de 2008).

Y aquí el caso de un trabajador que en su momento fue recomendado para el trabajo en las obras y actualmente es capataz y, con esto, recomendador de trabajadores para ingresar a la obra. Nótese una curiosidad: si bien él se considera paraguayo, nace en Argentina.

Darío

Nací en Itatí, Corrientes. Y a los meses me fui a Paraguay. Nací en Corrientes porque en esa época Paraguay no tenía hospitales, entonces cuando una mujer va a tener hijos viene... esa es la realidad. Nací en Corrientes y después volví a Paraguay. Bueno, años después volví a Corrientes y empecé en la obra. Yo volví a Corrientes y ahí trabajé en la construcción. No tenía familiares, pero como me anotaron ahí me fui para ahí. Ya cuando naciste acá, te anotan como argentino. La construcción, la única más fácil que había. Tenía 20, 21 años... me vine porque allá no había nada, entonces ¿qué tenés que hacer? Tenés que venir... no había nada de laburo. Yo me vine laburando con otro muchacho, laburando ya... y me vine acá y busqué en la construcción, era lo más fácil que había...para entrar a trabajar...

A Buenos Aires llegué el 22 de Diciembre de 1975, me vine a casa de amigos, conocidos de Paraguay que estaban laburando acá en Buenos Aires y era en la obra... y me acomodaron acá... arranqué así y... me dediqué a laburar, laburar y... seguimos laburando. Laburé en muy pocas empresas eh, muy pocas...habrá cuatro empresas... hasta ahora eh, empresas constructoras...con ésta, laburé 13, 14 años... entré como oficial y ahora bueno, como encargado.... Conozco todo de punta a punta, no hay problema... fui ascendiendo en la categoría... y yo estuve en otra empresa, una que se llamaba XXX, otros trece años... pero en esta entré como oficial, y así fue y ahora estoy acá...” (Entrevista a Darío, Obra de 3 de Febrero y Deheza. Julio de 2014).

La entrevista a Darío muestra una serie de cuestiones de gran importancia. Él tiene 56 años y es “encargado” de la obra. Si bien nació en Corrientes, se crio en Humaitá, una localidad cercana a Pilar, en el Departamento de Ñeembucú. En Paraguay sólo le queda un hermano, que todavía trabaja en el campo familiar. Si bien Darío llega más tarde que Lezcano o Don Justo, relativamente “temprano” a Buenos Aires ya se viene a lo de amigos paraguayos que trabajan en la construcción. Como él comenta, la construcción era lo más fácil para entrar. Al igual que nos señalaron otros entrevistados, “nadie te pide papeles, ni currículum ni nada”. “No necesitás nada para empezar a trabajar, ni el primario”, nos comentó otro obrero.

Vemos que Darío en 1975 ya tiene conocidos del pueblo que trabajan en la construcción. Como sugiriéramos, la conformación de la construcción como uno de los ámbitos laborales privilegiados para la inserción de paraguayos se corresponde con procesos sociales por los cuales se comienza a relegar a los migrantes limítrofes a las ocupaciones más marginalizadas o, al menos, a aquellas en las que los nativos empiezan a dejar de desempeñarse hacia mediados de la década de 1970 (Maguid, 1997). Como mostramos en el capítulo anterior, esta

coyuntura se vincula tanto a procesos que tuvieron lugar por esos años en Paraguay (retracción del empleo agrícola, constante expansión del latifundio) como en Argentina (sustitución de importaciones, demanda de mano de obra barata). Estos procesos de segmentación del mercado laboral se irán enraizando cada vez más con el correr del tiempo hasta el punto de que, hoy, cuatro de cada diez paraguayos en Buenos Aires trabajan en las obras (Bruno, 2008).

Veamos un último caso de apelación al paisanaje para el acceso al empleo. Este caso destaca por lo siguiente: al igual que el parentesco, el paisanaje es interpretado en términos “ampliados”. De esta forma, recomendador y recomendado no vivían en el mismo pueblo, aunque sí en pueblos cercanos.

“Éramos de la misma zona en Carapeguá, pasando Roque González, Quindy... todo por ruta 1, donde tiene la entrada para ir a Piribebuy... gran parte conozco... pero ahora todo cambió. Hay mucho pueblo, muchas ciudades nuevas... que antes eran montes... Siempre me voy a Paraguay, hago una visita, de paseo... vacaciones... tengo mi hermano y la suegra... está todo allá...no me volvería a vivir, para qué? Si ya me hice acá... me vine a Solano mismo y viví con los amigos... y después me casé, trabajamos los dos, mi señora y yo... y juntamos plata para comprar el terreno... otra cosa no hay... y me hice mi casa... y actualmente vivo ahí, en esa casa que hice” (Entrevista a Pocho. Obra de Martín García. Septiembre de 2009).

Redes basadas en la nacionalidad

Como dijimos, sólo consideraremos que el acceso al empleo es posibilitado por la nacionalidad cuando los recomendador y recomendado se conocen a través de eventos de la colectividad paraguaya en Buenos Aires. Las asociaciones paraguayas en el AMBA son muy numerosas. En otra oportunidad, hemos realizado una investigación específica sobre las mismas, entrevistando a 17 de sus líderes (Del Águila, 2012). Sin embargo, y *dado que la participación de los trabajadores de la construcción en las asociaciones es sumamente rara*, no podremos detenernos en un análisis detallado de las mismas.¹⁰⁴

¹⁰⁴ Para un análisis de la dinámica asociativa paraguaya en el AMBA, puede consultarse Halpern (2005, 2009), Pereyra (2001), Marcogliese (2003), Bruno (2012), Del Águila (2012) y/o Rau (2012).

A modo de ejemplo, sin embargo, presentaremos el caso de un trabajador que consiguió su actual trabajo en las obras a través de un contacto realizado en una celebración de la colectividad.

“Esquivel”

“Allá en Moreno tenía un... un tallercito...con otro amigo... anduve ocho meses sin laburar... y ahí conocí a mi señora...y después ahí ... ahí me vine con Escobar... yo a Escobar ya lo conocía, lo conocí acá, en Moreno... pero ya hacía un tiempo... en una fiesta... de la colectividad”. Sobre las fiestas de la colectividad, nos dijo: “y... son espectaculares...o sea qué se yo... mirá... al principio... van muchísimos también... mirá... yo soy paraguayo... mi señora es argentina...entendés?... tiene amigas y amigos argentinos...y esos lo invitan a otros que si lo pasaron bien...hay mucha música, polka, chamamé, la cachaca” (Entrevista a Esquivel. Obra de Martín García, Febrero de 2007).

El trabajo que consigue Esquivel con Escobar surge a partir de una fiesta de la colectividad paraguaya. Esquivel es actualmente secretario de la Casa Paraguaya en Moreno, donde tienen lugar reuniones periódicas entre connacionales de la zona. Escobar se referirá en otra oportunidad al momento en que se conocieron, cuando un peluquero paraguayo que tienen en común los presentó en esa fiesta, sabiendo que Esquivel andaba sin trabajo.

“Y... yo ya antes del 2001 estaba con (Escobar)... estábamos haciendo una obrita en.... (no recuerda, piensa)... Constitución, creo...había pocas obras...o sea... haber había, pero todas paradas... pero (Escobar) siempre tenía algo... con (Escobar) siempre algo hacíamos, un arreglito... una refacción, él siempre algo tenía... porque estaba con el arquitecto... y él siempre algún laburito tenía” (Entrevista a Esquivel. Obra de Martín García, Marzo de 2007).

El caso de Esquivel nos permite apreciar el modo en el que circulan información y oportunidades a través de las redes en la sociedad receptora. Esquivel accede a un trabajo gracias al “contacto” de otro paraguayo, quien lo presenta a Escobar durante una fiesta de la colectividad. Al mismo tiempo, Esquivel presenta las reuniones de la colectividad paraguaya en Moreno como ámbitos donde se reformula “lo paraguayo”, en base por ejemplo, a la participación de “no-paraguayos” en los círculos y las celebraciones. Como muchas otras asociaciones de migrantes en las sociedades de destino, la Casa de la Cultura Paraguaya de Moreno persigue la integración de los paraguayos al nuevo entorno y la consiguiente ampliación de las redes.

Es interesante también ver cómo, para Esquivel, Escobar se convierte en un benefactor que “*siempre algún laburito tenía*” y que lo ayudó a pasar un mal momento cuando no conseguía trabajo. A pesar de lo que podría creerse, este tipo de relaciones establecidas entre connacionales en la sociedad receptora no tienen nada de “simétrico”. Por el contrario, a nuestro juicio, dan cuenta de posicionamientos diferenciales y de accesos divergentes a recursos sociales de distinto orden. Pero eso será analizado más adelante. Analicemos ahora los procesos de movilidad que la construcción posibilita para los migrantes paraguayos.

¿Existe la movilidad social vertical para los migrantes en la industria de la construcción del AMBA?

Para responder a esta pregunta, será preciso contrastar nuestra investigación con la de otros antecedentes. Nos referiremos nuevamente a los trabajos de Vargas (2005) y de Maguid (1997). Como adelantamos en el tercer capítulo, de acuerdo a Maguid (1997, 2001), la tendencia de los migrantes limítrofes a insertarse en la industria de la construcción vendría insinuándose ya desde la década de 1960. De acuerdo a la autora, el fenómeno habría respondido a un proceso de “inserción selectiva” de los migrantes en un mercado flexible y desventajoso en cuanto a salarios y a condiciones de empleo.

Más recientemente, Vargas (2005) ha relativizado el alcance de la “inserción selectiva” del migrante en los escalafones peores pagos, de menor calificación y de mayor vulnerabilidad en la industria. Vargas entiende que, en los últimos años, dicha “inserción selectiva” habría comenzado a dar lugar a un “proceso de segmentación etno-nacional vertical” (Vargas, 2005: 27), por el cual los trabajadores provenientes de países limítrofes ya no cubrirían *solamente* los estratos ocupacionales más bajos de una obra sino, cada vez más, todas sus jerarquías.

A pesar de ello, y como afirmáramos en otras oportunidades (Del Águila, 2009), aun cuando resulta difícil negar la existencia de procesos de movilidad social ascendente entre los migrantes en la construcción, a nivel general, éstos procesos parecen revelarse como sumamente incipientes. La evidencia de un rubro donde existen migrantes con cargos de capataces o roles de contratistas habla más, a nuestro entender, de una especialización laboral que éstos han ido desarrollando a través de la experiencia histórica de trabajo en la sociedad argentina, antes que de una posibilidad de movilidad social ascendente efectiva y real. Es por ello que, si bien resulta innegable la existencia de cargos de jerarquía que son actualmente ocupados por migrantes limítrofes en la industria, dicha situación a nuestro entender no

permite hablar aún de una *pauta de apertura social de las barreras al ascenso social* de los migrantes.

Por el contrario, si un trabajador proveniente de Paraguay ocupa hoy el puesto de capataz en la industria de la construcción argentina esto es porque, con seguridad, ocupó alguna vez el de ayudante no calificado en la misma industria. Lo que queremos decir es que, el proceso de “segmentación etno-nacional vertical” descrito por Vargas parece responder más al proceso histórico particular de desempeño laboral de los migrantes limítrofes en el rubro antes que a una transformación positiva de las valoraciones sociales respecto de su fuerza de trabajo (valoraciones que después analizaremos). En otras palabras, no estaríamos frente a un proceso de “apertura social” hacia la movilidad del migrante, sino frente a una tendencia a la “paraguayización”¹⁰⁵ de algunos roles en la cadena de mando (capataces) o el sistema de producción (contratistas), pero siempre e indudablemente bajo el control último del proceso productivo en manos de los nativos. Se trata entonces, de un reacomodamiento de los roles en el proceso capitalista de producción, pero de cuya tasa de ganancia el migrante continúa siendo socialmente excluido.

“Rubén”

“Siempre estuvo la idea de armarnos independiente... lo que pasa que José, el jefe, te quiere allá abajo, me entendés? O sea, cuando mi viejo o yo, agarramos una changa, o sea, podemos laburar los fines de semana...la hacemos viste? Pero después el jefe no te va a dejar que labures por tu cuenta” (Entrevista a Rubén, Obra Acevedo, Septiembre de 2014.)

Las palabras del entrevistado nos muestran lo difícil que se le hace a un trabajador volverse un contratista independiente. En general, los empresarios buscan “retener” a los trabajadores con mayor pericia y esto dificulta que éstos se “larguen por su cuenta”.

¹⁰⁵ Benencia (2006) ha analizado de forma pionera los procesos de movilidad social de migrantes bolivianos en la horticultura bonaerense, entendiéndola como un proceso de “bolivianización” del rubro. Sin embargo, los procesos de movilidad ascendente que el autor describe (la “escalera boliviana”) mantienen importantes diferencias respecto al caso de los migrantes paraguayos en la industria de la construcción. Como argumentamos aquí, el trabajo en la construcción no permite hablar de una movilidad ascendente tan clara como en los casos retratados por Benencia y, por el contrario, resulta mucho menos generalizable.



En una obra casi terminada, los obreros dejaron un mensaje a otro trabajador, a modo de broma: “Chino, ¿trajiste documento para la escritura?”. Esto permite ver cómo los trabajadores son conscientes de que, aun cuando sean ellos los que “hacen el edificio”, nunca podrán ser sus “dueños”.

“La última experiencia... esto me pasó con el tema de la ocupación de lo... los parques... todo eso... me parece que fue un gran error del... del Gobierno de la Ciudad... a decir que... los migrantes limítrofes... lo que dijo Macri... que somos todos ladrones, narcotraficantes, delincuentes... creo que eso... faltó mucho a la sociedad... lo puedo decir por experiencia misma... mucha gente faltaba que cuando se enteró que era paraguayo te empezó a mirar mal... ¿entendes? y bueno... a partir de eso que pasó... siempre hay... yo te voy a decir por una experiencia propia... cuando vos... vas escalando situaciones... lugares... llega un momento que te miran... ¿quién sos?.. Eh... Sí, se puede llegar.. pero... puede llegar un momento que te pueden ir... Y eso lo pueden decir... todos los profesionales... de todos los niveles.. en el tema laboral” (Entrevista a Cecilio, directivo de una organización social paraguaya del AMBA. Febrero 2011).

Las palabras de Cecilio expresan con claridad lo que buscamos afirmar. Si bien la movilidad social como tal, es *posible* (el propio hecho de que existan contratistas y capataces paraguayos así lo demuestra) *no es la norma*. Podría argumentarse que tampoco resulta la norma para los trabajadores argentinos en la construcción. Sin embargo, lo que buscamos destacar reside en

otro aspecto, aquél que tiene que ver con los obstáculos para la movilidad que se imponen al trabajador por su origen nacional.



Escalera de madera de obra.

Metafóricamente, lo tomamos aquí como reflejo de la precariedad en la movilidad social ascendente de los migrantes paraguayos en las obras del AMBA.

“Lo más importante que tiene que tener uno es la voluntad, mucho depende de eso... voluntad, que venga todos los días, me entendés? O sea, puntual... porque vos sabés como trabajador que llegás tarde, nadie te puede decir nada... la responsabilidad de cada uno, más que todo...eso primero y principal...mucha voluntad tenés que tener, en la construcción mucha voluntad... viste? Y que te haga caso, que la persona tenga voluntad y que vos le podés ir enseñando a la persona... Y claro, depende de la voluntad y las ganas de aprender de cada uno... por ahí va subiendo un escalón, va subiendo, viste? Y por ahí... ponele que estoy en otra obra, y necesitan gente, entonces le digo mirá necesitan un ayudante me dicen, viste? Y yo tengo uno bueno, le digo y... y ya sabe levantar pared? Si, ya sabe... arranca... va a la otra obra, el encargado lo ve, si sabe levantar pared, o tirar un punto... entonces de ahí en más depende de cada encargado que esté en cada obra, lo va subiendo de categoría”
(Entrevista a Rubén. Capataz de obra Acevedo. Septiembre de 2014)

Las palabras de Rubén muestran lo que comúnmente se entiende por movilidad ascendente en la obra, es decir, el ascenso en términos de escalafón laboral. Ahora bien, sólo relativamente esto puede ser considerado movilidad social ascendente (Ver Anexo, recibos de sueldo por categorías). Como indicamos, las relaciones de producción pueden alterarse y, sin embargo, el

migrante continuar limitado por el “techo invisible” de la construcción. La movilidad social por ello resulta sólo aparente, y en términos concretos, alcanza a un muy reducido número de migrantes paraguayos.

“La ventaja que tienen es que vienen jugados...vienen para hacer cualquier cosa, están dispuestos a cualquier cosa... no... trabajo...vos sabés que cuando uno sale de su casa...si tiene que lavar copas, lava copas... si tiene que lavar baños, lava baños... y están... por eso...tienen esa ventaja de adaptación que no le tienen miedo a la... vos fijate, yo que estoy en el rubro de la construcción, están tres meses como ayudantes y al cuarto mes, ya te dice que es oficial, ya aprendió algo...ya se lanza con eso” (Entrevista a Herminio, trabajador de la construcción. Obra de Pedro Goyena. Agosto de 2009).

Otro punto a destacar se vincula al hecho de que el modo de ascender en los escalafones no siempre se condice con la pericia objetiva que el trabajador ha desarrollado. Por el contrario, para algunos roles clave como el de capataz o puntero, el empresario privilegia la confianza por sobre la idoneidad. En el caso citado, por ejemplo, Rubén es hijo de Darío. Es decir el capataz de la Obra de Acevedo es el hijo a su vez del capataz de más confianza y con más años en la empresa. En este sentido, si bien existen trabajadores con más experiencia en la construcción (por ejemplo “Pocho”) el cargo muchas veces será heredado. En realidad, *lo que se hereda es la posibilidad de establecer un lazo de confianza*. En este sentido se considera que el padre, directa o indirectamente, responderá por el hijo. A su vez, el hijo no querrá hacer quedar mal al padre. Así se entienden las cosas al principio, hasta tanto el nuevo capataz demuestre que puede confiarse en él por sus propias acciones.

Capítulo quinto

*El colibrí y el cemento*¹⁰⁶

Condiciones de vida y trabajo de los migrantes paraguayos en las obras del AMBA

Introducción

En este capítulo nos dedicaremos de lleno a la descripción y análisis de los fenómenos que tienen lugar a partir de la inserción de los trabajadores rurales paraguayos en las obras del AMBA. Buscaremos contrastar las situaciones descriptas para el sector rural en el segundo capítulo con las observadas en las obras durante el trabajo de campo. La finalidad de esto es lograr captar los reajustes realizados por los sujetos a las nuevas condiciones productivas. Retomemos entonces las preguntas que nos hicimos en el segundo capítulo: para qué, entre quiénes y cómo se produce, en este caso, en las obras del AMBA.

¿Para qué se produce? El uso del salario en la mejora de las condiciones de vida en origen y destino

Además de la reconstitución de la fuerza de trabajo, ¿en qué gastan los migrantes rurales paraguayos sus salarios?¹⁰⁷ De acuerdo a los datos con que contamos, fundamentalmente en dos cosas: *la mejora de las condiciones de vida en el AMBA* (adquisición de terreno, construcción de la casa propia, compra de artículos electrónicos, etc.) y *el envío de remesas a sus familias en Paraguay*.

“Los paraguayos somos como promotores de que...más allá de que en Paraguay nos llaman haraganes...acá es como que somos los más trabajadores...y difícilmente, aun cuando viva en la villa, tenga una casa destartada...sino que por el contrario, aportan eso de que...tiene

¹⁰⁶ En la mitología Mbya guaraní, el colibrí representa el ave primigenio que acompaña a Ñamandú, padre creador del mundo, en su primer viaje a través del Paraíso. León Cadogan, un renombrado etnólogo paraguayo transcribió los cantos que narran el mito de origen para los Mbya- Guaraní: “*Mientras nuestro primer Padre creaba, en el curso de su evolución, su divino cuerpo, existía en medio de los vientos primigenios: antes de haber concebido su futura morada terrenal, antes de haber concebido su futuro firmamento, su futura tierra, que originariamente surgieron, el Colibrí le refrescaba la boca; el que sustentaba a Ñamandú con productos del paraíso fue el Colibrí*” (Cadogan, [1958]1997:27). Aquí lo utilizamos de modo alusivo, para señalar el contraste entre el mundo rural y el mundo de la gran industria.

¹⁰⁷ Recordemos que de acuerdo a Marx, existen tres componentes del valor de la fuerza de trabajo: el sustento del trabajador durante su período de empleo (o la *reconstitución de la fuerza de trabajo inmediata*), el *mantenimiento* del trabajador en los períodos de desempleo (desocupación, enfermedad, etc.) y el *reemplazo* del trabajador mediante el mantenimiento de su descendencia (lo que llamamos *reproducción*).

esas ganas de proyectar, y sus casas son por lo general de material...y se da por ejemplo, en las villas con otras...pero desde siempre, desde que yo recuerdo...el hecho de salir del país pareciera ser como motivador para proyectar” (Entrevista a Cándido, dirigente de una organización social paraguaya y antiguo trabajador de la construcción del AMBA. Febrero de 2011).

Las palabras de Cándido expresan en parte el modo en que los paraguayos se piensan a sí mismos luego de emigrar. En relación al segundo destino del salario, las remesas, un estudio llevado a cabo por ADEPO (2008) mostró que sobre una muestra de 546 hogares en los departamentos de Caaguazú, Central, Itapúa y Alto Paraná, *el 99% de los hogares entrevistados tenía algún conocido, familiar, amigo o vecino residiendo fuera de Paraguay.* Al mismo tiempo, de acuerdo a la Encuesta de Hogares de Paraguay (EPH, 2007), tres de cada diez hogares paraguayos percibían algún tipo de remesa de sus parientes en el exterior.

El mismo estudio (ADEPO, 2008) mostró que un 47,8% de los hogares que recibían remesas lo hacían a través de agencias de transporte de dinero del tipo *Western Union*, y que un 44,6% de los hogares recibía remesas de forma mensual. Respecto del uso que hacían del dinero recibido, el estudio estimó que un 82% de los hogares lo destinaba a alimentación y vestimenta, mientras que un 10% lo dedicaba a educación y salud y sólo el 8% restante al ahorro, la compra de terrenos o de bienes para el trabajo (ADEPO, 2008:38).

“Vivía con mi viejo... mi viejo, mi vieja y mis hermanos... somos siete hermanos conmigo..., dos mujeres y cinco varones...uno, el mayor, es chofer...otro de mis hermanos está estudiando... para cura...hace un año yo sé que se recibió de diácono...y puede dar misa... y él por ejemplo fue a Brasil, vino a la Argentina, estuvo en el Chaco argentino, Corrientes, Formosa... y allá en Paraguay estuvo en muchas regiones... y hay otro hermano que está trabajando acá... empleado de una empresa... el menor mío... está... está como cadete... los otros siguen en Paraguay. Y mis hermanas... tengo dos allá que... una “menora”... que ahora empezó a estudiar... eh... agronomía.....y están allá....el tema es así... yo no tengo ni vieja ni viejo...y allá están en la casa.” (Entrevista a Esquivel. Obra de Martín García. 2008).

Cuando le preguntamos sobre la relación que actualmente mantiene con la parte de la familia que quedó en Paraguay, nos dijo: *“si, les mando la plata... SI o SI... si o si... y claro,... no...porque ya es un compromiso que yo ya agarré con ella* (su hermana menor) *y yo le dije...mientras se pudiera que yo la iba bancar.... Más ahora que está empezando la facultad”* (Entrevista a Esquivel).

A partir de las palabras de Esquivel, recuérdese la referencia que la “nueva teoría de la migración” hacía respecto de que son en última instancia estrategias surgidas al nivel de la unidad doméstica las que dan lugar a la migración de sus miembros. Recordemos también que en muchos casos, el proyecto migratorio comienza con la iniciativa de ahorrar un monto determinado de dinero y luego volver. Este monto puede ser para la compra de un terreno, una moto o un camión para el transporte de la cosecha, entre los objetos que nos han relatado los entrevistados. Sin embargo, muchas veces, como nos sugiriera Escobar, los tiempos se dilatan y se vuelve más difícil de alcanzar el monto esperado, a partir de lo cual la estadía del migrante suele prolongarse más allá de lo esperado por él y su familia.

Siguiendo lo resaltado por Nash para el caso de los mineros de Oruro (2008), la familia nuclear (transformada por la migración y por el propio proceso capitalista) parece ser para los trabajadores la principal fuente de motivación para el trabajo, hecho que, de acuerdo a la autora, contribuye a fortalecer la ‘dependencia laboral de clase’ respecto de la mina (o de la obra, en nuestro caso) y sus propietarios (Assusa, 2013). No sólo ellos, sino también sus familiares directos dependen de la obra.¹⁰⁸

¿Cómo se produce? Diferencias entre el trabajo agrícola y la construcción del AMBA

Así nos describía un trabajador la construcción en Paraguay:

“Había construcción, pero muy poca... en la azada... con la pala hacía nomás... o sino con la pata, mezclás... (no hay trompito)... lo que pasa que allá el trabajo es duro, entonces

¹⁰⁸ Taussig (1993) ha señalado que el fetichismo que se encuentra en la economía de las sociedades pre-capitalistas surge del sentido de unidad orgánica entre las personas y sus productos, y esto marca un agudo contraste con el fetichismo de los bienes de consumo de las sociedades capitalistas, resultante de la división entre las personas y las cosas que éstas producen e intercambian. El resultado de esta división es la subordinación de los hombres a las cosas que ellos producen, que parece ser indispensable y poseer poderes propios (Taussig 1993: 60-61). En su trabajo de campo Taussig se encontró con el símbolo del diablo constantemente asociado a las prácticas económicas de los campesinos que están transitando al proletariado. Así, “el diablo simboliza algunos rasgos importantes de la historia política y económica. Es virtualmente imposible separar la historia social de este símbolo de la codificación simbólica de la historia que lo crea” (1993:11). El autor propone dejar al descubierto las estrategias que ocultan el carácter sociopolítico del signo para hacerlo parecer “natural y necesario”. Uno de sus propósitos es poner en evidencia las formas irracionales subyacentes a la “racionalidad” capitalista. Así, ‘la magia de la producción y la producción de la magia’ se entienden como dos caras de la misma moneda (1993: 40). En la narrativa de Taussig asistimos a una colisión de significados dentro del escenario colonialista/capitalista. Esta colisión tiene implicaciones epistemológicas, es decir, nos hablan de las transformaciones que se efectúan en las distintas formas de percibir las relaciones humanas (Prieto Stambaugh, 1998). En el caso del campesinado, por ejemplo, estamos ante un proceso de resistencia que lucha contra la enajenación implícita en el nuevo fetichismo de la mercancía. El diablo es un símbolo mediador que tiene el papel de los personajes que habitan la zona liminal expuesta por Turner en su análisis de los ritos de paso. Los campesinos en vías de proletarianización son a la vez personajes del umbral, “seres transicionales (cuya posición) es la de negar y afirmar simultáneamente todas las posiciones estructurales” (1993: 142). Esto explicaría la actitud ambivalente hacia el capitalismo que demuestra este sector (Prieto Stambaugh, 1998:6).

viene acá y... lo primero que encuentra es un trabajo duro... y lo primero se mete de ayudante, y después de a poco aprende” (Conversación con Pocho, obra de Acevedo. Agosto de 2014).

Las palabras de Pocho nos hablan de un modo sensiblemente distinto de construir en origen y en destino. Él refiere a la ausencia de máquinas y al procesamiento manual de las mezclas de materiales. También refiere al trabajo duro como una dimensión común a ambas experiencias. Esto mismo fue señalado por muchísimos obreros durante el trabajo de campo.

La obra de Humberto 1°

En la obra de la calle Urquiza trabajan 4 albañiles, 5 carpinteros, 3 plomeros, 2 electricistas, 2 armadores y el Capataz General. Todos son paraguayos. El contratista “Correa” también es paraguayo. Es un hombre que ronda los cincuenta años. Un arquitecto de ascendencia japonesa dirige el proyecto y es uno de los inversores. Las obras de Correa son todas similares entre sí: utilizan un sistema de encofrado característico de las obras pequeñas: conformado por tablas largas que son clavadas una al lado de la otra, para reducir costos de compra de fenólico. Los puntales son de madera también y no de hierro. En la obra no se utilizan máquinas eléctricas de gran tamaño. Los hierros se doblan “a mano”, gran parte del material para levantar paredes es mezclado en el piso con pala, y los materiales se descargan y se suben a los niveles también mediante “pasa mano”. Al entrar a la obra, se encuentra la casilla del baño que está conformada por tres chapas, dos laterales y una a modo de techo. Hay muchos restos de cáscaras de mandarina y de yerba en la tierra, característicos de la presencia de obreros paraguayos. En el espacio sonoro, priman las conversaciones en guaraní y las polkas a todo volumen. Nota de campo sobre obra de Humberto 1°. Septiembre de 2008.

Esta nota de campo ayuda a imaginar algunas continuidades y diferencias entre el modo de producir en las obras y en la “chacra”, como ellos nombran a las parcelas en las que vivían. En primer lugar, los dos escenarios comparten la exigencia del trabajo duro y sacrificado, bajo el sol o la lluvia, con frío en invierno y mucho calor en verano. Si bien, en las obras de pequeña envergadura la generalidad de las tareas se lleva a cabo con herramientas mecánicas (martillo, tenaza, grifas, etc.), en obras medianas y grandes, los trabajadores deben aprender a utilizar cotidianamente sierras manuales o de banco, amoladoras, martillos neumáticos, montacargas, entre otras muchas herramientas eléctricas. La importancia de esto no debe

despreciarse, dado que ninguno de estos equipos resulta fácil de utilizar y, ante malos manejos, pueden causar severos accidentes.

Existen en las obras múltiples indicios que nos informan acerca del origen rural de muchos trabajadores. Esto se debe a que los migrantes paraguayos sin duda atraviesan sus días en las obras poniendo en juego esquemas de pensamiento y acción originados en sus experiencias previas, en otros contextos sociales. Así, además de los términos guaraníes que “hablan del trabajo”¹⁰⁹ y que, con variantes, suelen oírse en estos escenarios, encontramos en la obra formas de nombrar los procesos y elementos que se vinculan directamente a la vida rural. Por citar sólo uno, tal es el caso de la “pala vizcachera” (pala para realizar pozos similares a los que realiza el animal, y que sirve para presentar los pilotes de hormigón que anclarán las bases del edificio a la tierra).¹¹⁰

Pero en relación a lo apuntado por nosotros en el segundo capítulo, es posible establecer otros contrastes adicionales. En primer lugar, recordemos que el trabajo en los ámbitos rurales acompaña al ciclo agrícola y, en definitiva, es guiado por éste. Por el contrario, en la construcción el esfuerzo físico y la intensidad del trabajo se presentan como “artificiales” e “impuestos”, en el sentido de que no surgen de la naturaleza de los materiales manipulados. Las duraciones e intensidades del trabajo son estrictamente determinadas por el plan de obra y por la fecha de certificación de sus distintas etapas (que para los trabajadores se traduce en las órdenes del capataz). La autonomía de los sujetos frente a este proceso será prácticamente de alcance nulo, dado que las presiones para que la obra avance se harán sentir a las distintas cuadrillas de especialistas, guiadas por el “plan de obra”. A modo de ejemplo, hasta que los albañiles no hayan levantado pared, los electricistas no podrán instalar las cajas, los yeseros no podrán hacer los cielorrasos y los colocadores de cerámica no podrán avanzar. Así, de un modo indirecto, los distintos “gremios” se presionarán mutuamente para que la obra avance.

¹⁰⁹ Meliá y Temple (2004) recogieron distintas voces guaraníes a través de las que se expresan cosmovisiones relativas al trabajo: “*mba´e apohára che* (soy oficial); “*mba´eapo*” (día de trabajo); “*Nimba´eapohávi arete pype*” (no se trabaja en la fiesta); *Kane´o* (Cansancio); *Kane´ovo* (Paga o fruto del trabajo); *Che kane´o repy* (el precio o paga de mi trabajo); *Añemokane´o* (Cansarse trabajando); *nohepyveengi karai ore mboya kane´o* (trabajo pesado o trabajo sin paga).

¹¹⁰ En la obra se actualizan costumbres de la vida campesina como la toma de la caña y ruda del 1° de Agosto, entre otras. Si bien se trata de una costumbre que se ha extendido a grupos sociales urbanos, su origen es rural. Algunos trabajadores nos comentaron que la ruda es una planta que previene contra las malas ondas, la envidia ajena y la mala suerte. La toma de Agosto sirve para “espantar los males del invierno”. La creencia de los pueblos originarios era que en agosto se producían muchas muertes en la población y en el ganado por culpa del frío y las lluvias. Esta costumbre se encuentra muy extendida también en el litoral argentino, sobre todo en las provincias de Corrientes y Misiones.

Pero existe otra dimensión del trabajo en las obras que plantea tanto contrastes como continuidades con la vida rural. Nos referimos a aquello señalado por Thompson (1979) respecto de que en la producción agrícola familiar existe una demarcación menos tajante entre lo que puede considerarse “trabajo” y “vida”. Quisiéramos detenernos en esto.

“Vivir en la obra”

Un aspecto que sorprende a quien ingresa por primera vez a una obra se relaciona al particular uso del espacio que se hace allí. Como quisimos transmitir a través del prólogo, la obra es un espacio humano que es habitado de una forma característica e incomparable. Y decimos “habitado”, justamente, porque muchas veces los obreros viven allí.

Durante la primera etapa, todas las obras se parecen más a “ranchos” que a futuros edificios. Las primeras tareas en un predio consisten en el armado de las “cuchas” o “boliches”, como los obreros llaman a los cuartitos de fenólico que les servirán de resguardo durante los primeros meses de obra.

La obra es parecida a muchas de las obras que se construyen actualmente por el barrio de Caballito. Será un edificio de unos 8 pisos, con cuatro departamentos cada uno. La planta baja, como en general ocurre, está atestada de materiales (ladrillos, madera, bolsas de cal o cemento, tachos de 200 litros de ceresita, cajas de cerámicos, cascote, arena, etc.). Las cáscaras de naranja, botellas de plástico, restos de yerba y paquetes de galletitas están repartidos por todos los sectores, contrastando con la blancura del yeso recién colocado en las paredes. Subo los pisos buscando al capataz y me voy asomando en los futuros departamentos. Los obreros ya han trasladado las “cuchas” a los departamentos que aún están a medias, hay varios colchones tirados en el piso y algunas mantas. El radiograbador sigue encendido, conectado mediante empalmes de cables recortado, gritando polkas gracias al alambre que hace las veces de antena. También hay algunas revistas y diarios. La ropa y el calzado cuelgan de percheros improvisados con tres maderas. También están la cacerola, la garrafita, la pava y el mate. Los paraguayos de esta obra comparten su lugar de trabajo con dos plomeros argentinos y con un electricista boliviano, pero éstos últimos no duermen en la obra. Ya desde el primer día, cuando me presenté, me sentí a gusto entre la gente que ahí trabajaba. Detentan cierto ánimo “lúdico” mientras trabajan, y eso parece hacer más fáciles las cosas para ellos. Es gente simpática y alegre y parecen divertirse mientras trabajan. Nota de campo sobre la obra de Pumacahua 2008.

Incluimos esta nota de campo con la finalidad de transmitir al lector ciertas impresiones respecto de esta doble naturaleza de las obras: por un lado, *futura mercancía* y, en tanto tal, signo de status (o “jeroglífico social”, como dijera Marx) que albergará a quien pueda comprarla y, por otro lado, *lugar de vida y trabajo presente* de los trabajadores que la construyen, pero que nunca podrán habitarla una vez convertida en mercancía.

Destacaremos ahora en una dimensión del proyecto migratorio/laboral de los trabajadores. Muchas veces, el hecho de “dormir en la obra” les permite ahorrar gastos vinculados a traslados y a hospedajes. Como contraparte, esto resulta posible a partir de que algunos contratistas y empresarios suelen demandarlo, ya que a su vez ellos se ahorran costos de contratación de “serenos”, al mismo tiempo que *garantizan la subordinación absoluta de los trabajadores al proceso de trabajo*.



Sillita para bebé y tender con ropa colgada.

Muchas veces las familias o parejas de los trabajadores paraguayos viven con ellos en la obra.

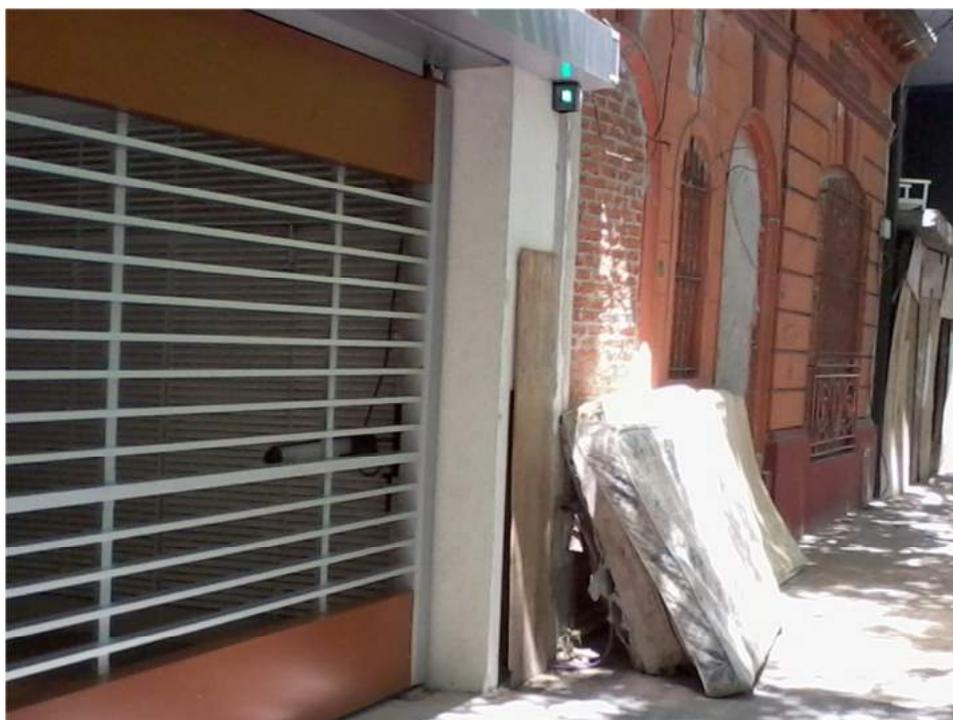
Esto se asocia al hecho de que el proceso de producción de un edificio suele demandar fuerza de trabajo “libre”, en el sentido de que es preferible que el trabajador no posea ataduras sociales de ningún tipo (que puedan dar lugar a licencias familiares o por estudios) y que, llegado el caso, ante la urgencia por terminar una tarea, le impidan responder a los requerimientos del trabajo. Lo anterior responde a ciertas características particulares de la

organización del proceso productivo en la construcción que hacen sumamente usual el hecho de que los trabajadores deban someterse a *extensiones habituales de la jornada de trabajo*, ya sea a causa de que no pueda cortarse el “llenado” de una losa de hormigón (puesto que el material se echa a perder si no se lo vuelca a tiempo), o porque un camión de hierro se retrasó y debe esperárselo para ingresar los materiales a la obra, entre otras posibles circunstancias. Por lo anterior, puede presumirse que un joven migrante recién llegado a Buenos Aires y que aún no posee obligaciones familiares ni compromisos a los que atender, estará en mejores condiciones de responder de forma efectiva a dichos requerimientos que un trabajador nativo de la misma edad.

Como vimos, la extensión de la jornada laboral permite ampliar la extracción de lo que Marx denominó “plusvalor absoluto”. En el relato de los jóvenes migrantes, estas situaciones de sobre-extensión de la jornada laboral suelen aparecer como “deseables”, en razón de cierta primacía del “fetichismo del salario” (Leite López, 2011) por la que la sobre-extensión de la jornada de trabajo es pensada como una “oportunidad de hacer más horas y ganar más dinero”. Está de más decir que, a los ojos del empleador, sin lugar a dudas esto resulta más rentable, dado que extender la jornada laboral de un mismo trabajador implica ahorrarse costos de contratación de un obrero adicional para cubrir el trabajo faltante.¹¹¹

En estas circunstancias, la ausencia de la esfera doméstica como ámbito de reproducción de la fuerza de trabajo es aprovechada por el empresariado para disponer de forma más eficaz de la capacidad laboral del trabajador migrante. Como mostrara Ribeiro (2006), el alojamiento de trabajadores en la obra instituye una extensión de la lógica empresarial al espacio de la vida privada, al organizar y subordinar de forma oculta los tiempos libres (o de reproducción de la fuerza de trabajo) de los trabajadores a la esfera productiva. ¿Y quién más acostumbrado a vivir y trabajar en el mismo espacio físico que un campesino? El empresariado sin duda aprovecha esta dimensión de la experiencia previa de los trabajadores.

¹¹¹ Resulta muy interesante comparar lo que sucede en las obras de Buenos Aires con lo que Gustavo Lins Ribeiro ha analizado respecto de la construcción de Brasilia. Entre otras cuestiones, el autor señaló la “ambigüedad jurídica” (Ribeiro, 2006: 71) que primaba en el tratamiento que se daba a los migrantes mientras duraban las obras y refirió a los modos de reclutamiento, selección y control llevados a cabo con el fin de organizar el flujo de trabajadores de acuerdo a las necesidades específicas del proceso productivo (jóvenes, con un promedio 23 años, sin familia y saludables), mostrando los problemas que surgían a partir de la escasez relativa de mujeres en la zona y la ausencia de la esfera doméstica como ámbito de reproducción social de la fuerza de trabajo. Analizó asimismo los campamentos donde se alojaban los trabajadores durante las obras, permitiéndonos ver cómo esta forma de vivienda se instituía en extensión de la lógica productiva, al organizar socialmente el espacio de forma tal de favorecer el control y la vigilancia, subordinando así los tiempos libres a la esfera de la producción. Un punto clave para nuestro análisis es su exposición de los modos a través de los cuales se incrementaba la explotación del trabajo, tanto por extensión de la jornada laboral como por intensificación del ritmo de trabajo (Del Águila, 2008).



Colchones se retiran de una obra en Palermo una vez finalizadas las tareas.

“La gente que vino de lugares más cercanos a Asunción no se dedicó a la construcción, sino a otros oficios como ser el de la tapicería o la zapatería... en las obras de acá, [...] (Los contratistas) le dicen a la gente que venga a trabajar, que les pagan quince pesos por día, en guaraníes, pero que les dan la comida y el alojamiento (en la obra). Después, les tiran unos colchones finitos como un papel y van al supermercado y les compran esos huesos, esos que la gente compra para los perros, lo que nadie quiere, y eso les dan” (Entrevista realizada al contratista paraguayo Benítez, Septiembre 2008).

Si bien es cierto que sólo un número reducido de trabajadores duerme en la obra, esto no quita importancia a lo dicho, dado que como nos fuera sugerido por varios trabajadores en distintas oportunidades:

“Uno pasa más tiempo acá que en la casa. En tu casa, a lo sumo, llegás, comés, te bañás y ya te vas a dormir, porque mañana tenés que estar arriba a las cuatro y media, cinco y ya venirte para la obra” (Entrevista a Rubén, obra de Acevedo, Julio de 2014).



Un trabajador toma una siesta durante el horario de almuerzo

Entonces “vivir en la obra” implica bastante más que dormir en ella. *Como ámbito laboral que es atravesado diariamente por los trabajadores*, presenta numerosos indicios de la falta de una división clara entre los espacios destinados a la producción y a la reproducción. De forma particular, se trata de un espacio laboral que en cierto modo “expresa” la subalternidad de sus trabajadores. Las condiciones generales de higiene en las que se desarrolla el trabajo diario (baños, cocinas, vestuarios y comedores armados de forma precaria) son un claro ejemplo de cómo la idea de obra “en proceso” coadyuva a legitimar la desinversión en este tipo de “comodidades”.

Si bien la ley de Higiene y Seguridad en el Trabajo, a través de su Decreto Reglamentario 911/96 enuncia la obligatoriedad de baños, vestuarios, comedores en cantidad suficiente y en buenas condiciones, a causa de la falta de control estatal estricto sobre esto, en la realidad suele primar situaciones de gran abandono. Algo similar suele suceder respecto del acceso a agua potable que, durante las primeras etapas de obra, suele verse imposibilitado. Los trabajadores, durante estas etapas, deben comprar bebidas en kioscos o supermercados cercanos. Huelga decir que la falta de inversión en todos estos aspectos sin duda representa un importante ahorro para el capitalista. El costo de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo es menor y esto ayuda a comprender la creciente inserción laboral de migrantes en el rubro. Sin duda es más factible que las carencias y la precariedad de estos espacios laborales sean mejor “toleradas” por trabajadores de origen rural, acostumbrados de antemano a las

carencias y la precariedad, que por trabajadores nativos acostumbrados a otro tipo de condiciones.¹¹²



Cama de obra utilizada por el sereno durante la noche.

En general, el sereno es un trabajador que pernocta en la obra hasta la hora de comenzar los trabajos, momento en el que vuelve a trabajar a la par del resto de los obreros.

A nuestra lectura de este proceso subyace un anclaje teórico en la noción marxista de subsunción del trabajo al capital.¹¹³ De acuerdo a Pagura (2008:3), la ampliación del proceso

¹¹² Existen distintos organismos encargados del control y verificación de las condiciones de higiene y seguridad en las obras. En la Ciudad de Buenos Aires, esto lo cumple la Dirección Nacional de Protección del Trabajo, dependiente del Ministerio de Trabajo. A nivel nacional, el organismo que vela por la defensa de las condiciones seguras de trabajo es la Superintendencia de Riesgos del Trabajo. Si bien es cierto que ambos organismos realizan fiscalizaciones, a modo de ejemplo, durante el proceso de construcción de un edificio de mediana envergadura que puede extenderse por un año y medio, tal vez la obra reciba dos visitas del ente fiscalizador. Si bien seguramente se realicen multas al empleador, estas multas ya son contabilizadas como parte de los costos ordinarios de un emprendimiento. Es decir, el sistema funciona de modo tal que sigue siendo preferible pagar la multa que invertir verdaderamente en mejorar las condiciones de trabajo.

¹¹³ Dado que un análisis en profundidad del concepto demandaría un esfuerzo que nuestro trabajo está lejos de agotar, destacaremos solamente sus características principales, que serán las que en definitiva nos servirán para analizar el proceso que nos convoca. En términos amplios, Marx entendió a la *subsunción formal* como el proceso a partir del cual el trabajo se convierte en el instrumento del proceso de valorización del capital. De esta

de subsunción real ha conducido de modo inexorable a profundizar algunas contradicciones en los espacios laborales. Así, en el contexto “posfordista”, algunos autores han hablado de una “crisis del trabajo abstracto”. Según lo explica Gorz,

La individualización de las remuneraciones, la transformación de los asalariados en contratados por tarea o en prestatarios independientes tienden a suprimir, con el salariado, el propio trabajo abstracto. A los prestatarios de trabajo ya no se los trata más como a miembros de una colectividad o de una profesión definidos por su estatuto público, sino como a proveedores particulares de prestaciones particulares bajo condiciones particulares. Ya no ofrecen *trabajo abstracto, trabajo en general, separable de su persona* que los califica como individuos sociales en general, útiles de manera general. Su estatuto ya no está más regido por el derecho del trabajo, gracias al cual la pertenencia del trabajador a la sociedad prevalecería sobre su pertenencia a la empresa (Gorz, 2003: 62-63).

En este contexto, crecientemente las empresas habrían comenzado a valorar la “fidelidad”, el “compromiso” y la “confianza” de los trabajadores, tanto o más que sus habilidades y cualificaciones concretas para realizar las tareas específicas. Como consecuencia, uno de los aspectos que más comenzará a ser valorado por las empresas contratistas en las obras, contradictoriamente, será el hecho que *el trabajo que ofrezca el trabajador sea cada vez menos abstracto y más acorde a los objetivos de la empresa*. Esto se traducirá, entre otras cuestiones, en el requisito de que el trabajador esté dispuesto a que el trabajo le demande cada vez más de su personalidad y pase a ocupar cada vez más espacios de su vida personal.¹¹⁴

forma, entendió a la subsunción como “la fuerza que convierte una cosa abstracta (capital), en concreta (trabajo), en base al apoderamiento de lo concreto (el trabajo vivo), que le es ajeno y que no reconoce” (Castillo Mendoza, 1991:4). En este sentido, lo que resulta subsumido (el trabajo), da concreción y realidad a la fuerza que lo subsume (el capital). Ahora bien, Marx distinguió entre dos “etapas” o momentos de la subsunción bajo el capitalismo. Por un lado, consideró a la subsunción “formal” como el proceso por el cual el trabajo que se realizaba bajo condiciones pre-capitalistas, comienza a ser organizado y dirigido por un capitalista, sin modificar sustancialmente el modo de producción, ni transformar en profundidad las relaciones sociales. En este momento, el plusvalor que extrae el capitalista se produce fundamentalmente en base a la prolongación de la jornada laboral (*plusvalor absoluto*). En un segundo momento, tendría lugar lo que llamé subsunción “real”, y que refiere a la subordinación del trabajo respecto al capital que se produce cuando los procedimientos, la maquinaria y la tecnología empleadas consiguen arrebatar al trabajador/a, la iniciativa en el proceso productivo, siendo desplazada por la dinámica de un sistema de máquinas y procedimientos que convierten en instrumento del funcionamiento maquínico, a la persona que trabaja (Castillo Mendoza, 1991). La subsunción real exige así, no sólo la subordinación al capital del trabajo dentro de la empresa, sino también de los trabajos y actividades efectuados en la totalidad de los espacios sociales, en particular, en el espacio privado del hogar familiar donde las mujeres garantizan, de forma invisible y obligatoria, la producción y reproducción del capital. En este sentido, la subsunción real implica la subordinación de la tecnología, la cultura, la subjetividad, la política y las relaciones sociales en su conjunto, al ciclo del capital. Marx llamó *plusvalor relativo* al obtenido a través de todos los mecanismos sociales que, tanto dentro como fuera de las empresas, hacen más productivo el trabajo humano y acaban produciendo una reducción en el coste de producción de la propia fuerza de trabajo (Castillo Mendoza, 1991). Para un análisis en profundidad de estos conceptos puede consultarse la revisión de los escritos de Marx que hace Dussel (1988) o Gaudemar (1991), entre otros.

¹¹⁴ Algunos autores han comenzado a hablar de “subsunción de la vida al capital” (Pagura, 2008), queriendo ante todo indicar la situación por la cual, en el tiempo que el capital demanda al conjunto de la personalidad del trabajador, se tornan cada vez más borrosos los límites que separan “tiempo de vida” y “tiempo de trabajo”. En este sentido, de acuerdo a Pagura (2008), siendo el objetivo último del capital la producción de plusvalía –y no la disminución del tiempo de trabajo socialmente necesario–, la tendencia actual es que dicha producción ya no se limite al espacio cerrado de la fábrica/oficina/taller/obra “sino que se extienda al conjunto de la vida social, abarcando los espacios tradicionalmente conceptuados como de ‘reproducción’ y ‘consumo’”. De esta forma, y

Ahora bien, *¿cuál es la relación entre la subsunción del trabajo al capital y la confianza y fidelidad que el proceso de producción comienza a demandar a los trabajadores de la construcción?* Parte de la respuesta a este interrogante fue abordada en el capítulo anterior. Vimos que los empresarios deslindan la responsabilidad de la contratación de la fuerza de trabajo en las redes que establecen capataces y encargados. Así, la confianza que el capataz logra desarrollar o no con sus trabajadores ya no será objeto de preocupación para el empresario. Es el capataz el que deberá asegurarse de que “su gente le responda”. En términos concretos, lo único que debe preocupar al capitalista es la confianza y la fidelidad de su capataz. En otras palabras, ha logrado depositar la responsabilidad del proceso de producción y de generación de confianza en un solo individuo. Será el capataz quien luego deberá arbitrar los medios para que los trabajos se realicen en tiempo y forma.

Por otro lado, vimos que para que la confianza sea una realidad palpable, quienes contratan trabajadores deben apelar a mecanismos “no formales” de reclutamiento. A partir de dicha apelación a las redes sociales, la confianza se sostiene y se garantiza en base a relaciones extra-capitalistas, no engendradas (ni pagadas) en el proceso productivo, sino preexistentes a éste en cierto sentido. Las redes sociales como mecanismo de abastecimiento de mano de obra confiable son sin duda un eje en torno al cual la industria de la construcción funciona del modo en que lo hace, garantizando una determinada tasa de ganancia.

precisamente cuando la totalidad de la vida social se hace potencialmente productora de plusvalía, “vida y trabajo se convierten prácticamente en sinónimos y se realiza en términos concretos la subsunción real de la vida al capital” (Pagura, 2008: 7).



Vestuario de obra.

La normativa laboral indica que se debe proveer a los trabajadores casilleros cerrados para que puedan guardar su ropa con adecuadas condiciones de higiene. Esto rara vez se cumple.

Pero surge otro interrogante: dado que las redes sociales no necesariamente equivalen a las adscripciones étnicas, *¿qué papel cumple la demarcación étnica en este proceso de generación de confianza y de subsunción del trabajo al capital?* La adscripción étnica es vivida como un hecho social total que, por ser compartida con otros, descansa en ciertos valores y principios considerados *colectivos*, que prescriben a las personas ciertas pautas de conducta. En el contexto productivo, dichas prescripciones se encuentran enlazadas al desarrollo socializado de las fuerzas productivas, es decir, a la cooperación que surge del encuentro cara a cara de trabajadores (de distintos orígenes) en una obra en construcción. Como comentamos, la tendencia actual del capital es la de colocar en el centro de la producción a un conjunto de facultades comunicativas y cooperativas que son inmediatamente sociales, y “que se desarrollan tanto ‘dentro’ como ‘fuera’ del espacio de trabajo” (Pagura, 2008:8). En este proceso, los valores y modos de ver que los sujetos comparten (en tanto vecinos del mismo barrio, paisanos del mismo pueblo, parientes de una misma familia y, luego, en tanto

compañeros de trabajo) son puestos en juego y aprovechados por la industria. *Resultan en una suerte de expresiones étnicas de la clase social*, en el marco específico del rubro ocupacional de la construcción. Es por ello que consideramos que ciertos aspectos de la adscripción étnica serán, desde este punto de vista, re-inventados e incorporados al proceso productivo como parte constitutiva de éste. Avancemos un poco más sobre esto.

¿Entre quiénes se produce? Cosas que se comparten y cosas que no

Un hecho muy interesante que nos tocó presenciar fue cuando en inmediaciones de la obra de las calles Arcos y Cuba (CABA) los trabajadores descubrieron un gran panal de abejas. Lo interesante de esto fue ver el surgimiento de un acalorado debate entre los obreros paraguayos respecto a cuál era el mejor modo de sacar la miel. Luego de discutir, uno de ellos prendió fuego a un papel de diario y lo colocó en la punta de un palo. Mientras el humo confundía a las abejas, fue sacando poco a poco manojos de miel que fueron compartidos y aprovechados con fruición. Si bien se trata sólo de una anécdota, es innegable que estos obreros poseían saberes previos relativos a este tipo de práctica que fueron puestos en juego en aquel momento.¹¹⁵

Una cuestión interesante se vincula al modo en que los trabajadores más antiguos ven a los “novatos”. Recordemos la referencia al trabajo de Elías (2003) sobre las relaciones de discriminación entre establecidos y forasteros. Por ejemplo, cuando le preguntamos a Lezcano sobre cómo veía a los jóvenes paraguayos que vienen a trabajar en las obras, nos respondió: “*son sapo de otro pozo*”, “*ni saben agarrar una pala*”, haciendo referencia a su origen rural. Afirmó que la mayoría de ellos se inserta en la construcción porque “*es el mercado más fácil de adaptarse*”, en relación a que tanto el trabajo del campo como el de la obra comparten el hecho ser “*trabajo duro*”. También nos confesó que se siente incómodo con los chicos nuevos, porque piensan que él “*es malo*” cuando los reta o los levanta en peso (Entrevista a Lezcano. Obra de Urquiza. 2008).

“Bueno, el paraguayo tiene a su favor que, así venga o provenga de...de campesinado porque, la mayoría es campesino...o somos..., que aprendemos rápidamente todo tipo de actividades...nos insertamos en cualquiera de los rubros, sobre todo manuales...la construcción, sobre todo, no? Son muy pocos los que vienen con...con un oficio...salvo que

¹¹⁵ Padawer (2014) ha documentado etnográficamente los saberes vinculados a la extracción de miel entre grupos de niños mbya-guaraníes. Si bien no puede trasponerse al caso analizado por nosotros, es interesante destacar que su análisis da cuenta de conocimientos muy específicos sobre esta práctica.

sea un oficio que se transmitieron de generación en generación, como el caso del calzado por ejemplo” (Entrevista a Cándido, realizada fuera de la obra. Febrero de 2011)



Escrituras en las paredes de la obra de calle Beruti.

Se muestra una víbora (“Mboi”) que quiere comerse a una liebre (“Tapiti”). Se trata de una broma entre los trabajadores, dado que “Tapiti” y “Mboi” son apodos de dos de los trabajadores.

Fueron varios los trabajadores que establecieron diferencias entre los paraguayos llegados de Asunción y los provenientes del sector rural. En general, lo que se señaló es que los provenientes de la capital del país no se terminaron insertando en la construcción sino, por el contrario, en otros oficios como la tapicería o la industria del calzado. Esto parece vincularse a experiencias laborales previas que, justamente, hablan de tradiciones de trabajo en la industria manufacturera para aquellos provenientes de Asunción a diferencia de la marcada inserción en tareas agrícolas entre el resto.

“Ponciano”

Es de Caazapá y tiene 37 años. Nos comentó que allá trabaja en el campo produciendo maíz y algodón. Pero dijo que con el algodón, que era con lo que más plata hacía, “sólo veía plata una vez cada seis meses... y eso no alcanza”. Hasta hace dos años, trabajaba arando con los bueyes, sembrando. Ahora está de ayudante, carga ladrillos. Tiene 4 hijos, el más grande de

6 años. Trabajaba en un campo que era de su familia. La hermana mayor había venido antes, entonces como primera estrategia del núcleo doméstico se eligió que venga la hermana mayor y que él continuara trabajando el campo y cuidando a sus padres. Cuando esto no alcanzó para sostener el núcleo doméstico, él vendió el campo familiar y se fue a Quilmes, a lo del hermano. Estuvo ahí 7 meses y después se fue a Olimpo, y ahora volvió a Quilmes. Una vez que se pudo establecer vino su señora y los nenes. Están todos acá ahora, nos cuenta. Él se había casado ya en Paraguay. Dice que está contento, que ya no va a volver: “me queda quedarme acá para siempre”, dijo, haciendo referencia a que ya vendió el campo en Paraguay. Dice que está mejor acá. Al principio de llegado, mandaba plata para el padre, que estaba enfermo. Pero ahora hace un año y medio que éste murió.

Cuando le pregunté cómo se llevaba con el resto de los obreros me respondió: “son como hermanos”... “como si fuéramos hermanos”. Él se probó para jugar al fútbol en Caazapá. Dice que antes no era como es ahora, antes si alguien te veía y te salía de garantía ya podías jugar... te probaban en algún equipo importante. Dice que no le costó aprender a trabajar en la construcción. Sin embargo, todavía continúa como ayudante. Dice que sólo le queda su sobrino allá que es policía, que él ya le dijo que se venga, que puede trabajar, pero que él prefiere quedarse. Tiene 23 años el sobrino. Dice que extraña mucho, que le dan ganas de volver, que tenía muchísimos amigos.

Lo que pude notar mientras conversaba con Ponciano es que le costaba bastante expresar ideas en castellano, no le salían con facilidad. Claramente su comunicación habitual se realiza en guaraní. El castellano para él son palabras cortas, las usa de forma salpicada... su discurso general es guaraní. (Nota de campo sobre conversación sostenida con Ponciano, Obra de Moldes, Agosto de 2011)

La historia de Ponciano también nos permite ver una estrategia del núcleo doméstico para garantizar la subsistencia. Uno a uno, los hermanos van dejando el hogar paterno aunque siempre de forma tal de continuar garantizando el sostén del mismo. Esto queda claro cuando Ponciano nos explica que, con el trabajo agrícola, sólo accedían a dinero en efectivo cada seis meses. El caso de Ponciano es sumamente interesante, dado que recién emigra a los 37 años, a una edad relativamente avanzada y sin ningún tipo de experiencia laboral previa distinta a la agrícola. Al mismo tiempo, y frente a la pregunta de entre quiénes se produce, Ponciano nos muestra cómo el día a día en la obra es percibido como un trabajo “entre hermanos”. De esta forma, el trabajo en las obras para él es vivido como un hecho social compartido que le permite extender las identificaciones de parentesco a sujetos no alcanzados en términos reales

por éste.



Cooperación:

Tres trabajadores carpinteros (cascos celestes) ayudan a un ascensorista (casco azul) a hacer fuerza para sostener un motor en una roldana.

En términos comparativos, y ante la pregunta de *¿entre quiénes se produce?*, aparece así una doble cuestión. Por un lado, se trabaja “entre hermanos” cuando todos los que trabajan en la obra son paraguayos. Al igual que lo señalado por Nash (2008) para el caso de los mineros de Oruro, aquí la “hermandad” puede interpretarse en términos de “lazos de solidaridad”.

“El paraguayo mantiene su propio grupo de identidad... su círculo, donde hace su fiesta, su cumpleaños, su familia... pero independientemente del tema... no tiene muchos problemas en integrarse socialmente, laboralmente... pero no se transforma el paraguayo... no deja de ser paraguayo... no deja, en realidad... yo lo que le puedo decir es... en los 37 años que estoy... y varios amigos inclusive... que... vinieron a los 20 años como mucho... que le ha ido bien en la vida... a nivel profesional... a nivel comercial... a nivel... todo eso... y llegó la oportunidad para decir... que podía despegarse de esa base.. de su gente, no? Pero aparte tiene la posibilidad... tiene otras mejores oportunidades.. y llega un momento en que.. dice: “no” Pega la vuelta y dice... esto es donde yo me siento mejor... a pesar de que todo tiene su ventaja... de que sea un profesional... que sea un hombre... por ahí... económicamente muy

pudiviente... o intelectualmente... todo eso creo... pero ese ámbito... no lo puede perder... eso es una forma” (Entrevista a “Gómez”. Miembro de una organización social paraguaya. Marzo de 2011)

Las palabras de “Gómez” nos muestran cómo se vive lo compartido. Se representa como un “círculo” al interior del que se comparte y se celebra. En base a esto, puede pensarse que cuando la cuadrilla de trabajo comparte la adscripción nacional, ésta puede actualizarse, en algunos casos, en sustentadora de una mirada cercana al parentesco en las relaciones de producción. Entonces, si bien lo étnico no puede equipararse a lo nacional (como sugiriera Vargas, 2005), es cierto que en determinados contextos parecen coincidir. En el séptimo capítulo enfocaremos con mayor detalle en estas cuestiones. Como veremos, *la nacionalidad aparecerá en estos casos como condición necesaria pero no suficiente de la adscripción étnica (y la confianza a la que ésta da lugar)*.

Ahora bien, en muchas obras también se produce “*a la par de otros*”, cuando los paraguayos comparten el espacio laboral con argentinos, bolivianos o peruanos. En estos casos, las solidaridades trascienden claramente lo nacional. Sin embargo, en estas obras donde la presencia de paraguayos no resulta exclusiva, la cooperación parece limitarse al espacio laboral y rara vez lo trasciende posibilitando, por ejemplo, encuentros por fuera de éste por motivos ajenos al trabajo.

Analicemos con más detalle estas cuestiones. Retomando a Panaia (1990: 139), la industria de la construcción se caracteriza por exigir un margen de *autonomía relativamente alto* por parte de los trabajadores para que el proceso de trabajo en grupo se integre y pueda funcionar como un equipo que economiza en términos de la tarea grupal. De acuerdo a la autora, este principio de autonomía resulta indispensable a este tipo de “producción variable”, y:

Se contraponen a la economía de control de tiempos que exige una detallada prescripción en el puesto, la tarea, el gasto y sobre todo la ejecución. Aquí el rendimiento del equipo depende del funcionamiento global y no de una suma de rendimientos individuales. De allí que el saber obrero valorado en el mercado no dependa solamente de sus conocimientos prácticos y técnicos, sino de su capacidad de integración grupal (Panaia, 1990: 139).

Esta particularidad que adquiere el trabajo en el sector permite en parte explicar la importancia que adquiere la formación de “cuadrillas de trabajo” en la industria, y el motivo por el cual generalmente se busca desde los mandos superiores organizar el trabajo alrededor de patrones basados en *la confianza* (que, como vimos, suele a su vez apoyarse en el parentesco, la vecindad o el paisanaje entre los trabajadores). Panaia señala que este modelo

de organización del trabajo (en “cuadrillas”) resulta característico en la construcción. De acuerdo a la autora, esto explica que allí adquieran gran relevancia las nociones de *trabajador colectivo* y de *calificación colectiva*, más allá de la calificación individual de cada uno de los componentes del grupo (Troussier, 1984 cit. en Panaia, 1990: 139).



Ayudante acarrea ladrillos y comienza el “pasa mano”.

Cuando los materiales a descargar son muchos, suele emplearse esta técnica por la cual los obreros se disponen en fila y van pasando los ladrillos de mano en mano hacia el interior de la obra.

Nos enfrentamos así a la necesidad de distinguir conceptualmente entre dos cuestiones. En coincidencia con lo retratado por Nash (2008), en las obras la "cultura de clase" se expresa en el esfuerzo individual, la competencia y, como señaláramos, el propósito del mantenimiento de los familiares. Por el contrario, la "solidaridad de clase" hablaría más de la cooperación que los sujetos desarrollan a partir de una “aceptación resignada” de sus condiciones de trabajo y del fuerte sentido de la explotación que experimentan como grupo.¹¹⁶

¹¹⁶ La autora describe las conexiones entre la "conciencia de clase" en el espacio doméstico y la "solidaridad de clase" en el lugar de trabajo. Reconstruye así la “manera en la que una serie de instancias, como la vivienda en campamentos, los partidos de fútbol, la radio como unificadora cultural y las obligaciones materiales recíprocas, contribuyen tanto a reforzar la sensación de dependencia de los mineros respecto de la compañía, como a fortalecer el sentido de comunidad a partir de ser víctimas de una experiencia compartida” (Assusa, 2013:3).

Así, los trabajadores de distintos orígenes nacionales pueden compartir una “solidaridad de clase” en el marco ocupacional específico de las obras y la construcción sin compartir otro tipo de identificaciones que trasciendan el día a día en el espacio de trabajo.

Estas cuestiones serán centrales en los capítulos posteriores y, poco a poco iremos llegando a ellas. Por ahora, comencemos por enfocar en uno de los aspectos que más participa de la demarcación en las obras: *el idioma*.

El guaraní como índice de subalternidad

Como puede imaginarse, el hecho de que alguien hable castellano en una obra del AMBA no indica a priori si esta persona es un ingeniero, un inversor, un capataz o un obrero. Así, dejando momentáneamente de lado sus variantes sociolingüísticas, el castellano como idioma no puede asociarse a ningún grupo específico en términos de clase, etnicidad o jerarquía. Por supuesto, no hace falta decir que no sucede lo mismo con las lenguas no oficiales o, mejor dicho, con las lenguas “no hegemónicas”. Así, el guaraní es básicamente una *marca de subalternidad* de sus hablantes. Sin embargo, no es simplemente una marca más. El guaraní no sólo expresa el estigma que recae sobre los que lo hablan sino que *constituye, en sí mismo, el estigma* y, en este sentido, no puede ser separado de la persona que lo utiliza. Es por esto que no resultará posible para sus hablantes *des-marcarse*, más allá de los procesos de movilidad ascendente que puedan experimentar o del rol que ocupen en el proceso productivo.

“Después sería la forma de comunicación, digamos... hoy los paraguayos jóvenes que vienen son todos del interior, la mayoría habla solamente guaraní... hablan el castellano... entienden, pero no lo pueden, no lo pueden hablar... entienden todo, sabés cómo te das cuenta? Porque hablás en castellano, te dicen “sí”, “no”, “está”... ahora, lo escuchás hablar en guaraní, y es una máquina de tirar letras... se mandan... y yo creo que eso es, un poquito, una contención, pero es temporario eso... dos o tres meses, se adaptan, es como que tomás confianza y... te digo, en 4 meses, es más porteño que vos... jejej te digo eso de la “ll” y la “y”... jeje... ahí nomás te madan... seguro... porque, para mí el paraguayo... digamos... es un tipo que está preparado, se adapta, se mimetiza... es increíble la capacidad de adaptación que tiene... en cualquier parte del mundo te digo” (Entrevista a Sinforiano. Febrero de 2011)

¿Cómo participa el idioma en los procesos de demarcación al interior de la construcción?

Nuestro interés por analizar el uso de la lengua en el lugar de trabajo se vincula al hecho de

que, muchas veces, éste “expresa” algunas contradicciones propias del proceso de producción al tiempo que se constituye en “evidencia” para los nativos del origen rural de los paraguayos. Buscaremos captar entonces el modo en que se ponen en juego las identidades a partir de la presencia y el uso de una lengua “minoritaria¹¹⁷”, así como mostrar que su manipulación resulta, en algunos casos, funcional al proceso de producción capitalista.

“Nosotros no tenemos una discriminación racial porque somos criollos de la misma forma, somos criollos mezcla de europeos, salvo que el paraguayo empiece a hablar, es difícil que te des cuenta que es paraguayo” (Entrevista a Arsenio, periodista paraguayo, Febrero 2011).

El trabajo de campo realizado reveló que, en la mayor parte de los casos, los trabajadores provenientes de Paraguay manejan el castellano y el guaraní, aunque en distintos grados, de acuerdo al individuo del que se trate y su procedencia. Sin embargo, esto no significa que puedan ser considerados “bilingües”:

El mito del bilingüismo [paraguayo] está estrechamente relacionado con los mitos nacionales de origen que explotan la idea de la alianza hispano-guaraní y del mestizaje idílico. De esta manera, el encuentro y la unión física de dos ‘razas’ representadas por sus dos respectivas lenguas resultaría en el surgimiento de una población no sólo mestiza sino también bilingüe (Makaran, 2014:185)

Como señala la autora, el bilingüismo paraguayo puede ser considerado sencillamente un mito. El Censo de la Población y Vivienda Paraguayo de 2002 indicaba que la población monolingüe en guaraní era de 28.8%; la monolingüe en castellano, 10%; la bilingüe, 52.6% y los hablantes de otras lenguas, 8.6% (del cual, 3% lo constituía el portugués). Siguiendo a Makaran (2014), un cálculo superficial sobre estos datos arroja que más de la mitad de los paraguayos es bilingüe, casi 82% habla guaraní y 63% sabe castellano. En este sentido, el bilingüismo paraguayo, con una leve predominancia del guaraní, sería un hecho

¹¹⁷ En sentido estricto, y tomando como universo de análisis a la obra en construcción como “tipo ideal”, en muchos casos, el guaraní bien podría ser considerado como lengua “mayoritaria”, ya que no es raro hallar una mayoría de “guaraní parlantes” frente a una minoría de “no – guaraní parlantes”. Sin embargo, entendemos que la oposición mayoritaria/minoritaria no responde (a pesar de lo que llevan a pensar tales designaciones) a cuestiones numéricas. Presentar al guaraní como lengua mayoritaria contribuiría a encubrir aún más las relaciones de poder que se establecen entre los usuarios de una o u otra lengua y el sistema de producción. Consideramos que lo anterior merece ser señalado, ya que el hecho de que ésta lengua, numéricamente mayoritaria, sea interpretada como una lengua socialmente minoritaria nos informa tanto acerca de la estructuración de la división del trabajo al interior de la industria como de la valoración que se hace del trabajo de unos (ingenieros, arquitectos, técnicos, organismos de control) y otros (obreros, migrantes). Es así entonces que, tal y como fuera señalado por otros autores, por *lengua minoritaria* entenderemos aquí a aquella que “se caracteriza por su minusvaloración, desigualdad y asimetría social por carecer de los derechos que poseen la/s otra/s lengua/s denominadas oficiales o hegemónicas en cuanto están reconocidas por el Estado para la comunicación habitual y legal de la vida ciudadana” (Hecht, 2009; Messineo, 2000; Sichra y López, 2003 citados en Hecht, 2011).

estadísticamente comprobado. A pesar de ello, como sugiere la autora, un análisis más profundo de los censos evidencia fuertes desproporciones lingüísticas entre el campo y la ciudad: *“mientras que el 50% de la población rural es monolingüe guaraní y los monolingües en castellano (3%) son incluso menos que los luso-hablantes (3.4%); entre la población urbana el monolingüismo en castellano alcanza 15% frente al 13% guaraní”* (Makaran, 2014:194).

Como puede verse, el concepto del “bilingüismo paraguayo” más que revelar, esconde la verdadera relación entre las dos lenguas, sugiriendo una co-existencia armónica y un manejo simultáneo hispano-guaraní por todos los habitantes del país. En realidad, esto se manifiesta de forma divergente de acuerdo a la procedencia de los sujetos. Como señala la autora, *“la mayoría de los paraguayos declara como su lengua materna/dominante el guaraní y sus capacidades lingüísticas en castellano varían desde satisfactorias hasta completamente pasivas”* (Makaran, 2014:202).

“Dentro de eso hay una diferencia... entre cualquier otro migrante de la Argentina, con el paraguayo, en qué sentido... cuando el migrante paraguayo vino a la Argentina, hace cuarenta, cincuenta años atrás... se mimetizó con el argentino, no quiso demostrar que era paraguayo porque era discriminado cuando decía que era de Paraguay... entonces ocultaba su nacionalidad, su propia identidad...entonces, trataba de parecerse al porteño lo más posible... entonces, hay mucha gente que no se involucra con la colectividad para que no lo relacionen con los paraguayos directamente...para no ser discriminado... entonces, por eso sus hijos no aprendieron tampoco el idioma...porque ya venía trayendo eso de arrastre desde la finalización de la guerra del 70, que era la Triple Alianza...Argentina, Brasil, Uruguay...Paraguay...como que el guaraní es lo feo, lo malo, había que borrar esa cultura... y el paraguayo se lo creyó. Porque le metieron un estudio de orientación occidental... para cambiarle totalmente su identidad... que es lo que le hace fuerte, digamos, al paraguayo, su identidad, su cultura... su idioma. Entonces, al borrar eso... el Paraguay era fácil de dominar. Y eso, el paraguayo que vino, después... mucho tiempo después, a partir de la revolución del 47... donde ves la paraguayidad intelectual... el escritor, el poeta, el músico...ese conserva... porque ese tenía la mente abierta, y ese es el que lucha contra esas cosas...a través de la música, a través de la poesía... a través de ir creando organizaciones... mientras que el otro, el paraguayo “común” que venía, se ocultaba de todo eso... y si iba a esas organizaciones iba nada más que para escuchar un poco de música, comer la comidas típicas... y desaparecer nuevamente. Pero ya en su trabajo, en su ambiente... pero ya en su interactuar con el argentino, no. Es más, cuando iba en el tren no hablaban jamás como

ahora... ahora, todo el paraguayo que viene, vos en los trenes, en cualquier esquina vos lo escuchás hablar en guaraní, pero tranquilamente, sin ningún problema... sin...hasta con desparpajo, digamos” (Entrevista a “Diosnel”. Profesor de guaraní y miembro de una organización social de José C. Paz. Enero de 2011)

Como puede verse, entre los paraguayos el tema del idioma es pensado como central. Ahora bien, regresando a las obras y más allá de que pueda o no considerarse bilingües a los trabajadores paraguayos que allí se desempeñan, resulta evidente el hecho de que las dos lenguas no se utilizan de igual manera, sino que por el contrario, “parecen tener usos en diferentes eventos y situaciones comunicativas cotidianas” (Hecht, 2011:46). Una primera distinción a efectuar entonces tiene que ver con que el guaraní aparece en situaciones en las cuales el *Otro* (nativo, no guaraní parlante y a veces, superior en la jerarquía laboral) está momentáneamente ausente. En este sentido, la utilización del guaraní parece cumplir algún rol, al menos en principio, en la demarcación del *Otro* como tal, en el sentido de que no es posible comunicarse ni “socializar” con éste a través de dicha lengua. Por el contrario, el guaraní es utilizado de forma fluida por los trabajadores que sí lo comprenden. De esto puede desprenderse sencillamente que el guaraní sirve para comunicarse con *algunas personas y no con otras*. A partir de esto, puede decirse que la utilización de dicho idioma no implica simplemente una forma de comunicación “alternativa” al castellano, por la que en principio se podría optar, sino que su uso también nos informa acerca de la materialización de un proceso simbólico de construcción-interpretación de diferencias entre las personas.



Trabajador paraguayo hace un recreo para tomar tereré

A partir de lo anterior, es posible destacar como una primera dimensión del uso de la lengua de origen, aquella por la cual ésta parece contribuir al proceso de demarcación que distingue entre quienes “son guaraní parlantes” y forman parte de un grupo, y aquellos que “no lo son” y, por tanto, no forman parte de él.¹¹⁸

Como fuera mostrado para otros contextos, el uso de la lengua materna o de origen suele vincularse fuertemente a la transmisión de “contenidos culturales, saberes, valores, hábitos, actitudes, normas y costumbres” de generación en generación (Hecht, 2011:47), no solamente al interior de un núcleo familiar sino también dentro de lo que podría considerarse un pequeño “grupo etno-laboral” (Del Águila, 2014b)

¹¹⁸ Optamos por definir como “guaraní parlantes” a los trabajadores que utilizan dicha lengua, en lugar de hablar de ellos simplemente como “paraguayos”, ante la evidencia de algunos trabajadores que, o bien por ser nativos de algunas provincias del NE argentino, o bien por ser argentinos hijos de guaraní parlantes, manejan con fluidez el guaraní. Otro de los motivos tiene que ver con el hecho de que no todo paraguayo habla guaraní con fluidez. En consonancia con lo señalado por las fuentes censales, hemos conocido casos de personas provenientes de ese país que no son capaces de expresar más que unas pocas ideas en dicha lengua. Sin embargo, este último caso es sumamente raro en la industria de la construcción. Prácticamente todo paraguayo que se desempeña como obrero de la construcción comprende y utiliza ampliamente el guaraní. Esto parece relacionarse en gran medida con la fuerte adscripción y procedencia rural de la mayor parte de los obreros. Aquellos otros casos a los que nos referimos se relacionan más a paraguayos provenientes de Asunción, capital del país, y que en general han tenido educación formal terciaria o universitaria. Éstos últimos no suelen desempeñarse en la construcción. Aunque en ambos casos se trata de personas oriundas del Paraguay, estaríamos entonces ante dos sujetos sociales distintos en función de su adscripción rural o urbana en origen.



Dos trabajadores paraguayos almuerzan en la obra

En este sentido, gran parte de lo que un trabajador rural aprende sobre el oficio de construir, le es transmitido por otros compatriotas con (mayor) experiencia en el rubro. Nos referimos, por ejemplo, a ciertas propiedades de los materiales de trabajo, formas de realizar tareas de relativa complejidad, etcétera. En general, el trabajo de campo reveló que una parte importante de este proceso de “socialización en el oficio” se realiza en guaraní. Siguiendo a Hecht:

El lenguaje puede ser examinado tanto como un medio para convertirse en un miembro competente de la comunidad, como una herramienta a través de la cual un niño o un novato – en el caso de los individuos mayores – adquieren durante su vida conocimientos y prácticas de alguien con más experiencia (Hecht, 2011:48).

“Tenemos una generación muy cercana a la nuestra... esto de que no hay que perder la identidad en un país, esté donde esté, no hay que perder... (...) a ver... el habla guaraní, por ejemplo... lo van perdiendo automáticamente al nacer acá (se refiere a los hijos de paraguayos) va perdiendo esa costumbre... y le parece un poco todavía como si quisiera dejar de lado... las personas de nuestra edad, tenemos que tratar de ver... de algún modo... que no se pierda esa costumbre” (Entrevista a Gualberto, colectivo paraguayo, Febrero 2011).

En el relato de Gualberto, se deja entrever cierta preocupación respecto del creciente “abandono” del guaraní por parte de los hijos de migrantes nacidos en la Argentina. A pesar de ello, surgen miradas distintas sobre la conveniencia de mantener viva la comunicación en

el idioma de origen. Si bien algunos trabajadores son conscientes de que a través del guaraní se transmiten cuestiones vinculadas a la cultura y la identidad y que, por lo tanto, su desaparición en el contexto migratorio redundaría en un empobrecimiento cultural, otros destacan cuestiones bien distintas en relación al mismo proceso:

“O sea, acá, yo estoy bien... por eso yo le decía a muchos de mis paisanos... muchachos, hablemos en castellano... yo me acuerdo les decía... porque a nosotros en casa papá, cuando estaba papá no se tenía que hablar en guaraní... castellano, todo castellano... y acá hay paisanos que vienen y no te saben decir hola en castellano... claro, me entendés... no serán la culpa, no tendrán la culpa del todo... en parte sí... vienen y no te saben decir hola... me entendés... y eso a mí me da bronca” (Entrevista a Esquivel quien, recordemos, nació y se crio en Asunción. Obra Martín García. Enero 2008).

“Pero en este momento todavía es una colectividad muy cerrada...debe ser, entre los israelitas y los paraguayos...están ahí, es una colectividad muy cerrada...qué se yo...domingo, siempre están en el mismo lugar, jugando al fútbol, al vóley, no se van, están ahí...sí...en mi caso familiar, tengo una tía que es de capital, y me dice: “nuestra gente no van a mejorar, porque se juntan otra vez entre ellos” es como que no crecen para mejorar, en el sentido de que para hablar mejor, los paraguayos que hablan el guaraní...se juntan...porque es más fácil comunicarse entre sí...son más cerrados” (Entrevista a Blanca. Miembro de una organización social paraguaya de Berazategui. 2011)

Estas segundas reflexiones dejan entrever cómo el guaraní también puede ser pensado como un obstáculo para la comunicación, en el sentido de constituir una distancia que se establece entre los migrantes y los nativos (en algunos casos, empleadores). Resulta interesante ver cómo desde temprana edad, ya en el seno del núcleo doméstico, el uso del guaraní adquiere valoraciones distintivas, en muchos casos vinculadas al futuro desarrollo profesional de los niños en la vida adulta. En relación a esto, y como señala Novaro,

Distintas investigaciones muestran cómo se registra en muchos migrantes una tendencia a asociar el quechua [en nuestro caso, bien podría ser el guaraní] al pasado, el campo y la pobreza, mientras que el español representa posibilidades de ascenso social, formación sistemática y progreso (Novaro, 2011: 189)

Veamos ahora cómo ha sido interpretado el uso del guaraní en los espacios laborales.

“El tema del idioma es que, nosotros los paraguayos, hablamos mal el castellano porque pensamos en guaraní... por ahí por eso a veces no se le entiende al paraguayo lo que habla”

(Notas de campo a partir de una conversación informal sostenida con Cándido, capataz paraguayo de una obra. Julio, 2012).

Tal como lo explica Cándido, el “problema” de la *comprensión* mutua entre los hablantes de guaraní y los nativos de una obra, suele ser un asunto al que los actores otorgan cierta importancia. Sus palabras revelan que, en general, se ha aceptado que los paraguayos “hablan mal”. Como fuera sugerido para otros contextos, puede pensarse que los nativos de una obra tienen un discurso ambiguo con respecto a cómo conciben las identificaciones étnicas de los obreros paraguayos “pasando, a veces alternativa y a veces conjuntamente, por la curiosidad folklórica, la negación e inclusive la connotación negativa” (García Palacios y Borton, citados en Hecht, 2011: 55).

“El idioma es un pequeño, un pequeño inconveniente, grave inconveniente... porque el ciudadano paraguayo, la manera de comunicarse es netamente en guaraní, en un porcentaje altísimo... y más todavía si viene del campo... entonces, integrarse prontamente a esta gran ciudad le resulta difícil... el idioma, las características de vida muy diferentes...para él...en ese sentido” (Entrevista a Miguel, trabajador de la construcción y miembro de una organización social paraguaya de Quilmes, Febrero 2011).



Un obrero argentino y un obrero paraguayo trabajan a la par

“En el caso de...los hombres, sobre todo con el habla...como la mayoría viene del campo, son discriminados por su lengua, por su idioma...eran maltratados porque no sabían hablar el castellano...y se dieron casos, por ejemplo, en el trabajo, en que eran maltratados verbalmente... por no entender, supuestamente, y por eso eran “bruto”, “burro” o lo que sea...(...) Dentro de eso hay una diferencia... entre cualquier otro migrante de la Argentina, con el paraguayo, en qué sentido... cuando el migrante paraguayo vino a la Argentina, hace cuarenta, cincuenta años atrás... se mimetizó con el argentino, no quiso demostrar que era paraguayo porque era discriminado cuando decía que era de Paraguay...entonces ocultaba su nacionalidad, su propia identidad...entonces, trataba de parecerse al porteño lo más posible... entonces, hay mucha gente que no se involucra con la colectividad para que no lo relacionen con los paraguayos directamente” (Entrevista a Herminio, quien se desempeñó varios años como trabajador de la construcción. Es fundador de una asociación cultural paraguaya en el partido de San Martín, Marzo 2011).

Las palabras de nuestros interlocutores permiten ver que la estigmatización experimentada por los trabajadores paraguayos en el AMBA se ha expresado en una valoración peyorativa sobre el guaraní. Sin embargo, algunos puntos de vista dejan ya entrever otro rol que estará llamado a cumplir dicho idioma en las obras. Así, en el último capítulo, veremos cómo el guaraní también será actualizado como herramienta de resistencia por parte de los obreros paraguayos. Veamos ahora otros procesos de demarcación que tienen lugar al interior de la industria de la construcción del AMBA.

Capítulo sexto

“El que no se la banca, mejor que se dedique a otra cosa”

Masculinidad obrera y representaciones sobre el riesgo laboral entre los trabajadores de la construcción del AMBA

*“Subió a la construcción como si fuese máquina.
Alzó en el balcón cuatro paredes sólidas.
Ladrillo por ladrillo en un diseño mágico.
Sus ojos embotados de cemento y lágrimas
(...)
Y tropezó en el cielo cual doliente música.
Y flotó por el aire cual si fuese sábado.
Y terminó en el suelo como un bulto tímido.
Y agonizó en el medio del paseo público”*

CHICO BUARQUE

Introducción

Luego de haber presentado algunas de las formas a través de las cuales la adscripción étnica, la nacionalidad y la clase confluyen y se complejizan en las obras del AMBA, nos interesará ahora analizar algunas dimensiones adicionales de estos mismos procesos. Dado que las obras en construcción representan actualmente los espacios laborales que verifican la mayor incidencia de accidentes de trabajo en nuestro país (y particularmente en el AMBA), el propósito de este capítulo será el de analizar el problema de la alta siniestralidad laboral que caracteriza al sector desde categorías propias de la antropología.¹¹⁹

Partiremos aquí de considerar que las nociones de riesgo emanadas de instituciones y organismos de salud pública dan cuenta de un “saber experto” que contrasta sensiblemente con las representaciones que el conjunto de los obreros construye a través de su experiencia cotidiana. Postularemos así que los discursos y prácticas que los trabajadores sostienen respecto a los riesgos que entraña el trabajo en las obras se encuentran anclados a

¹¹⁹ De acuerdo a la Superintendencia de Riesgos de Trabajo (SRT), el año 2013 muestra a la construcción como el sector con mayor incidencia en accidentes (135,1 accidentados cada mil trabajadores), el que presenta la mayor incidencia en muertes (273,3 por millón de trabajadores) al tiempo que es uno de los sectores con menor número de accidentes notificados a las Aseguradoras (62.780 frente a, por ejemplo, 144.629 en la industria manufacturera). Durante 2013, se registraron 113 trabajadores fallecidos a causa de accidentes de trabajo en la construcción, la mayor parte de ellos en obras del AMBA. Fuente: www.srt.gov.ar. A modo de ejemplo, se citan dos noticias periodísticas en ANEXO V

representaciones más amplias sobre la masculinidad y la clase, dando por resultado construcciones que resultan sumamente funcionales al proceso productivo.¹²⁰

Veremos que, en este sentido, no puede afirmarse con certeza la existencia de representaciones sobre el riesgo que distingan a los trabajadores rurales paraguayos de los trabajadores nativos. Por el contrario, el trabajo de campo ha mostrado que unos y otros buscan de igual manera conjurar lo “sobrenatural”, asociando los accidentes de trabajo a la idea de que *“si te tiene que pasar, te va a pasar”*. Al mismo tiempo, existen también representaciones relativas a lo masculino en la obra que tanto nativos como migrantes rurales paraguayos comparten (la idea de que *“el que no se la banca, mejor que se dedique a otra cosa y no a la construcción”*).

En relación a esto último, nos interesará pensar hasta qué punto los distintos modelos de masculinidad que entran en disputa en una obra participan en las interpretaciones que se hacen del riesgo. La importancia de esto se vincula al hecho de que, en tanto fenómeno asociado a la clase, la masculinidad es expresada de formas disímiles por obreros y por “no-obreros”. En otras palabras, los modos de “ser hombre” que priman al interior de la industria de la construcción parecen entrelazarse a adscripciones de clase que a su vez se encuentran objetivadas en los distintos roles que obreros, capataces, ingenieros y arquitectos ocupan en el proceso productivo.

La noción de “riesgo”

Como cualquier interesado en la temática habrá podido percibir, en las últimas décadas, la categoría de “riesgo” ha aparecido en la escena pública “como factor susceptible de ser evaluado – *risk assesment* -, administrado - *risk management* – y asociado a la toma de decisiones para reducir su efecto” (Suárez et al., 2006: 127). El discurso subyacente (que legitima el interés por mensurar y controlar los riesgos) se vincula a una serie de supuestos que establecen, acriticamente, una relación causal entre ciertos comportamientos y determinados efectos (Susser, 1998). En este sentido, al enfocar en las causas “inmediatas” del accidente, los programas de prevención y análisis del riesgo lo han entendido como producto de “acciones inseguras” (ocasionadas por el ser humano), de “condiciones inseguras” (originadas en su ambiente laboral) o como producto de la confluencia de ambas.

¹²⁰Recordemos nuestra defensa a lo largo de toda la tesis de la categoría de “explotación” por sobre la de “exclusión”. Si bien ambos procesos se verifican en el caso analizado por nosotros, la categoría de exclusión tiende a borrar su vinculación con el proceso productivo, es decir, en parte oculta la finalidad última de los discursos xenófobos y racializadores sobre los migrantes.

A partir del trabajo de campo realizado en las obras, sostendremos que persiste aún cierto desfase entre lo que el conocimiento experto concibe como riesgo “real” y “objetivo” y las representaciones que de éste construyen localmente los sujetos (Giddens, 1995; Neffa, 2002, Suárez et al, 2006). De acuerdo a algunos autores, el problema se vincula al hecho de que las personas aprehenden el sentido del riesgo anclándolo a ideas previas de significado cultural muy elaborado (Giddens, 1995, 1996; Lupton y Tulloch, 2002; Suárez et al, 2006). Si bien esta idea resulta acertada, no es menos cierto que existen condiciones materiales que estructuran de forma diferencial la exposición al riesgo de acuerdo al grupo social del que se trate.

En este marco, al alejarnos de miradas esencializantes que adjudican comportamientos prototípicos a los distintos grupos nacionales/étnicos, nuestra investigación pretende contribuir al análisis de los modos por los cuales los distintos grupos sociales (re)crean activamente representaciones sobre sus propias prácticas y modos de vida, en marcada contraposición a las que les llegan “desde arriba” a través del discurso hegemónico. De esta forma, en las obras en construcción del AMBA, las verdaderas nociones de riesgo sólo pueden ser comprendidas como conceptos contruidos socialmente, en contextos que son a la vez intra e interétnicos, y que dan lugar a yuxtaposiciones complejas de significados, intereses y valoraciones.

Si bien es cierto que las disposiciones que analizaremos no se verifican exclusivamente entre los obreros provenientes del sector rural paraguayo, dado que el trabajo de campo ha enfocado en ellos, nos preguntaremos acerca de si existe alguna relación entre pertenencia nacional/geográfica y exposición al riesgo. Veremos entonces que algunas imágenes hegemónicas del *varón paraguayo* (a través de las cuales se le adjudican capacidades distintivas para el trabajo duro, el esfuerzo físico y una actitud “valerosa” frente al riesgo), resultan funcionales al proceso productivo, reforzando las disposiciones de los sujetos a aceptar el riesgo y, por tanto, deslindar al sector empleador de ciertas responsabilidades en materia de prevención.



**Última losa en obra en construcción del barrio de Caballito.
Puede observarse el riesgo de caída de personas por la falta de barandas completas**

Retomemos entonces algunos abordajes previos. En su estudio sobre los trabajadores de la construcción en Rosario, Silva (2000) consideró que “la forma de actuar de un grupo social frente a los factores de riesgo se explica desde cómo los percibe, los categoriza y les otorga sentido” (Silva, 2000: 149). De acuerdo a la autora, para comprender el perfil de los trabajadores en el ramo de la construcción es preciso analizar su grado de escolaridad y su carácter migrante. De esta forma, al igual que Rivermar Pérez (2013), Silva relaciona la alta siniestralidad de la industria con la alta concentración de trabajadores (muchos de ellos, migrantes) con niveles de instrucción por debajo de la media. Según estas visiones, el grado de instrucción de los obreros representa “un enorme freno en la capacitación técnica y/o preventiva, tanto si se basa en material escrito como si se extiende a explicaciones orales” (Silva, 2000: 146).¹²¹

Si bien resulta innegable la vinculación entre grado de instrucción y exposición al riesgo, nuestro enfoque buscará complejizar algunas de las afirmaciones sostenidas por estos autores a partir de la introducción de la mirada etnográfica en las obras. Consideramos que existen factores que intervienen y que exceden la explicación que apela al bajo nivel educativo. A modo de ejemplo, y como parte de cuestiones ya abordadas relativas a la socialización de los trabajadores en distintas lenguas maternas, el contexto de “diglosia” que caracteriza a las

¹²¹ La composición según origen de nacimiento para los trabajadores del sector arrojaba en 1994 para el AMBA un total de 44% de bonaerenses, un 39% de trabajadores procedentes de otras provincias y un 16,5% de extranjeros, de los cuales el 13,1% eran limítrofes (Vargas, 2005: 26).

obras no suele ser considerado por dichos enfoques, a pesar revestir una importancia central.¹²²



Carteles de prevención con leyendas en castellano.

Aunque pueden ser adquiridos en ferreterías, también suelen ser provistos a las empresas por las ART.

“Nosotros allá en La Matanza, habíamos hecho una actividad, nos habíamos juntado todas las organizaciones sociales matanceras y hemos hecho un festival para el Hospital Diego Paroissien...es un hospital público...un hospital dependiente de la...provincial...es un hospital donde nosotros los paraguayos tenemos una deuda...una deuda con el hospital y en aquél momento la cooperadora había pedido una colaboración para hacer una obra en el hospital y nosotros nos organizamos y hemos trabajado para eso...gracias a dios tuvimos un éxito rotundo...y no hace mucho estuve en una charla con los médicos del hospital y...no solamente los paraguayos tenemos ese problema de integración...los médicos estaban comentando que gente del interior...gente del interior...en la zona norte principalmente de la Argentina, que le cuesta mucho...los médicos estaban notando que...a veces, la cuestión de la integración dificulta el trabajo de ellos para con los pacientes...porque nos estaban explicando que son personas que están acostumbrados, digamos así, a... a un método de...en la medicina...otro tipo...y también en la forma de diálogo o de conversación...que no

¹²² Como parte de la crítica al mito del bilingüismo, proponemos el concepto de diglosia para abordar la coexistencia de distintos idiomas en la obra. La diglosia refiere a la situación de convivencia de dos variedades lingüísticas en el seno de una misma población o territorio, donde uno de los idiomas tiene un prestigio — como lengua de cultura, de prestigio o de uso oficial— frente al otro, que es relegado a las situaciones socialmente inferiores de la oralidad, la vida familiar y el folklore (Meliá, 1986).

existe...no pueden, es como que no se entienden... lamentablemente, ese es el precio de la migración...es el precio que cuando uno sale de su hábitat y encara un emprendimiento totalmente diferente a lo que está acostumbrado... y yo creo que también...en el caso del hospital del cual te estuve hablando, ellos, los médicos querían organizarse en el sentido de poner una persona que reflexione a esa persona que le cuesta comunicarse...que le cuesta integrarse a lo que es la medicina moderna...a ser atendido en un hospital” (Entrevista a “Ruiz”, contratista paraguayo y miembro de una organización social de La Matanza. Febrero de 2011)

Permítasenos aquí una breve digresión sobre la cuestión de la siniestralidad laboral antes de abordar el material empírico. Los accidentes de trabajo son tan antiguos como el trabajo mismo. Sin embargo, el significado que se les ha atribuido ciertamente ha cambiado con el correr del tiempo. Con anterioridad al siglo XX, el accidente era considerado como producto del azar y, por lo tanto, como un daño que debía ser reparado (Panaia, 2008). Luego, con la llegada del siglo veinte, la extensión de la sociedad salarial y el avance de la industrialización, el accidente empieza a aparecer como un hecho que destaca por su regularidad. Si bien continúa siendo considerado producto del azar y la imprevisión, comienza ahora a revelar cierta constancia de año a año. Es esta regularidad la que ha permitido comenzar a “hablar de tipos de accidentes y ha permitido realizar su recolección estadística” (Panaia, 2008: 380). Dicha regularidad, asimismo, paulatina y crecientemente, ha ido adjudicando al Estado distintas responsabilidades respecto de la reducción de riesgos a los que se exponen sus poblaciones, ya en tanto trabajadores como en tanto ciudadanos.

En relación a las políticas sobre el riesgo en el trabajo, actualmente, la mayor parte de los países ha abandonado interpretaciones centradas en la reparación del daño. Como señala Panaia (2008: 374) se ha pasado de “la responsabilidad extra contractual basada en la *culpa* a la responsabilidad contractual fundada en la *obligación* del empleador de brindar seguridad al trabajador”. Este cambio de enfoque parece surgir a partir de una transición hacia la idea de *riesgo creado* (Panaia, 2008: 7), entendido como riesgo que no se le presenta al trabajador por causas naturales, sino luego de que un empleador lo contrata para tareas determinadas y obtiene con esto ciertos beneficios. En este sentido, se entiende que es el compromiso contractual el que coloca al trabajador en situación de exposición al riesgo, “riesgo que le sería extraño de no mediar el vínculo laboral” (Panaia, 2008:8). En este contexto, han surgido en los últimos años discursos que sostienen que no sólo debe reconocerse y repararse el daño (u otorgar compensaciones “equivalentes” en los casos en que esto no sea posible) sino

también exigir al sector empleador a la implementación de medidas tendientes a prevenir futuros accidentes.¹²³



Carpintero realizando tareas con exposición a riesgo de caída desde altura

A pesar de lo anterior, persiste actualmente una situación por la cual este enfoque *convive contradictoriamente* con la idea de que es el trabajador el que libre y voluntariamente *acepta* el riesgo, como dimensión que inevitablemente traen aparejadas determinadas tareas, y de la cual el trabajador sería consciente de forma previa a su inserción laboral.

En su naturaleza contradictoria, nace así una *mirada moderna del riesgo*, entendida como el cálculo probabilístico sobre la ocurrencia del accidente en un contexto que es percibido como *racional* y en el que el accidente es entendido como algo previsible, calculable y, por tanto, asegurable, aunque “esta regularidad no se conozca ni se compute para todas las poblaciones por igual” (Panaia, 2008: 380).¹²⁴

¹²³ En nuestro país, existe un amplio corpus de leyes que enmarcan la cuestión del riesgo laboral, empezando por la Ley de Higiene y Seguridad en el Trabajo 19.587 y la ley 24.557 de Riesgos del Trabajo. Para el caso específico de la construcción, el decreto reglamentario 911/96 es el que estipula en detalle qué medidas concretas deben adoptar las acciones tendientes a prevenir accidentes en las obras.

¹²⁴ Si bien no podremos extendernos en la cuestión, resulta interesante destacar que la “preocupación preventiva” del sector empresario surge históricamente a partir de una coyuntura por la cual éste debe hacer frente a ciertos obstáculos de índole legal que se le presentaban a la hora de estimar los costos de un proyecto de inversión. Es así que la sanción de leyes y decretos destinados a “organizar” el riesgo laboral se vincula directamente a



Carpintero camina por estructura de puntales con riesgo de caída.

A pesar de este panorama, existen miradas que han logrado captar dimensiones más profundas del accidente de trabajo. Así, para algunos autores, el accidente laboral debe ser pensado como “el final visible de una sucesión de acontecimientos que describen un entorno penoso para determinados individuos” (Bilbao, 1997; citado en Benencia, 2009). Sin duda alguna, esto parece cierto para muchos trabajadores migrantes. A pesar de ello, no es posible aún saberlo con exactitud, dado que al día de la fecha la Superintendencia de Riesgos del Trabajo (SRT) no elabora *estadísticas que relacionen la siniestralidad laboral con la nacionalidad del trabajador*, cuestión que permitiría analizar hasta qué punto el hecho de ser

presiones surgidas desde las cámaras empresariales para reglamentar la cuestión, principalmente por tratarse de un costo de producción que, ante una demanda surgida por un accidente, podía ocasionar gastos “inestimables”. Esta situación fue presentada por algunos medios como la “industria del juicio laboral”. Con anterioridad a la sanción de la Ley 24.557, el trabajador que sufría un accidente podía iniciar acciones a su empleador en el marco del Código Civil, siempre que pudiera demostrar negligencia o dolo en la aplicación de las medidas de seguridad elementales para el desarrollo de sus tareas (que antes de la ley no estaban estipuladas y quedaban libradas a la “buena fe” del empresario). Es entonces que, a partir de estas leyes se crea la Superintendencia de Riesgos del Trabajo (SRT) como organismo de gobierno encargado del control del sistema de prevención de riesgos. También nacen las ART (Aseguradoras de Riesgo de Trabajo) que pasan a ser las empresas privadas, generalmente asociadas a capitales bancarios, que aseguran a los trabajadores. En caso de accidente, las ART se hacen cargo de los costos de tratamiento médico del accidentado y/o de las indemnizaciones correspondientes a los familiares en caso de resultar éste fatal o inhabilitante. A partir de este momento, los empresarios quedan obligados a contratar un seguro de riesgos de trabajo que responda económicamente ante un siniestro, y a cambio, la inversión en seguridad laboral se torna estimable y mejora el cálculo de costos de un proyecto edilicio determinado.

extranjero expone más o no a las personas a sufrir accidentes de trabajo.

Lo que sí parece cierto es que, a causa de que los accidentes de trabajo son hechos multi-causados (que siempre se vinculan a la calificación del personal y a la inversión que en éste se hace en términos de recurso humano), como venimos intentando mostrar, el status migratorio del trabajador trae aparejado, en gran parte de los casos, una mayor precarización en las relaciones sociales de producción y, por ende, una situación de mayor exposición relativa a riesgos y/o condiciones perniciosas de trabajo. Para clarificar nuestras afirmaciones, permítasenos destacar algunos aspectos no contemplados por la normativa laboral.

En nuestro país, la Ley de Higiene y Seguridad Nacional N° 19.587 exige el asesoramiento y la capacitación de los trabajadores en relación a los riesgos a los que se encuentran expuestos y a los modos eficaces para atenuarlos o eliminarlos. Al mismo tiempo, la Ley Nacional de Migraciones N° 25.871 en su decreto reglamentario 616/10 estipula que deberá proveerse de un intérprete en aquellos casos en los que el migrante no comprenda sus derechos y obligaciones. Luego de varios años de trabajo en la construcción, no hemos conocido ningún caso en el que un intérprete haya sido convocado a la hora de brindar capacitaciones sobre riesgo a los trabajadores migrantes guaraní parlantes. Durante estos encuentros, en más de una oportunidad, pudimos percibir que algunas indicaciones dadas a los obreros en materia de prevención, sencillamente, no estaban siendo comprendidas. A causa de que la normativa referida a prevención del riesgo laboral concibe *a todos los trabajadores como sujetos idénticos frente al riesgo* (con la excepción de algunas distinciones de género, para determinadas cuestiones específicas), suele ser común el surgimiento de “cortocircuitos” en la aplicación efectiva de la ley a los *ámbitos de trabajo reales*.



Trabajadores paraguayos de distintas edades juegan a las cartas durante un descanso.

En este sentido, y frente a los cíclicos rebrotes xenófobos que aquejan a nuestra sociedad (asociando la migración, por ejemplo, a la delincuencia o a determinadas enfermedades contagiosas), resulta interesante destacar el hecho de que rara vez el migrante es pensado como *trabajador*. A pesar de que el status migratorio de las personas es asunto relevante ante la ley,¹²⁵ sólo es considerado por el código laboral con la finalidad de garantizar el mismo trato que se da a los nativos. De esta forma, y si bien el espíritu de la normativa es bienintencionado, al no considerar la dimensión sociocultural del trabajo sencillamente pierde eficacia a la hora de su aplicación. Sería entonces deseable, a nuestro entender, el establecimiento de una relación más estrecha entre la normativa migratoria y la normativa laboral.

¹²⁵ La “Convención Internacional sobre Protección de los Derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares” fue adoptada por la Asamblea General de la ONU en 1990 y ratificada por la Argentina en 2007. La norma contempla la situación de vulnerabilidad de los trabajadores migrantes irregulares, afirmando que “son frecuentemente empleados en condiciones de trabajo menos favorables que las de otros trabajadores y que para determinadas empresas ello constituye un aliciente para buscar ese tipo de mano de obra con el objeto de obtener los beneficios de una competencia desleal”. En su artículo 25 dispone que los trabajadores migrantes gozarán del mismo trato que los trabajadores nacionales en cuanto a remuneración y condiciones laborales. A pesar de esto, como afirma Martínez (2013:26), “de seguro ningún tribunal de justicia aceptaría una primera presentación judicial sin documento que acredite su identidad. Peor aún, este trabajador no estaría en condiciones ni siquiera de remitir un telegrama de ley intimando al empleador al pago de los salarios adeudados”.

En los hechos muchas veces tanto los nativos como los migrantes participan de una suerte de “círculo vicioso de precarización”. Con esto, nos referimos a situaciones que tienen lugar en ciertos ambientes de trabajo “hostiles”, donde mientras más trabaja el trabajador, más se deteriora su salud y, consecuentemente, más se reduce su capacidad de ser incorporado posteriormente a otra empresa. Esto sucede a partir de que la ley exige la realización de exámenes pre-ocupacionales en los que suelen evidenciarse las secuelas que sobre el cuerpo del trabajador dejaron ciertas condiciones perniciosas de trabajo pasadas. En caso de no “pasar” dichos exámenes, la empresa no incorporará al trabajador (al menos no para tareas productivas). Como es sabido, algunos accidentes generan incapacidades de tipo permanente (tales como pérdidas de dedos, disminuciones del umbral auditivo, hernias de distinto tipo). A pesar de que existe un régimen que obliga a las ART a la reparación económica del daño, no siempre, por cuestiones que detallaremos, estos accidentes son efectivamente indemnizados. Es por esto que puede decirse que al día de hoy, en determinados ámbitos laborales, *algunos trabajadores negocian su salud por dinero*. Más allá de la gravedad que en sí misma implica esta situación, eso se ve profundizado por el hecho de que la salud será una condición básica para acceder a la posibilidad de vender su fuerza de trabajo en el futuro.

De este modo, ante la consciencia de su propia vulnerabilidad, algunos trabajadores reclaman a sus empleadores condiciones de trabajo más seguras, así como la entrega de elementos de protección personal. Como analizaremos con mayor detalle en el último capítulo, si bien no puede equipararse la condición migratoria con la ausencia de demandas en relación a la salud y la seguridad laboral, el trabajo de campo mostró que los migrantes demandan a sus empleadores mucho menos que los nativos. Por desgracia, no existen estadísticas que puedan probar esto que afirmamos, y solamente de forma contingente la etnografía puede hacerlas visibles. En este sentido, y frente a nuestras preguntas en relación a la posibilidad de sufrir accidentes, reiteradas veces distintos trabajadores paraguayos nos dijeron (como encomendándose a un poder sobrenatural): *“si te tiene que pasar, te va a pasar”*.¹²⁶

¹²⁶ La explotación es percibida por los migrantes como un hecho total que muchas veces trasciende los límites del espacio de trabajo y frente a la cual poco puede hacerse más que aceptarlo con estoicismo y “buen humor”. En otras palabras, la explotación *es y funciona como un sistema* que se extiende más allá de la obra. En más de una oportunidad, nos tocó acompañar a trabajadores paraguayos a hacer su ingreso en hospitales y clínicas luego de haber sufrido un accidente. Más allá de que el sistema presupone la ignorancia del trabajador de la construcción, los migrantes particularmente suelen ser tratados de muy mala manera. Hemos tomado conocimiento (y denunciado) la entrega de altas médicas a trabajadores que aún no estaban recuperados, al tiempo que hemos presenciado casos en los cuales el migrante no quería ser atendido por la ART arguyendo que debía ser derivado a la obra social. Como cualquiera sabe, lejos de encarnar una política pública destinada a la prevención y cuidado de los trabajadores, las Aseguradoras de Riesgo de Trabajo no son otra cosa que empresas capitalistas que, como tales, persiguen la mayor ganancia posible. La ignorancia del trabajador respecto de sus derechos es, sin duda, un elemento que suele operar a favor de esto último.

Esta representación respecto del accidente de trabajo repercute negativamente sobre los métodos de prevención, dado que si sólo Dios tiene la posibilidad de decidir sobre el mismo, toda medida preventiva carece de sentido. Sin duda, representaciones de este tipo se integran a visiones más profundas y generales ancladas en lo que puede ser considerada una “mística popular” o “religiosidad popular”. Si bien un análisis en profundidad de estas cuestiones excedería ampliamente el marco de esta tesis, no podemos soslayar su importancia, dado que el pueblo paraguayo ha demostrado ser sumamente devoto al catolicismo y sus manifestaciones en Buenos Aires en este sentido son conocidas (celebraciones multitudinarias de la Virgen de Caacupé, celebraciones del santo patrono San Blas, Vía crucis paraguayo en villa 21-24, entre otros). Aquí lo traemos a colación de las relaciones ya documentadas entre migración rural y reelaboración de la religiosidad en las ciudades (Argumedo, 1993; Carozzi, 2006; Cerrutti y Pita, 2000; Semán, 2001).

Masculinidad y representaciones de clase entre trabajadores rurales paraguayos en las obras del AMBA

Las reflexiones que presentamos a continuación, sin duda, implican un recorte respecto de otros muchos posibles ejes de análisis.¹²⁷ Sin embargo, y dada la importancia de las dimensiones que destacaremos, será preciso enfocar en los aspectos más salientes del fenómeno. Habiendo caracterizado a los migrantes rurales paraguayos en tanto trabajadores, resta ahora caracterizarlos también como *varones*. Y esto porque, si bien resulta conocida la sobre-representación masculina que prima en la industria de la construcción a nivel mundial, no debe perderse de vista que existen estudios que demuestran que la mayor parte de las tareas en una obra en construcción bien podría ser realizada por mujeres (Ness, 2011). En este sentido, nuestra intención es la de presentar una mirada desnaturalizada del fenómeno de la presencia cuasi-exclusiva de varones en las obras, para comenzar con esto a pensarla como indicio de procesos menos evidentes de segmentación del mercado laboral.

Los estudios que han abordado los entrecruzamientos entre género y trabajo son abundantes. Si bien, como señala Palermo (2015), se ha estudiado sobre todo la subordinación femenina en el lugar de trabajo (Archetti y Stoler, 1970; Stoler, 1997; Young, 1992) y las desigualdades

¹²⁷ El foco que proponemos en cuestiones que vinculan riesgo, masculinidad y clase social sin duda representa un importante recorte respecto de muchas otras dimensiones que también participan en la configuración de la vulnerabilidad que esta tesis afirma para los trabajadores rurales paraguayos en la industria de la construcción del AMBA. Sirva de aclaración al lector que no pretendemos bajo ningún punto de vista limitar el análisis de la siniestralidad laboral en la construcción a explicaciones exclusivamente vinculadas al género y la clase, sino simplemente, destacarlas como dimensiones relevantes de análisis. A su vez, no nos será posible aquí abordar en toda su complejidad la dimensión de género que atraviesa la experiencia de estos trabajadores.

de género en el acceso al trabajo (Rodríguez, 2010, Lobato, 2000, entre muchos otros), lo interesante “es pensar cómo el capitalismo se alimenta del conflicto de género para instituir una formación social, histórica y particular que amalgama un solo sistema” (Palermo, 2015: 103). En los ámbitos laborales, el autor lo explica a partir del concepto de “hegemonía empresarial”

La hegemonía empresarial (Palermo, 2012^a; Fígari y Palermo, 2009) impulsa una concepción ideal de trabajador acorde con un determinado orden sociolaboral en un eje temporal-espacial específico. La pretensión hegemónica consiste en que esa concepción –o doctrina empresarial- devenga cultura, es decir “disciplina laboral”. La masculinidad es un ordenamiento social e histórico por medio del cual hombres y mujeres se comprometen en una posición de género. Así, configura efectos concretos en las prácticas, las experiencias corporales y las representaciones acerca de lo masculino y lo femenino (Connell, 2005). En tal sentido, la consolidación de la masculinidad reafirma una disciplina fabril promovida por las políticas empresariales y contribuye, en definitiva, a la valorización del capital (Palermo, 2015: 103).

De forma similar a lo descrito por el autor, en la construcción muchas veces el propio trabajador oculta los accidentes sufridos con el objeto de no ser considerado una “señorita que no puede aguantar los golpes” (Palermo, 2015).

“La otra vez, no sé qué estaba haciendo, desclavando puntales creo... y me lastimé solo, como un boludo” (Gerardo, obra de Honorio Pueyrredón. Marzo 2009).

Cuando los hombres sí expresan que han sufrido un accidente, en general lo vinculan a su propia falta de atención, no considerando casi nunca el hecho de que las condiciones de trabajo son en sí mismas riesgosas (Palermo, 2012b). Palermo (2015) relaciona este conjunto de cuestiones a la “trampa de la masculinidad” a la que alude Bourdieu (2012), bajo la cual el varón debe constantemente afirmar su virilidad a riesgo de que ésta sea puesta en cuestión.¹²⁸

Sin duda alguna, las representaciones de los trabajadores se inscriben en el más amplio “modelo hegemónico de masculinidad” (Cáceres, 2005) a través del cual se presenta a los varones como “importantes, autosuficientes, competentes y poco emotivos, al tiempo que

¹²⁸ Desde las teorías del construccionismo social, la masculinidad no puede ser pensada como algo dado, como un correlato inevitable de lo biológico. En esta línea, Campero (2014) afirma que la *masculinidad hegemónica*, en singular, tiene más bien que ver con una serie de discursos: frases, actitudes, gestos, símbolos, rituales, que construyen un ideal de cómo un ser humano que nace con pene debe ser, tener y expresar. En este sentido, para Campero (2014) la masculinidad hegemónica construye una mitología. Se utilizan argumentaciones biológicas y etológicas para naturalizar relaciones de poder, objetivando roles de dominador y dominado. Se trata de un ideal regulador. “*Ese conjunto de discursos, relatos que son repetidos de generación en generación por distintas vías, van construyendo toda una mitología y un folclore de cómo se supone que es este macho*” (Campero, 2014: 6) En sus palabras, se trata de entronizar una figura, vinculada con un cuerpo identificado como hombre, que tiene cualidades vinculadas con el poderío, el ejercicio de autoridad, la no conexión con la sensibilidad; con capacidad de decisión racional, que echa para adelante. Lo *femenino hegemónico*, sobre lo que ya teorizaba Simone de Beauvoir en la década del 40, señala que esa feminidad que se construye es complementaria y fabricada por esta masculinidad hegemónica, que necesita pensar la feminidad como subordinada, como inferior, para sostenerse como mitología constituyente de esto que llamamos masculino.

promueve el ideal del soldado guerrero que nunca se rinde, además del de conquistador que gana espacios públicos y es seductor con las mujeres” (Cáceres, 2005: 27). A lo largo del ciclo de vida de los varones, estos elementos sientan las bases para el desarrollo de una identidad masculina, exigiendo ciertos comportamientos a la vez que prohibiendo otros (Connell, 2000). La Antropología ya ha documentado procesos culturales a través de los cuales la socialización masculina demanda sucesivas pruebas de virilidad para ser aceptada como tal (por citar sólo algunos clásicos, Godelier, 1986, Malinowski, 1975 o Turner, 1990). A través de diversos mecanismos, la hombría es evaluada en su proceso y nunca es alcanzada de forma irreversible, sino que, por el contrario, siempre subsiste el riesgo de perderla (Cáceres, 2005).

Así, durante el trabajo de campo, hemos presenciado situaciones en las cuales los trabajadores más jóvenes eran sometidos a lo que podría entenderse como un “rito de iniciación”. En uno de los casos, Lorenzo, un joven paraguayo de veinte años, recibió un golpe de pala intencional propinado por el capataz, de 31 años, argentino hijo de paraguayos. Cuando pregunté por los motivos del golpe, el capataz me dijo que lo hizo porque “contesta mal, y uno va acumulando”. Dijo que “la otra vez vino amanecido o no sé qué y se tiró a dormir todo el día... yo no le dije nada, le pasé las horas como si hubiera trabajado”. Sin embargo, la versión que nos dio el joven era distinta. Cuando estábamos presentes, Lorenzo discutió con el capataz, diciéndole: “¡no puedes hacerme eso!” mientras aquél le respondía: “ahora, porque está él (por nosotros) no me respondas mal, no me hables mal”. De acuerdo a la visión de Lorenzo, con quien luego pude hablar, el capataz lo había mandado a palear durante horas, mientras los demás muchachos se reían de cómo le costaba hacerlo. Cuando yo pregunté por qué al capataz, él me respondió “*¡que se haga hombre! ¡Tiene que aprender a no ser maricón!*”.

Dado que el golpe que le propinó fue bastante importante, el capataz tuvo que llamar a la ART, advirtiéndole a Lorenzo que diga que “se había tropezado” porque de lo contrario no iban querer atenderlo. En ese momento, se me presentó la duda respecto de cómo comportarme frente a la situación ya que, en caso de levantar en peso al capataz, lo estaría desprestigiando frente al grupo y también frente a Lorenzo. Estaría socavando su autoridad. Esto podría dar lugar a que, tarde o temprano, y por cualquier pequeño motivo, el capataz tome represalias contra aquél, pidiendo al ingeniero que saque a Lorenzo de la obra. Con alguna excusa cualquiera, hablaría con la gente de la oficina y pediría que se lo dé de baja porque no lo necesitaba más. La realidad es que, dos semanas después, por lo que parece haber sido una decisión propia, Lorenzo renunció a la empresa.

Como parte de las notas de campo de ese día, escribimos lo siguiente:

“Tal vez, para Lorenzo, yo sea la única persona que cumple en la obra algo parecido a un rol protector (que suele adjudicarse a la figura femenino-maternal). Dado que yo no trabajo con herramientas como el resto de los muchachos y, a su vez, me ocupo de la “seguridad-prevención-cuidado” de la salud de los trabajadores, tal vez me vea como la única persona que le recuerda la sensación de protección y seguridad del ámbito materno, de donde tuvo que irse para comenzar a trabajar en una obra rodeado de varones mayores que él. El golpe de pala del capataz quiso decir “¡hacete hombre!”. Palear durante horas, a pesar de ser sumamente perjudicial para el cuerpo, suele ser una de las tareas que normalmente cualquier obrero debe realizar. En este sentido, aquél que se muestra cansado o se queja de dolores en la espalda es, ante los ojos de los demás, un “maricón”, y así se lo hacen saber. Lorenzo es flaquito, desgarbado, “carilindo”, no tiene la fisonomía de un obrero. Durante la hora de almuerzo, cuando el resto de los muchachos come asado, él casi no come, o come pan y algún guiso. Es percibido por los demás como “distinto”, porque es joven, nuevo en la empresa y no ha adquirido aún el habitus del obrero. Nota de campo sobre conflicto entre Rubén y Lorenzo. Junio de 2014.

Ante todo, diremos que el caso analizado representa una situación “extra-ordinaria”. En general, los trabajadores jóvenes suelen sobrellevar este proceso de adecuación a la lógica de los obreros mayores de otro modo. Al indagar sobre esto, casi todos recordaban haber sido objeto de burlas durante las primeras experiencias en la construcción. Algo de aquello todavía queda a algunos en los apodos que les fueron dados por otros trabajadores mayores (por ejemplo, al joven al que le decían “Í”, que en guaraní es un sufijo que se coloca a las palabras para denotar que algo es “chiquito”. Otro trabajador era llamado por sus compañeros “Peque”, en relación a su corta estatura). Sin embargo, estas burlas mutuas suelen ser moneda corriente en los ámbitos de trabajo masculinizados y, a la larga, forman parte del clima de trabajo “normal” de una obra. Al trabajador que es objeto de dichas burlas solamente le queda aceptarlas y reírse de ello. De otra forma, y en caso de tomarlo seriamente y enojarse, estaría faltando a cierto código compartido que legitima el derecho de los más experimentados a mofarse de los novatos.



Joven aprende el oficio junto a su tío

Esto se vincula directamente al hecho de que, al menos en la industria de la construcción, *no cualquier varón es hombre*. La masculinidad, como fuera comentado, debe ser demostrada y nunca es dada por sentado. A pesar de ello, en las entrevistas a los obreros el pasaje de novato a profesional no era presentado como algo traumático. De hecho, muchos de ellos lo recordaban llenos de orgullo, como un momento fundacional a partir del que, gracias a la ayuda y tutela generosa de otro varón con mayor experiencia, fueron poco a poco aprendiendo el oficio de construir (y de “ser hombres”). Como afirma Palermo (2015),

El ritual que transforma al ‘joven duro’ en un ‘hombre duro’ (...) implica transitar a un nuevo estado a partir de una serie de degradaciones asociadas a la violencia –la violación metafórica- que tiene por objetivo subordinar aquello que se considera como femenino. La broma como ritual de pasaje busca, por un lado, doblegar el cuerpo femenino, ‘blando’, violentándolo; y por el otro, marca explícitamente la jerarquía laboral (Palermo, 2015:112).

Es aquí donde las identificaciones se intersectan y la pertenencia de clase estructura el modo de vivir (e iniciarse en) la masculinidad. Como ejemplo de esto, suelen ser comunes entre los obreros las referencias a que los ingenieros y arquitectos (que en principio sólo poseerían un conocimiento “formal” de la construcción, adquirido en una universidad) necesitan de gente como ellos, que sabe cómo solucionar los problemas prácticos, aún a pesar de no tener ningún “papelito” que así lo diga. Y esto se vincula a que el modo general en que los obreros han

aprendido ha sido copiando a un mayor y siendo “caraduras” para preguntar lo que no sabían. Desde esta premisa clasificatoria, sólo sería “hombre” quien trabaja con las manos y el cuerpo. Lo femenino se asocia aquí a roles no manuales en la obra. De este modo, y como parte intrínseca de las representaciones más generales sobre la masculinidad, encontramos que la oposición entre trabajadores “manuales” y trabajadores “intelectuales” cumple una función estructurante y prototípica en las obras, dado que las personas se *diferencian de modo esencial(izado)* a partir de esto. Resulta interesante pensar esta oposición prototípica en relación a la que primaba en los ámbitos agrícolas paraguayos entre terratenientes (quienes muchas veces no vivían en el lugar y concebían la tierra como medio de ganancia) y campesinos (para quienes el trabajo en la tierra constituía la base de la comunidad moral y de la pertenencia al grupo social). De la misma forma, no existen aquí “grados”: ambos universos son inconmensurables. Así como en el campo se distinguía a quienes eran *mboriahu* (“socialmente” pobres) y a quienes no, en las obras, sencillamente están, por un lado, quienes trabajan con las manos y por otro, quiénes no, y esto resulta claro para todos y es la piedra angular sobre las que se interpretan las identidades y las jerarquías en una obra.¹²⁹

Distintos autores (Bonino, 2000; Viveros, 2001) han mostrado que la prescripción de conductas por parte del modelo hegemónico de masculinidad da lugar a cierta *diversidad de conductas*, de acuerdo a patrones de clase, culturales o relativos a adscripciones rurales-urbanas. Siguiendo a Figueroa Perea (2006), los valores “burgueses” (status, decencia, importancia del progreso personal, el rechazo a lo “vulgar”, la educación para la vida pública, todo ello en un contexto de necesidades básicas relativamente satisfechas y con muchas necesidades simbólicas a satisfacer) sostienen importantes diferencias respecto de patrones de masculinidad promovidos en sectores populares (en los que en general se prioriza la supervivencia en un mundo entendido como “duro”, valorándose aspectos como la fortaleza

¹²⁹ De ahí lo interesante de la figura del capataz como “mediador” entre estas dos lógicas contrapuestas de lo manual y lo intelectual. Su rol será el de facilitar la comunicación entre estos dos mundos, hacerla posible. Lo veremos con más detalle en el siguiente capítulo. Si bien no podremos extendernos aquí en los múltiples motivos por los cuales el trabajo manual se presenta de forma desvalorizada frente al trabajo intelectual, diremos que este proceso se ha acentuado a partir de la fragmentación y el debilitamiento que han impuesto a la identidad obrera la globalización y las nuevas relaciones laborales (De la Garza Toledo, 2012). El conocimiento formal se basa en la existencia de “credenciales” que habilitan al ejercicio de la profesión y que, en muchos casos, se vuelven el objetivo del aprendizaje. Por el contrario, el conocimiento práctico se legitima a través de la acción. Dicha acción aparece así como la única fuente de evidencia de la pericia del trabajador. Estos procesos también se vinculan al nacimiento del *management* en la década de 1980, a partir del cual comienza a pensarse a los *managers* como científicos y a los obreros como intuitivos. De acuerdo a Ness (2011), el *Management* en la Construcción surge a partir de la apropiación de una parte del conocimiento de los obreros, a través de un proceso gradual de larga data por el cual se fragmenta lo que solía ser el conocimiento global del trabajador. Lo primero en separarse y “profesionalizarse” es el diseño (Ness, 2011).

física, la habilidad manual, entre otras). Dicho de otro modo, y si bien existen nodos simbólicos que ingenieros y obreros pueden compartir en tanto *varones*, las diferencias de clase dan lugar a “prácticas de hombría” sumamente disímiles. Podríamos pensar esto en términos de *masculinidades hegemónicas* y *masculinidades subalternas*.



El asador “oficial”.

El asado representa un elemento simbólico comúnmente asociado a las obras y sus trabajadores

Ahora bien, sin duda, esto trasciende los cercos de chapa de las obras. Algunas de estas representaciones no se vinculan ya al rol de los sujetos frente al proceso productivo, sino a otras dimensiones de la experiencia. En primer lugar, debe pensarse a estas masculinidades en oposición a su *Otro absoluto*, es decir, la femineidad. Recordemos que, en las obras, la ausencia de lo “femenino” parece resaltar y reforzar la construcción de lo masculino. Así, la hombría, la valentía, el trabajo duro, el chiste con referencia al sexo, el placer por la comida abundante y el alcohol representan cuestiones que suelen estar presentes en las conversaciones que los trabajadores sostienen entre sí y que son pensadas como como esencias masculinas. Por supuesto, estas construcciones particulares de masculinidad no

pueden ser consideradas como exclusivas de las obras en construcción, sin embargo, en tanto ámbito donde prima casi exclusivamente el trabajo masculino, se presentan en términos hipervisibilizados.¹³⁰ Recordemos asimismo que, como sugiriera Palermo (2015) en estos ámbitos laborales, “feminizarse sería detener el trabajo a causa de un golpe, demostrar dolor por un corte o preguntar cómo se resuelve alguna situación que suscita dudas”, construcciones sobre la masculinidad de las que sin duda se vale la disciplina laboral “para garantizar un trabajador resolutivo, resistente e invulnerable” (Palermo, 2015: 109).

“Encarnación, no es tan grande pero... que yo conozca, había 38 puteríos...y eso que Encarnación no es tan grande, porque una vaca se acostaba y la cola quedaba afuera...” (Acotación de Pocho durante una entrevista colectiva a los trabajadores. Obra de Acevedo, 2014).¹³¹



Entrevista colectiva a tres trabajadores paraguayos y un argentino después de compartir un asado.

¹³⁰ Recordemos que, en general, la mujer suele estar excluida de estos ámbitos laborales. Decimos “en general”, dado que es cierto que existen arquitectas, ingenieras y especialistas en higiene y seguridad que cada tanto se ven en las obras.

¹³¹ La conversación se había iniciado a partir de que les pregunté respecto a unas cámaras que se habían colocado en la Planta Baja de la obra. La respuesta que me dieron fue que las había colocado “Chuky” (como los obreros llaman al dueño de la empresa, dado que es de corta estatura y siempre viene de mal humor a levantarlos en peso, como un “muñeco diabólico”). Las cámaras cumplían la función de controlar la entrada y salida del personal, bajo la sospecha de que éste llegaba tarde y se iba temprano. Esto obviamente molestó muchísimo a los trabajadores. Si bien en el último capítulo profundizaremos en cuestiones asociadas al control de la patronal sobre los trabajadores, aquí lo traemos a colación ya que la instalación de las cámaras representó asimismo la imposibilidad para los trabajadores de llevar “chicas” (prostitutas) a la obra.

Una cuestión a destacar aquí es que algunas de estas representaciones sobre lo masculino logran trascender las adscripciones de clase y ser compartidas por *cualquier varón*, más allá de si realiza trabajo manual o intelectual. En este sentido, existen representaciones que pueden dar lugar a conversaciones y bromas entre obreros e ingenieros que logran “suspender” momentáneamente la asimetría de clase. Un ejemplo de ello son los ya citados “asados de obra”, que suelen ser identificados tanto por obreros como por jefes de obra (ingenieros, arquitectos) como momentos especiales y de gran disfrute. El asado en las obras puede ser pensado como un ritual simbólico a través del cual las jerarquías laborales se “difuminan” momentáneamente y jefes de obra y obreros pueden sentarse a la misma mesa.¹³²

El asado suele ser reivindicado por los obreros como una suerte de derecho adquirido. Sin embargo, sólo a veces es pagado por el contratista o por la empresa constructora. En estos casos, es interpretado por los obreros como un “premio” por su esfuerzo. Pero a veces son los propios trabajadores los que juntan “la vaquita” para pagar la carne. En algunos casos, también se les permite a los obreros vender los restos de hierro al chatarrero para con eso pagar el asado de los viernes.

En oposición a esto, existen prácticas que sólo llevan a cabo los obreros, sin la participación de ingenieros o arquitectos. Un ejemplo de ello son las jugadas de quiniela colectiva que suelen realizar a números que alguno de ellos soñó. En términos generales, puede pensarse que la quiniela da cuenta de un conjunto de significados que son compartidos por los obreros, y que hablan de una visión sobre el futuro, sobre las jerarquías y sobre ellos mismos. Esto también suele ser común a la experiencia de cualquier obrero, más allá de su nacionalidad o su adscripción étnica.

¹³² Ribeiro describió a este tipo de mecanismos como destinados a generar cierta “apariencia de solidaridad” (2006:164), dado que sirven para transmitir la sensación de relaciones supuestamente igualitarias. De acuerdo a Ribeiro, este modo de relacionarse usualmente resulta funcional al desarrollo de la producción en el ramo de la construcción. En palabras del autor, la apariencia de solidaridad “actúa como un incentivo de la cooperación entre los trabajadores individuales en sus grupos, o como un incentivo a la cooperación de los diversos grupos entre sí ya que, a través de recursos como éste, se ajustan más a la jerarquía propia de la actividad productiva” (Ribeiro, 2006: 164).



Asado de los viernes.

Arquitectos e ingenieros suelen participar del convite. Argentinos, bolivianos y paraguayos comparten la mesa y el disfrute de este momento esperado cada semana. Se trata de una parte importante de la identidad del trabajador de la construcción que no distingue nacionalidades ni jerarquías laborales.

Ahora bien, también existen prácticas que el sentido común suele asociar a la clase trabajadora, como si se tratase de cuestiones que no se encuentran en otros grupos sociales. Un buen ejemplo de ello lo constituye el uso del alcohol. Desde la perspectiva de algunos empleadores, éste representa un grave problema y, como nos comentara un jefe de obra, “uno tiene que agradecer que no vengán todos los días en pedo” (Leo, Jefe de obra Juana Manso. Octubre de 2102).¹³³

Lejos de querer analizar esta cuestión con liviandad, la traemos a colación con el objeto de mostrar los múltiples modos en que la masculinidad y la clase se traducen en prácticas sociales concretas que, por un lado escandalizan a los sectores dominantes y, por otro, son motivo de burlas y chistes entre los propios obreros. En una de Puerto Madero, la Dirección de Obra comenzó a exigir que a las 7 de la mañana, cuando los trabajadores comenzaban a llegar a las obras, se les hiciera un control de alcoholemia para prevenir accidentes vinculados a su uso. Si bien existió resistencia por parte de los trabajadores, el por entonces delegado

¹³³ En otra oportunidad, llegamos a una obra un día lunes con el objetivo de entrevistar a algunos trabajadores. El capataz nos dijo: “Hoy no vino la mitad. Si vos los querés agarrar a todos, no te vengas el lunes porque estos siguen de largo el fin de semana y recién amanecen mañana (...) Si los querés agarrar a todos veníte el día que se paga la quincena, ese día no falta ninguno” (Simón, capataz de obra. Pumacahua, Septiembre de 2009).

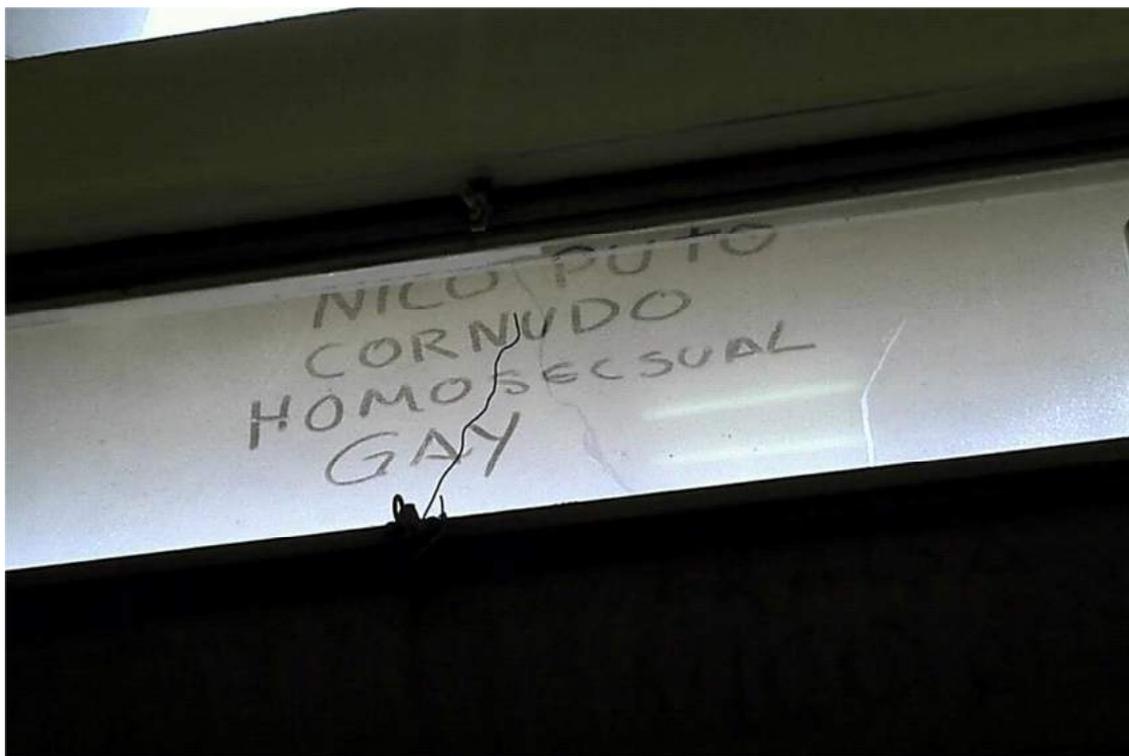
gremial no pudo hacer mucho, dado que el tratamiento de las adicciones era esgrimido por la UOCRA como parte de las políticas sanitarias que buscaba extender entre sus agremiados. El hecho es que un trabajador misionero de unos 60 años (a quien llamaremos “Rodríguez”) no lograba pasar satisfactoriamente el examen, por más veces que lo hiciera a lo largo de una semana. Luego de conversar con él, nos confió que todas las mañanas, al bajar del tren en Plaza Constitución, tomaba una medida de ginebra y que, con eso, “*andaba bien*”. El problema surgió a partir de que la Dirección de Obra exigió que Rodríguez deje de tomar como requisito para su ingreso a la obra lo que, cuando intentó hacerlo, dio lugar a temblores que se prolongaban durante la jornada de trabajo. El Jefe de Obra debió interceder por él para que no sea desafectado de la obra, bajo la condición de que iniciara un tratamiento.

El otro caso que relataremos refiere a una pelea que tuvieron un paraguayo y un correntino y que terminó con la muerte de uno de ellos. La pelea sucedió en las inmediaciones de una obra del barrio de Belgrano, cerca de las dos de la mañana de un sábado de 2005. Los trabajadores se habían quedado tomando cerveza, dado que habían terminado tarde con el hormigón y preferían quedarse despiertos o dormir en la calle, antes que regresar a sus hogares en el conurbano para tener que regresar a la obra nuevamente en pocas horas. A partir de una serie de discusiones (que no vienen al caso, pero que versaron sobre el descreimiento del paraguayo respecto de las aseveraciones del correntino sobre un pasado pugilístico prometedor en Corrientes) se dio la pelea en la cual el obrero paraguayo perdió la vida. “Mamita querida”, como le decían a este trabajador, fue acuchillado con una faca perdiendo mucha sangre.

Estas situaciones (que desde una lectura racialisista se justificarían a partir del carácter primitivo de los trabajadores) dan cuenta de la dura realidad que atraviesa toda la clase obrera, sin ningún tipo de distinción nacional, étnica o de género. Sin duda las dos situaciones sólo pueden ser cabalmente interpretadas en términos de una subsunción profunda de la vida al capital. En relación a esto, y al igual que lo afirmado por algunos autores para otros ámbitos de la vida social (Figuroa Perea, 2006), sostenemos aquí que una de las principales causas de la siniestralidad laboral en la industria de la construcción se vincula a la existencia de un modelo de identidad masculina “que celebra la vivencia de situaciones de riesgo” (Figuroa Perea, 2006: 47) y “el descuido y abuso de las capacidades corporales” (Bonino, 1989). Algunos autores han llegado a proponer la hipótesis del *mito del héroe* como explicación de las razones que llevan a los varones a exponerse intencionalmente a situaciones que ponen en riesgo su integridad física en procura de legitimarse como varones (Fagundes, 1995, citado en

Figuroa Perea, 2006: 48). Sin duda las situaciones retratadas bien podrían servir de ejemplo a ello.

Nos queda referir brevemente a dos últimas cuestiones en relación a la construcción de lo masculino en las obras. La primera se vincula a la oposición que mantiene la masculinidad heterosexual con otros modelos de sexualidad y de elección del objeto de deseo. Como dijimos, en clara continuidad con lo anterior, el mandato hegemónico prescribe que el hombre sea sexualmente activo y que “conquiste” mujeres. Así, la homosexualidad será rotundamente prohibida y a partir de esto, tal vez constituya el campo semántico alrededor del que gira la mayor parte de las bromas en una obra.



Broma con referencia sexual en el baño de una obra

En una oportunidad, nos tocó llegar a una obra y preguntar por un trabajador a quién no veíamos hace tiempo. La respuesta que obtuvimos fue que “se había ido a tramitar el subsidio”. Ante mi incertidumbre, pregunté a qué se referían con eso. Me respondieron que *“se fue a tramitar ese subsidio que ahora van a dar a los travestis... de ocho mil pesos!”*. Todos reímos por la ocurrencia. El obrero que me había hecho la broma me dijo luego: *“Por 8 mil pesos por mes, ¡hasta yo entrego el culo!”*. Así, y si bien se trata sólo de una anécdota, la misma permite captar la marcada oposición que la masculinidad obrera opone a la masculinidad homosexual. De acuerdo a Palermo, estas bromas de carácter sexual simulan, al

parecer, rituales de pasaje que marcarían cuales son los atributos necesarios y aceptados para las prácticas laborales y cuáles no” (Palermo, 2015: 112). Un caso paradigmático que pasó a la fama fue de “Cogote”, un obrero paraguayo que fue filmado teniendo relaciones homosexuales en una obra en construcción. Luego de conocido el video en las redes sociales, no existe una obra del AMBA en donde no se embrome a alguien llamándolo “Cogote”.¹³⁴



Escrito en un baño de la obra: “Me la como y soy albañil... y qué?”

La última cuestión a la que referiremos se vincula al modo en que es procesada la infidelidad masculina y femenina por los obreros. También se trata de un tema muy recurrente en las

¹³⁴ Diremos aquí que lo masculino hegemónico, además de oponerse a lo femenino, y a lo que llamamos masculinidades subalternas, subordinadas, se opone también a lo homosexual. La masculinidad prohibida está representada por todas aquellas masculinidades que no son fuertes ni aguerridas y que están más conectadas con la sensibilidad. Representa la sexualidad de aquel hombre que no tiene poder de decisión, que no logra imponer su autoridad frente a la mujer, de aquellos hombres que no saben hacer cosas de hombre. Todas estas características se asocian generalmente con lo femenino y, a partir de ahí, con lo homosexual, que se considera casi un equivalente de lo femenino. De acuerdo a Campero (2014), expresiones como “por atrás nunca, yo soy macho” tienen que ver con la territorialización política del cuerpo. El cuerpo es un terreno claramente político, uno de los más políticos que hay. “Ir al frente”, “ponerle el pecho a las balas”, “dar la cara”, “ser un hombre que va”, “que no recula”. Campero destaca esta otra dimensión de la expresión “recluir”, echar para atrás. “Para nuestra cultura, todo lo que está atrás es siniestro: la puñalada por la espalda. Lo que viene de atrás es malo. Entonces, que el ano esté atrás tiene que ver con que la retaguardia quede vulnerable. Hay una mirada muy bélica del coito. El coito es un acto de dominación y colonización. Si el tipo tiene culo, puede que otro lo quiera colonizar. Es un acto político. Hay toda una matriz cultural que territorializa los cuerpos, y toma al ano, en el caso de los hombres, como esa zona tabuizada del cuerpo, en la cual se concentrarían los riesgos de la colonización, en tanto también el hombre tiene un área de su cuerpo pasible de penetración y por tanto pasible de humillación. Todo hombre que se precie de tal, si usa su ano para gozar, es el traidor de los traidores, porque rompe con la ilusión de que todo hombre es sólo frontalidad y no tiene nada erotizable.” (Campero, 2014).

bromas de los trabajadores. Como lo expresan los dichos de “Guampi” (un obrero a quien justamente llaman así como una broma respecto de sus cuernos o sus “guampas”): “*de la muerte y de los cuernos nadie se salva*” para, a continuación, decirle a otro “*te falta morirte nomás a vos, Darío*”.

Existe una figura central en la representación de la infidelidad de la mujer hacia el hombre que es la figura “mítica” del “pata de lana”. La masculinidad construye este mito alrededor de la ausencia del hombre que sale a trabajar lejos de su hogar. Resulta así común a todos los trabajadores, que se ven obligados a “descuidar” sus hogares, al menos en el sentido de ausentarse varias horas, día tras día. Entre ellos, existe el miedo de que, mientras él no esté, llegue a su casa un silencioso “hombre con patas de lana” para engañarlo con su mujer. El mito del “pata de lana” resulta así de un procesamiento colectivo sobre la propia situación. Es una forma colectiva de reconocer la imposibilidad de controlar a la mujer durante las horas de trabajo. Este mito, presentado como chiste, sirve para resistir la incertidumbre. Puede leerse como producto de la contradicción que les implica “trabajar para la familia” y, al mismo tiempo, verse obligado a “descuidarla” diariamente. En relación a esto, uno trabajador me comentó: “*somos todos del club, con los años que tengo seguro ya me gorriaron*”. A los obreros sólo le queda reírse de esto o, al menos, eso es lo que perciben como única alternativa. Como contraparte, está presente la idea de que, cuando a uno de ellos se le presente la oportunidad de estar con alguna otra mujer, tendrá que hacerlo, dado que es hombre y eso se espera de él. Tal vez, psicológicamente, esto opere como mecanismo de defensa para sostener la incertidumbre y la incapacidad de controlar lo que hace “su mujer” mientras ellos no están aunque, claramente, no podemos afirmarlo con certeza.

A pesar de ello, tal vez la vulnerabilidad particular a la que se exponen los trabajadores paraguayos no se evidencie hasta tanto no se la piense en términos dialécticos a la capacidad objetiva que tienen de resistirla. A estas cuestiones dedicaremos la última parte de la tesis.

TERCERA PARTE

El poder en la obra

Introducción

En esta tercera parte abordaremos una última cuestión vinculada al proceso de inserción de migrantes rurales paraguayos en las obras del AMBA. Nos referimos al análisis que surge de considerar a las obras como espacios laborales atravesados y constituidos esencialmente por relaciones de poder.

Ya desde los trabajos pioneros de Fortes y Evans Pritchard en la década de 1940, pasando por autores tales como Bohannan (2001 [1966]); Comaroff y Comaroff (2001), Taussig (1993), Scott (2003), Crehan (2004), Gledhill (2000) o Nash (2008) y hasta los más recientes y cercanos estudios de Virginia Manzano (2008) o María Inés Fernández Álvarez (2002), la antropología política junto a otras disciplinas ha analizado las vicisitudes del poder en contextos históricos y sociales muy diversos. Entre el gran número de aportes y perspectivas, sin duda destacan por su relevancia las tesis de Foucault (1999a, 1999b 2001). A partir del abordaje en profundidad de distintos campos de la vida social, el autor afirmó que, contrario a lo que podría suponerse, el poder no es “algo” que se posee sino que, antes que una propiedad, es una estrategia. Entre las diversas definiciones a las que arribó, tal vez la más amplia sea la que entiende al poder como “la capacidad de accionar por parte de ciertos grupos o sujetos sobre las acciones o conductas de otros grupos y sujetos” (Foucault, 1999a:25).

Un aporte central del autor ha sido el concepto de “microfísica del poder”. A través de este, Foucault postuló que el Estado no es “el” lugar privilegiado y exclusivo del poder, sino que por el contrario, el poder funciona como efecto de conjunto y, por lo tanto, debe buscársele en lo que llamó sus “hogares moleculares” (Foucault, 2001). Si bien un análisis en profundidad del pensamiento foucaultiano excedería el marco de esta tesis, los conceptos presentados nos serán de gran utilidad, dado que lo que nos proponemos aquí será justamente comprender a las obras del AMBA como espacios-parte de este complejo entramado en el que el poder es “producido” a través de relaciones interpersonales. Dicho esto, y dado que no será en sí misma la naturaleza del poder lo que aquí abordaremos (sino la forma en que éste se “realiza” en las obras), a los fines de nuestro análisis apelaremos a esta concepción foucaultiana para indagar respecto de los modos en que cotidianamente las relaciones de poder son construidas y reconstruidas en las obras.

Siguiendo la propuesta del autor, lo que haremos será estudiar al poder en las obras de forma indirecta, es decir, a través de algunos de sus efectos y manifestaciones principales. Nos centraremos así en dos conjuntos de fenómenos que son consecuencia directa de relaciones de poder en las obras. En primer lugar, analizaremos distintos tipos de *situaciones conflictivas* que hemos presenciado durante nuestro trabajo de campo, surgidas a partir de las tensiones que atraviesan las relaciones que los distintos sujetos mantienen entre sí. En segundo lugar, abordaremos los principales modos y actitudes de resistencia (también verificados durante el trabajo de campo) desarrolladas por los obreros en general (y por los paraguayos en particular) y que en cierta medida consideramos contribuyen a “achicar” la asimetría percibida en las relaciones sociales.

El interés entonces por analizar las situaciones conflictivas al interior de las obras se vincula a que éstas suelen representar instancias privilegiadas para visualizar los posicionamientos que los distintos sujetos tienen frente al proceso de trabajo, a la vez que permiten captar el modo en que cada uno se define a sí mismo y es definido por otros en el espacio laboral. En términos generales, estas definiciones mutuas pertenecen al universo de “lo no dicho”, de lo que no puede expresarse abiertamente. Considerar de forma conjunta los conflictos y las resistencias nos permitirá pensar de manera dialéctica la relación entre capital y trabajo, y entre control y resistencia (Montes Cató, 2007). Así, y a diferencia de enfoques que han pensado la conflictividad laboral como un conjunto de “eventos extraordinarios”, como señala Hyman (1981:38 citado en Montes Cató, 2007)

Los intereses de empresarios y trabajadores están en conflicto de una manera radical y sistemática, y las relaciones de poder entre ellos son también necesariamente conflictivas. La frontera de control en un momento determinado representa un compromiso insatisfactorio para ambas partes, y podemos esperar que se realicen intentos para modificar esta frontera siempre que una de las dos partes piense que las circunstancias están a su favor. El conflicto y el cambio son por lo tanto inseparables de las relaciones industriales.

En consonancia con el análisis propuesto por Elías para otro contexto (2003), las tensiones y conflictos grupales e interpersonales en muchos casos son “inherentes” a ciertos vínculos. De ahí nuestro interés por analizar casos concretos, ya que si bien estas situaciones conflictivas pueden permanecer en estado latente, logran aflorar cada tanto, poniendo con esto en evidencia los antagonismos en los términos en que son percibidos y pensados por los sujetos.¹³⁵

¹³⁵ Vale la pena realizar una aclaración. Por “situaciones conflictivas” entendemos aquí a los altercados que tienen lugar entre personas, caracterizados fundamentalmente por suceder “cara a cara”. Con esto no pretendemos comprender los conflictos como producto de una supuesta naturaleza individual, sino dar cuenta de que dejaremos conscientemente de lado conflictos sociales más amplios, que pueden expresarse en reclamos

Por otra parte, el interés por analizar los modos que adoptan las pequeñas resistencias que ponen los trabajadores a la explotación de su fuerza de trabajo se vincula a la importancia de resaltar la agencia de los sujetos en el proceso hegemónico (Roseberry, 2007). Como afirma Virno, “cada vez que el capital se procura fuerza de trabajo, se tropieza con un cuerpo viviente, con el trabajo como subjetividad” (cit. en Abal Medina et al, 2009:120). Como señala Pires Do Rio Caldeira (1989:4)

La dominación coexiste con la resistencia a la dominación, y las culturas actúan en la definición, transformación y reproducción de esas relaciones de coerción. Entre tanto, lo que está en juego es la dinámica de las prácticas culturales complejizadas por relaciones de poder, en las diversas formas en que éstas se manifiestan, y en los diferentes contextos de la vida social.

En este sentido, como mostrara Roseberry, el proceso de instauración de hegemonía representa para las clases dominantes siempre un proyecto y nunca un hecho consumado. De este modo, veremos que tanto los mecanismos de control empresario sobre el proceso productivo como los mecanismos de resistencia que despliegan los trabajadores, adoptan formas particulares en la construcción, distintas tal vez a las de otros escenarios de explotación laboral.

sindicales por aumento de salarios, paros, huelgas y/o distintas reivindicaciones colectivas. Por otra parte, serán analizados tanto casos de “conflictividad horizontal” (Lara Rodríguez, 2003) entendida como aquella que “tiene lugar en el seno de la propia fuerza de trabajo y, en gran medida, fomentada por la gerencia para cumplir con el principio de individualización” (Montés Cató, 2007:4), como casos de “conflictividad vertical”, caracterizada por tener lugar entre trabajadores y gerencia.

Capítulo séptimo

“El ‘Quilombo’ en la obra”

Roles, conflictos y demarcaciones étnicas y de clase en la industria de la construcción del AMBA

Introducción

Como dijimos, en términos generales, los conflictos en las obras pueden ser pensados como producto de una serie de “tensiones” o “contradicciones” que atraviesan al conjunto de los sujetos que allí se congregan. En la mayor parte de los casos que pudimos presenciar, y dejando momentáneamente de lado las cuestiones salariales, estas “tensiones” no resultaban de otra cosa más que de la confluencia de distintas miradas respecto de dos cuestiones fundamentales: el *significado del trabajo decente* (o las valoraciones respecto del trabajo aportado por unos y otros) y el *ritmo y modo de la producción* (o las condiciones de generación y apropiación del plusvalor). Si entendemos que, por un lado, estas miradas se encuentran ancladas a relaciones sociales objetivas caracterizadas por la asimetría y la desigualdad y que, por otro, dichas relaciones sociales poseen una dimensión cultural, es posible analizar los distintos tipos de conflictos en una obra en términos de relaciones “interculturales” entre los roles. Con esto, buscamos superar una visión que entienda a los roles en una obra como “roles vacíos”, que sólo representan “funciones” dentro de un sistema que los trasciende (Montes Cató, 2007:8). Así, intentaremos dar cuenta tanto de la propia naturaleza antagónica inherente a ciertos vínculos al tiempo que destacar ciertas dimensiones socioculturales del proceso productivo.

Recuperemos antes de proseguir algunas cuestiones abordadas en el capítulo anterior. En primer lugar, mostramos que existen modelos de masculinidad que compiten y se disputan en las obras. Así, la masculinidad detentada por los obreros se posicionaba y construía *en oposición* a la de arquitectos e ingenieros (y viceversa). En relación a esto, destacamos la importancia clasificatoria que adquiere la oposición trabajo manual/trabajo intelectual, como distinción prototípica y fundamental que es pensada en términos “esenciales” por los sujetos, dando por resultado la separación de las personas en dos grandes grupos. Por otro lado, mostramos que existen conflictos que surgen en torno a la dimensión etaria, la que suele ser directamente asociada a la experiencia del sujeto y a su capacidad de “ser” trabajador de la construcción. Así, antes de ser considerados miembros efectivos del grupo “etno-laboral”, los

novatos debían atravesar distintos rituales de iniciación que no eran otra cosa que procesos de adecuación a la lógica de lo que denominamos “modelo de masculinidad obrera”.

Ahora bien, existen otros tipos de asimetría en torno a los que también pueden estructurarse situaciones conflictivas. En primer lugar, nos referiremos a los antagonismos de clase que atraviesan las obras y que tienden a representarse y construirse sobre (aunque no necesariamente a equipararse con) aquella distinción fundamental entre trabajo manual e intelectual. En estos términos, y si bien lo que prima en las obras del AMBA es la heterogeneidad de sujetos e intereses, enfocaremos en cuatro actores básicos: obreros, capataces, contratistas y jefes de obra.¹³⁶

Al analizar los roles cumplidos por cada uno de estos actores en torno a la producción, veremos que la diferenciación entre trabajo manual e intelectual se traduce en posicionalidades concretas. De este modo, el conjunto de los obreros será identificado por el resto de los actores con el despliegue cuasi exclusivo de capacidades corporales. En este sentido, como quisimos destacar, resultarán comúnmente invisibilizados los saberes técnicos que muchos obreros despliegan al trabajar.

En oposición a esto, encontramos que ingenieros y arquitectos (jefes de obra) sólo realizan trabajo intelectual, dedicándose fundamentalmente a la lectura de planos, la logística de pedido e ingreso de materiales, la mediación con inversores y dueños de empresas, entre otros. Los jefes de obra generalmente sólo “salen a la obra” una o dos veces por día, con el objeto de verificar algún avance puntual. El resto del tiempo lo pasan en un lugar llamado “la oficina”, en donde se ubican las computadoras e impresoras, el aire acondicionado y, en general, los “papeles” y planos. Esta diferenciación de espacios de trabajo es evidente y reconocida para todos, y las oposiciones que mantiene “la oficina” con “la obra” son notorias (limpieza vs suciedad, orden vs desorden, refugio vs intemperie, etc.).

Entre estos dos polos encarnados por jefes de obra y obreros, existen dos roles “intermedios” en torno a la producción. En primer lugar, encontramos a los “contratistas”. Éstos no realizan trabajo manual sino que básicamente aportan los medios de producción que son utilizados por los obreros para producir. Su rol fundamental es el mantener una red de contactos con empresas constructoras que les permita estar en “la rueda laboral”, consistente en garantizar la continuidad del trabajo luego de finalizada una obra. Dado que, en general, los contratistas

¹³⁶ Vale la pena aclarar que existen otros actores que dejamos conscientemente de lado con esta clasificación. Así, inversores, dueños de empresas constructoras, calculistas, técnicos en higiene y seguridad, delegados gremiales, entre otros, no serán considerados aquí. El enfoque que proponemos busca captar las relaciones más corrientes y cotidianas en la mayor parte de las obras.

prestan sus servicios en distintas obras de forma simultánea, diariamente deben recorrerlas, pasando sólo una pequeña parte de la jornada en cada una de ellas. El resto del tiempo, suelen dejar a un capataz o encargado a cargo en cada obra.



Capataz y carpintero paraguayos

El segundo rol intermedio es el de “capataz” o “encargado”. Su tarea es esencialmente la de mediar entre el jefe de obra y los obreros. Una característica central de los capataces es que, en todos los casos, éstos han sido con anterioridad obreros. Es decir, representan aquellos casos que podrían ser entendidos como “de movilidad ascendente al interior de la industria” y cuya extensión entre los migrantes paraguayos hemos interpretado en términos de “paraguayización” de roles y funciones jerárquicas. Su papel será el de “traducir” en hechos las indicaciones dadas por el jefe de obra, mediante la dirección de la producción que realizan los obreros.¹³⁷

¹³⁷ Cuando la obra es muy importante, o cuando los contratistas no poseen otras obras, éstos pueden hacer la vez de capataces. Sin embargo, las diferencias entre uno y otro son sustantivas. El capataz es básicamente un empleado que cobra un sueldo estipulado de antemano y a quien su empleador exige una producción determinada por quincena o mes. No es un empleador sino un empleado. Por el contrario, y como su nombre lo indica, el contratista es un empleador. Éste posee un interés mucho más directo en los costos y el tiempo de

En las obras de gran envergadura, es posible encontrar un capataz general y varios “punteros”, que responden a aquél y que se encargan de dirigir a las distintas cuadrillas (carpinteros, armadores, albañiles, etc.). En términos analíticos, el capataz deberá ser capaz de conjugar y de mediar entre las distintas lógicas (de obreros, contratistas y jefes de obra), traduciendo a los obreros las indicaciones dadas por arquitectos o ingenieros, con el objeto de lograr la realización concreta de las tareas que hasta entonces sólo figuraban como procesos potenciales en los planos de arquitectura. Dado que su labor principal es la de “mediar” y “traducir” requerirá, si se nos permite la expresión, de cierta “flexibilidad sociocultural” para hacerse entender por unos y otros.

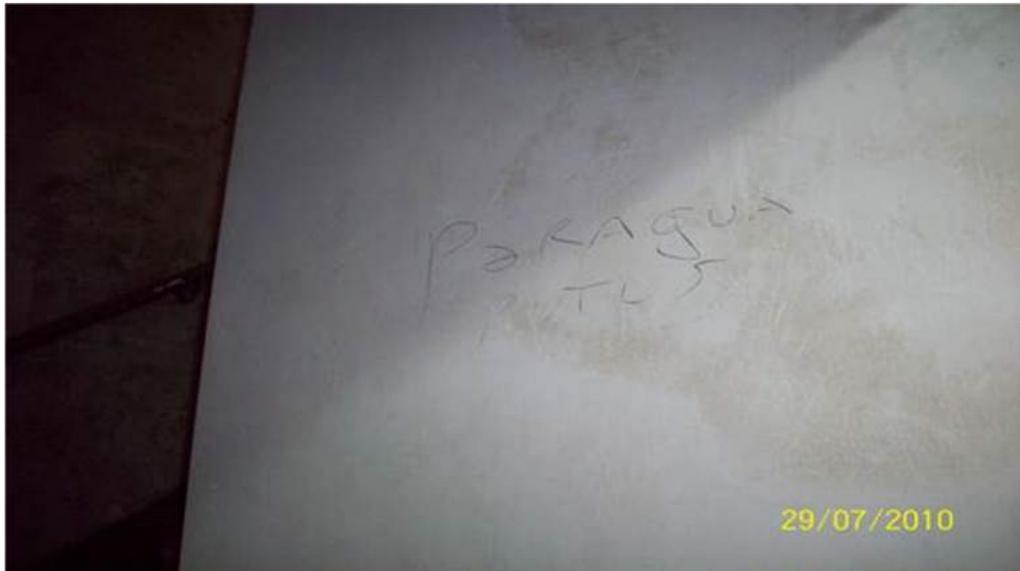
Analicemos ahora las distintas relaciones que los obreros en general (y los paraguayos en particular) pueden mantener con cada uno de estos actores. La clasificación que proponemos simplemente pretende destacar algunas de las tensiones que existen en las obras y que cotidianamente son atravesadas por los sujetos, aunque sin ánimo de agotar las posibilidades ni pretender captar todas las dimensiones que cada conflicto en particular puede hacer confluír. El interés por enfocar en los nodos vinculados al *significado del trabajo decente* y al *ritmo y modo de producir* se vincula a que este tipo de tensiones se manifiestan cotidianamente en las obras (a diferencia, por ejemplo, de altercados relativos al salario que surgen más esporádicamente).

a) Conflictos al interior del grupo de obreros

“Acá, sí, se putean, se dicen lo que quieran... pero es un segundo, después a la media hora se piden disculpas y se cagan de risa, me entendés? Es así, se cargan de lo que se dijeron, me entendés? Y discuten mal, ponele por ahí no se hablan en toda la tarde y después se terminan amigando, viste? No les queda otra...si acá, en definitiva, el trabajo de la construcción es como una casa más que vos tenés... es una familia esto, porque vos vivís más acá que en tu casa. En tu casa, ¿qué estás? Tres horas, cuatro horas como mucho... cinco horas... te bañás y te acostás a dormir, me entendés? Y acá convivís desde las siete de la mañana hasta las cinco y media de la tarde que estás acá, como mínimo...son once horas que tenés que estar con la gente me entendés? El que no le caza la onda es porque no quiere... esa es la viveza de cada uno” (Horacio, obrero argentino. Obra de Nuñez. Febrero 2014)

producción, dado que es quien arregla económicamente con la constructora el trabajo a hacer. El contratista provee su gente y arregla por una suma determinada la realización de tal o cual tarea en un tiempo pautado. En este sentido, si la tarea se hace en un tiempo menor al convenido, gana dinero por ahorrarse jornales. Por el contrario, si sucede lo contrario, se enfrenta a pérdidas.

Las palabras de Horacio señalan algo que se repite en las obras. En general la buena convivencia entre los obreros prima por sobre la conflictividad. En honor a la verdad, debemos decir que este tipo de situaciones son las más recurrentes y que cualquier tipo de altercado entre obreros suele dirimirse al poco tiempo. Sin embargo, queremos aquí destacar aquellas situaciones en las que estas solidaridades son puestas a prueba. Nos interesa pensar de qué modos es señalada la diferencia (además de la ya referida dimensión etaria) en el seno mismo del grupo de trabajadores.



En la pared de una obra con tiza: “Paragua putos”

Si bien es cierto que cuando hay obreros migrantes y nativos en una misma obra, éstos comparten *condiciones similares de explotación*, al preguntar a los obreros de forma general por el conjunto de los trabajadores de la construcción, los obreros señalaron diferencias entre las condiciones a las que se exponen nativos y extranjeros en términos de “trabajo decente”.

“Una vez quise ir a buscar laburo con ese arquitecto, el judío... y entré a una obra, y eran todos peruanos... me fui a la mierda... dije: ‘Éste no paga nada’” (“Guampi”, trabajador santiagueño. Obra de la calle Holmberg. Julio de 2013)

Como señalan las palabras de nuestro interlocutor, suele estar implícita la idea de que los migrantes limítrofes y regionales aceptan trabajar por menos dinero, perjudicando con esto al resto.¹³⁸ Una cuestión a destacar es que, durante el trabajo de campo, esta visión fue sostenida

¹³⁸ Recordemos que, durante la década de los noventa, este discurso fue también esgrimido por sindicatos de trabajadores y representantes del gobierno. Durante estos años, la UOCRA sostuvo una campaña de abierta

tanto por argentinos al hablar de los no - nativos como también “replicada”, por ejemplo, por algunos paraguayos al hablar de bolivianos o peruanos. Se trata de una construcción que parece cumplir un doble papel diferenciador: por un lado, resaltar la diferencia étnica asociada a lo nacional (y en este sentido, distinguir entre distintas “calidades de migrantes”) y, por otro, señalar cierto orgullo por sentirse “gente” que no se deja explotar fácilmente (como sí lo harían otros trabajadores). A pesar de esto, a partir de las entrevistas y del trabajo de campo, pudimos percibir que las diferentes condiciones de trabajo a las que se exponían unos y otros no eran pensadas por los sujetos en términos absolutos ni excluyentes. Por el contrario, todos se reconocían como trabajadores, situación que ellos objetivaban en la categoría de “los laburantes” (una vez más, asociada exclusivamente al trabajo manual).

Ahora bien, y como adelantáramos en el capítulo quinto, era a la etnicidad (asociada a la nacionalidad) a la que los obreros adjudicaban un rol diferenciador al interior del grupo de laburantes. En estos casos, *la diferencia étnica se construía a partir del origen nacional, equiparando ciertas nacionalidades a distintos criterios respecto de lo considerado “trabajo decente”*.

“Y mirá, las ventajas, por lo general el que viene al país...no es que viene y busca una aventura...ya siempre viene con algo...en general, viene a la casa de un familiar...y se adaptan porque son gente...te puedo decir que en La Plata, el 97 por ciento de los que trabajan en la construcción son todos paraguayos y son los más buscados...porque son muy trabajadores... y las mujeres también, porque ellas prefieren de empleada doméstica...si les das a elegir a los toman trabajo...por ejemplo si le ponés a una peruana y a una paraguaya, siempre toman a una paraguaya...por la responsabilidad...porque se conoce que van de otros países...yo también tengo un conocido que lleva gente a trabajar...lleva a un argentino, a un paraguayo...este argentino le tiene que golpear la puerta para levantarlo. El paraguayo le dijo para las siete y está a las siete...el tema, es mucho más fácil...bueno...hay de todas las clases, no? (Entrevista a Almídes, contratista paraguayo. Obra Bulnes. Septiembre de 2010).

Como nos muestra Almídes, los distintos grupos nacionales (argentinos, bolivianos y paraguayos, fundamentalmente) también sostienen miradas sobre unos y otros en términos de *quién trabaja más y mejor*. Algo similar ha sido destacado por Vargas (2005), cuando señaló que los argentinos eran vistos por los bolivianos como “vagos”, mientras que los bolivianos se pensaban a sí mismos como más trabajadores. En estos casos, los discursos de nativos hacia migrantes y de migrantes hacia nativos focalizan en *el ritmo y modo de producir* como pauta

discriminación al trabajo de inmigrantes, sosteniendo que éstos eran los principales causantes de la falta de empleo de argentinos.

de diferenciación. Así, los nativos se piensan a sí mismos como más inteligentes y, en general, como más aptos para la realización de tareas complejas, mientras que los migrantes se piensan a sí mismos como más trabajadores y dispuestos a sacrificarse más al producir.



Caricaturas de un “boliguayo” y de un “trabajador que vende chipa” en las paredes de una obra.¹³⁹

Tanto en el caso de las demarcaciones de diferencia relativas al significado del trabajo digno como de aquellas que hablan del ritmo y modo en que unos y otros producen, entre obreros nativos y extranjeros las relaciones de poder se manifiestan como *poder de nombrar* (Bourdieu, 1991). Dado que unos y otros ocupan roles subalternos frente al proceso productivo, las asimetrías de poder sólo se verifican a través de discursos competitivos que buscan adjudicar características negativas al Otro. Dado que ningún obrero tiene la capacidad

¹³⁹ De acuerdo a Edelstein (1999) el chiste discriminatorio puede ser definido como un “relato colectivo de circulación fundamentalmente oral, cuyo referente – objeto de risa- se vincula con alguna identidad social” (1999: 265). Este tipo de discursos “no oficiales” se orientan a decir lo que no se puede ni debe decir. De acuerdo a la autora, la esencia de lo “cómico” (en oposición a lo humorístico) radicaría en el hecho de que un sujeto se ríe de otro justamente porque no existe identificación posible entre ambos. De este modo, uno ríe y otro es objeto de risa. La autora señala distintos tópicos en torno de los que se suele estructurar el discurso cómico en torno de los migrantes paraguayos. Destaca así la asociación “paraguayo-ignorancia” y el tópico “paraguayo-trabajo poco calificado”. Chistes como “*Los paraguayos son tan brutos que allá ‘mi mamá me mima’ se conoce como trabalenguas*”, harían referencia al primero y, chistes como “*¿cómo se dice ‘trabajo’ en guaraní? Yaservirelté*”, serían ejemplo de lo segundo. Por el contrario, las asociaciones que más se vinculan a bolivianos tienen más que ver con el tema de la higiene y la estética. Se naturaliza así la asociación entre identidad y oficios reservados a las clases bajas. Quizá el componente clasista aparece con mayor claridad en este tipo de relatos. Como señala la autora, no hay diferencias sustanciales entre los chistes que hacen referencia a ciudadanos de países limítrofes y los chistes de negros. El ‘negro’ ocupa el mismo lugar simbólico que el ‘bolita’, el ‘paragua’ o el más tradicional, ‘cabecita negra’. Sin embargo, la “falta de inteligencia” no aparece en los “chistes de negros”. Sí aparece, por ejemplo, en los relatos de antiguos migrantes, como los gallegos. En estos casos, el “defecto” sobre el cual se construye el chiste es la identidad misma: el estigma es la identidad, no pueden separarse.

de accionar concretamente sobre cuestiones tales como el salario o las condiciones de trabajo de otro obrero, no es posible para un obrero nativo condicionar más que indirectamente las acciones de un obrero migrante. Sin embargo, esto no implica que deba soslayarse el poder de estos discursos en el marco de las obras. Recordemos que, de acuerdo a Foucault, los efectos del poder no serían únicamente atribuibles a asimetrías relacionadas con los medios de producción, sino también a dispositivos discursivos y simbólicos que permiten al poder funcionar plenamente. En este sentido, “el poder de nombrar” de determinados modos a los migrantes (“paraguas”, “bolitas” o la construcción abiertamente xenófoba de “boliguayo”) pueden entenderse como manifestaciones que buscan marcar una relación de subordinación del nombrado respecto del que nombra.

“Al boliviano, siempre, los paraguas lo denigran, me entendés? Lo mismo que los paraguas a los argentinos, tampoco los quieren mucho, me entendés? Lo mismo, por la guerra argentina paraguay lo mismo, me entendés? Pero a los paraguas no les queda más opción que venir a trabajar acá porque allá no hay nada y se la tienen que comer sí o sí... y el trato para con el argentino es muy malo... te hablan mal, te hablan en guaraní como si fuera que vos no entendés...y vos le tapás la boca, me entendés? (Rubén, capataz hijo de paraguayos. Obra de Acevedo. Septiembre de 2014)

Un ejemplo del poder de nombrar se vincula a los discursos minusvalorizantes que construyen los nativos respecto de los obreros paraguayos. Recordemos que, más allá de provenir o no de zonas rurales, los paraguayos son pensados en su conjunto como “gente de campo”. Los obreros nativos establecen así una relación entre el origen de estos trabajadores y cierta limitación intrínseca en su capacidad para “comprender” indicaciones, asociada de modo directo al uso del idioma guaraní. Como vimos, esto se debe a que dicho idioma es considerado “indígena”, y suele ser ubicado geográfica y socialmente en alguna parte del “campo”. Así, resulta corriente que los nativos sostengan discursos minusvalorizantes respecto de los obreros que hablan esta lengua, como si el hecho de hablarla fuera evidencia de una suerte de “subalternidad intrínseca” de sus usuarios.



Un obrero boliviano hace “cuernitos” a un obrero paraguayo en el marco de una broma. Como quisimos mostrar, las representaciones relativas a la masculinidad y a la infidelidad femenina no distinguen nacionalidades y, por el contrario, son vividas por todos los trabajadores como parte de un hecho compartido. En este sentido, planteamos considerarla como componente de la identidad de clase obrera, más allá de distinciones secundarias.

b) Conflictos entre capataces y obreros

Como quisimos destacar, los capataces son obreros que han ascendido en jerarquía. De acuerdo al escalafón salarial de la UOCRA, se los considera “oficiales especializados”. Esto es central, dado que pensaremos la relación entre obreros y capataces como una relación que tiene lugar al interior de una misma clase social. Veremos luego que esto no se verifica en las relaciones que los obreros mantienen con contratistas y/o jefes de obra.

En este caso y a pesar de pertenecer a la misma clase social, las relaciones de poder diferencian a obreros y capataces dado que estos últimos sí poseen la potestad de decidir sobre las acciones de aquellos. De hecho, como prerrogativa fundamental, un capataz puede solicitar al contratista que despida a un obrero por motivos que él considere valederos.

“Yo creo que el paraguayo siempre...ha sido muy buen laborante...muy buen obrero...si...a veces surge ese inconveniente de que como lo decía, ‘por qué no te vas a tu país, muerto de hambre’ a veces se escuchan esas frases, pero generalmente no...a mí en una

oportunidad...un gran hombre me habló y me dijo: ‘Andrés, hacele caso a alguien superior a vos...tenele en cuenta, ahora si es inferior a vos, hacé de cuenta que te entra por un oído y te sale por el otro’... eso depende de quién provenga, no?’ (Entrevista a Andrés, Febrero de 2011. Club Atlético Deportivo Paraguayo).



Obrero y capataz boliviano en una obra del AMBA

La relación entre obreros y capataces suele estar signada por un profundo contraste respecto de lo que unos y otros consideran *el ritmo y el modo adecuado de producir*, pero no así respecto del *significado del trabajo decente*. En general, un capataz arbitrará los medios frente al contratista para que éste último provea a sus muchachos, entre otras cosas, guantes, calzado apropiado, ropa de trabajo, etc. También será quien autorice a los obreros a retirarse más temprano o quien otorgará días libres para realizar trámites, etc. En general, el capataz buscará que las condiciones en las que su “gente” trabaja sean las mejores posibles. Recordemos que él es quien debe negociar con jefes de obra y contratistas distintos acuerdos referidos a horas pagas, adicionales y demás.

A pesar de esto, la presión que el capataz ejerce sobre los trabajadores en relación al tiempo y forma en que se hacen las tareas es inherente a su rol. Un capataz que no presione a su

cuadrilla para realizar las tareas más rápido y mejor tendría poco futuro en la construcción, tal y como resultan las cosas al día de hoy. Por supuesto, existen grados implícitos en los cuales esta presión será aceptada o no por los obreros. En reiteradas oportunidades, nos tocó presenciar quejas que los trabajadores efectuaban a su capataz hasta el punto de lograr que en algunos casos los capataces sean removidos por el contratista.



Capataz paraguayo “puntero” de cuadrilla de armadores

Ahora bien, los capataces que dirigen el trabajo de migrantes paraguayos pueden ser, o bien otros paraguayos, o bien argentinos. No hemos encontrado cuadrillas de trabajo en las que el capataz sea, por ejemplo, boliviano y los trabajadores paraguayos. En principio, persiste la

idea de que los únicos que podrían dirigir el trabajo serían o bien los nativos, o bien personas de la misma nacionalidad. En los casos en los que el capataz también es paraguayo, sin duda el manejo del guaraní configura un recurso para la organización de la cuadrilla. En este sentido, este aspecto compartido será organizado con el objeto de que la cuadrilla trabaje más y mejor. Esto puede pensarse a partir de la existencia de cierta “solidaridad étnica” entre el capataz y sus trabajadores, dado que un capataz paraguayo jamás marcaría una diferencia cultural en términos despectivos respecto de sus muchachos.

Por el contrario, las veces en que nos tocó presenciar trabajos de obreros paraguayos a cargo de capataces argentinos, algo de lo anteriormente señalado volvía a hacerse presente. Así, muchas veces, se presentaban serias dificultades para sostener un proceso comunicativo eficaz entre unos y otros. Presenciamos un incidente surgido a partir de que un capataz argentino decidió echar a un obrero paraguayo de una obra, porque “no le entendía lo que decía”. De acuerdo al capataz, la situación habría llegado al punto en que los malos entendidos estaban repercutiendo negativamente en el avance de la obra. En relación a esto, y puesto que tuvimos la oportunidad de conversar varias veces tanto con el capataz como con el obrero, podemos afirmar que, más que tratarse de diferencias relacionadas con la lengua, los problemas entre ambos parecen haber tenido más que ver con los modos en que uno y otro concebían el trabajo a realizar. De esta forma, mientras que el obrero paraguayo (recién llegado del Paraguay) pretendía realizar una tarea de una forma particular (picado de superficie, revoque y posterior aplicación de silicona), el capataz consideraba que esto debía ser resuelto de otro modo. En este sentido, lo que terminó por ser interpretado como un problema de comunicación surgido del “mal uso del castellano” por parte del obrero, en realidad, parece haber tenido más que ver con *visiones distintas sobre el modo y la capacidad del obrero para producir*.

A través de esta situación se aprecia aquello que señaláramos referido a que, en algunas oportunidades, el uso del guaraní es presentado como “prueba” de inferioridad, como un aspecto de las personas que los torna menos competentes en general. Si se quiere, el uso del guaraní funciona como el primer argumento, como la “evidencia más evidente” de las limitaciones del Otro para cumplir en tiempo y forma con las tareas asignadas. En otras palabras, ante un error cometido por un obrero paraguayo, la primera y más efectiva explicación será aquella que lo culpabilice en tanto no hablante de la lengua hegemónica y, por lo tanto, en tanto limitado cognitivamente para comprender el modo en que “se hacen bien las cosas”.

c) Conflictos entre obreros y contratistas

Esta relación ya aparece signada por el antagonismo de clase. Sean quienes sean, obrero y contratista se ubican en lugares distintos del proceso productivo y de generación y apropiación del plusvalor. Más allá entonces de que sea o no paraguayo, el contratista poseerá la capacidad concreta de adquirir la fuerza de trabajo del obrero y de ponerla a su servicio. Su ganancia proviene pura y exclusivamente del trabajo realizado por los obreros, dado que él no realiza trabajos que puedan ser considerados productivos.

Analicemos con más detalle el caso puntual de un contratista paraguayo, a quien llamaremos Benítez. Luego de muchos años de trabajo (como obrero primero y como capataz luego), Benítez decidió “ponerse por su cuenta” y convertirse en contratista de albañilería. Esto le fue posible gracias a la buena relación que logró cultivar con un arquitecto argentino, quien cíclicamente le encomendaba nuevas obras. Al momento de entrevistarlo, nos confió que pudo hacer esto gracias a una importante ayuda económica de su familia, quien posee aún varias hectáreas de campo en Ypacaraí y le prestó dinero para comprar trompitos, un guinche y herramientas para empezar. Su experiencia temprana en la industria de la construcción de la ciudad le había proporcionado ciertos conocimientos fundamentales (como el de saber leer planos pero, más importante aún, el de conocer el “panorama” del mercado de la construcción edilicia) así como ciertos contactos con proveedores. Junto al apoyo financiero de su familia, esto contribuyó a posicionar en lugares distintos a Benítez y a los obreros paraguayos que hoy trabajan para él.

“Benítez”

“Yo con la gente mía no me considero un patrón para ellos...yo me considero un obrero más y... punto...ahora sí, ahora por lo menos ya no laburo más... antes laburaba a la par de la gente... ahora por lo que no tengo tiempo, viste?... ahora yendo de un lado a otro no... no puedo laburar viste pero me paso en la obra... tengo...me gusta”.

“Ponele: un oficial allá en Paraguay, un oficial bien pago debe estar...ponele...en los cincuenta mil guaraníes (hacia 2008)...que vendría a ser... este... como mucho supongamos veinte mangos, veinte pesos (se refiere al jornal pagado por entre ocho/diez horas de trabajo)...entonces el tipo le paga... le paga valor guaraní...le da la comida pero qué es la comida... le da un guiso... carrero así comunacho... que cuánto te puede salir...un plato de comida así? Pero allá no hay laburo, eso... vienen porque...vos por ejemplo tenés un laburo, un oficio, laburarás tres veces por semana y tenés cuatro cinco chicos que mantener o... o dos

pibes que van al colegio... te cagás de infeliz. Es el caso de "Piri" (uno de sus obreros)... yo por ejemplo a él, a él le dije bien: 'mirá yo te pago la misma plata... porque primero él estaba trabajando con la otra parte de la gente (un capataz de albañilería que tiene a cargo otros obreros en la misma obra) yo le daba la plata al tipo los fines de semana y después arréglense ustedes... que pague a su gente.... No les pagaba, no les pagaba... y bueno un día me viene este ("Piri") y me dice...no, dice, no me paga que qué se yo... que yo tengo que mandar plata allá, dice". Entonces con "Piri" hablamos así: me pidió prestado plata y le digo: 'yo en este momento no tengo, le digo, pero voy a ver si mañana te consigo' yo quería ver, como es, eh... de qué lado me la tiró, viste, el préstamo (se ríe con picardía), después me dice...'yo tengo que mandar un millón seiscientos mil guaraní a Paraguay' que son como son casi mil mangos... pero le digo...'pero vos no llegás a mil mangos por mes'. "Si", dice, "pero pidiendo acá y allá, y a aquél, llego... porque... este año se recibe mi hija... y yo me comprometí"', dice... todo bien, le digo... y yo le ayudé en unas cuantas cositas, yo le ayudé... pero después entonces... cuando lo veía mal a él... que ya se le venía la noche le digo 'mirá, yo te puedo ofrecer trabajo, le digo, pero yo pago 35 mangos... de ocho a cinco, ganás treinta y cinco mangos por día... si te querés matar, te vas a matar sólo...pero, entre compañeros se ayudan... y nadie se mata laburando... yo no les prohíbo el tereré, no les prohíbo el mate, no les prohíbo nada... lo único que les prohíbo, en el horario de trabajo es la bebida" ... 'Ah, bueno, yo no tomo que qué se yo...bueno" bueno, está todo bien, pero yo esto es lo que te puedo decir... 'ta bien, ta bien'. Bueno, la vez pasada me dice: 'Don (Benítez) conseguí un lugar donde me pagan unos manguitos más y quiero probar' 'tá bien le dije', me quiso presionar de ese lado...le dije: 'mirá, si conseguiste algo mejor no hay ningún problema... andá probar si te anda mal avisame, por ahí yo tengo algo...que... te vuelvo a tomar...bueno... ya la semana pasada laburó dos días... esta semana se fue... está laburando... recién se fue y quiere juntar esa plata por eso, no puede porque... ni come... por eso yo muchas veces le compraba comida, le tiraba...y no sé... no sé qué estudio hace el pibe para que tanta plata junta, si vos tenés un oficio, pero sino... es muy difícil" (Entrevista a Benítez, obra Pumacahua. Febrero de 2008).

A nuestro entender, a lo largo de su conformación como "pequeño empresario contratista", Benítez ha desarrollado una mirada contradictoria respecto de sus "paisanos". En primer lugar, el hecho de extraer su ganancia a partir de la apropiación del plusvalor producido por sus connacionales, parece afectar en forma importante su identificación como "paraguayo". En relación a esto, Benítez nos transmitió durante las entrevistas que él se siente "más argentino que paraguayo". Desde un punto de vista material, esta representación podría ser

pensada como un correlato simbólico que le permite justificar su situación de explotador de fuerza de trabajo paraguaya. La elaboración conceptual que realiza sobre su rol en la cadena productiva de la obra es bastante contradictoria: considera que él da trabajo a sus connacionales, pero no ve la situación por la cual su ganancia proviene de la explotación del trabajo de éstos.

“Claro, si yo veía a la gente... los domingos yo llegaba y veía a la gente que hablaban... y yo llegaba y todos calladitos, viste? no, y un día lo cacé a uno y le dije... ‘a ver qué pasa vos, a ver vení qué pasa acá ¿algún problema de plata tienen ustedes? Si yo todos los fines de semana la plata la pongo’... y no, me dicen... que la semana pasada no cobré... y ahí empezaron a saltar todos... y ahí saltó Piri, primero saltó Piri... y ahí le digo, mirá, yo la guita la traigo el viernes, si no es el viernes, el sábado a la mañana... y ahí empezó a hablar él, y otro, y otro y otro más... y ahí lo cacé, viste (al puntero de albañiles que él contrataba) yo a partir de todo el quilombo que tuvo viste, le pedí la cuenta total de toda la plata le daba a la gente... los fines de semana le voy a pagar y voy a ir saldando la cuenta de a poquito... y ahora están todos contentos viste porque estoy administrando yo... viste, les digo esto te sobró, se pagó toda la gente... esto es lo que te está sobrando a vos...y a ese (al puntero) le decía: ‘si necesitás sacar gente, sacá porque hay gente que está boludeando, gente que no te va a servir, entonces... te va a chupar los jornales...entonces, empezá a sacar gente...y yo... eh... le daba los nombres a quien sacar...pero él no los sacaba viste... pero bueno, eso ya es problema de él viste,... y así laburábamos... seguimos laburando así” (Entrevista a Benítez, Obra de Pumacahua Febrero de 2008).

El análisis de este conflicto muestra con claridad las distintas posiciones entre obreros y contratistas, más allá de su origen nacional o adscripción étnica. Claramente, la conflictividad surge en términos de clase y en relación al valor del trabajo. Si bien la nacionalidad sería algo que Benítez y Piri en principio comparten, Benítez no se adscribe como paraguayo sino como argentino. Como dijimos, esto le permite posicionarse menos contradictoriamente frente a la explotación de la fuerza de trabajo de sus connacionales.

Como contratista, Benítez pretende ser “uno más” de sus muchachos, sin embargo, el resto de los trabajadores no lo ve así. Abiertamente, llegado el punto, surge el conflicto por el valor del trabajo. Benítez busca destacar que él se preocupa por la dignidad de sus trabajadores (ya que él les da el dinero en la mano y “nadie se mata laburando”). Sin embargo, los obreros no comparten este sentir. Podemos ver que Benítez manifiesta “verbalmente” un compromiso con la decencia del trabajo de sus obreros (no les prohíbo nada, me siento uno más de ellos).

Sin embargo, a diferencia del rol de capataz (quien no tiene potestad directa sobre esto) no reconoce que la dignidad en las condiciones laborales, en última instancia, dependen de él (al otorgarles ropa de trabajo, elementos de protección personal, etc.). Por otra parte, sostiene disputas con ellos respecto del ritmo y modo de trabajo (“hay gente que está boludeando y que chupa los jornales”).

Veamos, por último, el tipo de conflicto en el que se verifica la mayor distancia social entre los sujetos.

d) Conflictos entre obreros y jefes de obra

“Bajan en Retiro y ahí nomás se van a la 31 y desaparecen,
ni documentos ni nada, no pasan por ningún otro lado,
ya se quedan ahí”

JEFE DE OBRA ARGENTINO

Como quisimos mostrar, si bien difícil, es posible para un trabajador paraguayo convertirse en capataz (y hasta en contratista) en las obras del AMBA. Ahora bien, el tipo de relación social que describiremos a continuación está caracterizado por la absoluta imposibilidad de convertirse uno en otro. Estaríamos así ante una relación social que se caracteriza por la *Otredad radical* entre los sujetos y los roles.

El trabajo de campo en obras nos ha mostrado que es “virtualmente imposible” que un migrante boliviano o paraguayo trabaje como arquitecto o ingeniero. Ser paraguayo en las obras del AMBA siempre implica ser obrero, capataz o, a lo sumo, contratista. Sin duda esta imposibilidad responde a una estructuración histórica y social profunda por la que, en Buenos Aires, los ingenieros y arquitectos suelen ser de clase media o media alta y, con esto, fenotípica y socialmente “blancos”.¹⁴⁰

“Si... ha venido alguno, bueno, a decir que se fue a atender a algún centro público de acá de Argentina y bueno...como siempre, “volví a tu país”, paraguayo eso” y bueno, ese tipo de situaciones...muy puntuales, pero...yo no lo tomaría mucho como referencia porque...ese

¹⁴⁰ Si bien, como mostraran Margulis y Urresti (1999), a diferencia de otros países, las categorías de raza en Argentina no operan exclusivamente en torno a lo fenotípico, éstas han sido reinterpretadas y adaptadas al contexto social y cultural para seguir funcionando como discurso subordinador. Así, los autores se han referido a la “racialización de las relaciones de clase”, proceso por el cual se tiende a “negritizar” socialmente a ciertas poblaciones con el objeto de que acepten imágenes sociales distorsionadas y contrarias a sus intereses. Para el caso paraguayo específicamente, Halpern (2009) ha complejizado esta afirmación hablando de “eticización de las relaciones de clase”.

tipo de cosas no, no...no hace a lo general...es poco común. si, por ahí te puedo decir, por amigos, así.. el tema de “portación de cara”, viste, te identifican... el paraguayo, vos tenés que mirarlo bien, o escucharlo hablar para saber que...y creo que pasa más por una cuestión de piel...nada más...la ignorancia que trae la gente” (Entrevista a Estanislao, obra de Cerrito. 2006)

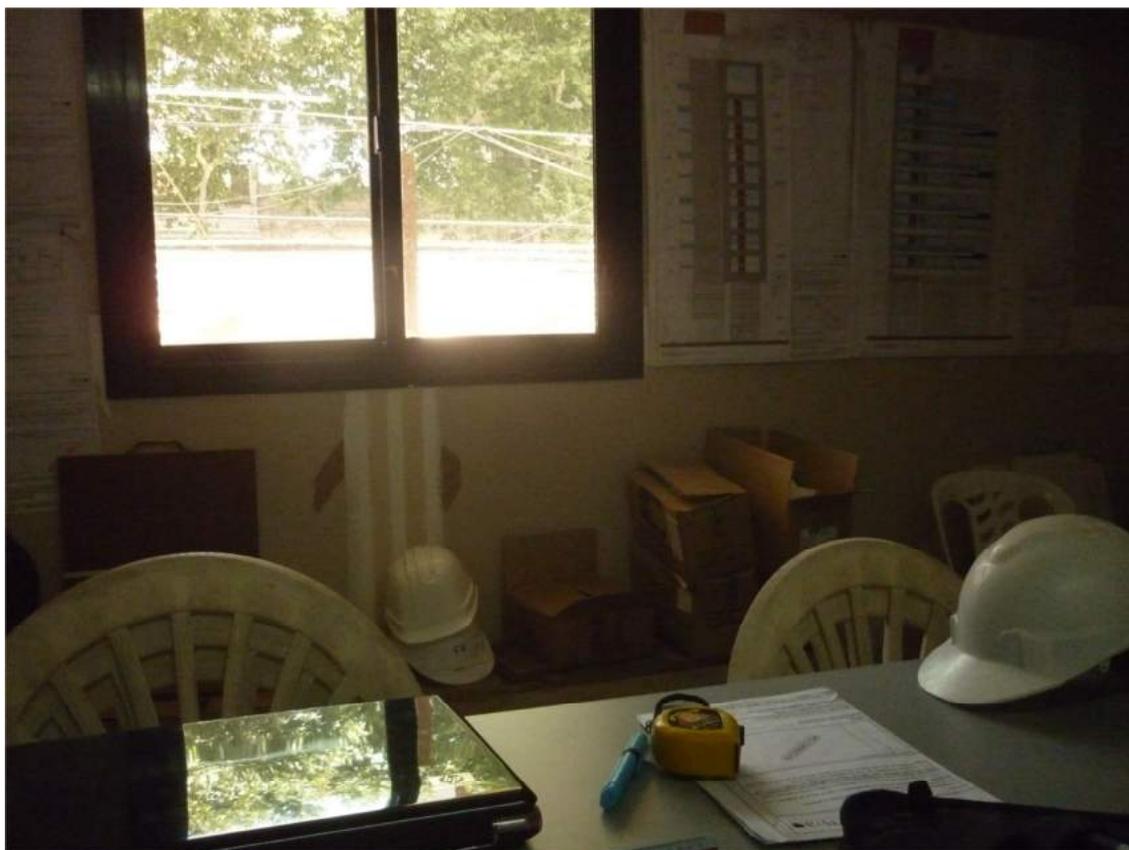
En este sentido, para los jefes de obra, los paraguayos se presentarán como un subgrupo más estigmatizado dentro de la categoría de los “negros” o “cabecitas negra” (o de su eufemismo en las obras, los “morochos”). Queda sobreentendido con esto que la propia naturaleza del “negro” implica la imposibilidad absoluta de ser ingeniero o arquitecto. En caso de serlo, estaría con esto perdiendo su “negritud” social. Es por esto que las profesiones en la industria de la construcción hablan del lugar social más que del técnico. Si bien un contratista “negro” puede llegar a ganar mucho más dinero que un arquitecto empleado por la empresa constructora, jamás un “negro” estará a cargo del proceso productivo. La dirección de la obra sólo puede descansar en “profesionales, nativos y blancos”, porque esta dirección significa poder. En otras palabras, no se deja de ser “negro” simplemente por ganar mucho dinero. Será un requisito subrepticio del cargo de jefe de obra el “no ser negro”, es decir, ser blanco. Todo aquél que no sea socialmente “blanco”, pasará automáticamente a engrosar las filas de los “cabecitas negras”, tenga o no poder adquisitivo y sea o no obrero. El único modo posible de ascender socialmente al cargo de jefe de obra es “blanquearse” y esto sólo se consigue estudiando ingeniería o arquitectura.

“Si...acá muchas veces se escucha que se le discrimina a los paraguayos que “ustedes vinieron a acá...sacan todos los trabajos a los argentinos...” en la construcción decimos eso, porque la mayoría de los paraguayos trabajamos en la construcción, pero en las quintas, a los bolivianos le dicen lo mismo...porque lo único que trabajan las quintas son los bolivianos...no existe otra colectividad que trabaje en las quintas que no sean los bolivianos...por lo menos acá...pero te puedo asegurar que cualquier empresario que tenga que hacer una remodelación, siempre te va a elegir a un paraguayo...sin la menor duda” (Entrevista a Marcelo, electricista paraguayo. Obra de Amenábar. Agosto de 2007)

Está de más decir que esta clasificación social sirve para subalternizar y jerarquizar a las personas, dado que posee correlatos concretos en la distribución de los espacios reservados a unos y otros. Así, al contraste al que ya referimos entre “oficina” y “obra”, deben agregarse diferenciaciones de otros espacios humanos. Por ejemplo, los baños de obreros y jefes de obra

suelen ser distintos (uno caracterizado por la suciedad y el otro por la pulcritud), y lo mismo sucede con los espacios destinados a la alimentación.

Con excepción de los días de asado, jefes de obra y obreros no almuerzan en el mismo lugar. En general, los trabajadores comen en un “comedor”, que puede ser improvisado o no, pero al que rara vez ingresará nadie que no sea obrero.



Oficina de obra

“Fue una investigación que hizo página 12 allá por fines de los ochenta y yo recuerdo que en aquella entrevista hicieron en las preguntas ‘¿esta de acuerdo con que su hija se case con un paraguayo?’ y las clases populares como que no había problema, había una valoración porque el paraguayo es trabajador pero en las clases medias para arriba sí, ahí aparece la subestimación cultural, el paraguayo quedó estereotipado como el albañil y la doméstica...ese es un claro problema de la sociedad argentina, no sólo con los paraguayos, sino con sus propios provincianos, es terrible eso. Hoy en día sigue estando vigente y es terrible. Por eso digo, eso como negativo. No tenemos la discriminación racial pero sí la subestimación cultural, encasillado en albañil o doméstica entonces si alguien aspira a más, a profesionales ya no piensa en paraguayos en su imaginación, después si se conoce un

paraguayo y se gana bueno se va integrando ¿no? pero en forma personal se lo van ganando eso. Dificultad, el idioma también y hace a la subestimación...el paraguayo se come las eses, entonces a la vista de la clase media el paraguayo es un bruto, un ignorante o es medio tonito inclusive aparentemente en esa mirada y, sin embargo, yo pienso, después de conocer también a mi gente, a lo mejor al principio yo pensaba lo mismo como ciudadano. Mezclándome con nuestros campesinos yo me di cuenta que es al revés, mucho más rápido piensa, no habla mucho, habla lento pero piensa muy rápido por una cuestión de supervivencia y adaptación, para no meter la pata se calla y te mira. Por lo general un porteño de clase media piensa que, bueno, le esta dando vueltas, le está enroscando y el otro no entiende nada pero el campesino y hablo del campesino específicamente está pensando dos jugadas más en el ajedrez de la comunicación. Eso lo descubre uno en la complejidad del ser paraguayo ¿no? (Entrevista a Miguel, periodista paraguaya y miembro de una organización social paraguaya de La Matanza. Febrero de 2011)

Presenciamos también un conflicto bastante importante entre un obrero paraguayo y el jefe de la obra de Acevedo. El obrero reclamaba un monto no pagado, dado que había realizado tareas en balancines y esto debía considerarse como un adicional en el salario. Fue una discusión por dinero. Uno argumentaba que se había pactado el pago de una suma determinada por la realización del revoque exterior de unas vigas con el balancín. El asunto es que el obrero argumentaba que el pacto era por metros lineales y el jefe de obra que era por metros cuadrados. El obrero decía; “mañana traigo la cinta y vamos a medir todo, todo, todo”. El jefe de obra afirmaba que se había pagado lo convenido y que no correspondía ningún reclamo.

A nuestro entender, el problema surge justamente a partir de que el arreglo fue (como tantos otros en la construcción) “de palabra”, con lo cual no existía ningún papel firmado. La amenaza de la patronal era: “bueno, después de esto, yo no sé si te vuelvo a llamar para otro laburo”. Y el reclamo del obrero era: “yo tengo familia a que atender y me llevó mucho tiempo hacer el laburo”. Los motivos de la discordia pasaban, para uno y otro, por la *ruptura del pacto tácito de confianza*. Una vez que el obrero se retiró, el jefe de obra se descargó con nosotros:

“Estos paraguas, les das la mano y te agarran el codo...viste cómo me habló? ¿qué soy yo, paisano suyo?” (Facundo, jefe de obra Acevedo. 2014).

Capítulo octavo

“Las pequeñas barricadas cotidianas”

Control empresarial, resistencias y organización colectiva en (y por fuera de) las obras

Introducción

En este último capítulo nos dedicaremos a analizar la “otra cara” del poder en las obras, esto es, las resistencias, individuales y colectivas, que los obreros despliegan contra el control y la disciplina que impone el sector empresarial sobre el proceso de trabajo.

Desde sus mismos inicios, el capital ha pretendido adaptar la fuerza de trabajo a la producción (Coriat, 1982; Gaudemar, 1991; Harvey, 2003, 2008; Leite Lopes, 2011; Marx, [1867]; Neiburg, 1988; Ribeiro, 2006). En su incesante búsqueda por imponer un determinado esquema de dominación en los espacios de trabajo, la gerencia ha apelado tanto a factores materiales como simbólicos, partiendo de que “cuanto más afianzados estén ambos en las relaciones laborales, más dificultad encontrarán los trabajadores para expresar sus intereses de manera colectiva” (Montes Cató, 2007:1). A partir de esto, poco a poco fue surgiendo la preocupación capitalista por el *problema de la administración empresarial de la fuerza de trabajo* (Figari, 2004; Figari y Palermo, 2009).

De acuerdo a lo subrayado por Braverman (1974:75), el control surge a partir del hecho de que la compra de fuerza de trabajo (a diferencia de otras mercancías que no crean valor) plantea al capitalista ciertos problemas a la hora de estimar y calcular su aprovechamiento. Así, como expresara Gaudemar (1991), el interés por modelar un tipo de trabajador acorde a las exigencias de la producción ha conducido a distintos tipos de regulaciones y controles sobre los espacios de las relaciones sociales de los trabajadores.

De forma conjunta, algunos autores han sugerido que el control de la fuerza de trabajo no sería posible sin la existencia de cierto “consentimiento” (Burawoy, 1989), a través del cual el capital consigue organizar a los grupos subordinados “con el fin de que acepten una imagen de sus propios intereses emanada desde arriba” (Palermo, 2012: 43). En el mismo sentido, otros autores destacaron procesos de “reproducción de la adaptación al orden” (Althusser, 1975) que demandarían tanto la “reproducción de su sumisión a la ideología dominante para los obreros como una reproducción de la capacidad de manejar bien la ideología para los

agentes de la explotación” (Althusser, 1975: 15). Algo similar fue destacado por Willis (1978) al analizar los procesos por los cuales cada nuevo miembro de la clase obrera internaliza imágenes de clase y modos de acción acordes a su posición frente al capital.

Como vimos, en el proceso de subsunción de la vida al capital, “el objetivo es obtener un compromiso, una implicación, una movilización de los recursos subjetivos al servicio del trabajo operando en las inscripciones identitarias” (Linhart, 2002 citado en Montes Cató, 2007). Como parte de ello, a través de mecanismos muy diversos se ha buscado controlar tanto las interacciones entre los trabajadores en su lugar de trabajo como aquellas que suceden por fuera de él, en un claro intento de extender la lógica productiva a otros ámbitos extra laborales.¹⁴¹

Frente a estas propuestas, Nash (2008) ha brindado elementos analíticos para abordar los procesos de instauración de hegemonía desde una perspectiva que incorpora a la clase obrera como “sujeto creativo, activo, partícipe” (Palermo, 2012: 28) en la producción de su modo de vida, a través de acciones que logran escapar a la lógica empresarial, dando lugar a posicionamientos “contrahegemónicos” (Nash, 2008). La autora propone pensar estos procesos como históricos, dinámicos y contradictorios, proponiendo como eje de análisis las prácticas y experiencias colectivas de resistencia.¹⁴² Éstas experiencias darían lugar a un sentido de identidad de comunidad y de clase, ya que es a través de procesos de este tipo que la experiencia compartida se consolida y transforma en una concepción propia (Palermo, 2012). Parafraseando a Thompson (1979), la clase obrera se irá “haciendo a sí misma”, aunque nunca bajo las condiciones elegidas por ella.¹⁴³

¹⁴¹ Ejemplos conocidos del control “extra-laboral” han sido, entre otros, la segregación residencial de la clase obrera en barrios específicos (Cravino, 2006; Elías, 2003; Mera, 2008; Herzer, 2008; Wacquant, 2010) o la instauración de campamentos para los trabajadores en las obras y/o sus intermediaciones (Del Águila, 2009; Ribeiro, 2006).

¹⁴² Algo similar será propuesto por Roseberry (2007). El autor reconstruye el concepto gramsciano de hegemonía, proponiendo su reemplazo por el de “proceso hegemónico”. De esta forma, consigue matizar su alcance, mostrando que la dominación siempre es un proceso, nunca completado. En este sentido, entiende que la instauración de órdenes hegemónicos debe ser entendida siempre como un “proyecto” de los sectores dominantes (y, eventualmente, de los subalternos).

¹⁴³ Willis (1978) llegaría a la misma conclusión, aunque recorriendo el camino teórico inverso. Analizó los procesos por los cuales la clase obrera inglesa se construye subjetivamente al interior de cada nuevo obrero. De esta forma, el autor concibió a la “cultura de clase” no como un modelo neutral, ni como una categoría mental, sino como un constructo compuesto de experiencias y relaciones sociales que configuran de manera real y experimental el universo de opciones de los sujetos. Los procesos a través de los cuales llega a entenderse subjetivamente y a aplicarse objetivamente la fuerza de trabajo contribuyen tanto a la construcción de las identidades de los sujetos particulares como a las de las formas distintivas de clase en el nivel cultural y simbólico. En este sentido, “la identidad de clase no se reproducirá realmente mientras no haya pasado por completo a través del individuo y del grupo, ni se haya recreado en el contexto de lo que se presenta como

El conjunto de estos enfoques comparte el hecho de ser coherente con una visión general de *cultura* que, en términos de Gramsci (1981, 1992), puede ser entendida a la vez como “concepción del mundo” y como manera de experimentar y vivir la clase. Si bien es cierto que el autor pensó a la cultura desde diversas ópticas complementarias, para él “la cultura nunca representó un ámbito autónomo, sino que surge de la interacción de múltiples procesos históricos en determinadas coyunturas” (Crehan, 2004: 93). En este sentido, puede pensarse que la dimensión cultural de la experiencia de los obreros paraguayos en el AMBA es el resultado complejo de diversos modos de significar su propia situación, siendo estos modos tanto el producto de reapropiaciones de sus experiencias de trabajo previas en el sector rural como el resultado de nuevas vivencias en las obras y el AMBA.

El control empresarial sobre el proceso productivo en las obras

En términos generales, bajo el capitalismo, la disciplina dentro del espacio laboral y el control social del “cuerpo político” (Scheper-Hughes y Lock, 1987) constituyen elementos esenciales de la organización del proceso de trabajo (Soich, 2007). En este sentido, en las obras, la creación de “cuerpos dóciles” (Foucault, 1989) se presenta como un factor esencial del control del trabajo (Harvey, 1998), expresándose en la instauración de un conjunto de reglamentos de conducta, normas y sanciones disciplinarias. Estas normas reglamentan la necesidad de limitar al máximo posible la solicitud de licencias, las inasistencias injustificadas y otras transgresiones vinculadas, por ejemplo, al sabotaje de máquinas o al hurto de materiales de trabajo (griferías, cables de cobre, herramientas, cerámicas, bolsas de cemento, etc.), hechos todos muy recurrentes en las obras.

En la industria de la construcción, el *control de la fuerza de trabajo* se traduce en un conjunto de estrategias desplegadas por los empresarios tendientes a constreñir al trabajador a las condiciones del trabajo asalariado, poniendo distintos tipos de límites y obstáculos al desarrollo de la subjetividad y/o la organización colectiva de los trabajadores. El método de control más frecuente lo representa la presencia efectiva de agentes de control directo en las obras (capataces, personal de seguridad, otros encargados). Entre sus atribuciones se cuentan las de revisar los bolsos de los obreros cuando se retiran (para evitar hurtos), realizar controles de alcoholemia o limitar las salidas de los obreros durante el horario de almuerzo.

violación individual y colectiva” (Willis, 1978: 13). El autor denominó “contra-culturales” a los discursos de clase contruidos como forma de resistencia (Willis, 1978).

Existen asimismo dispositivos de control “inanimados”, como ser los “relojes fichero” que obligan a los operarios a marcar tarjeta al ingresar y al egresar de la obra. A través de este tipo de mecanismo, el empresario se asegura de pagar exclusivamente por las horas trabajadas, a la vez que le sirve indirectamente como medio de control del ausentismo y del cumplimiento del horario de trabajo. De forma indirecta, sirve también como medio de evaluación del “compromiso” del trabajador con el proceso productivo y la empresa.

Nº **236**
 NOMBRE **AGUIRRE**
JOSE'

CRONOS S.A. BUENOS AIRES San Martín 663 - T 4312-3061

	MAÑANA		TARDE		TIEMPO EXTRA		Total
	Entró	Salló	Entró	Salló	Entró	Salló	
16	6 34			5 16 02			
17							
18							
19	6 30			5 17 59			
20	6 45			5 18 00			
21	6 34			5 16 07			
22	6 41			5 18 05			
23	6 55			5 18 10			
24	6 36			5 14 33			
25							
26	6 35			5 18 13			
27	6 31			5 18 06			
28	6 31			5 18 02			
29	6 31			5 17 59			
30	6 50			5 16 23			
31							

	Horas	Tipo	\$
Tiempo Ord.:			
Tiempo Extra:			
Total:			

Tarjeta de un ayudante de albañil.

La empresa exige que a las 7 am los obreros estén trabajando, con lo cual estos deben llegar una media hora antes para cambiarse y prepararse. En promedio, los trabajadores pasan en las obras unas once horas y media. Si a esto se suma el tiempo destinado a viajar hasta el lugar, obtendremos que el obrero promedio se encuentra afectado al trabajo durante unas 14 horas diarias.

Un método más novedoso de control lo constituyen las cámaras filmadoras. Éstas han comenzado a implementarse en los últimos años, bajo el alegato de servir a cuestiones de seguridad. Si bien este medio de control es reciente en las obras, puede decirse que desde su introducción ha transformado significativamente los espacios laborales. Como una suerte de

panóptico foucaultiano, las cámaras generan incertidumbre y temor en el trabajador ante la posibilidad de estar siendo observado por el patrón. Esto se debe a que es sabido que el empresario puede acceder a estas cámaras desde cualquier locación a través de su teléfono celular, por ejemplo, con el objeto de controlar que los trabajadores no se retiren antes de la obra. Como fuera referido, algunos de los cambios que los obreros nos manifestaron durante el trabajo de campo han tenido que ver con la imposibilidad de ahora en más de llevar “chicas” a la obra, o de “tirarse a descansar un ratito” o extenderse unos minutos más en la sobremesa “para terminar un partido de truco”.



En la esquina superior izquierda de la fotografía puede apreciarse una cámara de vigilancia. En general, son instaladas en la Planta Baja de la obras, donde puede observarse el ingreso y egreso de los trabajadores.

Pero a pesar de los distintos artilugios que el sector empresario despliega con el objeto de garantizar la mayor eficiencia posible en la extracción del plusvalor, la propia naturaleza de las obras (caracterizada siempre por una infinidad de recovecos) hace que proliferen espacios no controlados, tiempos y maneras de producir que inevitablemente escapan a su control y que conforman una última barricada desde la que los trabajadores defienden su autonomía frente al proceso productivo.



Agobiado por el intenso calor del verano, un obrero encuentra un lugar para descansar

Las pequeñas resistencias cotidianas

En términos generales, diremos que la resistencia al control empresarial en las obras se manifiesta como un conjunto de acciones solapadas que los trabajadores oponen al avance de las fuerzas del proceso productivo y las condiciones de trabajo por sobre su subjetividad. Coincidimos en este punto con De Certeau, quien afirmara que la resistencia laboral desplegada en estos contextos

No tiene, así, las opciones de plantear una estrategia general y ver al adversario como un todo dentro de un espacio visible y objetivable. Opera en acciones aisladas, soplo a soplo. Toma ventaja de las ‘oportunidades’ y depende de ellas, careciendo de alguna base donde pueda apilar sus victorias, construir su propia posición y planear ataques. Lo que se gana no puede ser mantenido. Este no-lugar brinda a la táctica movilidad, para estar segura, pero una movilidad que debe aceptar las cambiantes ofertas del momento, y medir al vuelo las posibilidades que se ofrecen a cualquier circunstancia dada (De Certeau, 1988: 37)

De esta manera, y de forma similar a lo retratado por Soich (2007:2) para el espacio laboral de la industria automotriz, lo que prima en las obras puede caracterizarse como “circunstanciales, dispersas y fragmentadas prácticas de resistencia en el seno de un espacio controlado”. Los trabajadores inauguran “creativas prácticas cotidianas defendiendo tangencialmente –a veces confrontando directamente– significados y valores culturales contrapuestos a la racionalidad del proceso de producción” (Soich, 2007:2).¹⁴⁴ Nos encontramos así frente a un conjunto fragmentado de prácticas que expresan “controversia” (Roseberry, 2007) al tiempo que rehúyen a una expresión ideológica formal. Esta clase de experiencias definen el día a día en las obras para el conjunto de los obreros. Este tipo de “tácticas no verbales” (De Certeau, 1988) proliferan “en los intersticios de los sistemas de dominación como una conciencia práctica de los sujetos que puede llegar a dislocar o subvertir el orden establecido” (Soich, 2007:3). Nos referimos fundamentalmente a

Tácticas heterogéneas tales como fabricar bombas caseras, comer asados, tomar alcohol o emborracharse durante el desarrollo de la jornada de trabajo, constituyen un críptico y cuasi-invisible lenguaje de protesta caracterizado por una particular naturaleza clandestina y una incorruptible actividad de resistencia. Otras tácticas creativas incluyen armar guaridas extremadamente poco visibles para compartir almuerzos o cenas con compañeros de trabajo, practicar juegos de azar, dibujar imágenes corporales-sexuales sobre diversos dispositivos de producción, baños y paredes, pegar fotos de mujeres desnudas sobre las puertas de los armarios personales, escribir mensajes de protesta y alusiones irónicas contra los crecientes niveles de producción, abandonar el puesto de trabajo sin autorización expresa del supervisor, retrasar (restringiéndolos) los ritmos de producción (...), simular enfermedades allí donde nunca han existido, provocar autolesiones corporales en respuesta a las presiones del proceso de trabajo, iniciar tácticas de bloqueo o interrupción funcional de ciertas máquinas(...), incurrir en errores “fortuitos” o destrozos intencionales (...), etc.” (Soich, 2007: 6).

Si bien los trabajadores de la construcción aún no han fabricado bombas caseras, sí han desplegado tácticas tan efectivas como el referido hurto de herramientas y otros materiales relativamente costosos. La falta de uso de los elementos de protección personal (sobre todo, del casco y del calzado reglamentario con puntera de acero) puede ser asimismo pensada

¹⁴⁴Esto se vincula directamente al modo en que Gramsci pensó a las clases subalternas. Por una parte, caracterizadas por la espontaneidad de su proceder como correlato de la ausencia de una plena conciencia de clase para sí y, por la otra, con elementos embrionarios de dirección consciente, que describió como “ciencia popular” o “sentido común”, como concepción tradicional popular del mundo,. En este sentido, recuperemos el concepto de subalterno para aludir a la experiencia de resistencia desde la subordinación, una combinación de espontaneidad y conciencia que se manifiesta tendencial y progresivamente, usando la fórmula de Thompson, como “disposición a actuar como clase” (Modonesi, 2012:8).

como expresión de resistencia a las reglamentaciones patronales en materia de higiene y seguridad.



Un obrero boliviano masca coca mientras trabaja.

En más de una obra, por ignorancia o desconocimiento, esta práctica es perseguida y sancionada por los jefes de obra por considerar que sus usuarios “se están drogando”.

En este punto, pudimos notar que *los obreros resisten las medidas de prevención de accidentes cuando las interpretan como imposiciones del patrón, mientras que suelen reivindicar la seguridad en el trabajo cuando la piensan como un derecho adquirido que es preciso defender*. De aquí lo que afirmamos anteriormente en relación a que cualquier normativa tendiente a salvaguardar la salud psicofísica de los trabajadores debe partir del consenso con éstos. Difícilmente pueda implementarse un método eficaz de prevención de accidentes que no cuente con la aprobación de los obreros. En estos casos, y ante la percepción de la seguridad como una imposición, los trabajadores encontrarán siempre algún

modo de evadir las medidas de prevención, por más impetuosa que sea la intención del patrón por hacerla cumplir.



Un trabajador paraguayo ironiza sobre el estado de sus guantes, que solamente le cubren dos dedos. Los guantes suelen ser un foco de conflicto con el empleador, quien debería proveerlos regularmente.

Algo similar puede decirse del uso de alcohol o de las pausas que los obreros destinan a tomar mate o tereré. Con excepción de las obras de gran envergadura (donde la fuerza de trabajo se encuentra por lo general hiper-controlada), en prácticamente cualquier obra los trabajadores toman pequeños descansos para recuperar fuerzas. Como dijimos, toda obra posee “recovecos”, alejados de la mirada escrutadora del capataz o el jefe de obra, en donde uno puede recostarse un rato, siempre con la precaución de pedir a un compañero que le haga de “campana”.

Como ejemplo de lo anterior, puede citarse un caso particular que nos involucró referido al aprovechamiento de los trabajadores de las “pequeñas fisuras” del sistema. “Peque” llegó un lunes a la obra de Acevedo y nos dijo que “se había jodido la rodilla” y que quería que lo mande a la ART. Cuando comenzamos a llenar los formularios para su derivación, nos confesó que la molestia se había originado en un partido de fútbol que había jugado el día anterior. Me pidió por favor que lo mandara, porque si se ausentaba perdería el presentismo.

Este tipo de maniobras sin duda representan un problema para el empresario, dado que debe hacerse cargo del jornal aun cuando el trabajador no trabaje (La ART comenzará a cubrir los jornales en blanco sólo a partir del séptimo día de ausentismo).



Un trabajador paraguayo nos muestra cómo utiliza su arnés de seguridad antes de subirse a un andamio colgante (“balancín”). Como nota de color, nótese que el gorro que utiliza dice “Itaipú Binacional” y le fue entregado durante su trabajo como obrero en la construcción de la represa hidroeléctrica.

Para el caso particular de los obreros paraguayos, a este conjunto de “tácticas no verbales” que son desplegadas (sin distinción) por el conjunto de los trabajadores, deben agregarse aquellas que surgen del uso del guaraní en un contexto en el que la lengua posee un correlato demarcatorio. Como fuera adelantado, nos parece acertado sugerir que el guaraní funciona en algunos casos como posibilitador de formas particulares de “discurso oculto” (Scott, 2000), ya que partiendo de la base de lo afirmado anteriormente, lo que se dice en guaraní no puede ser

entendido por jefes de obra y otros directivos nativos. Resulta así un medio eficaz para canalizar críticas y discursos contrahegemónicos en las obras, así como para resistir el “poder de nombrar”, a su vez, nombrando a los otros.

Y es más... una buena, yo entré a trabajar a los 17 años en la obra de Fortabat... ahí en Puerto Madero, en dique 4... yo estaba de ayudante de los armadores ahí... y estábamos armando un tabique viste el murallón... el malecón... bueno, se peló toda la tierra ahí y se armaban tabiques por partes, viste? Y los armadores estaban arriba de los andamios armando...y yo les pasaba fierro...cuando me pedían yo les pasaba. Entonces estaba parado ahí, que no les falte fierro a ellos. Bueno... pasó así: yo estaba parado y veía que dos paraguas que estaban haciendo no sé qué cosa atrás mío, estaban como a dos metros, viste? Y escucho que este “curepi”¹⁴⁵ de mierda está parado y nosotros tenemos que estar trabajando, infeliz de mierda viste, en guaraní eh.... Y lo decía por mi, viste? Y me dí vuelta, lo primero que hice, me doy vuelta y lo miré y le digo: qué te pasa a vos? Qué te pasa que yo estoy parado acá, te voy a romper la cabeza le digo...vos sabés que los dos paraguas me miraron así sorprendidos... agacharon la cabeza y siguieron trabajando. Yo entiendo, yo soy hijo de paragua. Mi viejo y mi vieja siempre me hablaron (Entrevista a Rubén. Capataz hijo de paraguayos. Obra de Acevedo. 2014).

A través de este relato, puede verse cómo también el guaraní es utilizado para “nombrar” al Otro (“kurepi”) en sentido amplio. Siguiendo a Scott, a los grupos que carecen de poder les interesará, mientras no recurren a una verdadera rebelión, conspirar para reforzar las apariencias hegemónicas. Así, el autor sugiere interpretar “los rumores, el chisme, los cuentos populares, las canciones, los gestos, los chistes como vehículos que sirven, entre otras cosas, para que los desvalidos insinúen sus críticas al poder al tiempo que se protegen en el anonimato o tras explicaciones inocentes de su conducta” (Scott, 2000: 21).

Cuando le pregunté a un trabajador por qué no utilizaba el calzado de seguridad reglamentario, con puntera de acero, me respondió que su empleador no se lo había provisto. “no muere la vaca para que le saquen el cuero”, me dijo con ironía. Nota de Campo obra Beruti. 2014.

¹⁴⁵ “Kurepi” o “Kurepa” son términos utilizados en Paraguay para referirse a las personas o cosas originarias de Argentina, derivados del guaraní kurepi o kurepire, que significan “piel de chanco”. El término “curepa” sería una hispanización, y es utilizado en un sentido más amistoso, a diferencia de “kurepi” utilizado en un tono más despectivo. Se remontaría a la época de la Guerra contra la Triple Alianza. Los combatientes argentinos, eran en su mayoría de origen gaucho y calzaban una especie de botas de piel de chanco que en guaraní se dice *kure piré* (piel de chanco).

De este modo, el guaraní representa un medio que en sí mismo crea anonimato en el contexto de las obras, en tanto y en cuanto el emisor del discurso crítico no se posiciona de modo desafiante frente a la jerarquía laboral. Tal como el control de las cámaras supone que los sujetos “no saben” si están siendo vistos o no, el guaraní permite también que, aquellos que no lo hablan, “no sepan bien” sobre quién o de qué se está hablando. Esta situación podría pensarse desde lo que Scott denominó “infrapolítica de los grupos subordinados”, y que se compone de una gran variedad de *formas de resistencia muy discretas*, que recurren a *modos indirectos de expresión*.

“Mal o bien, el campesinado tiene su tonada...tiene su forma de interpretar la letra, etc. eso no es porque no sepa hablar...sino es el estilo...así como tenemos acá el cordobés por ejemplo tiene una tonada, el santiagueño, el formoseño...o el mismo correntino...entonces, en eso, hay que dar un poco de tranquilidad para la gente...el propio porteño, que vive acá, que su idioma es bastante cerrado también...no es para reírse, con la tonada de los paraguayos...nosotros tenemos tonada pero los otros países sudamericanos tienen su tonada también así que, si vamos a reírnos de eso, vamos a reírnos de todos” (Entrevista a Don Ponciano, trabajador de la construcción durante muchos años, actualmente jubilado, miembro de una organización social paraguaya de Quilmes, Febrero 2011).

A nuestro entender, las palabras del entrevistado pueden dar cuenta de una postura contrahegemónica respecto del uso del guaraní y, en este sentido, indirectamente sobre su propia identidad. Sin lugar a dudas, y aunque no manejamos en profundidad el guaraní, hemos notado durante el trabajo de campo que los obreros migrantes utilizan dicho idioma para expresar burlas y desacuerdos para con los nativos (dimos un ejemplo en el capítulo anterior), palabras que no podrían ser expresadas en castellano sin dar lugar a conflictos abiertos. En este sentido, el uso del guaraní en las obras del AMBA no sólo es indicio de subalternidad de quien lo utiliza sino también herramienta de resistencia. Si se nos permite el juego de palabras con el trabajo de Spivak (1998), diremos que en las obras del AMBA, el guaraní es el idioma en el que “habla el subalterno”.

Hasta aquí, hemos presentado diferentes instancias de resistencia que los trabajadores despliegan de modo individual. Así, llevar mujeres a la obra, beber alcohol, llegar tarde e irse temprano, no cumplir con las medidas de seguridad, simular accidentes de trabajo, entre otros, representan tácticas corrientes de “falsa conformidad” e “ignorancia fingida” (Scott, 2000) en las obras. Veamos ahora las posibilidades concretas de organización colectiva para el caso

particular de los migrantes paraguayos. En especial, analizaremos su relación con el sindicato de la construcción.¹⁴⁶



Obreros paraguayos comen asado con coca cola y vino tinto lejos de la mirada del empleador

Los trabajadores paraguayos y la resistencia colectiva

*“Los inmigrantes son los grandes responsables de la desocupación.
Debe aplicarse la recientemente aprobada Ley de defensa del trabajo argentino”*

GERARDO MARTÍNEZ,

Ex secretario general de la Confederación General del Trabajo (CGT) y
Secretario General de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA).

Lo que entendemos aquí por “resistencia colectiva” refiere al conjunto de situaciones en las cuales los trabajadores se organizan para plantear demandas conjuntas al sector empresario. Durante nuestro trabajo de campo nos tocó presenciar distintos momentos en los que los

¹⁴⁶ Si bien a partir de Agosto de 2013, el Ministerio de Trabajo otorgó personería gremial a un nuevo sindicato de la construcción (SITRAIC), durante nuestro trabajo de campo, en todos los casos en que los trabajadores se refirieron al gremio lo hicieron en relación a la UOCRA. Es por esto que nos centraremos en las relaciones que dicho gremio ha mantenido con los obreros paraguayos.

obreros como un todo exigían al jefe de obra el pago de horas extra por trabajos no contemplados, la salida más temprano de la obra por problemas de transporte, el pago de una comida para todos cuando las llenadas de hormigón se prolongan más allá de la jornada pactada, entre otras.



La sidra y el pan dulce que el patrón otorga a fin de año.

En este punto, sin lugar a dudas, se presentó una importante diferencia entre las demandas realizadas por obreros nativos y migrantes. En términos generales, y más allá de los casos particulares, pudimos percibir entre los nativos una mayor seguridad a la hora de negociar pequeñas prerrogativas con el sector empresario. A nuestro entender, esto se relaciona con el

proceso histórico de conformación de la clase obrera argentina, a partir del cual los obreros nativos entienden que ciertas situaciones los habilitan a exigir determinadas consideraciones por parte del sector empresario. Sin duda, en la conciencia obrera del trabajador nativo esto se vincula al contacto con delegados gremiales y al el discurso sindical en general.

“El paraguayo, en particular, es un hombre muy tímido, muy de bajo perfil... no es de ir a quejarse... lo único que sí, siempre escuché que se quejó... fue porque le cobraban mucho para ir a hacer la documentación y todo eso... cosa que ahora ha cambiado...”

- *Pero...no le interesa la política al paraguayo o...?*

No...yo no sé si es...no creo, porque les gusta hablar de política...hablan...el tema es que no les gusta comprometerse nada más acá...yo creo que es un poquito el mantener esa prudencia...yo creo que pasa por ahí” (Entrevista a Gualberto. 2011)

Como señala nuestro entrevistado, la situación de los migrantes paraguayos dista bastante de la de los nativos en relación a la concepción respecto de la participación política. Puntualmente en relación al sindicato, recordemos las palabras de quien al día de hoy continúa siendo el Secretario General del sindicato de la construcción y que caracteriza una relación cuanto menos contradictoria entre los obreros paraguayos y la UOCRA.¹⁴⁷



Asamblea de trabajadores afuera de una obra en Puerto Madero.

¹⁴⁷ Recordemos una vez más la campaña de carteles contra los trabajadores extranjeros realizada por Unión Obrera de la Construcción (UOCRA), durante 1994, que fue utilizada para estimular el chovinismo contra los inmigrantes regionales. Este tipo de discursos fue moneda corriente durante el menemismo, tanto de parte de agentes estatales como de sectores de la sociedad civil.

“Yo tengo experiencia acá... en el año 90... en la época de Menem... cuando en un momento... dijeron ellos que... cuando había tanta crisis en la Argentina... que toda la crisis laboral era porque ocupaban los puestos de trabajo los migrantes... de los países limítrofes... entonces tuvimos una experiencia.. gente que venía a tomar... se juntaban jóvenes acá en la esquina... y un día vinieron a putearnos acá... a tirarnos, cascotearon... cascotearon acá.. y diciéndonos de todo...paraguayos de mierda...” (Entrevista a Sinforiano, José C. Paz. Febrero de 2012.

Particularmente durante los noventa, el poder de nombrar se hizo sentir sobre los migrantes paraguayos, nombrándolos indeseables, criminales, portadores de enfermedades y desempleo. Justamente, los sindicatos, quienes debieran haberlos defendido, se sumaron al discurso político xenófobo. Si bien no puede atribuirse exclusivamente a esto, el trabajo de campo mostró que mientras que los nativos suelen tener presente la existencia de un sindicato que puede llegar a intervenir ante un reclamo a la patronal, los migrantes no suelen considerar recurrir a dicha institución frente a demandas semejantes. Por el contrario, en muchos casos nos han dado a entender que eso sería actuar de modo “imprudente” dado que, por ser extranjeros, estaría “mal visto” que se sindicalicen. De acuerdo a la visión de algunos entrevistados, esto también puede vincularse a la experiencia de persecución política durante más de 35 años en Paraguay, que logró desarticular prácticamente cualquier intento de reivindicación laboral.

“La cultura del trabajo y de...algo desventajoso y de padecimiento en Paraguay que tantos años de represión ha generado un ser social domesticado entonces el paraguayo viene tranquilamente y trabaja y le pone el lomo y se abre tradicionalmente ¿no? Entonces siempre fue guapo, tanto en la obra como en el servicio doméstico, es valorado, o sea, su servicio es muy querido, eso es una ventaja que también tiene. Como contrapartida, bueno ahí se integra bastante bien con el provinciano. Yo creo que en el barrio el paraguayo está bien integrado con el santiagueño, correntino. Están en la lucha por la capilla en los barrios, por entubar las cloacas están siempre codo con codo. Hay paraguayos que han fundado escuelas acá” (Entrevista a Miguel, periodista y miembro de una asociación paraguaya de La Matanza. Febrero de 2011)

Al entender de la mayor parte de los trabajadores entrevistados, la sindicalización puede ser “tolerada” por el patrón para el caso de los nativos, pero para ellos podría ser interpretada

como algo “poco ético”. Así podemos decir que, en base a las conversaciones informales sostenidas con obreros paraguayos, y aun cuando una parte de ellos pueda efectivamente afiliarse al sindicato, *no consideran al gremio como un canal legítimo para vehicular sus demandas*. Los casos de afiliación de paraguayos al sindicato que pudimos conocer parecen haberse debido a cierta “presión” ejercida por el entorno laboral, principalmente por la presencia de un delegado en forma permanente en la obra. Sin embargo, en obras de pequeña envergadura, recurrir al sindicato parece ser pensado por muchos migrantes como una falta a la confianza que el empleador depositó en ellos.



Afiches de UOCRA en las obras para denunciar incumplimientos a las normas de Salud y Seguridad

Como correlato de lo anterior, puede observarse la escasa existencia (en términos relativos) de paraguayos que cumplan roles sindicales, aun cuando la ley de asociaciones sindicales permite (y hasta exige en relación a la representación de las minorías) la inclusión de extranjeros como delegados, delegados zonales, etc.¹⁴⁸ En aquellas obras en las que no había

¹⁴⁸ Ley N° 23.551 de Asociaciones Sindicales, Art. 7°: “Las asociaciones sindicales no podrán establecer diferencias por razones ideológicas, políticas, sociales, de credo, nacionalidad, raza o sexo, debiendo abstenerse de dar un trato discriminatorio a los afiliados”. Art. 8°: “Las asociaciones sindicales garantizarán la efectiva democracia interna. Sus estatutos deberán garantizar: Inciso d): “La representación de las minorías en los cuerpos deliberativos”.

delegados permanentes, comenzamos a preguntar sobre el porqué. La respuesta que en general se nos dio fue del tipo: “¿Para qué? Si así estamos bien...”. Esto nos explicaba un joven delegado argentino, hijo de padres migrantes:

“La gente se mantiene al margen. En mi caso, como quien dice, yo no me quiero morir albañil, nacer albañil y morir albañil... o sea, quiero llenar más espacios... por ejemplo, yo empecé como ayudante, hoy soy oficial, al mismo tiempo soy delegado sindical... y quiero llenar cosas en mi currículum, no me quiero morir como un simple obrero... lo que más me impulsa es que la construcción es, cómo te puedo decir?, está muy copada por gente que sabe mucho... y después la gente que trabaja detrás de eso termina comiéndose lo que viene, o sea... por ahí tenés derechos de pagar un aguinaldo o un premio o una bonificación y el obrero por ahí ni siquiera no le toma caso... y hay gente que capaz debería estar impulsando que la gente se capacite o aprenda cosas nuevas y no les interesa enseñarles, porque por ahí la gente ya está cansada... y es la verdad, porque la verdad el empresario... siempre nos vieron como números... yo tengo esa idea en la cabeza... para cualquier persona nosotros somos un legajo, un número, nada más... cuando muera un obrero nunca va a llorar el arquitecto, ¿va a decir, se murió mi amigo?... no, va a decir se murió el legajo, bueno, vean el archivo, pasen al seguro, a la viuda llévenle un par de ramos de flores y se acabó... capaz puede haber casos particulares en que el arquitecto o el dueño de una empresa sea... tenga un trato muy cordial con su gente, o que los conozca de mucho tiempo... pero normalmente nunca es así... y el que humaniza justamente este tipo de trabajo son los que cumplen la función sindical que acerca muchos beneficios que el obrero ve lejos... porque por ahí ellos dicen: nosotros trabajamos pero no saben por ahí que tienen un complejo deportivo, no saben que tienen capaz un feriado por el día de la construcción (22 de abril)... entonces la función es acercar ese tipo de cosas y tratar de sacar el mayor beneficio para el obrero... lamentablemente somos el rubro que más plata le produce al país en todo tipo de ámbitos, tanto inmobiliarios, en mano de obra, todo eso que mueve mucho... pero lamentablemente somos el rubro menos reconocido en el país... también fuimos reconocidos como uno de los rubros que más accidentes tiene... yo veo mucho esto... y la verdad es lamentable... ya las empresas te forrean por la parte de decirte “no te vamos a dar tal cosa” que tal, que ya creen que es mucho beneficiar a un obrero con un aguinaldo... o darles un incremento salarial, una no remunerativa... como el gobierno, que tampoco se ponen a pensar que el rubro de la construcción está manejado por inmigrantes, por gente que no terminó la secundaria y que hace mucho por este país... y tampoco le dan el espacio que se merece el constructor... siempre lo mantienen al margen... lamentablemente siempre está trazada con

esa línea que dice que el obrero es esa persona que no estudió, que no se capacitó y nada... y tampoco las empresas ni el gobierno hace nada por capacitar a esa gente...yo para ser oficial tuve que dar un curso con el IERIC, donde yo me metí... o sea, me metí yo...nadie me llamó, de curioso, me empezaron a hacer preguntas... y me decían: usted es oficial? No, yo soy ayudante. Y me decían, ¿Cómo puede ser que usted sabe más que un oficial? Y porque me gusta aprender... me interesa leer... pero lamentablemente la construcción, o los empleados, o las entidades que son competentes no te dan el espacio... no te fomentan. Y tiene que hacer cada uno de manera individual... Mi viejo por ejemplo, en sus tiempos estuvo en la milicia, y él de la política no quiere saber nada... surgió de mí, yo en el colegio ya hacía política... yo seguí... hay delegados paraguayos, bolivianos, hay y hubieron... pero no son tantos es cierto” (Entrevista a Denis, delegado sindical. Obra de la calle Nuñez, Julio de 2014).

A pesar de las palabras de Denis, en términos generales, los obreros paraguayos parecen entender al sindicato como un actor más en la legitimación de su subalternidad antes que como un actor propiamente *contrahegemónico*. Esto, es cierto, no es más que una percepción nuestra fundada en distintas conversaciones informales con los trabajadores. Un trabajador paraguayo nos confió su visión al respecto: “*Le lavan la cabeza a la gente y le sacan la plata, para eso sirve la UOCRA nomás*” (Obra de Beruti, 2015).

Si bien este parece ser un punto de vista conservador, no resulta raro al considerarlo en torno del sistema de valores que los obreros defienden. Si bien no pudimos ahondar más sobre esto durante el trabajo de campo, ciertos comentarios nos llevan a pensar que, a los ojos de muchos trabajadores paraguayos, el delegado es fundamentalmente un *trabajador que no trabaja o, al menos, que no lo hace con las manos y el cuerpo como el resto*. En este sentido, y como analizamos anteriormente, su rol parece interpretarse como el de un “Otro” en términos de la oposición fundamental que distingue entre el trabajo manual y el intelectual. Ahora bien, todo lo que señalamos no quiere decir que no existan liderazgos ni representación política en las obras sino que simplemente, estos procesos ocurren por fuera del sindicato. Veamos un caso.

“Picachu” fue, poco a poco, constituyéndose en “voz” de los obreros paraguayos frente a la empresa constructora. Él recuerda que, en una oportunidad, convenció a sus compañeros de no seguir trabajando “hasta tanto no llegara la plata”. De ahí en más, nos cuenta, parece haberse vuelto muy respetado entre ellos. Cuenta que le costó muy poco aprender el oficio de construir una vez llegado de Caaguazú, aprendiendo rápidamente a “encofrar columnas,

balcones, escaleras...te calculo los hierros de una viga al toque”. (Conversación con Picachu, obra de calle Cramer. 2008). A través de dos procesos paralelos, Picachu parece haberse ganado la confianza de sus superiores a la vez que de sus compañeros: aprendía con facilidad el oficio del hormigón y, además, logró organizar a los trabajadores para que pararan. En este proceso, Picachu comenzó a adquirir poder de representación, negociando con el empleador distintos tipos de acuerdo en beneficio de “los muchachos”. Entre ellos, se destacan haber logrado que el jefe de obra acceda a que ellos trabajen una hora más durante algunas semanas para no tener que asistir algunos sábados. También hemos presenciado solicitudes hechas por Picachu al jefe de obra para que éste cubra el costo del asado al final de la llenada de cada losa. (Notas de campo a partir de entrevista a Picachu, obra Cramer. Agosto 2008).

Si bien se trata solamente de un caso, puede sintetizar lo que es una situación recurrente en la mayor parte de las obras de pequeña envergadura. Antes de solicitar a la UOCRA que provea un delegado, los migrantes paraguayos suelen elegir a otro paraguayo como representante de sus intereses ante la patronal. Esta persona es seleccionada a partir de la legitimidad y liderazgo conseguidos al interior del grupo de trabajo pero también bajo la condición de que sea alguien que el patrón aprecie y respete. Sin duda, estos líderes no poseerán el mismo poder de negociación que la UOCRA. Aun así, en la mayor parte de los casos, los migrantes preferirán negociar directamente con su empleador, sin la intervención del sindicato.



En el último año, comenzaron a verse banderas en obras en las que la UOCRA posee delegados.

Pero se nos presenta aquí un interrogante. Si los paraguayos no participan (o no lo hacen lo suficiente, en términos relativos) ¿esto quiere decir que no participan de organizaciones para la defensa de sus derechos laborales? Claramente, esto no es cierto y así lo han demostrado una serie de investigaciones que han analizado el asociativismo y la participación política de los paraguayos en Argentina (Del Águila, 2012; Gerbaudo Suárez, 2012; Halpern, 2003, 2005, 2007, 2009, 2011; Marcogliese, 2003; Pereyra, 2001, Rau, 2012, entre otros).¹⁴⁹

“Lo que pasa es que si no viene la denuncia por otro lado...por alguna organización externa a los paraguayos...los paraguayos somos mucho...en ese caso...muchos dicen quedados, bueno, sufridos...o acostumbrados a este maltrato que...la dictadura del Paraguay, durante tanto tiempo, tal eso creó las condiciones, no? No así el boliviano, por ejemplo, va y hace su reclamo...no se calla la boca. Pero el paraguayo no te va a hacer una denuncia...si por ahí

¹⁴⁹ Existen asimismo trabajos que han dado cuenta de la incorporación de migrantes limítrofes en movimientos piqueteros y de desocupados (Dodaro y Vázquez, 2008; Grimson, 2009; Vázquez, 2005), y otros que los han reconocido indirectamente a partir de su asentamiento territorial en los barrios en donde surgieron procesos organizativos de esta índole (Cravino, 2008; Manzano, 2006, 2008; Merklen, 2000, Svampa y Pereyra, 2003).

no es apoyado por alguna organización que de pronto vio...o le comentaron...el caso del paraguayo...hasta último momento, no? (Entrevista a Miguel. Febrero de 2011)

Además de lo ya señalado respecto de las marcas decisivas que imprimió la dictadura stronista a la capacidad de organizarse, otros identificaron la escasa participación política casi exclusivamente con los migrantes más recientes y, en este sentido, destacaron la importancia de las asociaciones para convocarlos y orientarlos,

“Esos hay que insertarlos dentro de la comunidad... porque, hay un problemática, aquellos que tienen ya 50 años... la mayoría...nosotros también estamos más o menos por ahí... entre 40, 48... 30 años... como ya hicieron su camino, no se involucran...lo que dicen es que “estos nuevos que vienen por qué se les va a dar todo gratis”... “que trabajen, que se rompan el lomo como me rompí yo... que se compre su terrenito, que se levante su casa”... entonces, como que mucho no le interesa...entonces, como que ve con malos ojos que este gobierno actual les de cosas... mientras que ellos se tuvieron que romper para conseguirlo... hablemos un poco... con voz más popular, más directa...nosotros creemos que nuestras... yo, personalmente, creo que los tiempos no son los mismos y que las oportunidades no son las mismas...nosotros, cuando vinimos a la Argentina, con una profesión... podíamos iniciar un camino y había posibilidades para que te compres un terreno, para que te pongas una prefabricadita y después... de ahí te vayas organizando... y haciendo tu propia casita. Ahora, la mayoría viene gente del interior, sin preparación, sin estudios, sin profesión, sin posibilidades de nada...otra realidad. Entonces, necesitan una mano... alguien les tiene que dar una mano. Y en esta mano trabajan las organizaciones políticas...lo que no queremos es que caigan en manos de organizaciones políticas en donde los utilicen y no les den nada.., entonces queremos ser un nexo... sabiendo que lo político no se puede sacar, que va a estar... pero que utilicemos la política para el bien... eso es un poco la idea” (Entrevista a Sinfioriano, miembro de organización paraguaya de José C. Paz. Febrero de 2011)

En relación a la dinámica asociativa de los paraguayos en Argentina, sin duda deben destacarse los trabajos de Gerardo Halpern. Entre sus aportes, sobresalen los referidos a la discriminación padecida por los migrantes (2007, 2009, 2011), sus experiencias asociativas (2005, 2009) y los modos en que los emigrados (exiliados) se han organizado para incidir políticamente en Paraguay (2003, 2008, 2009). El autor ha dado cuenta de que los migrantes no sólo han intervenido en la dinámica política paraguaya sino también en la argentina. Esto ha sido refrendado por algunos entrevistados:

“Yo te puedo hablar de lo que es La Plata (...) yo siempre digo... Paraguay no tuvo embajador, creo que dos años y medio...y bueno, acá hay un dicho que dice que el embajador paraguayo en ese período fue Kirchner...porque acá no hubo...yo te puedo asegurar que acá puede salir un paraguayo a las tres de la mañana, no tiene documento no tiene nada y nunca lo han metido preso porque no tiene documento...o sea que en esas cosas se ha respetado muchísimo... sobre todo en este gobierno...se ha respetado al cien por cien...por eso está el dicho ese que el embajador de los paraguayos fue Kirchner...en varios lugares, te puedo hablar de La Matanza también eh...tenemos más de 100 mil paraguayos” (Entrevista a Osvaldo, trabajador de la construcción y miembro de una organización social paraguaya en Buenos Aires. Tolosa, 2012)

“Si...por eso yo te estuve diciendo que yo no me puedo quejar mucho porque...como yo soy paraguayo y... me pusieron como...representante del barrio... yo nací en Paraguay, me crié en Paraguay...yo vine a los 32 años...por ahí...y me pusieron como su representante, y tengo que defender los derechos de los argentinos y de los paraguayos, y de los bolivianos y...chilenos...o bueno, lo que sea... tengo que defender el derecho de mi barrio y de mis hermanos latinoamericanos y...yo siento que me dan preferencias, no me puedo quejar de eso porque...yo representado a un barrio y tengo que defender a la gente del barrio...reclamar...qué es lo que falta en mi barrio...y hasta ahora estoy haciendo...ese es mi trabajo, mi labor... defender a un vecino mío, que viva dignamente y que se eduque dignamente también...y siempre he reclamado...un jardín nuevo en mi barrio que se haga y una escuela secundaria, está el proyecto, pero todavía no se hizo...y el jardín...”Nueva Semillita” que está en Barrio San Blas, está funcionando muy precario...eso es lo que me preocupa y...ojalá que pases un día acá... y hablamos... y vamos a mirar el jardín Nueva Semillita a la mañana...hacemos el recorrido juntos...ahí ya van a estar más gente...para que...te acompañe y hablamos bien” (Entrevista a Horacio, trabajador de la construcción y miembro de la Junta Vecinal de Villa 21-24. Febrero de 2011).

Lamentablemente, sólo una pequeñísima parte de los migrantes paraguayos que conocimos en las obras afirmaron participar de organizaciones sociales paraguayas en Buenos Aires. Lo contrario sí fue más común: cuando nos acercamos a las organizaciones sociales para entrevistar a sus miembros, muchos de estos manifestaron ser (o haber sido) trabajadores de la construcción.

Antes de dar cierre a este último capítulo, permítasenos hacer un breve corolario para destacar un hecho sin duda interesante. Si bien no hemos podido ahondar lo suficiente en ello, hacia el

final de nuestro trabajo de campo hemos dado con algunos migrantes que optaron por conformar un tipo de entidades particulares en defensa de sus derechos laborales (en lugar de participar de un sindicato argentino). Dado que, de acuerdo a la ley de asociación sindical, en nuestro país los trabajadores deben agruparse por profesiones y no por criterios de raza, nación o etnia, los migrantes comenzaron a apelar a una forma novedosa de organización: “*asociaciones de trabajadores migrantes*”, a través de las cuales los sujetos se agrupan en tanto trabajadores pero también en tanto migrantes. Reproducimos a continuación el relato de origen de una de ellas, registrado por miembros del Equipo Migraciones del Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC-FFyL):

Pedro, miembro fundador de ATPRA, mantuvo acaloradas discusiones al respecto del Indoamericano con unos 15 obreros paraguayos que trabajaban con él en una obra de construcción. Estas reuniones informales buscaron poner en cuestión las polémicas y xenófobas declaraciones de funcionarios públicos, como el Jefe de Gobierno de la Ciudad Mauricio Macri, y de la prensa gráfica nacional; así como debatir y evaluar la situación laboral de sus compatriotas en Argentina. A partir de estos primeros encuentros, llegaron a la conclusión de que los paraguayos atraviesan situaciones laborales desventajosas debido, fundamentalmente, al desconocimiento de sus derechos en el país receptor. Esto generó conciencia de la necesidad de organizarse ya que “en forma dispersa nada se podrá hacer”¹⁵⁰. Con estas ideas empieza a organizarse ATPRA, cuyos objetivos principales se relacionan con la difusión y defensa de los derechos laborales de los trabajadores migrantes, el asesoramiento jurídico respectivo y la formación y capacitación laboral para compatriotas y otros extranjeros, o como los define Vidal, segundo miembro fundador, “la patriada latinoamericana”. En palabras de Pedro, “esta Asociación es para eso, para hablar con el Estado argentino, con el Estado paraguayo, y capacitar a los trabajadores, y darles cultura, darles conocimiento, capacitarlos, orientarlos, hacer actividades culturales” (Ruffa et al., 2011: 9)

¹⁵⁰ 1º Documento de la Asociación.



Miembros de ATPRA durante una radio abierta en Villa 21-24

Un punto a destacar, sin embargo, se vincula a que la mayor parte de los miembros de ATPRA poseía experiencia de participación política previa, ya en Argentina o en Paraguay. Como vimos, la experiencia política era una constante entre los migrantes pioneros en el AMBA y en la construcción (recordemos el caso de Lezcano, quien había participado del sindicato de plomeros de orientación anarquista). Sin embargo, los movimientos migratorios más recientes habían vinculado a paraguayos que no llegaban a Buenos Aires para exilarse. Por el contrario, se trataba más de jóvenes originarios de zonas rurales en busca de una mejora en sus condiciones de vida. En parte, esto explica por qué sólo un pequeñísimo número de trabajadores paraguayos de la construcción participa de las organizaciones sociales paraguayas en Buenos Aires, a la vez que posee poca o nula experiencia de participación política. A diferencia de ellos,

Los miembros de la Asociación son inmigrantes de nacionalidad paraguaya y prácticamente todos contaban con alguna experiencia previa como participantes, dirigentes y/ o militantes de organizaciones de distinta índole en Argentina (no así en su país de origen) pero fundamentalmente en el Movimiento Popular Tekojoja (MPT)¹⁵¹, espacio en el que generaron

¹⁵¹ El Movimiento Popular Tekojojá surgió en el año 2006 a partir de una serie de encuentros en todo Paraguay, y se formalizó como tal el 17 de diciembre de dicho año. Entre sus objetivos principales estaba el servir como instrumento de organización y de lucha política del campo popular paraguayo, comprendido por los sectores oprimidos, explotados y discriminados: campesinos, trabajadores empleados y desempleados, profesionales, estudiantes, exiliados económicos, mujeres, jóvenes, indígenas, entre otros. “La organización, con su metodología participativa, logró llegar a casi todos los rincones del país, al mismo tiempo que promovía y

su mayor capital organizativo. A partir de la experiencia de militancia en el Movimiento, han ganado tanto conocimiento y conciencia política, como contactos con figuras políticas de la talla de Lugo y otros dirigentes como el embajador de Paraguay en Argentina. Además, en charlas y entrevistas con ellos, muchas veces sale a la luz el orgullo que sienten por el peso que tuvo la regional Buenos Aires de esta organización en el ascenso de Fernando Lugo como presidente, aun cuando más tarde el Movimiento se ha ido distanciando del Partido (Ruffa et al, 2011: 10).



Miembros de la “Comunidad de trabajadores paraguayos” durante las celebraciones del Bicentenario Paraguayo en Avenida de Mayo (2011).

“Es una larga lucha de los migrantes paraguayos en Argentina..., el argentino lo que consideró al paraguayo es una buena persona... una persona responsable, decente, un buen trabajador... y lo que Macri quiere demostrar ahora es que el paraguayo es narcotraficante... es sinvergüenza, atorrante... viene a quitarle el trabajo a los argentinos... entonces, no dejar que eso avance. Sino, demostrar que el paraguayo de hecho es una muy buena persona, un muy buen trabajador y una persona necesaria dentro de este país... porque está cubriendo las falencias del argentino... porque el argentino no quiere hacer lo que están haciendo los paraguayos, peruanos, bolivianos... digamos, el migrante

consolidaba el proyecto de cambio encabezado por Fernando Lugo como candidato a la Presidencia de la República, propuesta a la que luego se sumaron los demás partidos políticos y organizaciones sociales. Sus principales consignas han sido desde entonces la reforma agraria integral, la soberanía energética, la participación popular, la ética en la función pública, el fortalecimiento institucional del Estado paraguayo y las políticas sociales en función de las urgencias que vive el país” (Ruffa et al, 2011: 10).

limítrofe...entonces, decía “vuelvan a enamorar a los argentinos”... para que esa idea que Macri quiere instalar no se instale. (Entrevista a Humberto. Trabajador de la construcción y miembro de ATPRA. Marzo de 2011).

Consideraciones finales

Paraguay es en la actualidad uno de los países de la región que presenta la brecha social más pronunciada entre ricos y pobres.¹⁵² Aunque no puede pensarse a la emigración como un correlato inevitable de la desigualdad, es cierto que en la actualidad los migrantes paraguayos constituyen el grupo más numeroso de extranjeros residentes en la Argentina. Esta comunidad, según las últimas cifras censales disponibles, está compuesta por 550.713 personas, representando el 30,5% del total de residentes extranjeros y el 37,42% de los americanos residentes en el país (INDEC, 2011).

Desde 1960, el AMBA fue configurándose como destino principal de los paraguayos, hasta concentrar en la actualidad al 75,4% de los migrantes de ese país presentes en Argentina (INDEC, 2011). Como quisimos mostrar, la importancia de lo anterior no puede ser pensada únicamente en términos *inmigratorios*. Para Paraguay, el hecho de que más de medio millón de connacionales resida en nuestro país significa que cerca del 8% de su población (que no llega a 7 millones de paraguayos en la actualidad) vive en Argentina. Si comparamos estos valores con los de otros grupos migratorios limítrofes veremos, por ejemplo, que los migrantes bolivianos en Argentina no alcanzan el 3% del total de bolivianos, y que los migrantes peruanos no ascienden siquiera al 1%.

Ahora bien, *¿por qué recurrir a la revisión de más de doscientos años de historia para explicar la emigración y posterior inserción laboral de trabajadores rurales paraguayos en las obras?* Considerar el proceso histórico nos permitió entrever ciertas causas profundas que subyacen al *sistema migratorio-laboral* que aporta fuerza de trabajo paraguaya a las obras de Buenos Aires. Como pudimos apreciar, dicho sistema halla su sustento en un largo proceso histórico de *estructuración de la desigualdad entre nuestros países*. A fin de cuentas y, en más de un sentido, este proceso ha sido *requisito sine qua non de la violencia simbólica experimentada por los paraguayos en Argentina*. Para el establecimiento “cuasi originario” de esta asimetría fue necesario construir a lo largo de la historia una imagen de Paraguay que lo entienda como nación más “pobre” y más “atrasada” que la nuestra. Sólo así, la “pobreza”, la

¹⁵² A pesar de las críticas que puedan hacerse al índice GINI, representa el indicador de uso más extendido para la medición de la desigualdad. Según el Panorama Social de 2005 de la CEPAL, en Bolivia, Ecuador, Paraguay, Perú y Venezuela, los niveles de pobreza se habrían elevado, “ya sea por un aumento de la desigualdad, por la merma del ingreso per cápita o por ambas cosas” (CEPAL, 2005). El Panorama Social 2007 deja ver una leve mejoría en la situación (CEPAL, 2007). Sin embargo, de acuerdo al Panorama Social de 2012, Paraguay aparece como el país latinoamericano que presenta las tasas más altas de pobreza relativa.

“falta de desarrollo” y el “atraso” paraguayo (que justificarían el hecho de que “la gente quiera irse de ahí”) se presentarían como legitimación última a la sobre-explotación de sus nacionales en Argentina. Como quisimos mostrar, en este proceso, el papel cumplido por la clase política, los sindicatos y los grandes capitales argentinos no ha sido de ningún modo menor ni secundario.

De forma paralela, analizamos una serie de causas concretas que hicieron que la migración a Buenos Aires se presentara para los sujetos como un *viaje hacia el desarrollo* o, al menos, hacia un lugar menos conflictivo y donde resulta más fácil subsistir y “progresar”. Así, desde un lugar más amplio, buscamos captar el lento proceso a través del cual la emigración comienza a ser un elemento constitutivo de la *conciencia subalterna* del campesinado y del movimiento obrero paraguayo. En este sentido, puede pensarse que las subjetividades construidas en el proceso de dominación estarán también marcadas por esta historia y, hasta cierto punto, serán experiencias que los migrantes *traerán consigo a Buenos Aires*. Como quisimos mostrar, *estas experiencias de subalternidad servirán de base a una reestructuración de los términos de esa subalternidad*, elaborada ahora en el marco del mercado de trabajo argentino, bajo otras lógicas y sentidos.

Para analizar esto debimos centrar por un momento nuestra atención en el campo paraguayo. Vimos que la categoría de campesinado se ha prestado a muy diversos usos, siendo los más típicos aquellos que lo han romantizado y aquellos que directamente han negado su particularismo sociocultural. Recuperamos asimismo la categoría de “producción doméstica” para explicar la aparente paradoja que resultaba de la introducción de las relaciones sociales de producción capitalistas en los entornos rurales de Paraguay. Nos dedicamos luego a caracterizar tres dimensiones de la experiencia del trabajo en los entornos agrícolas de Paraguay: *para qué, entre quiénes y cómo se produce*. Mostramos que las representaciones y las racionalidades que priman en estos entornos guardan importantes diferencias con la racionalidad del “*homo economicus capitalista*” (Bourdieu, 1977). De este modo, los trabajadores rurales paraguayos sostienen un sistema de valores específico, en el cual la membresía a la “comunidad moral” surge a partir de un sentido compartido del trabajo y del uso de la tierra. En este marco, vimos los lugares destacados que adquieren el parentesco y la confianza.

Luego procuramos establecer las posiciones de los migrantes paraguayos en Argentina respecto de la estructura de acceso al mercado de trabajo y de las modalidades más generales referidas a condiciones laborales. De forma relacionada, indagamos en las características del

proceso migratorio tomando como referencia el momento de partida y el lugar de origen en Paraguay. El análisis de estos datos nos permitió enmarcar el fenómeno en términos generales, al mismo tiempo que posibilitó establecer las magnitudes que constituyen las coordenadas de una estructura específica de movilidad laboral y de inserción específica en el sector de la construcción. Esto mostró que, en términos relativos, los varones paraguayos se encuentran sobre-representados en la construcción del AMBA, ya que *cuatro de cada diez paraguayos con residencia en el AMBA se desempeñan en la industria de la construcción* (Bruno, 2008).

Fue aquí que el análisis y la inclusión de elementos surgidos del trabajo de campo con los trabajadores y miembros de organizaciones sociales nos permitió restaurar las voces y los sentidos que los propios actores otorgan a sus procesos migratorios y situaciones laborales actuales. Entre otras cuestiones, pudimos ver que las motivaciones que llevan a migrar a los paraguayos hacia Buenos Aires y a insertarse en el rubro de la construcción, si bien no pueden ser consideradas como exclusivamente “económicas”, en general han estado guiadas por esto en los últimos años. En este punto, los migrantes llegados en las últimas tres décadas parecían diferenciarse de los más “antiguos”: unos, provenientes de las principales ciudades, emigrados por el contexto político y no necesariamente guaraní-parlantes; los más recientes, oriundos del sector rural, en la mayor parte de los casos, monolingües guaraní y llegados fundamentalmente en busca de una mejora de la calidad de vida.

A partir de esta situación, nos interesará aquí pensar al proceso particular de migración de trabajadores rurales paraguayos hacia las obras del AMBA en términos de “proletarización”.¹⁵³ Siguiendo a Harvey (2003:117), “el proceso de proletarización implica

¹⁵³ Como concepto teórico y como objeto de investigación empírica, la proletarización ha sido abordada tanto desde Argentina (Abduca, 1993, 1995; Balazote y Radovich, 1992; Gordillo, 1995; Trincheró et al., 1992; Trincheró, 2002, entre otros) como desde el exterior (Moore, 1994, 1999; Roseberry, 1983; Tilly, 1979; Thompson, 1979; Wallerstein, 2003, entre otros) para distintos contextos y grupos sociales. De acuerdo a Moore (1999), en términos amplios, el concepto refiere “al proceso de creación de una clase trabajadora cuyos miembros se ven obligados a vender su capacidad laboral. Desde el punto de vista histórico, la proletarización se encuentra así ligada al proceso por el cual las personas son alejadas de sus medios de producción y especialmente de la tierra” (Moore, 1999:143). De acuerdo al grado de dependencia del trabajador de su salario, en cada caso específico, la proletarización ha sido considerada “completa” o “incompleta”, en este último caso si se da que el trabajador continúa generando parte de sus medios de subsistencia a partir del trabajo en la tierra (Moore, 1999; Otero, 1988). Más recientemente, el desarrollo de la teoría ha dado lugar a conceptos como el de “subproletarización”. La noción surgirá como intento de explicar algunos procesos particulares de proletarización que han tenido lugar en contextos urbanos de América Latina (Antunes, 1999; 2002; Borja, 1997). El concepto de “subproletariado” busca representar a cierta capa social que ha emergido en los países del “tercer mundo” como consecuencia de la explosión demográfica, el desempleo y la marginación. De acuerdo a Borja (1997) se situaría por debajo del proletariado. Sus miembros son generalmente trabajadores por cuenta propia, dedicados a pequeñas faenas de sobrevivencia. No tienen empleador, ni seguro social, ni salario fijo y generalmente forman parte del sector informal de la economía. Este estrato social “estaría compuesto mayoritariamente por migrantes sin preparación ni destreza que, en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida, llegan desde el campo o desde las ciudades pequeñas a las grandes ciudades y forman en ellas los cinturones de vivienda precaria” (Borja, 1997: 145). El *subproletariado* sería así un grupo “desclasado”, en el

una combinación de coerción y de apropiación de habilidades, conocimientos, creencias, hábitos de pensamiento y relaciones sociales pre-capitalistas de quienes están siendo proletarizados”. En este proceso, también desempeñan un papel importante “las estructuras de parentesco, los modelos de organización de las estructuras familiares y domésticas, así como las relaciones de género y autoridad (incluidas las ejercidas mediante la religión y sus instituciones)” (Harvey, 2003:118). El autor afirma que, en ciertos casos, “las estructuras preexistentes han de ser violentamente reprimidas al no encontrar cabida en el comportamiento de la fuerza de trabajo bajo el capitalismo, pero numerosos estudios muestran que también se intenta integrarlas con la finalidad de alcanzar cierto consenso en lugar de utilizar la pura coerción para constituir a la clase obrera” (Harvey, 2003: 117).

En el caso específico de los migrantes rurales paraguayos, la particularidad de la proletarización que experimentan se vincula al hecho de que la “metamorfosis” que realizan (de pequeños productores orientados a la subsistencia a obreros que perciben un salario regular a cambio de la venta de su fuerza de trabajo) sucede *fuera del Paraguay*. En otras palabras, esta proletarización no da lugar a una migración *interna* campo-ciudad sino al atravesamiento de límites nacionales. Esto se debe a que, como quisimos mostrar en la primera parte de la tesis, la escasa industrialización relativa de Paraguay parece excluir crónicamente a un importante número de jóvenes en edad productiva de la posibilidad de incorporarse a la relación salarial. Esta situación, junto al continuado avance de los agrogocios sobre tierras en usufructo campesino (y junto a la expansión de las necesidades de consumo creadas por la globalización), parece estar en la base del cuadro de condicionantes que impelen a un gran número de personas a migrar.

Ahora bien, la otra cara de este proceso de “metamorfosis” que se inicia en el campo paraguayo tiene lugar en el AMBA. A través de una serie de mecanismos “no formales” (como las descritas relaciones sociales basadas en el parentesco, la vecindad o el paisanaje), el empresariado argentino accede a un flujo de fuerza de trabajo que, en términos de Meillasoux (1972), no ha sido “criada” bajo las relaciones de producción capitalistas. De esta forma, para un número importante de trabajadores rurales paraguayos, el proceso de

sentido de que no pertenece a ninguna de las *clases* tradicionales. Estaría por fuera de ellas, lo cual lo haría diferente del *proletariado* porque sus condiciones de vida, mucho más precarias, no le señalan un lugar en la sociedad. Sus miembros viven bajo el nivel de pobreza, carecen de un dador de trabajo estable y no están amparados por un código laboral ni cubiertos por el sistema de la seguridad social. Viven en medio de la incertidumbre, la falta de seguridad y la ausencia de previsibilidad sobre su futuro. Si bien el concepto se asemeja al tipo de situaciones analizadas por nosotros, carece de referencia a los rasgos diferenciadores que afirmamos, es decir, a la participación de la dimensión étnica en la estructuración y conformación de ciertos subgrupos subalternos al interior de la clase trabajadora.

transformación de la racionalidad económica y productiva que acompaña a la proletarización y a la asalarización, entre otros escenarios posibles, tiene lugar al interior de la industria de la construcción del AMBA.¹⁵⁴

Estos procesos son los que nos condujeron a pensar la migración y la incorporación en la industria de la construcción del AMBA *como un mismo proyecto* para estos hombres, de naturaleza inseparable. Recordemos que para los primeros migrantes paraguayos en el AMBA, llegados entre 1960 y 1975, la inserción en las obras no representaba una alternativa tan marcada ni previamente definida. Por el contrario, muchos de los entrevistados se habían desempeñado en otros rubros antes de insertarse finalmente en la construcción. Si bien, justamente por la escasa visibilidad social de los migrantes limítrofes por esos años (Pacceca, 2010; Halpern, 2009; Cerruti, 2009; Maguid, 1997), sería difícil presentar un panorama del mercado de trabajo que se abría por ese entonces a los migrantes, sin duda es posible afirmar que el mismo no presentaba las condiciones de segmentación que años después evidenciaría, de forma paralela a la cada vez más notoria afluencia de migrantes a la capital y su periferia. Entonces, a diferencia de los migrantes paraguayos “pioneros” en el AMBA, para las generaciones migratorias posteriores la inserción en las obras poco a poco comenzará a configurar un pilar del proyecto migratorio, *hasta el punto de ser pensadas –migración y trabajo en obras- como parte de un mismo proyecto de vida.*

Nuestro interés particular por el proceso de proletarización se vincula al modo en que ésta ha sido interpretada en el campo de fuerzas de la identificación social, dando por resultado el “nacimiento” de una fuerza de trabajo que a partir de aquí será considerada como “*más subalterna que la subalterna*” en el contexto del mercado de mano de obra del AMBA. Para dar cuenta de esto, proponemos pensar el fenómeno en términos de “*proceso de proletarización étnica*” (Del Águila, 2014b). A través del concepto, buscamos referir al modo

¹⁵⁴ Recordemos que, para Meillasoux (1972), la ventaja que obtiene un determinado sector capitalista de mantener ciertas regiones al nivel de la subsistencia se vincula al aprovechamiento (la apropiación) del producto de los mecanismos de reproducción social ampliada que funcionan con eje en la esfera doméstica. En este sentido, el escaso desarrollo de las relaciones sociales de producción capitalistas en el campo paraguayo no permitiría hablar de un avance capitalista “inacabado” o “incompleto”, sino de la decisión planificada de mantener ciertas regiones al nivel de la subsistencia, como proveedoras de fuerza de trabajo barata. Como detallamos en el segundo capítulo, lo que el empresariado local explota son relaciones sociales de producción que aún subsisten en el campo paraguayo, y que sirven como reservorio o ejército de mano de obra pasible de ser impelida a migrar cuando las fuerzas del mercado así lo requieran. No está de más aclarar que, bajo ningún punto de vista consideramos que los artífices directos de esto sean los empresarios de la construcción locales. Al igual que las fuerzas productivas, el capital también se socializa y, en este sentido, los resultados del avance sobre las tierras campesinas que un sector capitalista lleva adelante puede bien ser luego aprovechado por otro sector capitalista. Lo que opera aquí es una lógica subyacente al Capital, con mayúscula, considerado como relación social de producción y no en referencia a un sector productivo en particular. De esta forma, la fuerza de trabajo barata generada en el campo paraguayo también será aprovechada por otros sectores económicos como la manufactura, los servicios o la producción sojera a gran escala (y no solamente por la construcción).

en que ciertas incorporaciones recientes de trabajadores migrantes rurales a la industria capitalista, por ocurrir en contextos caracterizados por *la hipervisibilización de la diferencia étnica y nacional*, se traducen en un acceso diferencial de los sujetos a los medios de producción, dando lugar a inserciones laborales más precarizadas que las de otros trabajadores.¹⁵⁵

Para explicar esto, debimos analizar *el proceso de incorporación a la industria capitalista que tiene lugar a través de las obras del AMBA*. Allí, ciertas adscripciones étnicas son interpretadas de modo subordinado a otras. A partir de esto, se identificaba a determinados grupos sociales exclusivamente con la venta de fuerza de trabajo (y con la imposibilidad correlacionada de participar de la producción en tanto ingenieros o arquitectos, por ejemplo). En este primer sentido entonces, la etnicidad era re-creada o re-imaginada en las obras con la finalidad de subordinar: el Otro es tal a partir de su origen geográfico y social (el campo) y su origen nacional (un país limítrofe y más “empobrecido” como Paraguay).

Ya adentrándonos en el mundo de las obras, vimos que el aprovechamiento de las redes sociales constituía una piedra angular del proceso productivo. En este sentido, algo de lo presentado permitió poner en entredicho el alcance de modelos cerrados tales como el del “mercado de trabajo dual” (Piore, 1972) al mostrar que no sólo existen rupturas sino también continuidades entre las áreas de pequeña producción agrícola y las áreas de gran producción capitalista. De esta forma, y como observara Harvey (1998: 175), “la subcontratación organizada ofrece oportunidades para la formación de pequeñas empresas y, en algunos casos, permite que los viejos sistemas de trabajo doméstico, artesanal, familiar y paternalista revivan y florezcan como piezas centrales, y no ya como apéndices del sistema de producción”. Esto en las obras se traduce en cierta persistencia de las relaciones basadas en la confianza, ya que “luchar contra la explotación capitalista en la fábrica es muy diferente a luchar contra un padre o un tío que trabaja por encargo para el capital multinacional” (Harvey, 1998: 175 citado en Rivermar Pérez, 2013: 20).

¹⁵⁵ Si bien, como objeto teórico, la “proletarización étnica” encuentra su génesis en el análisis de las experiencias de los trabajadores rurales paraguayos en las obras del AMBA, el concepto podría resultar aplicable a contextos histórico-geográficos más lejanos. Así, situaciones similares a las analizadas por nosotros han sido descritas por Shao et al. (2005) y por Zhan y Huang (2013) en su estudio de los migrantes rurales chinos en la construcción de Beijing. El caso que parece mantener mayores similitudes es el que Petrozziello (2012) ha analizado respecto de los trabajadores haitianos en la construcción de República Dominicana. En su trabajo, se muestra cómo la inserción en la construcción dominicana constituye también la principal fuente de salarios para los varones haitianos provenientes de ámbitos rurales. Estas comparaciones, sin duda, merecen un análisis más profundo.

A partir de esto, nos dedicamos en este sentido a analizar dos cuestiones de importancia. En primer lugar, abordamos los modos en que efectivamente se da el acceso a las obras. Vimos que, si bien existe oferta de mano de obra en lo que puede considerarse un “mercado”, guiado por la competencia y el mérito del trabajador, lo que verdaderamente parece primar es el acceso a través de las redes sociales. Como quisimos mostrar, la adscripción nacional sólo representa en este sentido un recurso “aparente”, dado que los verdaderos recursos que movilizan los actores se apoyan en otros modos de identificación y relacionamiento: el parentesco, el paisanaje y/o la vecindad. Si bien no pudimos profundizar lo suficiente en esto, relacionamos esta situación a cierta actualización del rol que el parentesco adquiriría en los ámbitos rurales en las obras del AMBA.

Esto se hizo visible en otra cuestión abordada, referida a la movilidad social que experimentan los migrantes. Por un lado, vimos que *la propia migración hacia el AMBA es interpretada por los trabajadores de origen rural como un proceso de movilidad social ascendente*. En este sentido, en sí mismo, venir a Buenos Aires era percibido como un progreso de vida en términos comparativos. Sin embargo, y en consonancia con el análisis de Halpern (2009), este “progreso” se enfrentaba, antes o después, con normas implícitas por las que se obstaculiza la integración con plenos derechos de los migrantes limítrofes en Argentina. Vimos en este sentido que las obras no son una excepción a ello. Si existen o no “techos invisibles”, no lo pudimos afirmar con certeza, dado que esto hubiera requerido relevar datos fuera de nuestro alcance. Lo que sí mostramos es que muchos migrantes así lo interpretaban. A partir de esto, sostuvimos que la movilidad de los migrantes paraguayos en la construcción también resulta sólo aparente, y que lo que verdaderamente tiene lugar es un proceso por el cual los migrantes comienzan a ocupar cada vez más roles de responsabilidad y jerarquía al interior del proceso productivo, sobre todo con miras a establecer cuadrillas de trabajo más eficientes y ajustadas al mandato productivo.

Estas cuestiones nos fueron enfrentando al ciertamente complejo intento de separar analíticamente clase social y etnicidad en el ámbito concreto de las obras en construcción del AMBA. En concordancia con lo señalado por Wolf (1982) para otros contextos, sostuvimos que, en las obras, las relaciones sociales de producción inciden sobre los modos en que se reconfigura lo étnico. Esto, sin duda, habilita a una serie de preguntas y cuestiones que sólo en parte pudimos abordar aquí. A pesar de ello, quisimos mostrar que, al igual que en otros espacios laborales, en la construcción las diferencias étnicas se intersectan con las diferencias de clase, yuxtaponiéndose y complejizándose. Claramente, la etnicidad excede las dimensiones que puedan asociarse al trabajo compartido al interior de una ocupación

particular. Sin embargo, nos interesó enfatizar en esta complejidad para apreciar que la lógica de la etnicidad coadyuva a garantizar el cumplimiento de la palabra y el establecimiento de confianza en las obras. Así, a nuestro entender, el parentesco, la vecindad y el paisanaje representan principios articuladores de mayor peso aún que la nacionalidad. Se revitaliza así la concepción de Díaz Polanco (1988) que afirma que, en ciertos contextos económicos y sociales, *la etnicidad debe ser considerada como una dimensión de las clases*, en tanto y en cuanto la reproducción de lo étnico (*re-configuración*, diremos nosotros) se enmarca en la dinámica de la subordinación de determinados sujetos a roles específicos en la producción.¹⁵⁶

Pero mostramos asimismo otras dimensiones complementarias de los procesos de adscripción étnica. Dado que este tipo de identificación descansa sobre valores y principios considerados *colectivos*, que prescriben a las personas determinadas pautas de conducta, en el contexto productivo de las obras dichas prescripciones se actualizan hasta formar parte del desarrollo socializado de las fuerzas productivas. Como comentáramos, la tendencia actual del Capital es la de colocar en el centro de la producción a un conjunto de facultades comunicativas y cooperativas que son inmediatamente sociales, y “que se desarrollan tanto ‘dentro’ como ‘fuera’ del espacio de trabajo” (Pagura, 2008:8). En este proceso, los valores y modos de ver que los sujetos comparten (en tanto vecinos del mismo barrio, paisanos del mismo pueblo, parientes de una misma familia y, más fundamentalmente, en tanto compañeros de trabajo) son puestos en juego y aprovechados de distintas maneras por el proceso productivo. En este sentido, y a partir del análisis de distintas dimensiones de la experiencia de los trabajadores en las obras, quisimos mostrar que la capacidad humana de asociarse simbólicamente y materialmente a través de la etnicidad es aprovechada de distintos modos por el empresariado en beneficio del proceso productivo. Entre otras cuestiones, vimos que en esta clase de agrupamientos resulta común que un trabajador enseñe a otro el oficio, o “cubra” su trabajo de ante una urgencia. De este modo, un grupo de trabajadores étnicamente vinculado resultará más capaz de responder a las demandas del proceso productivo que una serie de individuos no vinculados entre sí más que por el mero hecho de compartir una tarea común. En la línea inaugurada por Wolf (1982) y Fenton (1999), esta dimensión de la etnicidad de los trabajadores puede ser pensada como una dimensión más de su fuerza de trabajo. Para el empresariado, será interpretada en términos de

¹⁵⁶ En este sentido dijimos que, más aún que la nacionalidad, será la territorialidad (en términos de parentesco, paisanaje o de vecindad) lo que se interpretará en clave étnica. Si un trabajador es vecino de otro, y éste lo recomienda, también responderá por sus acciones llegado el caso. Sostuvimos que este conjunto de factores constituyen la base material de los agrupamientos étnicos en la obra. Contrapusimos así nuestra propuesta al análisis de Vargas (2005) para mostrar que, si bien existen continuidades entre la producción de confianza e identificación en los entornos rurales y en la producción industrial, *la etnicidad no migra con los sujetos*, sino que es re-creada, reformulada en la sociedad de destino, adquiriendo en las obras un “nuevo” sentido específico.

una “mayor capacidad natural del grupo para responder a un ritmo elevado y demandante de trabajo”.

Discutimos, sin embargo, estas ideas relativas a la existencia de una “etnicidad paraguaya” o de algo similar. Mostramos que la etnicidad de los migrantes paraguayos no deja de ser una “invención” que realiza el sector empleador. De este modo, y más allá de que su origen geográfico sea o no el sector rural, estos migrantes serán en su conjunto pensados por el empresariado de la construcción argentina como “gente que viene del campo”. A través de ello, ciertas *disposiciones sociales relativas a la clase* serán imaginadas por los empleadores como “esencias” compartidas por los obreros por el mero hecho de ser paraguayos. Se trata así de una etnicidad (re)creada en torno a la producción. Una etnicidad adjudicada y proyectada sobre ellos que desconoce, entre otras cuestiones, prácticas demarcatorias que distinguen a los paraguayos entre sí, como por ejemplo, la proveniencia de distintos departamentos de Paraguay, la adscripción rural/urbana, entre otras.

Una cuestión que sostuvimos en relación a esto se vincula a que dicha “invención” de lo étnico por parte del empresariado le significará a éste importantes ahorros. Esto se debe a que la mirada que recae sobre estos migrantes, como nos comentara un capataz argentino, es que *“en sus países se mueren de hambre y entonces vienen acá y... por lo menos, tienen para comer”* (Conversación con Julio, capataz argentino. Obra de Av. Corrientes, Abril de 2012). Entonces, por provenir del campo, pero además por ser extranjeros limítrofes, la subalternidad de estos sujetos será considerada prácticamente un hecho del orden natural (y, con esto, legítimo), posibilitando que el empresariado considere más justificado desentenderse en lo que concierne a sus derechos y garantías laborales.¹⁵⁷

En este sentido, tanto la no inversión en condiciones seguras y saludables de trabajo, la no contratación de ART o Seguros de Vida Obligatorio, el no pago de fondo de desempleo, de aguinaldos, vacaciones, entre otras, representarán claros ahorros económicos para muchos empleadores argentinos.¹⁵⁸ Es por esto que, en términos generales, a los empresarios

¹⁵⁷ Esto se evidencia en el no pago del ya citado Fondo de Desempleo o de “cese laboral”, que todo trabajador de la construcción tiene derecho a cobrar una vez finalizada la obra. Durante el trabajo de campo, conversando con trabajadores paraguayos en distintas obras les comenté respecto de la existencia y obligatoriedad de dicho fondo. Un porcentaje importante de ellos nunca había oído hablar de nada similar. En obras de mayor envergadura, esta situación no fue tan común. Por un lado, porque el IERIC suele inspeccionar las obras de este tipo y, por otro, porque es más difícil para el empleador ocultar dicha información a los trabajadores que la desconocen, dado que esto suele ser conversado entre ellos.

¹⁵⁸ Ver Anexo VI. Se presenta el recibo de sueldo quincenal de un ayudante y de un oficial. Como puede verse, se computan sólo las horas trabajadas declaradas. Luego, se presenta el talonario mensual de pago del Fondo de Desempleo al IERIC. Como puede apreciarse, el pago se realiza sobre el 1% del salario declarado, con lo cual, el

constructores les interesará contratar la mano de obra que sea más fácil de flexibilizar, la más dócil y la menos sindicalizada. En síntesis, la sobre-explotación de la fuerza de trabajo migrante formará parte del cálculo “real” de costos, aunque el cálculo “formal” presentará las horas necesarias como horas pagadas, los gastos en higiene y seguridad como gastos realizados, etc. En la generalidad de las obras, una vez aprobado el “pliego”, comenzarán indefectiblemente los recortes en este tipo de inversiones. Los contratos “de palabra” que tan comunes resultan a la experiencia de trabajo en las obras sin duda contribuirán a sostener este tipo de situaciones.¹⁵⁹

Analizamos luego los modelos de masculinidad que oponen a los obreros de la construcción de otros varones que ejecutan trabajos no manuales en las obras. Coincidimos con otros autores en que en este tipo de espacios laborales prima cierta “exaltación de la masculinidad” (Marques, 2010, citado en Palermo, 2012: 75) que se expresa en la exacerbación del cuerpo del trabajador varón. Como señala Palermo, “se afianza un ideal de musculatura que es

trabajador cobrará por las horas registradas pero no por las realmente trabajadas. Por último, se presenta el comprobante de pago al FICS (Fondo de investigación, Capacitación y Seguridad para la industria de la construcción).

¹⁵⁹ Un estudio reciente elaborado por el Centro de Investigación en Trabajo, Distribución y Sociedad (Citradis) afirma que el ingreso mensual que perciben los trabajadores migrantes sudamericanos en Argentina es 23 por ciento inferior al promedio de la economía. El documento evidencia que las bajas remuneraciones de bolivianos, paraguayos y peruanos están directamente vinculadas con la informalidad de su inserción laboral: cinco de cada diez trabajadores migrantes son precarizados por sus empleadores. El discurso que desprecia y demoniza a los trabajadores extranjeros ignora las condiciones de empleo de esos individuos en el mercado laboral argentino. “Los datos disponibles en nuestro país indican con claridad que los trabajadores migrantes poseen una inserción de mayor precariedad en el mercado de trabajo, están expuestos a una más baja probabilidad de acceder a un puesto de trabajo asalariado y perciben un menor ingreso horario que aquel que obtienen los trabajadores no migrantes”, afirma el informe difundido por el Citradis (Página 12, 26 de Febrero de 2015). Los investigadores sostienen que esas diferencias se extienden más allá del mercado de trabajo, por ejemplo en el acceso a la vivienda, profundizando su vulnerabilidad social. “Los cambios introducidos en 2004 con la nueva ley migratoria y la implementación de iniciativas destinadas a la normalización documentaria permitieron reducir la vulnerabilidad de esos individuos en el mercado de trabajo. Sin embargo, persisten abusos de parte de empleadores inescrupulosos, que aprovechan la desprotección relativa de esos colectivos para abaratar sus costos y aumentar sus márgenes de ganancias” (Página 12, 26 de Febrero de 2015). El estudio también señala que de esa situación de vulnerabilidad no se desprende que esos individuos “trabajen menos”: su participación en el mercado laboral no es inferior a la del resto de la población. Las estimaciones del Citradis permiten constatar que las tasas de actividad (proporción de ocupados y desocupados sobre la población total) y de empleo (ocupados en relación con la población total) son algo mayores para los trabajadores nacidos en otro país. El director del Citradis, Fernando Groisman, advierte que esa situación es “razonable”, ya que los migrantes arriban al país en edades laborales activas con el objetivo de obtener un empleo. Aunque la tasa de “asalarización” (proporción de asalariados sobre el total de ocupados) exhibe una diferencia de cerca de 7 puntos porcentuales a favor de los trabajadores no migrantes. A lo largo de los últimos doce años, Argentina experimentó un intenso proceso de creación de puestos de trabajo registrados. Esa dinámica fue acompañada por una reducción en los niveles de informalidad laboral, que cayó 15 puntos, de 49 a 34 por ciento. Los avances se concentraron en el período 2003-2008 y luego se estancaron. Una detallada investigación realizada por la OIT evidencia que las mejoras en las condiciones de empleo para los migrantes fueron significativamente inferiores que entre el resto de los asalariados. Fabio Bertranou y Luis Casanova, autores de ese trabajo, estimaron que entre 2003 y 2012 la merma en la informalidad para los no migrantes alcanzó a 15,2 puntos porcentuales, mientras que para los migrantes llegó tan sólo a 4,8 puntos porcentuales. Esa dinámica no experimentó ningún cambio relevante a lo largo de los últimos años (Página 12, 26 de Febrero de 2015).

glorificado e impulsado por medio de valores ligados al esfuerzo y la disciplina, consolidándolos como atributos ‘propios’ de la masculinidad” (Palermo, 2012: 75). De esta forma, el esfuerzo físico, la potencia y la disciplina aparecieron como índices del “ser trabajador de la construcción”, resultando sumamente funcionales a la explotación de la fuerza de trabajo, predisponiendo a los trabajadores a no denunciar los accidentes y a encubrir situaciones riesgosas. Vimos que en el caso puntual de los trabajadores paraguayos, estos mandatos se veían reforzados por su condición de “no-nativos”. En este sentido, si bien las diferenciaciones nacionales no aparecían como culturalmente homogéneas en relación a esto, muchas veces los mismos trabajadores las utilizaban como un instrumento retórico para interpretar la aceptación de condiciones de trabajo desventajosas. De alguna forma, también el empresariado esperará que un trabajador paraguayo acepte más el riesgo que entraña el trabajo en las obras dado que, en su carácter de extranjero y de “campesino”, será percibido por el empleador como *más subalterno que los subalternos*.

Sin embargo, como mostramos, la dimensión del riesgo es entendida por el conjunto de los trabajadores en términos más amplios, diferenciando entre quienes utilizan el cuerpo y quienes utilizan la mente, entre quienes hacen trabajo sucio y quienes hacen trabajo “limpio”. Así, la experiencia de los trabajadores paraguayos también aparece inmersa en un modelo de “masculinidad física” atravesado por un discurso de clase vinculado a la organización de la industria. La identidad étnica o nacional no será rechazada pero, en este punto, aparecerá sobrepasada por este modelo de “masculinidad obrera”. De este modo, un capataz paraguayo no será considerado más vulnerable frente al riesgo que un capataz nativo. Y esto porque la masculinidad de los obreros constituye en sí misma un sistema de valores que, en torno al riesgo, establece diferencias entre quienes trabajan con el cuerpo y quienes no. A partir de esto, existirán solidaridades que lograrán construirse en torno al reconocimiento de condiciones de explotación compartidas y que, en este sentido, *servirán como expresiones ocupacionales del sentido que los sujetos otorgan a la clase social*. Por el contrario, las diferencias nacionales sólo representarán en este sentido una *diferenciación secundaria*, que poco dirá sobre el riesgo o la masculinidad a los ojos de los obreros.¹⁶⁰

¹⁶⁰ Claramente, algunas dimensiones de estos procesos se visualizan en cuestiones que no pudimos abordar aquí, por ejemplo, vinculadas al rol de proveedores que los obreros están “socialmente llamados a cumplir” al interior de sus hogares. Por ejemplo, el relativo al ideal de masculinidad que prescribe la auto-explotación del hombre antes que la pérdida de dominio sobre lo femenino. Puede pensarse que esto impediría que sus esposas trabajen fuera de la casa, reforzando el rol masculino de “llevar el pan a casa”. Recordando la “trampa” a la que aludía Bourdieu, *esta parece ser la masculinidad que los obreros pueden construir, aunque no necesariamente la que quisieran*. Sin embargo, estas líneas de indagación no pudieron ser abordadas y deberán quedar abiertas a futuras investigaciones.

En la tercera parte de la tesis, enfocamos en la cuestión del poder y su modo de atravesar las obras. Indagamos en las rivalidades y los comportamientos discriminatorios que son contruidos en torno de las diferencias étnicas y nacionales al interior del grupo de trabajadores. Siguiendo a Bourdieu (1977, 1984), y en relación a la discusión anterior, la interiorización de las estructuras significantes genera “hábitos”, entendidos como sistemas de disposiciones, esquemas básicos de percepción, comprensión y acción. Los hábitos son a su vez estructurados (por las condiciones sociales y la posición de clase) y estructurantes (generadores de prácticas y de esquemas de percepción y apreciación). Estas dos dimensiones del *habitus* constituyen lo que Bourdieu denominó “estilo de vida”. A partir de estos lineamientos, y si bien puede pensarse que los obreros en su conjunto comparten prácticas culturales, sensibilidades y estilos de pensamiento distintivos (García Canclini, 1982), el *habitus* compartido no siempre da lugar a solidaridades entre nativos y extranjeros. Esto parece deberse a que una parte del discurso hegemónico sobre los migrantes atraviesa a todos los argentinos de una obra, desde obreros a ingenieros y arquitectos. Entonces, y si bien, como un todo, los obreros se distinguirán de aquellas personas que no desarrollan tareas manuales en la industria, esto no impedirá que se diferencien también de sus pares extranjeros en cuestiones relativas a la dignidad y la decencia en el trabajo.

Como quisimos mostrar, muchas veces los conflictos se mantienen en estado latente, ya que ello permite que el proceso productivo se desarrolle con normalidad. Sin embargo, de tanto en tanto, surgen altercados que logran expresar lo que verdaderamente piensan unos de otros. En estos casos, los conflictos adquieren la forma de “hechos sociales totales”, en los que se entremezclan antagonismos de clase y diferenciaciones étnicas y nacionales. De hecho, en más de una oportunidad, *ciertos conflictos vinculados a antagonismos de clase terminan por ser interpretados en clave étnica, como si se tratase de conflictos relacionados a distintos “modos de ser”*.

De forma paralela, la diferenciación entre los trabajadores migrantes y el jefe de obra, los arquitectos y otros nativos que cumplen roles no manuales en la industria se basará en la interpretación de una diferencia “incommensurable”. Esta disposición se construirá tanto en términos étnicos y nacionales como de clase. Aquí, sin duda, cobrará sentido aquello que insinuamos en el cuarto capítulo y que refiere a la interpretación de *la nacionalidad en términos de clase*. Así, desde el punto de vista de los jefes de obra, nativos y “blancos”, los trabajadores migrantes vendrán “porque en sus países se mueren de hambre”. *Aquí lo étnico y lo nacional, de forma conjunta, adquirirán connotación de clase*.

Todas estas cuestiones son las que nos llevan a afirmar que, en resumidas cuentas y de múltiples formas, la industria de la construcción se yergue actualmente como un espacio laboral (re)productor de diferencias, ya que en su interior las demarcaciones se actualizan y se re-cargan de sentido. Sin duda, estos procesos trascienden ampliamente los portones de chapa de las obras, atravesando toda la sociedad y el mercado de trabajo argentino.

Si bien no con toda la profundidad que el tema merecería, hacia el final de la tesis buscamos abordar los modos variados de resistir que despliegan los obreros. Por un lado, vimos que resistir la explotación laboral implica para los sujetos, directa o indirectamente, resistir los discursos sociales que buscan subalternizarlos. En este sentido, como señalara Soich (2007) para otro contexto productivo, muchas veces la falta de un espacio verdaderamente representativo (sindicato, partido político, organización obrera) desde el cual iniciar el cálculo de las directas confrontaciones entre trabajo-capital, produce entre los trabajadores la emergencia de “maniobras singulares, simulaciones creativas, modos de interceptar el juego ajeno, resistencias individuales o colectivas que, desde un espacio subordinado, sólo pueden imprimir las marcas del disenso haciendo uso de los elementos impuestos por las estrategias del proceso de trabajo” (Soich, 2007:11). En el caso específico de los migrantes paraguayos en las obras, esto se traducía en ciertas “tácticas oposicionales” (De Certeau, 1988) construidas a partir del uso del guaraní. Así, también los paraguayos utilizaban el idioma para “nombrar al Otro” sin ser detectados: resisten nombrando “kurepi” al poder que busca subordinarlos nombrándolos “paraguas”. Sin bien no pudimos extendernos lo suficiente en esto, claramente, las resistencias exceden esto y son producto de complejas yuxtaposiciones entre modos de vivir la clase, la etnicidad y la masculinidad obrera, todas construidas en oposición al modelo del “trabajador intelectual nativo”: blanco, clase media o alta, profesional, porteño, ciudadano.

Al analizar la relación que los migrantes paraguayos sostienen con el sindicato, sin duda resulta pertinente recuperar ahora el pensamiento de Gramsci. El autor destacó que la *falta de efectividad* de las tácticas de resistencia surgiría como una consecuencia del carácter fragmentario y contradictorio en las concepciones del mundo de los subalternos (Gramsci, 1992) Como vimos, en relación a la presencia de trabajadores paraguayos, las organizaciones obreras no parecen haber estado a la altura de las circunstancias. En este sentido, en parte, puede decirse que la participación política y sindical de los migrantes paraguayos ha sido

considerada “poco aceptable” o, al menos, así lo ha percibido un gran número de migrantes paraguayos.¹⁶¹

En relación a esto, durante el trabajo de campo en las obras, pudimos notar que las organizaciones sindicales no eran percibidas por los obreros paraguayos como instituciones “salvaguardas” de sus derechos. Así, tanto el sindicato como los organismos estatales de control y de protección del trabajo, en el mejor de los casos, se representaban como algo “ajeno a la defensa de sus intereses”. En el caso específico de la UOCRA, puede decirse que ésta ha sido durante muchos años percibida como un agente más en la legitimación de la desigualdad que atraviesan los migrantes, antes que como un verdadero reivindicador de sus derechos. Si bien existen indicios que señalan que esto puede estar cambiando actualmente, aún es pronto para decirlo y sin duda deberá ser investigado con mayor profundidad en el futuro.

Resultó por el contrario interesante ver que esto no ha anulado completamente el activismo de los migrantes. Así, y si bien puede decirse que sus accionar político no sigue los cauces “ordinarios” de la participación *partidaria o sindical*, los paraguayos continúan creando formas novedosas y más “representativas” de organización. Como era de esperar, también estas nuevas organizaciones surgirán fundamentalmente a partir de instituciones tales como la *vecindad, el paisanaje o el parentesco*, matrices principales de las redes de paraguayos en Buenos Aires. Estas cuestiones deberán quedar abiertas a nuevas investigaciones.

¹⁶¹ Parecen, en este sentido, pertinentes las reflexiones de Wolf (1982) acerca de que las distinciones “raciales” y “étnicas” han tenido un rol central en la fragmentación de la clase obrera. Tales mecanismos han cumplido la función de ubicar a los trabajadores en diferentes categorías jerarquizadas del mercado de trabajo; relegando a las poblaciones estigmatizadas a los niveles más bajos y aislando de la competencia a los niveles más altos. A pesar de ello, como sugiere el autor, el capitalismo no ha logrado aún crear “todas las distinciones étnicas y de raza que sirven para diferenciar categorías de trabajadores. Es el proceso de movilización del trabajo dentro del capitalismo lo que comunica a estas distinciones sus valores efectivos” (Wolf, 1982: 460). De este modo, en su eterna búsqueda de mano de obra barata y abundante, “la acumulación capitalista sigue engendrando nuevas clases trabajadoras en muy diversas regiones del mundo. Recluta a estos trabajadores en una amplia variedad de entornos culturales y sociales y los inserta en jerarquías variables políticas y económicas. En virtud de su sola presencia, las clases trabajadoras cambian estas jerarquías y son cambiadas a su vez por las fuerzas a las que están expuestas. Por ello, en un nivel, la difusión del modo capitalista crea por doquier una unidad más amplia mediante la reconstrucción constante de su característica relación capital-trabajo. En otro nivel, crea también diversidad, pues aunque unifica, acentúa la oposición y segmentación sociales. Dentro de un mundo más y más integrado, presenciamos el crecimiento de diásporas proletarias más y más diversas” (Wolf, 1982: 464).

ANEXOS

ANEXO DE OBRAS VISITADAS (2006 – 2014)

Se consigna la dirección exacta de la obra en los casos en los cuales se cuenta con ese dato. En aquellos casos en los cuales no recordamos la altura exacta, se consigna el cruce de calles más cercano.

Las obras listadas a continuación poseen características sumamente disímiles. De esta forma, se listan indistintamente obras de gran envergadura (entre 100 y 400 trabajadores en promedio), obras de mediana envergadura (entre 40 y 100 trabajadores en promedio) y obras de pequeña envergadura (entre 15 y 40 trabajadores en promedio). Al mismo tiempo, se listan obras de refacción que no suelen emplear a más de 15 trabajadores en promedio. Esta clasificación suele corresponderse (aunque no inequívocamente) con el tamaño de la principal Empresa Constructora que lleva adelante la obra. Así, las obras de gran envergadura suelen ser llevadas a cabo por grandes empresas, las de mediana envergadura por empresas medianas, etc. Estas diferencias resultan de suma importancia, ya que cada Empresa constructora lleva adelante políticas de gestión de la mano de obra muy distintas, condicionada directamente por su composición orgánica y su declaración fiscal. En este sentido, se listan obras llevadas a cabo por empresas con diversas razones sociales: Sociedades anónimas (S.A.), Sociedades de Responsabilidad Limitada (S.R.L.), Sociedades de Hecho (S.H.), Uniones de Empresas (U.T.E.) así como Fideicomisos y Grupos Familiares de Trabajo no declarados propiamente como organizaciones empresariales.

Otra salvedad que debe hacerse es que la presencia efectiva de trabajadores paraguayos en las obras listadas fue altamente variable. Entre las obras que se presentan existen casos en los que todos los trabajadores empleados eran paraguayos como así también casos en los que sólo uno de ellos lo era.

1. 3 de Febrero 2924 (Nuñez)
2. Acevedo 220 (Caballito)
3. Amenábar 2793 (Colegiales)
4. Antezana 527 (Palermo)
5. Aráoz 2974 (Palermo)
6. Arévalo 1596 (Palermo)
7. Arribeños 2681 (Belgrano)
8. Arribeños 2774 (Belgrano)
9. Av. Cabildo y Nuñez (Nuñez)
10. Av. Córdoba 3582 (Palermo)
11. Av. De los Incas 3310 (Belgrano)
12. Av. Díaz Vélez 5382 (Caballito)

13. Av. Eva Perón y Achával (Flores)
14. Av. Figueroa Alcorta 7350 (Nuñez)
15. Av. Garay 168 (San Cristóbal)
16. Av. Pedro Goyena 1552 (Caballito)
17. Av. Quintana 465 (Recoleta)
18. Av. Santa Fe 1510 (Recoleta)
19. Av. Santa Fe 5001 (Palermo)
20. Banco Itaú (Quilmes)
21. Bartolomé Mitre 434 (Microcentro)
22. Bernardo de Irigoyen 308 (San Cristóbal)
23. Beruti y Bulnes (Palermo)
24. Bulnes 1130 (Palermo)
25. Bulnes 1533 (Palermo)
26. Cabrera 6065 (Palermo)
27. Carabobo 121 (Flores)
28. Carlos Calvo y Av. Boedo (Boedo)
29. Carranza 2320 (Palermo)
30. Centenario 1823 (Beccar)
31. Cerrito 176 (Balvanera)
32. Céspedes 3035 (Colegiales)
33. Charcas 2871 (Barrio Norte)
34. Ciudad de la Paz 3272 (Colegiales)
35. Clínica Santa Isabel - refacción quirófano (Flores)
36. Colombres 559 (Lomas de Zamora)
37. Comodoro Rivadavia 1684 (Nuñez)
38. Conde 3555 (Belgrano)
39. Conesa y Virrey Loreto (Colegiales)
40. Cráter y Lacroze (Chacarita)
41. Curapaligüe y Av. Alberdi (Caballito)
42. Eduardo Acevedo 227 (Caballito)
43. Erezcano y Cóndor (Pompeya)
44. Estación Chacarita Subte Línea B (Chacarita)
45. Felipe Vallese 701 (Caballito)
46. Gaona 529 (Lomas de Zamora)
47. Gaona y San Nicolás (Floresta)
48. Gorriti 3671 (Palermo)
49. Grecia y Jaramillo (Nuñez)
50. Guevara 405 (Chacarita)
51. Gurruchaga y Paraguay (Palermo)
52. Hidalgo 1672 (Villa Crespo)
53. Hornos 1650 (Barracas)
54. Hortiguera 782/4 (Flores)
55. Hospital Garrahan – refacción subsuelo (San Cristóbal)
56. Jaramillo 3319 (Nuñez)
57. Jardín Maternal del Hospital de Niños (Barrio Norte)

58. Juana Azurduy 2422
59. Juana Manso 999 (Puerto Madero)
60. Juana Manso y Lynch (Puerto Madero)
61. Larrazábal 2255 DHL – (Mataderos)
62. Libertador y Av. Coronel Díaz (Barrio Norte)
63. Maipú 88 (Microcentro)
64. Mariscal López y Figueroa Alcorta (Barrio Jardín)
65. Martín García 839 (Barracas)
66. Matienzo 2565
67. Ministerio de Salud/Desarrollo – refacción – (Balvanera)
68. Miró 868
69. Moldes 3035
70. Monroe 1684
71. Monroe 2674
72. Montes de Oca 702 (Barracas)
73. Montes de Oca y Aristóbulo del Valle (Barracas)
74. Montevideo 231 (Balvanera)
75. Nordelta -casa particular- (Tigre)
76. Ocampo y Cerviño (Palermo)
77. Oro 2261 (Palermo)
78. Palpa y Zapiola (Colegiales)
79. Paraguay 2925 (Barrio Norte)
80. Paraguay 3019 (Barrio Norte)
81. Paraguay 3750 (Palermo)
82. Patio Bullrich -refacción sala de cine- (Recoleta)
83. Peña 2049 (Recoleta)
84. Py Margall y Av. Patricios (Barracas)
85. Quesada 1556 (Belgrano)
86. Rivera 2625 (Belgrano)
87. Roosevelt 3150 (Belgrano)
88. Roque Sáenz Peña y Naón (Lomas del Mirador)
89. Sánchez de Bustamante 1989 (Recoleta)
90. Superí y Manzanares (Saavedra)
91. Teodoro García y Conesa (Colegiales)
92. Thorne 382 (Caballito)
93. Ugarte 1553 (Nuñez)
94. Venezuela 2227 (Montserrat)
95. Vicente López y Junín (Recoleta)
96. Wallmart – remodelación de fachada- (Avellaneda)

ANEXO II

DIARIO ABC COLOR 12 DE DICIEMBRE DE 2008

| CONSTRUYO GRANDES EDIFICIOS DEL GRAN BUENOS AIRES

Un albañil paraguayo formó una empresa en la Argentina

Una de las actividades en las que se destacan los connacionales que residen en Buenos Aires, capital de la Argentina, es la construcción. En la mayoría de las obras que se realizan es común observar a miles de albañiles paraguayos desarrollando un intenso trabajo.

BUENOS AIRES, Argentina (Clide Martínez, enviada especial).- Muchos de los edificios más importantes de Buenos Aires tienen el sello de la mano de obra paraguaya. Esta es una realidad que nadie puede soslayar. Y también es una feliz coincidencia que en numerosos casos estas inmensas edificaciones son proyectadas y realizadas por empresas de connacionales, que iniciaron su carrera laboral como simples albañiles y hoy son propietarios de respetadas firmas.

Eladio Maldonado, oriundo de Urunde'y, pequeño poblado del departamento de San Pedro, personifica a los compatriotas que desde el "Paraguay profundo" han emprendido la aventura de conquistar un lugar en la gran urbe argentina.

Recordó que su infancia fue muy difícil, ya que eran tiempos de intolerancia política y su padre no gozaba de la simpatía de las autoridades del pueblo. Cansados de las persecuciones, la familia se trasladó a San Estanislao, también distrito de San Pedro, donde Eladio demostró desde niño su capacidad emprendedora. "Compraba plantaciones de mandioca y realizaba la venta casa por casa. Yo tenía 12 años y ya ganaba buena plata", comentó. Sus ansias de progreso lo llevaron a realizar la aventura de viajar a la Argentina sin consultar a sus padres. Culminado el servicio militar, cruzó a la provincia de Formosa y posteriormente consiguió viajar gratuitamente en un barco que se trasladaba a Buenos Aires. Ya en la gran ciudad ofreció sus servicios en forma gratuita para aprender el oficio de albañil. Las ganas de superarse le permitieron aprender rápidamente todos los secretos de la profesión. Pocos años después, Maldonado ya había instalado su oficina de constructor. Se asoció con arquitectos argentinos e inició obras de gran porte en la capital federal y en el interior del vecino país.

GRANDES OBRAS. Entre otras obras resalta el hotel Cerro Catedral, de Bariloche, la transformación del estadio de Rosario Central para el mundial de 1978, edificios de más de 20 pisos en Buenos Aires. También, la Universidad de Palermo encargó a su empresa la mayoría de los trabajos. Recordó que al comentar con sus amigos que iría a la Argentina, se burlaban de él pronosticando que retornaría como la mayoría con una radio y un poncho. Varios trabajos de envergadura, como el Colegio de Sordomudos de Buenos Aires y edificios de departamentos, fueron premiados internacionalmente por la perfección en la infraestructura. "En las temporadas de mayor auge doy ocupación a alrededor de 2.000 personas y preferentemente son paraguayos los que activan en las construcciones que están a mi cargo", comentó el empresario. Miguel Giménez, oriundo del distrito de Caragatay, ubicado en el departamento de Cordillera, quien dejó su pueblo a los 18 años para instalarse en Buenos Aires, es uno de los más antiguos obreros de la empresa de Maldonado. El cordillerano aseguró que ningún paraguayo que vaya con el propósito de incorporarse a la actividad de la construcción quedará sin trabajo. cmartinez@abc.com.py

ANEXO III

24 DE JUNIO DE 2012 13:31

Primera ocupación de tierra

Por [Sergio Escobar](#), corresponsal

CAPIBARY. Un grupo de campesinos nucleados en una organización de “sin tierras” de esta zona del departamento, invadieron una propiedad agrícola que provocó la reacción de los uniformados comisionados en el lugar (Aper).



Efectivos de la Policía conversan con algunos dirigentes en el lindero de la finca invadida. / Sergio Escobar

El hecho se produjo en horas de la tarde de este sábado cuando unas 80 personas ingresaron en una propiedad de aproximadamente 1982 hectáreas ubicada en la calle 26 de febrero perteneciente al Consorcio Clovis Vieira y Omar Troiler, ambos de nacionalidad brasileña.

Tras el ingreso, los labriegos comenzaron a levantar algunos precarios ranchos en el sitio, pero inmediatamente fue intervenido por los custodios particulares del inmueble apoyados por los efectivos de la (Aper) produciéndose algunos roces entre las partes. Luego de la intervención policial, los campesinos se instalaron en el lindero de la finca y anunciaron que en cualquier momento podrían regresar al lugar con el objetivo de forzar a los responsables del Indert la adquisición de dicha parcela.

Durante el procedimiento no hubo ninguna persona detenida, debido a que los intervinientes no estaban en condiciones para la detención de los ocupantes ilegales a pesar de que en el grupo había

gentes con órdenes de captura por invasión de inmueble ajeno. La finca en cuestión cuenta con un amparo judicial otorgado por un juzgado de la zona, atendiendo que la misma desde hace alrededor de nueve años está siendo objeto de constantes invasiones. Gilberto Mereles, uno de los dirigentes de la organización manifestó que ellos exigen la expropiación de esta propiedad para la ampliación de la colonia y evitar el avance de los sojales por parte de los barrileros.

El dirigente cuenta con una orden de detención emanada por la fiscalía Nimia Ávalos por los hechos de invasión de inmueble ajeno e instigación, sin embargo, esa orden nunca fue ejecutada por la policía, el acusado por su parte indicó que él no es ningún delincuente y dijo no temer de este tipo de amedrentamiento.

“La gente está luchando aquí por algo justo, primeramente para defender de los abusos por parte de los extranjeros que no respetan a los vecinos en la utilización de los agrotóxicos que son muy dañinos para la salud de la población, los habitantes ya no pueden ni comer tranquilos cuando ellos están tirando los venenos en los cultivos sin tener en cuenta que la finca está en medio de una población”, sostuvo el referente campesino.

También señaló que ojalá el nuevo presidente de la República, Federico Franco pueda cumplir con su discurso y priorizar los problemas de la falta de tierra, al tiempo de señalar que mientras no se prioricen las reivindicaciones del sector, ellos seguirán actuando de esta manera hasta lograr el cumplimiento de sus derechos, añadió

ANEXO IV

DIARIO ABC COLOR, PARAGUAY

30 DE MARZO DE 2010

La mayoría de los hombres todavía hace escala en las construcciones

Por Julio Benegas



La mayoría de los hombres todavía hace escala en trabajos de construcción. En Buenos Aires, el 39% del total de mano de obra en este sector es paraguayo. La gente se lleva a la gente y un mundo de oficios nuevos recrea el ancestral éxodo paraguayo.

Que a la salida de la estación de micros de larga distancia de Buenos Aires, Retiro, nos encontremos sin escala con chipas, tiendas de paraguayos, revistas de "paraguayitas" y ese murmullo en clave guaraní, es una señal importante del extendido mundo paraguayo en Gran Buenos Aires. Si el primer taxi que se toma para dirigirse al hospedaje es conducido por un compatriota la señal está a punto de convertirse en evidencia. Esta evidencia está registrada en el censo último, del 2001: los paraguayos son la colectividad extranjera más grande en la Argentina.

En 1976 no solo irrumpía la sociedad argentina la junta militar que mató y desapareció a 30.000 personas. En 1976, desde su antigua campaña luqueña, Vicente Báez arribaba a Buenos Aires, en uno de los más grandes éxodos paraguayos. La Argentina industrial, la que se había suscrito a las recetas cepalinas de sustituir importación por producción nacional, absorbía miles de trabajadores compatriotas. Una segunda ola masiva luego del desplazamiento humano provocado por la guerra civil (1947), que expulsara a cientos de miles de compatriotas allende las fronteras donde laboraban de agricultores, troperos, zafreiros (trabajadores estacionales), cosecheros, principalmente, en los pueblos de Misiones y Formosa, cuando la Argentina era conocida como el "granero del mundo".

Desde los 70, la migración paraguaya se concentra prácticamente en Buenos Aires. "Conseguir trabajo era muy fácil, pero no así el documento argentino", recuerda Vicente. Diez años después consiguió su DNI. "Dormíamos días frente a Migraciones. Ahora con los antecedentes policiales y unos 325 pesos se consigue el documento. Aun así, muchos compatriotas no se documentan", se lamenta. En estos dos aspectos e incluso en la consideración sobre la "dejadez" de muchos de los nuevos migrantes coincide con Azucena Mígues, que llegó a Río de la Plata en 1961. "Podíamos pelear salarios. Era cuestión de decir me gusta o no me gusta. Llovía el trabajo", resuelve Mígues, que de un buen tiempo atrás hace masajes terapéuticos a domicilio. Vicente y Azucena viven en sus casas construidas con los primeros años de esfuerzo. En esos hogares ha albergado a muchos familiares. Vicente, taxista desde 1986, mandó construir una casa en la villa policial de Luque, donde vive su hermana, la única de la familia que quedó en el país.

La gente se lleva a la gente

Sin las anteriores migraciones, las condiciones de las nuevas serían bastante más pesadas. Dejemos que nos cuente Alcides Aranda (30 años). Hace tres años salió de 3 de Febrero, Pastoreo, Caaguazú, donde plantaba tomates y, sin pisar Asunción, arribó a Retiro, Buenos Aires. En ese tiempo su padre y sus otros hermanos se incorporaron a una ocupación en San Pedro del Paraná. Unas 20 hectáreas quedaron a cargo solamente del padre, Toribio Aranda (62 años), porque el resto (siete hombres y dos mujeres) se trasladó por completo a Villa 31. "Aguerupaité la che hermano kuérape", relata, sin dejar el mazo de picar paredes en una casa de Avellaneda, donde el maestro de obras, Luis Benegas (primo de este relator), instalaría los tubos y otros artefactos del gas, una matriz energética en la Argentina. El hermano de Alcides, Oscar, llevado por la corriente migratoria familiar el año pasado, asiente con la cabeza y agrega: "*Amo roguereko la ro'uva'erã, pero sa'i la plata*" (allá tenemos qué comer, pero hay muy poca plata)". En tres años, la familia Aranda, menos el padre, se trasladó a Villa 31, el asentamiento más conocido de paraguayos en los alrededores de Retiro, capital, otra de las características de la nueva migración: vivir en villas y asentamientos minados de paraguayos. La mayoría de la gente del campo va con pocos oficios que no sean los de la chacra, pero una vez allá "*jajapova'erã enterove mba'e*" (algo así como, "hacemos de todo").

"Oporandúrõ eikuápa tal cosa nde ereva'erã sí, ha upéi rehecha" (si te preguntan ¿sabés hacer tal cosa?, tenés que responder sí y luego se ve), relata Alcides, con convicción. Por más que se tenga calificación en otros oficios, hay un estereotipo demasiado arraigado en la sociedad argentina de que los paraguayos son buenos albañiles y las mujeres buenas empleadas domésticas, nos cuenta el sociólogo Sebastián Bruno. Es una venia, pero también un corset. De ahí que ocho de diez mujeres hacen la primera escala laboral en algún trabajo doméstico, casi la misma cantidad de hombres en trabajos de obras. Pero con el tiempo, cuando los nuestros ya son más baqueanos, esos números se disuelven.

De los trabajadores paraguayos, el 56% vive de la albañilería y otros oficios ligados a las construcciones, de acuerdo a los censos del 2003 y 2004. La fuerza laboral paraguaya en este sector constituye el 39% de todos los trabajadores de construcción en Buenos Aires, capital.

ANEXO V

22 de Julio de 2014. TELAM.

ACCIDENTE FATAL

Murió un obrero en una construcción en Parque Patricios

Ocurrió hoy en Rondeau al 3400, donde un trabajador de 25 años y de nacionalidad paraguaya recibió un golpe con una retroexcavadora. Se aguardan los "informes periciales" para determinar las causas.

Un trabajador murió hoy al producirse un accidente en una obra en construcción en el barrio porteño de Parque Patricios, informaron fuentes policiales.

El hecho ocurrió esta mañana en Rondeau al 3400, donde el obrero, "de 25 años y de nacionalidad paraguaya, sufrió graves heridas al recibir un golpe con una retroexcavadora", indicaron a Télam las fuentes consultadas.

El hombre "trabajaba con una retroexcavadora en una cabina que tiene un brazo mecánico y aparentemente se desvaneció y fue aplastado por el brazo de la máquina", añadieron los voceros, e indicaron que en el hecho interviene la Fiscalía de Parque Patricios.

En el lugar se aguardan los "informes periciales" para determinar las causas del siniestro.

INTERNACIONALES – SOCIEDAD

DIARIO ÚLTIMA HORA (PARAGUAY)

Lunes 18 de febrero de 2013, 15:14

Muere obrero paraguayo tras caída de una grúa desde un edificio en Buenos Aires



La grúa cayó desde lo alto de un edificio. Foto: Captura TN.

Un joven de 19 años falleció luego de que una grúa de una obra en construcción cayera sobre él pasado el mediodía de este lunes en Puerto Madero, barrio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. El accidente dejó otros dos heridos.

Se trata de Héctor Ríos Cardozo, de 19 años, según lo confirma el sitio ambito.com

Él trabajador estaba operando la grúa cuando de repente cayó desde lo alto del edificio en el barrio porteño. Bomberos de la Policía Federal, la Prefectura Naval Argentina y del SAME trabajan en el lugar.

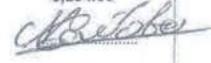
Algunos compañeros del joven explicaron que el accidente se produjo cuando intentaban desmantelar la grúa. Los 2 heridos fueron trasladados al Servicio de Emergencias, de acuerdo con lanacion.com.ar.

ANEXO VI

Recibo de sueldo de un ayudante

Empleado		S.R.L.		C.U.I.T.: 30- -1		RECIBO DE HABERES (ley 20744) ORIGINAL (al empleador)	
Ex Caja:	N° Inscr.: 30- -1	Ult. Depós:	12/2014	Banco:	Galicia	el 9/01/2015	
Beneficiario: Perez,		Legajo N°:	49	CUIL:		DNI:	
Fecha de Ing.:	1/07/2014	Calif. Prof.:	Ayudante	Tarea Compl.:	Ayudante	Obra Social:	
Remuneración Correspondiente a 1° Quinc de Enero		Remuneración Básica:		30.16		A.F.J.P.: Reparto	
Cód.	Concepto	Cantid.	Haberes	Deducciones	Adicionales		
20	Sueldo	85	2,563.60				
22	Asistencia	1	512.92				
23	Adicional electricista		128.18				
33	Feriado		241.28				
50	Jubilación 11%				379.06		
55	Jubilación 3%				103.38		
60	Obra Social 3%				103.38		
65	Sindicato 2,5%				86.15		
66	Ap. Ext. Solidario				51.69		
Recibí conforme la suma de pesos DOS MIL SETECIENTOS VEINTIDOS CON 32/100 en concepto de mis haberes correspondientes al periodo arriba indicado, según la presente liquidación, de la cual he recibido copia. SAN ANDRES 15/01/2015				Total Haber. (+) 3,445.98 Total Deduc. (-) 723.66 Total Adic. (+) NETO A COBRAR 2,722.32 FIRMA EMPLEADO 			

Recibo de sueldo de un oficial

Empleado		S.R.L.		C.U.I.T.: 30- -1		RECIBO DE HABERES (ley 20744) ORIGINAL (al empleador)	
Ex Caja:	N° Inscr.: 30- -1	Ult. Depós:	12/2014	Banco:	Galicia	el 9/01/2015	
Beneficiario:		Legajo N°:	3	CUIL:		DNI:	
Fecha de Ing.:	8/03/2010	Calif. Prof.:	Oficial	Tarea Compl.:	Oficial	Obra Social: 105408	
Remuneración Correspondiente a 2° Quinc de Enero 20		Remuneración Básica:		35.63		A.F.J.P.: A.F.J.P.	
Cód.	Concepto	Cantid.	Haberes	Deducciones	Adicionales		
20	Sueldo	68	3,135.44				
22	Asistencia	1	627.29				
23	Adicional electricista		470.32				
50	Jubilación 11%				465.64		
55	Jubilación 3%				128.99		
60	Obra Social 3%				128.99		
65	Sindicato 2,5%				105.83		
66	Ap. Ext. Solidario				63.50		
70	Seguro				109.44		
Recibí conforme la suma de pesos TRES MIL DOSCIENTOS TREINTA Y CUATRO CON 86/100 en concepto de mis haberes correspondientes al periodo arriba indicado, según la presente liquidación, de la cual he recibido copia. SAN ANDRES 31/01/2015				Total Haber. (+) 4,233.05 Total Deduc. (-) 998.39 Total Adic. (+) NETO A COBRAR 3,234.66 FIRMA EMPLEADO 			

TALONARIO DE PAGO MENSUAL DEL IERIC.

Como puede apreciarse, el depósito mensual que se hace al Fondo de Desempleo representa el 1% de las horas trabajadas declaradas. De este modo, aquellas horas que no se registran, repercuten negativamente sobre el monto final al que accederá el trabajador una vez finalizada la obra.

IERIC INSTITUTO DE ESTADISTICA Y REGISTRO DE LA INDUSTRIA DE LA CONSTRUCCION		CTA: []
FONDO CESA LABORAL Depositado 5.702,78 Efectivo 0,00 TOTAL 5.702,78		FECHA DE VENCIMIENTO DE PAGO 15/01/15
CONTRIBUCION (Art. 12 Ley 22.250) 1% IERIC 57,03 1% FODECO 57,03		PERIODO DE APORTE 2014/12
ACTUALIZACION Art. 12 y 30 Ley 22.250 Art. 15 Decretos 1342/81 1% IERIC 0,00 1% FODECO 0,00		TOTAL A PAGAR \$ 114,06
TOTAL A PAGAR \$ 114,06		Forma de pago: Efectivo o Cheque (solo BBVA) Clave de pago electrónico: 3069055251 Número de Boleta: Generado el 06/01/2015 11:05:00 a.m.
TOTAL TRABAJADORES: 4		Destino Final de Fondos Cuenta 36220/46 de Banco de la Nación Argentina (Sucursal 85) a nombre de IERIC. Firma y Sello del Recaudador

Talón para el Empleador

El siguiente recibo muestra, por un lado, que los trabajadores no aportan a la UOCRA y, por otro, que el empleador paga mensualmente el FICS. El FICS es un fondo destinado a apoyar la Investigación y la Capacitación en el sector. Producto de un acuerdo paritario entre la CAC y la UOCRA, a través de la creación de este Fondo, los organismos otorgan un carácter prioritario a la prevención de riesgos contra la salud y la seguridad en el trabajo y a la capacitación y perfeccionamiento de los trabajadores constructores y los grupos de conducción. La industria encuentra en el FICS una herramienta eficaz para superar los déficits relativos a la formación, reconversión y capacitación de mano de obra. El acuerdo firmado establece que del 3% correspondiente del aporte al Fondo del Desempleo, se distribuya el 1% para el IERIC y el 2% restante para el FICS. Este importe también se estima en relación a las horas de trabajo declaradas por el empleador.



U. O. C. R. A.
UNION OBRERA DE LA
CONSTRUCCION DE LA
REPUBLICA ARGENTINA

SELLO DEL RECAUDADOR	FIRMA Y ACLARACION

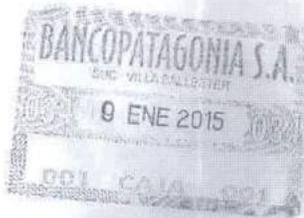
NOTA DE CREDITO
Fecha Impresión: 6/1/2015

PERIODO: 12/2014 TIPO: Original

C.U.I.T.:

RAZÓN SOCIAL:

	IMPORTE DETERMINADO	IMPORTE DEPOSITADO	FORMA DE PAGO
CUOTA SINDICAL			
Cantidad de trabajadores afiliados	0		Efectivo <input type="checkbox"/>
Total Remuneraciones	\$0.00		
Total Aporte Cuota Sindical	\$0.00	\$0.00	
SEGURO DE VIDA COLECTIVO			
Total Trabajadores	4		Cheque <input type="checkbox"/>
Total Remuneraciones	\$59,199.42		
Total Aporte Seguro de Vida	\$437.78	\$437.78	Cheque Nro:
FONDO DE INV., CAP. Y SEG. (FICS)			
Total Aporte al Fondo de Cese Laboral	\$5,702.78		
Total de Aporte al FICS	\$114.06	\$114.06	C/Banco:
OTROS CONCEPTOS			
Contr. Extr. Empresaria Hormigoneros RST:792/14	\$180.00	\$180.00	
Total Otros Conceptos	\$180.00	\$180.00	
TOTAL:		\$731.82	



Bibliografía General

Abad, L. V. (2002) "Trabajadores inmigrantes en las economías avanzadas. La paradoja de la demanda adicional en mercados con exceso de oferta." en II Congreso sobre la inmigración en España. La inmigración en España. Granada: Universidad de Granada.

Abal Medina, P. et al (2009) *Senderos bifurcados. Prácticas sindicales en tiempos de precarización laboral*. Buenos Aires: Prometeo.

Abduca, R. (1993) "Unidad campesina y semiproletarización. El caso de Yavi, Jujuy". En: *Cuadernos de Antropología Social*, 5.

Abduca, R. (1995) "Campesinos con ocupación obrera. Relaciones campesinas y dependencia salarial en una cabecera de valle argentino-boliviana". En: Trincherro (comp.) *Producción doméstica y capital*. Buenos Aires: Biblos.

Althusser, L. (1975) *Escritos*. Barcelona: Laia

Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: FCE.

Antunes, R. (1996) *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Valencia: Piedra azul

Appadurai, A. (2001) "Dislocación y diferencia en la economía cultural global", en *La modernidad desbordada*. México: FCE

Arango, J. (2003) "La Explicación Teórica de las Migraciones: Luz y Sombra" *Migración y Desarrollo*, N° 1.

Argumedo, A. (1993) *Los Silencios y las Voces en América Latina: Notas sobre el Pensamiento Nacional y Popular*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional

Archenti, A. (1997) "Identidades móviles: Migración y trabajo en La Plata, Argentina". En *Actas de la VIII Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe*. Talca: Universidad Nacional de Talca

Archenti, A. y Ringuelet, R. (1997) "Mundo de trabajo y mundo de vida: migraciones, ocupaciones e identidad en el ámbito rural". *Papeles de trabajo*, 6.

Archetti, E. (1974) "Introducción". En: Chayanov, A. *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Archetti, E. y Stolen, K. A. (1975) *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI

Archetti, E. (1985) "Presentación" y "Acápite" En Chayanov, A. *La organización de la Unidad económica campesina*. Buenos Aires, Nueva Vision

Archetti, E. (1993) *El proceso de capitalización en campesinos argentinos*. En: Posada, M. (comp.) *Sociología Rural Argentina. Estudios en torno al campesinado*. CEAL.

Arjona, A. y J. C. Checa (2006) "Economía étnica. Teorías conceptos y nuevos avances." *Revista Internacional de Sociología*, 64: 117-143.

- Aruj, R. (2012) “Los trabajadores inmigrantes de la construcción: su aporte y significación” En: El impacto de las migraciones en Argentina. Cuadernos Migratorios N° 2. IOM-OIM
- Aruj, R. y Di Santo, F. (2002) “Informe Final”. En: Diagnóstico sector construcción. Programa BID Salud y Seguridad en el Trabajo. Fundación Social Aplicada al Trabajo (FUSAT).
- ASOCIACION PARAGUAYA DE ESTUDIOS DE POBLACIÓN (ADEPO) (2008) *Características de la reciente emigración paraguaya*. Asunción: ADEPO.
- Assusa, G. (2013) “Reseña de ‘Comemos las minas...’ de June Nash”. En Cuadernos de antropología social, 38 Buenos Aires jul./dic. 2013
- .Azcuay Ameghino, E. (2004) *Trincheras en la historia. Historiografía, marxismo y debates*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Badaró, M. (2006) “La conciencia y la ley: la cuestión migratoria en las prácticas de agencias estatales y organismos no gubernamentales en la Ciudad de Buenos Aires”. En: Grimson, A. y Jelin, E. Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos. Buenos Aires: Prometeo.
- Balán, J. (1980) *Migraciones temporarias y mercado de trabajo rural en América Latina*. Buenos Aires: CEDES
- Balán, J. (1990) “La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina”. En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 15-16.
- Balazote, A. (2007) *Antropología económica y economía política*. CEA Córdoba – CONICET
- Balazote, A. y Juan Carlos Radovich (1992) "Trabajo asalariado y trabajo doméstico en la unidad de explotación campesina". *Cuadernos de Antropología Social*. Número 6. p. 177-196
- Balibar, E. (2005) *Violencias, identidades y civilidad*. Barcelona: Gedisa
- Balibar, E. e Immanuel Wallerstein (1991) *Raza, Nación y Clase*. Santander: Iepala.
- Bari, M. (2002) *La Cuestión Étnica: aproximación a los conceptos de grupo étnico, identidad étnica, etnicidad y relaciones interétnicas*. Mimeo.
- Barth, F. (1976) *Los grupos étnicos y sus fronteras: La organización social de las diferencias culturales* [1969]. México: FCE.
- Bartolomé, M. (1997) *Gente de costumbre y gente de razón*. México: Siglo XXI-INI.
- Bartra, Armando (1982) *La explotación del trabajo campesino por el capital*. México, Machehual.
- Bartra, A. (1989) Campesinado: Base económica y carácter de clase. En: *Cuadernos de Antropología Social*, 1. Vol. 2.
- Battistini, O. (2010) “Un recorrido observando trabajos”. En Herramienta, 44.
- Bauman, Z. (2002) *La globalización: consecuencias humanas*. México: FCE.

- Beccaria, L. Carpio, J. y Orsatti, A. (2000) "Argentina: informalidad laboral en el nuevo modelo económico". En: *Informalidad y Exclusión Social*. Buenos Aires: Siempro/OIT/FCE.
- Beck, U. (2003) *Un nuevo mundo feliz: la precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Madrid: Paidós.
- Benencia, R. (2003) "La inmigración limítrofe". En: *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Benencia, R. (2006) "Bolivianización de la horticultura en la Argentina. Procesos de construcción transnacional y construcción de territorio productivo" en Grimson, A. y Jelin, E. (comps.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Benencia, R. (2009) "El infierno del trabajo esclavo: la contracara de las 'éxitosas' economías étnicas". Avá (Posadas) N° 15.
- Benencia, R. y Karasik, G. (1995) *Inmigración limítrofe: los bolivianos en Buenos Aires*. Buenos Aires: CEDAL
- Benhabib, S. (2006) *Las reivindicaciones de la cultura*". Buenos Aires: Katz.
- Bhabha, H. (2000) "Narrando la nación". En: Fernández Bravo, Á. (comp.) *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial.
- Boccia Paz, A.; González, M. A. y Palau Aguilar, R (1994) *Es mi informe...Los archivos secretos de la Policía de Stroessner*. Asunción: CDE
- Bohannan, L. (2001) [1966] "Shakespeare en la selva" en H.Velasco (comp) *Lecturas de antropología social y cultural Cuadernos de la UNED*, pp. 83-94
- Bonacich, E. (1973) "A theory of middleman minorities". En *American Sociological Review*, 38:5 pp. 583-594.
- Bonfil Batalla, G. (1979) "El Etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización" En *América Latina: Etnodesarrollo y Etnocidio*. FLACSO, Méjico DF. 133 – 145
- Bonino, L. (1989) "Mortalidad en la adolescencia y estereotipos masculinos", en *Jornadas de Atención Primaria de la Salud*. s/d. Mimeo.
- Borjas, G. (1990) *Friends or Strangers: The Impact of Immigrants on the U.S. Economy*. New York: Basic Books
- Bourdieu, P. (1977) *Argelia 60. Estructuras económicas y estructuras temporales*. Siglo XXI: México
- Bourdieu, P. (1984) *El espacio social y la génesis de las clases*. Mimeo.
- Bourdieu, P. (1991) *Language and symbolic power*. Polity Press: Oxford
- Bourdieu, P. (2012) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

- Bourdieu, P. y Lois Jean Wacquant (1995) *Respuestas, por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo
- Bourgois, P. (1989) *Ethnicity at work: divided labor on a Central American Banana Plantation*. Londres: The John Hopkins University Press.
- Braverman, H. (1974) *Trabajo y capital monopolista*. México: Nuestro Tiempo.
- Brubaker, R. (2005) "The 'diaspora' diáspora". En *Ethnic and Racial Studies*, 28:1. Pp. 1-19
- Bruneau, M. (2004) *Diasporas et espaces transnationaux*. Paris: Anthropos
- Bruno, S. (2008) "Inserción laboral de los migrantes paraguayos en Buenos Aires. Una revisión de categorías: desde el nicho laboral a la plusvalía étnica" *Población y Desarrollo* N° 35: 47-35
- Bruno, S. (2010) "Cifras imaginarias de la inmigración limítrofe en la Argentina". En Novick, Susana (Comp.) *Migraciones y Mercosur: una relación inconclusa*. Buenos Aires: Catálogos. Pp. 95-110
- Bruno, Sebastián (2011) "Apuntes para el análisis de la relación migrantes paraguayas - servicio doméstico en Buenos Aires". Ponencia presentada en IV Taller "Paraguay desde las ciencias sociales", organizado por el Grupo de Estudios Sociales sobre Paraguay, Rosario, Argentina.
- Bruno, S. y Del Águila, A. (2010) "Huellas de tierra roja en el cemento porteño. Trabajadores migrantes paraguayos de la construcción en Buenos Aires". Ponencia presentada en III Taller "Paraguay desde las ciencias sociales", Resistencia, Argentina.
- Burawoy, M. et al. (2000) *Global Ethnography: Forces, Connections, and Imaginations in a Postmodern World*. Berkeley: University of California Press
- Burawoy, M. (1989) *El consentimiento en la producción*. Madrid: MTSS.
- Burling, R. (1976) "Teorías de maximización y el estudio de la antropología económica". En Godelier, M. (ed.), *Antropología y economía*. Barcelona: Anagrama.
- Cáceres, C. (2005) *La (re)configuración del universo sexual*. Lima: REDESS.
- Cacopardo, M. y Silvia López (1997), "Familia, trabajo y fecundidad de los migrantes de países limítrofes". *Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 12, N° 35
- Cadogan, L. (1997) [1958] *Ayvu Rapyta. Textos Míticos de los Mbyá-Guaraníes del Guairá*. Asunción: Tiempo de Historia.
- Caggiano, S. (2005) *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*. Buenos Aires: Prometeo.
- Caggiano, S. (2008) "Racismo, fundamentalismo cultural y restricción de la ciudadanía: formas de regulación social frente a inmigrantes en Argentina." En Novick, S. (comp.) *Las Migraciones en America Latina: Políticas, Culturas y Estrategias*. Buenos Aires: CLACSO
- Calderón Chelius, L. (coord.) (2003) *Votar en la distancia. La extensión de los derechos políticos a migrantes, experiencias comparadas*. México D. F.: Instituto Mora.

- Campero, R. (2014) *A lo macho. Sexo, deseo y masculinidad*. Montevideo: Fin de siglo.
- Canales, A. y Zlolniski, Ch. (2000) "Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización". En Simposio sobre migración internacional en las Américas. CEPAL.
- Cancian, F. (1989) *Economía y prestigio en una comunidad maya: el sistema religioso de cargos en Zinacantán*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Canelo, B. (2012) *Fronteras Internas. Migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Cardozo, E. (1996) *El Paraguay colonial*. Asunción: El Lector.
- Cardozo, E. (2011) *Breve historia del Paraguay*. Asunción: El Lector
- Carozzi, María Julia (2006) "Antiguos Difuntos y Difuntos Nuevos Las Canonizaciones Populares en la década del 90" en Daniel Míguez y Pablo Semán (Eds.) *Entre Santos cumbias y Piquetes. Las Cultural Populares en la Argentina Reciente* Buenos Aires: Biblos.
- Carrasco Jara, M. (2010) "Organización sindical y prevención de riesgos en el sector de la construcción". En Gorski, S. *Anuario de antropología social y cultural en Uruguay 2010-2011*. Universidad de la República.
- Carrón, J. (2008) "Migraciones internacionales intrarregionales en el Cono Sur de América Latina. El caso de Paraguay" En: *Población y Desarrollo*, 35: 97 - 108
- Casaravilla, D. (1999) *Los laberintos de la exclusión. Relatos de inmigrantes ilegales en Argentina*. Buenos Aires: Lumen Humanitas.
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Castells, M. (1998) "Paraísos comunales: identidad y sentido en la sociedad red", en La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad. Madrid: Alianza, pp. 27-90
- Castells, M. et al. (1999) *La transformación del trabajo*. Barcelona: Factoría cultural.
- Castillo Mendoza, C. (1991) "Notas introductorias sobre subsunción del trabajo al capital". En *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 10.
- Castles, S. (2006) "Factores que hacen y deshacen las políticas migratorias." En Portes y DeWind (coord.) *Repensando las Migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y Empíricas*. México: Porrúa.
- Castles, S. (2007) "Una comparación de la experiencia de cinco importantes países de emigración." En S. Castles y R. Delgado-Wise, (Coord.) *Migración desarrollo: y perspectivas desde el sur*. México: Porrúa.
- Castles, S. y Delgado Wise (2007) *Migración y Desarrollo: Perspectivas desde el sur*. México: Porrúa.
- Castles, S. y Kosack, G. (1984) *Los trabajadores inmigrantes y la estructura de clases en la Europa Occidental*. Mexico: FCE

- Castles, S. y M. J. Miller (2003) *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World* (3rd ed.). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- CEPAL (2005) *Panorama Social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL
- CEPAL (2007) *Panorama Social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL
- CEPAL (2012) *Panorama Social de América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL
- Ceriani Cernadas, P. (2011) “Luces y sombras en la legislación migratoria latinoamericana”. En *Nueva Sociedad*, 233. Pp. 68-86
- Cerutti, A. y Cecilia Pita (2000) “El prejuicio antichileno en el Territorio del Neuquén, 1884-1930”, en: Balazote, A. y Hugo Trincheró (eds) *Etnicidades y territorios en redefinición. Una perspectiva histórica y antropológica (Estudios desde la realidad argentina)*. Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades. pp. 265-308.
- Cerruti, M. (2009) “Diagnóstico de las poblaciones de inmigrantes en la Argentina” en Serie de Documentos de la Dirección Nacional de Población, 2. Buenos Aires: Dirección Nacional de Población, Secretaría del Interior.
- Cerruti, M. y Maguid, A. (2006) “Inserción laboral e ingresos de migrantes limítrofes y del Perú en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. Reunión de Expertos de Población y Pobreza en América Latina y El Caribe. Santiago de Chile.
- Cerruti, M. y Parrado, E. (2003) “Migración laboral de trabajadores paraguayos a la Argentina: entrada a los mercados de trabajo y trayectorias ocupacionales” En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 48: 369 -399
- Cerruti, M. y Parrado, E. (2006) “Migración de Paraguay a la Argentina: género, trabajo y familia en contextos de origen diferenciados”. En: Grimson, A. y Jelin, E. (comps) *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ceva, M. (2006) “La migración limítrofe hacia la Argentina en la larga duración”. En: Grimson, A. y Jelin, E. (comps) *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo
- Chayanov, A. (1966) *On the theory of Peasant Economy*. Illinois: Thorner, Kerbly y Smith eds
- Chan, P. y Raisanen, C. (2009) “Informality and emergence in construction”. En *Construction Management and Economics*, 27: 907 -12.
- Chesneaux, J. (1984) *¿Hacemos tabula rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. Mexico: Siglo XXI
- Chiarello, L. (2013) *Las políticas públicas sobre migraciones y la sociedad civil en América Latina*. New York: Scalabrini International Migration Network.
- Chiavenato (2008) *Genocidio Americano*. Asunción: Schauman Editor.

- Chiriguini M. C. y Lischetti, M. (2008) “Los trabajadores del cobre y sus luchas en la mina El Teniente, Ranagua, Chile. Prácticas políticas en el contexto de la subcontratación” En: IX Congreso Argentino de Antropología Social, 5 al 8 de agosto, UNAM.
- Cohen, N. (2005) “El rol del Estado ante las migraciones recientes desde la perspectiva de la población nativa”. En Cohen, N. y Carolina Mera (comps) *Relaciones interculturales: experiencias y representación social de los migrantes*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Cohen, N. y Carolina Mera (2005) (comps) *Relaciones interculturales: experiencias y representación social de los migrantes*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (1992) “Sobre totemismo y etnicidad: conciencia, práctica y signos de desigualdad”. En *Tennos*, 52: 301-323.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (2001) *Millennial Capitalism and the culture of neoliberalism*. London: Duke University Press
- Comas D´argemir, D. (1995) *Trabajo, género y cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*. Barcelona: Icaria.
- Comas D´Argemir, D. (2000) *Antropología Económica*. Barcelona: Ariel.
- Connell, R. W. (2000) *The men and the boys*. Cambridge: Polity press
- Coriat, B. (1982) *El taller y el cronómetro*. México: Siglo XXI
- Courtis, C. (2006) “Hacia la derogación de la Ley Videla: la migración como tema de labor parlamentaria en la Argentina de la década de 1990”. En: Grimson, A. y Jelin, E. (comps). *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Courtis, C. (2009) “Inmigración boliviana, encuadre normativo y discriminación”, en Buenos Aires Boliviana. Migración, construcciones identitarias y memoria, Buenos Aires. Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Courtis, C. y Pacceca, M.I. (2010) “Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Papeles de población*, 16.
- Cragolino, E. (2001) *Educación y estrategias de reproducción social en familias de origen campesino*. Tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Mimeo.
- Cravino, M.C. (2006) *Las villas de la ciudad: mercado e informalidad urbana*. Universidad Gral. Sarmiento.
- Cravino, M.C. (2008) *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. UNGS: Libros de la Universidad.
- Craviotti, C. y Soverna, S. (1999) Sistematización de estudios de casos de pobreza rural (PROINDER, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación) Serie Documentos de Formulación, n° 1.
- Crehan, K. (2004) *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellaterra.

- Cremers, J. y Janssen, J. (2006) *Shifting employment: Undeclared Labor in Construction*. Rotterdam: Antenna.
- Cueva, A. (2008) *Posfacio. Los años ochenta: una crisis de alta intensidad (1977-1994)*. Buenos Aires: CLACSO
- Delgado Wise, R. (2006) "Migration and Imperialism: The Mexican Workforce in the Context of NAFTA". En *Latin American Perspectives*, 147, Vol. 33 No. 2, pp. 33-45
- De Certeau, M. (1988) *The Practice of Everyday Life*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press. Traducción de Darío Soich.
- De Laino, R. (1993) *Familias sin tierra en Paraguay*. Asunción: Intercontinental.
- De la Garza Toledo, E. (2001) "Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo " en *El futuro del trabajo. El trabajo del futuro*. Buenos Aires: CLACSO.
- De la Garza Toledo, E. (2012a) "Hacia un concepto ampliado de trabajo". En Soul, María Julia et al *El mundo del trabajo en América Latina: Tendencias y resistencias*. Buenos Aires: CLACSO.
- De la Garza Toledo, E. (2012b) "La Subcontratación y la Acumulación de Capital en el Nivel Global" Revista Trabajo N° 9. Año 5. México
- Del Águila, A. (2008) Reseña de El Capital de la Esperanza. La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia de Gustavo Lins Ribeiro. En *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* N° 16: 106 – 109. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Del Águila, A. (2009) "Una reseña antropológica de la inserción laboral de migrantes paraguayos en la industria de la construcción de la ciudad de Buenos Aires" En: *Miradas en Movimiento* N° 2. San Luis.
- Del Águila, A. (2011) "El Paraguay proletarizado: la experiencia de los trabajadores paraguayos en la industria de la construcción argentina". En Halpern, G. (comp.) *Migrantes: perspectivas (críticas) en torno a los procesos migratorios en Paraguay*. Asunción: APE
- Del Águila, A. (2012) "Mba'porenda: los cambios en la normativa migratoria argentina y sus desafíos frente a la situación de los migrantes paraguayos en la industria de la construcción". En *Estudios Paraguayos*, XXIX. Asunción: Universidad Católica.
- Del Águila, A. (2013) "Aires de cambio en el tratamiento de la migración regional: la Ley Migratoria argentina y el desafío de la integración de los migrantes regionales". En *Densidades. Revista de Integración Regional*. N° 12.
- Del Águila, A. (2014a) "A través de la yerba: etnicidad y racionalidad económica entre los trabajadores rurales paraguayos en la industria de la construcción de Buenos Aires". En: *Antípoda*, 18. Universidad de Los Andes: Bogotá.
- Del Águila, A. (2014b) "Etnicidad, clase social y disputas por el sentido del trabajo entre migrantes paraguayos en la industria de la construcción argentina". En *Trabajo y Sociedad*, 23-Vol XVII.

Del Águila, A. (2015) “Recuerdos del futuro: articulaciones y disputas al interior dos organizaciones paraguayas de la Villa 21-24 de Barracas” En *Redes de Extensión*, 2 (en prensa).

Devoto, F. (2003) *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Díaz Polanco, H. (1988) *Etnia y nación en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA, ENCUESTAS Y CENSOS DE PARAGUAY (1998) *Anuario Estadístico del Paraguay*. Disponible en: <http://www.dgeec.gov.py/Publicaciones/Biblioteca/Anua99/ANUA99.htm>

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA, ENCUESTAS Y CENSOS DE PARAGUAY (2002) *Condiciones de vida de la población paraguaya*. Disponible en: [http://www.dgeec.gov.py/Publicaciones/Biblioteca/condiciones_de_vida_de_la_poblacion_p araguaya/Condiciones de vida de la poblacion paraguaya.pdf](http://www.dgeec.gov.py/Publicaciones/Biblioteca/condiciones_de_vida_de_la_poblacion_p_araguaya/Condiciones_de_vida_de_la_poblacion_paraguaya.pdf)

DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA, ENCUESTAS Y CENSOS DE PARAGUAY (2008) *Censo Agropecuario 2008*. <http://www.mag.gov.py/PresentacionCAN2008.pdf>

Dobrée, P. (2012) *La tierra en Paraguay: de la desigualdad al ejercicio de derechos*”. Asunción: CDE.

Dobrée, P. (2014) *Migración, cuidados y vulnerabilidad. Una aproximación a la situación de los hogares de origen de trabajadoras domésticas migrantes*. Asunción: CDE.

Dodaro, C. y Vázquez, M. (2008) “Representaciones y resistencias sobre/en grupos migrantes. Política y visibilidad(es)”. En Alabarces, P. y Rodríguez, M. (comp.) *Resistencias y Mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.

Domenech, E. (2005) “Políticas migratorias y estrategias de integración en Argentina: nuevas respuestas a viejos interrogantes”. Mimeo.

Doratioto, F. (2004) *Maldita Guerra. Nueva Historia de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Emecé.

Dufoix, S. (2003) *Les Diasporas*. París: PUF.

Dussel, E. (1988) *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los Manuscritos del 61-63*. Itzapalapa: Siglo XXI.

Edelstein, L. (1999) “El chiste y la exclusión: aproximación sociológica a los chistes discriminatorios”. En Margulis, M. y Urresti, M. *La segregación negada. Cultura y Discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.

Elias, N. (2003) “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros”. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (Reis)*, N° 104.

Ellis, M. y R. Wright (1999) “The industrial division of labor among immigrants and internal migrants to the los angeles economy” *International Migration Review*, 33: 26-54.

Espínola González, Z. (2010) *Histórica Económica del Paraguay (1811-2010)*. Asunción: El Lector.

- Faist, T. y Verdes, J. (2006) "La doble ciudadanía como un proceso dependiente de la trayectoria." En Portes, A. y DeWind, R. (coord.) *Repensando las Migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y Empíricas*. México: Porrúa.
- Fara, Luis. (1985) "Las luchas reivindicativas urbanas en un contexto autoritario. Los asentamientos de Francisco Solano" en *Los nuevos movimientos sociales* tomo 2 dirigido por Elizabeth Jelin. CEAL. Buenos Aires.
- Farías, J. y Martínez, C. (1989) "Los trabajadores de la construcción y su visión sobre la industria de la construcción nacional" *Revista de Ingeniería de construcción* 6, Santiago de Chile.
- Fenton, S. (1999) "Ethnicity, Racism, Class and Culture". London: Macmillan. En: *Ethnicity and the Modern World: Historical Trajectories*. Cap 1: 28-60.
- Fernández Álvarez, M. I. (2002) "Las transformaciones en el mundo del trabajo: una propuesta de investigación desde el ámbito de la antropología." En: Actas de las Segundas Jornadas de la Cuenca del Plata. UNR.
- Fernández Castilla, R. (2005) "Migraciones y remesas en el contexto de la globalización". Ponencia presentada en la 46va Reunión de la Junta de Gobernadores del BID y la Corporación Inter-Americana de Inversiones, Okinawa, Abril de 2005.
- Figari, C. (2004) *Saberes, sujetos y posiciones en el nuevo orden empresario: Dispositivos de control y configuraciones profesionales emergentes*. Tesis Doctoral. FFyL. UBA. Mimeo.
- Figari, C. y Palermo, H. (2009). "Prácticas hegemónicas, dispositivos de control laboral y valorización de la experiencia. El caso Repsol - YPF". En: *Revista Theomai*, 19.
- Figuroa Perea, J. (2006) "Elementos para el estudio de la sexualidad y la salud de los varones integrantes de las Fuerzas Armadas". En Pantélides, E. y López, E. *Varones Latinoamericanos*. Pp. 47 - 74
- Fisher, S.; Palau, T.; Pérez, N. (1997) "Inmigración y Emigración en el Paraguay 1870-1960". Asunción: BASE IS.
- Flores Colombino, A. (1972) *La fuga de intelectuales. Emigración paraguaya*. Canelones; Taller Cooperativa.
- Fogel, R. (1982) *La concentración de la tierra en los departamentos fronterizos*. Asunción: CIPAE
- Fogel, R. (2006) "Movimientos campesinos y su orientación democrática en el Paraguay". En Grammont, H. *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO.
- Forni, F. y Neiman, G. (1994) *La pobreza rural en Argentina*. (Documento de Trabajo N° 5. Argentina, CEPA) Buenos Aires: Secretaría de Programación Económica.
- Foucault, M. (1989) *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Foucault, M. (1999) *Arqueología del saber*. Mexico: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1999b) *Estrategias de poder*. México: Siglo XXI.

- Foucault, M. (2001) *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Freeman, G. (2006) “La incorporación de inmigrantes en las democracias occidentales.” En Portes y DeWind (coord.) *Repensando las Migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y Empíricas*. México: Porrúa.
- Friedman, J. (2001) *Identidad cultural y proceso global*. Buenos Aires: Amorrortu
- Fuld, R. (1997) “Los inmigrantes limítrofes, culpables de la desocupación en Argentina?”. En *Realidad Económica* Número 149, julio-agosto.
- Galeano, L. (1978) “Dos alternativas históricas del campesinado paraguayo: Migración y Colonización (1870-1950)” en *Revista Paraguaya de Sociología* Año 15, N° 41.
- Galeano, L. (1984) *Ensayos sobre cultura campesina*. Asunción, CEPES.
- Galeano, L. (1986) “El proceso de modernización y la cultura campesina”. En *El hombre paraguayo en su cultura*. Asunción: CEP/ENPS.
- Galeano, L. y Domingo Rivarola (2000) “La pobreza rural en el Paraguay”. En *Pobreza y Gestión Social*. Asunción: SAS/INDES/BID
- Galeano, L. y Myriam Yore (1994) *Poder Local y Campesinos*. Asunción: CPES.
- Galeski, B. (1977) *Sociología del campesinado*. Barcelona, Ediciones Península.
- Galin, P. (2000). "Evolución y características del empleo no registrado en la industria de la construcción". En Panaia, M. (comp.) *Construcción, productividad, empleo e integración regional*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Gandulfo, C. (2007) *Entiendo pero no hablo. El guaraní “acorrentinado” en una escuela rural: usos y significaciones*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gaona, F. (2007, 2008, 2009) *Introducción a la Historia Gremial y Social del Paraguay, tomos I [2007], II [2008] y III [2009]*. Asunción: Novapolis
- Gavazzo, N. (2004) “Identidad boliviana en Buenos Aires: las políticas de integración cultural”. En *Theomai*, 9.
- García Canclini, N. (1999) *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- García Canclini, N. (2004) *Diferentes, Desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa, Buenos Aires.
- Gaudemar, J-P. (1991) *El orden y la producción. Nacimientos y formas de la disciplina de fábrica*. Madrid: Trotta.
- Gaudio, Magalí (2012a) “Mujeres paraguayas en el Área Metropolitana de Buenos Aires. Decisión migratoria, relaciones familiares y maternidad a distancia”. En *Revista Temas de Antropología y Migración*, N° 3: 40–60.
- Gaudio, Magalí (2012b) “Decisiones migratorias y familia entre mujeres paraguayas en Buenos Aires”. En *Revista Latinoamericana de Población de la Asociación Latinoamericana de Población (ALAP)*. Año 6, n° 10.

Gaudio, Magalí (2012c) “Mujeres paraguayas y el inicio del proceso migratorio: ¿migración individual o migración familiar?”. Ponencia presentada en el V Taller: Paraguay desde las ciencias sociales, 21 al 23 de junio. Asunción, Paraguay.

Gellner, E. (1991) *Naciones y nacionalismo*. México: Alianza.

Gerbaudo Suárez, Débora (2013) “Identidades transnacionales entre jóvenes paraguayos en Buenos Aires: organización y militancia desde un colectivo de resistencia cultural”. Trabajo presentado en las I Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales, Instituto de Altos Estudios-Universidad Nacional de San Martín.

Gerbaudo Suárez, Débora (2012a) “‘¿Ni de aquí ni de allá o... De aquí y de allá?’ Prácticas transnacionales de participación y pertenencia entre jóvenes paraguayos residentes en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”. *Miradas en Movimiento*, 7:48-72.

Gerbaudo Suárez, Débora (2012b) “Olimpiadas golpistas y el simbolismo de una protesta entre jóvenes paraguayos en Buenos Aires”. *Revista Contenido. Arte y Cultura*, 2: 5-28.

Giarracca, N. y Teubal, M. (2005) *El campo argentino en la encrucijada. Tierra, resistencia y ecos en la ciudad*. Buenos Aires: Alianza.

Giarracca; N. (1990). El campesinado en la Argentina: un debate tardío. En *Realidad Económica*, (Nº 94), 55-65.

Giddens, A. (1995) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Madrid: Amorrortu.

Giddens, A. (2003) *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Buenos Aires: Taurus.

Giustiniani, R. (2004) *Migración: un derecho humano*. Buenos Aires: Prometeo

Gledhill, J. (2000) *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Bellaterra.

Godelier, M. (1978) *Antropología y Economía*. Barcelona: Anagrama.

Godelier, M. (1984) *La producción de los Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea*. Madrid: Akal Universitaria

Goldberg, A. (2009) “Modos de vida, relaciones interculturales y construcciones identitarias en colectivos de inmigrantes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Una aproximación antropológica”. En *Espacios de Crítica y Producción*, pp. 54 – 61

Gomez Florentin, C. (2006) “El Estado Paraguayo y el Mercado, (1870-2005)”. En *Estudios Paraguayos*, v. XXIV 1-2, pp. 9-56

González Enríquez, C. (2008) *Los sindicatos ante la inmigración*. Madrid: Ministerio de Trabajo e Inmigración.

Goody, J. (1988) “Prólogo”. En Burguiere y otros, *Historia de la familia* vol 2: 9-16. Madrid: Alianza

- Gordillo, G (1995) Después de los ingenios: la mecanización de la zafra saltojujeña y sus efectos sobre los indígenas del Chaco centro-occidental. En: *Desarrollo Económico*, vol 35, N° 137 (abril-junio).
- Gorosito Kramer, A. M. (1997) *Identidad, cultura y nacionalidad*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Gorz, A. (2003) *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires: Paidós.
- Gottero, L. (2009) “¿Residentes o migrantes? La definición periodística de la migración paraguaya y su agenda de cuestiones pendientes”. Ponencia presentada en las Jornadas "Buenos Aires Paraguaya", Buenos Aires, Argentina
- Gottero, L. (2010a) “Periodismo migrante y construcción de la colectividad paraguaya en Argentina. Una agenda de cuestiones e imaginarios en común”. En *Chasqui, Revista Latinoamericana de Comunicación*, N° 112.
- Gottero, L. (2010b) “Todo inmigrante es extranjero (pero no viceversa). Los que llegan (y los que se van) en las leyes 470/74 y 978/96 de Paraguay”. En *Observatorio Latinoamericano*, 2 – Dossier Paraguay, IEALC, UBA.
- Gramsci, Antonio (1981) *Escritos Políticos (1917-1933)*. Ediciones Cuadernos de Pasado y Presente. México: Siglo XXI
- Gramsci, A. (1992) *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. México: Siglo XXI
- Grau Rebollo, J. (2012) “Antropología audiovisual: reflexiones teóricas”. En *Alteridades*, 22, núm. 43. pp. 161-175
- Grignon, C. y Passeron, J-C (1991) *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Grimberg, M. (1991) "La Salud de los Trabajadores: en la búsqueda de una mirada antropológica". En *Cuadernos de Antropología Social* vol. 3 p. 9 - 32
- Grimberg, M. (1997) *Demanda, negociación y salud. Antropología social de las representaciones y prácticas de los trabajadores gráficos 1984-1990*. ICA-CBC-UBA.
- Grimberg, M.; V. Manzano; M. Fernández Álvarez (2003) “Modalidades de acción política, formación de actores y procesos de construcción identitaria: un enfoque antropológico en piqueteros y fábricas recuperadas”. Mimeo.
- Grimson, A. (1999) “Fronteras, Estados e identificaciones en el Cono Sur”. En *Cuadernos del IDES*, 3: 89- 103.
- Grimson, A. (2000) “El puente que separó dos orillas. Notas para una crítica del esencialismo de la hermandad”. En Grimson, A. (comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: CICCUS.
- Grimson, A. (2003) “La vida política de la etnicidad migrante: hipótesis en transformación”. En *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 17, N° 50.

- Grimson, A. (2004) *El otro lado del río. Periodistas, Nación y Mercosur en la frontera*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Grimson, A. (2006) “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina”, en Grimson, A. y Jelin, E. (comps.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Grimson, A. (2009) “Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires”. En: Grimson, A., Ferraudí Curto, M. y Segura, R. (comps) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Guber, R. (1995) “De la etnia a la nación”. En *Cuadernos de antropología social* N°8, p. 61-80.
- Guber, R. (1997) “Reflexiones sobre algunos usos nacionales de la Nación”. En *Causas y azares*, 5.
- Guber, R. (1999) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Guerra Villaboy, S. (1981) “El Paraguay del Doctor Francia”. En *Crítica y Utopía*, 5: 1-14.
- Guha, R. y Gayatri Spivak Chakravorty (eds.) (1988) *Selected Subaltern Studies*. Oxford, Oxford University Press.
- Gurak, D. y Caces, F. (1992) “Migration networks and the shaping of migration systems”. En Kritz et al. *International migration systems: a global approach*. Oxford: Charendon.
- Guzmán, T. (2008) “Breve historia del campesinado paraguayo” en Elisabeth Roig, *Magui Balbuena. Semilla para una nueva siembra*. Buenos Aires: Trompo Ediciones.
- Hall, S. (2003) “¿Quién necesita ‘identidad’?”, en Hall, S. y Paul Du Gay *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 13-39.
- Hall, K. (1995) “There's a Time to Act English and a Time to Act Indian: The Politics of Identity among British-Sikh Teenagers”. En: Stephens, S. (Ed.) *Children and the Politics of Culture*. Princeton University Press
- Halpern, G. (2003) “Exiliar a los exiliados. Acerca del derecho al voto de los paraguayos en el exterior”. En Calderón Chelius, L. (coord.) *Votar en la distancia. La extensión de derechos políticos a migrantes, experiencias comparadas*. México: Mota.
- Halpern, G. (2005) “Neoliberalismo y migración: paraguayos en la Argentina de los noventa” En: *Política y Cultura* 23, 67 – 82. Xochimilco, Méjico DF.
- Halpern, G. (2007) “Medios de comunicación y discriminación. Apuntes sobre la década del 90 y algo más” en Boletín de la BCN. Medios y comunicación (Buenos Aires) N° 123.
- Halpern, G. (2009) *Etnicidad, inmigración y política. Representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Halpern, G. (2010) “Desigualdades y diferencias. Inmigrantes regionales en la Argentina”. En Mota Díaz, et al (Coord.) *América Latina interrogada: mecanismos de la desigualdad y exclusión social*. México: Porrúa, pp. 137 – 158

- Halpern, G. María Graciela Rodríguez y Mauro Vázquez (2012) “Duraznos zipeados. Los migrantes regionales en la televisión argentina”. *Papeles de Trabajo*, Año 6, N° 10. pp. 219-236.
- Harris, R. y Todaro, M. (1976) "Migration, Unemployment and Development: A Two-Sector Analysis", *American Economic Review* 60 (1). Pp. 126–142
- Harvey, D. (1998) *La condición de la postmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio sociocultural*. Buenos Aires: Amorrortu
- Harvey, D. (2003) *El Nuevo imperialismo*. Madrid: Akal
- Harvey, M. (2001) *Undermining Construction: The Corrosive Effects of False Self-employment*. London: Institute of Employment Rights.
- Harvey, M. (2003) “Privatisation, Fragmentation, and Inflexible Flexibilization in the UK Construction Industry”. En Bosch, G. and Philips, P. *Building Chaos*. London: Routledge.
- Hecht, A. C. (2009) “Prólogo. Contactos, conflictos y desplazamiento entre lenguas”. *Cuadernos Interculturales*, vol. 7 p. 15 – 20
- Hecht, A. C. (2011) “¿Niños monolingües en una comunidad bilingüe? Socialización lingüística de los niños y niñas de un barrio toba” en Novaro, G. (coord.) *La interculturalidad en debate*. Buenos Aires: Biblos.
- Heikel, M.V. y Rojas Bahr, C. (1993) “Otra vez migrantes: una relectura de las condiciones socioeconómicas de la migración reciente desde y hacia Paraguay”. En *Revista Paraguaya de Sociología*, 88.
- Herken, J. y Giménez, M. (1983) *Gran Bretaña y la guerra de la Triple Alianza*. Asunción: Arte Nuevo.
- Herrán, C. (2000) “Cultura y modernización en los sectores populares urbanos”. En: *Intersecciones en Antropología*, 1.
- Herrera Lima, F. (2005) *Vidas itinerantes en un espacio laboral transnacional*. México, UAM
- Herskovits, M (1952) *Antropología Económica. Estudio de antropología comparada*. Mexico: FCE
- Herzer, H. (2008) *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Espacio Editorial
- Hidalgo, C. (1992) “Prólogo”. En Hidalgo, C. y Tamagno, L. (coord.) *Etnicidad e Identidad*. Buenos Aires: CEAL.
- Hilgers, M. (2011) “The three anthropological approaches to neoliberalism”. En *International Social Science Journal*, 61: 351-64. }
- Hinojosa, A. (2000) *Idas y venidas. Campesinos tarijeños en el Norte argentino*. La Paz: PIEB.
- Hobsbawm, E. (1968) *Los campesinos y la política*. Barcelona: Anagrama

- Hobsbawm, E. (1997) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hollifield, J. (2006) “El emergente estado migratorio.” En Portes, A. y DeWind, J. (coord.) *Repensando las Migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y Empíricas*. México: Porrúa
- Holloway, J. (2011) *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- IERIC (2013) *Informe de Coyuntura de la construcción*. Informe N°87 correspondiente al período Noviembre - Diciembre 2012.
- INDEC. Revista INDEC Informa Año 17 N° 9 Setiembre 2012
- INDEC. Revista INDEC Informa Año 20 N° 1 Enero 2015
- INDEC *Microdatos por trimestres de la Encuesta Permanente de Hogares*. Período 2004-2013.
- Ippólito, S. (2004) “La migración como partner silencioso del desarrollo local”. Ponencia presentada en la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), Madrid, Junio 15 de 2004.
- Itzigsohn, J. (2009) *Encountering American Faultlines: Class, Race, and the Dominican Experience*. New York, NY: Russell Sage Foundation.
- Itzigsohn, J. (1996) “Globalization, the State, and the Informal Economy: The Limits to Proletarianization in the Latin American Periphery,” En R. P. Korseniewicz and W. C. Smith (eds.) *Latin America in the World Economy*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Itzigsohn, J. y Vom Hau, M. (2006) “Unfinished Imagined Communities: The theoretical implications of nationalism in Latin America,” *Theory and Society*, 35(2): 193-212.
- Joppke, C. (1999) *Immigration and the Nation-State: The United States, Germany and Great Britain*. Oxford.
- Juliano, D. (1986) “Estrategias de interacción en contextos multiétnicos”. II Congreso Argentino de Antropología Social. Buenos Aires, Agosto 1986.
- Juliano, D. (1987) “El discreto encanto de la adscripción étnica voluntaria”. En R. Ringuélet *Procesos de contacto interétnico*. Buenos Aires: Búsqueda.
- Juliano, D. (1989) “Estrategias de elaboración de identidad”. En *Realitat*, N° 3, Octubre, Barcelona.
- Kastoriano, R. (2006) “Religión e incorporación: El Islam en Francia y Alemania.” En A. Portes y J. Delgado Wind (coord.) *Repensando las Migraciones: Nuevas Perspectivas Teóricas y Empíricas*. México: Porrúa.
- Kleinpenning, J. (1992) *Rural Paraguay, 1870-1932*. Amsterdam: CEDLA.
- Lattes, et al (1986) *Dinámica migratoria argentina (1955-1984) Democratización y retorno de expatriados*. Ginebra: CENEP/ UNRISD.

- Leite Lopes, J. (2011) *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Lenguita, P. y Montes Cató, J. (2009) *Resistencias laborales. Experiencias de repolitización del trabajo en Argentina*. Buenos Aires: Aleph.
- Lewis (1954) "Economic development with unlimited supplies of labour". En *Manchester School of Economics and social studies*, 22. 139-191
- Lischetti, M. (comp.) (2003) *Desafíos para la integración regional*. Buenos Aires: Antropología.
- Lischetti, M. et al (2006) "Contrahegemonía y clase trabajadora en una comuna chilena", En: *Política y Cultura*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 25. Pp. 143-174.
- Lobato, Mirta, 2000, "Entre la protección y la exclusión. Discurso maternal y protección de la mujer obrera, 1890-1934". En Juan Suriano (comp.). *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*. La Colmena, Buenos Aires, pp. 245-275.
- López, Magdalena (2010) "La democracia en Paraguay: un breve repaso sobre los partidos tradicionales, el sistema electoral y el triunfo de Fernando Lugo Méndez". En *Revista Enfoques*, Vol. III N°13, Universidad Central de Chile, Chile, pp. 89-106.
- López, Magdalena (2012) "Paraguay: de la transición a la democracia (1989-2008). Un abordaje normativo-electoral". *Revista Espacio Abierto*, 21: 2. pp. 207-22.
- López, Magdalena (2014) "Democracia en Paraguay: la interrupción del «proceso de cambio» con la destitución de Fernando Lugo Méndez (2012)" en *Revista Cuadernos del CENDES*. Año 31. N° 85. Enero-Abril.
- Lupton, D. y Tulloch, J. (2002) "Life Would be Pretty dull without risk: Voluntary risk-Taking and its Pleasures". *Health, Risk and Society*, 4: pp. 113-123
- Macías Gamboa, S. y Herrera Lima, F. (1997) *Migración laboral internacional: transnacionalidad del espacio social*. México: Universidad Autónoma de Puebla.
- Maffia, M. (2003) "Una contribución a la construcción del mapa de la diáspora caboverdeana. El caso argentino". En *Memoria y Sociedad*, 15 Vol. 7.
- Maguid, A. (1997) "Migrantes limítrofes en el mercado de trabajo del área metropolitana de Buenos Aires, 1980". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 18: 147 – 160.
- Maguid, A. (2001) "Problemas de empleo. El chivo expiatorio" En *Encrucijadas. Migraciones ¿la tierra prometida?* Universidad de Buenos Aires.
- Maguid, A. (2005) "La migración internacional en el escenario del Mercosur: cambios recientes, asimetrías socioeconómicas y políticas migratorias". En *Estudios migratorios latinoamericanos*, 19. p. 249 – 286
- Makaran, G. (2014) "El mito del bilingüismo y la colonización lingüística en Paraguay". En: *De raíz diversa*, Vol. 1, núm. 2, octubre-diciembre.
- Malinowski, B. (1975) [1929] *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.

- Manzano, V. (2006) “Formación de dirigentes, jerarquía y disciplina en organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires: Un enfoque antropológico de los movimientos sociales”. En *Avá. Revista de Antropología* p. 77 – 92
- Manzano, V. (2008) “Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales de desocupados de la Matanza-Buenos Aires”. En *Runa*, 28: 77-98
- Marcogliese, M. J. (2003) *Proyecto diagnóstico de la colectividad paraguaya en la Argentina*. Buenos Aires: OIM. Mimeo.
- Margulis, M., Urresti, M. y otros (1999) *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Mármora, L. (1997) *Las políticas de Migraciones Internacionales*. Buenos Aires: OIM/ ALIANZA.
- Mármora, L., Gurrieri, J. y Aruj, R. (2000) *Los trabajadores migrantes en la construcción*. Buenos Aires: UOCRA.
- Martínez, J. (2013) “El derecho de los trabajadores migrantes en la Argentina: contrariedades operativas de la nueva política migratoria en torno a los trabajadores migrantes en situación irregular”. *Revista de Derecho UNS*, 2: 11-28.
- Marshall, A. y D. Orlansky (1983) “Inmigración de países limítrofes y demanda de mano de obra en la Argentina, 1940 – 1980”. En *Desarrollo Económico* 23: 89 – 114
- Marx, K. (1947) *El Capital*. [Primera edición tomo I 1867; tomo II 1885; tomo III 1894] México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1975) *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Buenos Aires: Estudio.
- Massey D. et al (1993) “Theories of International migration. A Review and Appraisal”. En *Population and Development Review*, 19. Pp. 431–466
- Meillasoux, C. (1972) *Mujeres, graneros y Capitales*. México: Siglo XXI
- Melgarie, J. y Santamaría, R. (2004) “Discriminación: acerca del discurso político y el de la sociedad civil”. En Cohen, N. (comp) *Puertas adentro: la inmigración discriminada, ayer y hoy*. Documento de trabajo N° 36. Buenos Aires: Gino Germani.
- Meliá, B. (1997) *Una nación, dos culturas*. Quinta Edición. Asunción: RP Ediciones.
- Meliá, B. (1986) *El guaraní conquistado y reducido; ensayos de etnohistoria*. Asunción, Biblioteca Paraguaya de Antropología: CEADUC.
- Meliá, B. y Temple, D. (2004) *El don, la venganza y otras formas de economía guaraní*. Asunción: Antonio Guasch.
- Menéndez, E. (1990) “Trabajo y significación subjetiva. Continuidad cultural, determinación económica y negatividad”. En: *Antropología médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones*. México: Casa Chata.
- Menéndez, E. (2002) *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Barcelona: Bellaterra.

- Mera, C. (1998) *La inmigración coreana en Buenos Aires. Multiculturalismo en el espacio urbano*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Mera, C. (2008) “La comunidad coreana en Buenos Aires. Una experiencia de convivencia intercultural”. En *Revista Sociedad*, 27.
- Mera, C. (2010) “El concepto de diáspora en los estudios migratorios: reflexiones sobre el caso de las comunidades y movilidades coreanas en el mundo actual”. *Revista de Historia*, pp. 1 - 18
- Mera, G. (2008) “Definiendo poblaciones, construyendo diferencias. Clasificaciones estatales y categorías científicas sobre la distribución espacial de los inmigrantes”. Ponencia presentada en IX Congreso Argentino de Antropología Social. Posadas.
- Mera, G. (2012) “Inmigración, distribución y espacio urbano. Debates y desafíos a partir del caso de los paraguayos en la Ciudad de Buenos Aires”. En Susana Novick (Dir.) *Migración y políticas públicas. Nuevos escenarios y desafíos*. Editorial Catálogos. Pp. 143-168.
- Merklen, D. (1991) *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos editora.
- Merklen, D. (1997) “Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires”. En: *Nueva Sociedad* N° 149, mayo-junio. Venezuela.
- Mingo, G., Sarrote Luque, T., Sione, C., González A., Benassi, E., Bogado Ibarra, F. y Alejandro Bitar (2012) *Del Trabajo Real al Trabajo Decente: indicadores de distancia, conceptos y simbolizaciones en la Región Centro Argentina*. Ed. EFLH. Paraná.
- MINISTERIO DE DESARROLLO SOCIAL. Informe de Resultados – Primer Semestre 2011 consultado el 20 de diciembre de 2012 de <http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/PRISTresultados2011.pdf>
- MINISTERIO DE TRABAJO, EMPLEO Y SEGURIDAD SOCIAL. *Las Características del Trabajo informal en el sector de la industria de la construcción en el AMBA* Consultado el 12 de diciembre de 2012 de http://www.trabajo.gov.ar/left/estadisticas/descargas/toe/toe_08_02.pdf
- MTEySS/BM/INDEC (2007) *La informalidad laboral en el Gran Buenos Aires. Una nueva mirada. Resultados del Módulo de informalidad de la EPH*. Buenos Aires: MTEySS.
- Miranda, A., Cravino, M.C. y Santiago Garro (2012) “Transiciones juveniles de migrantes paraguayos/as en la Argentina: condiciones de vida y vigencia de las redes. En *Última década*, 37 pp. 11-39.
- Miranda A. (2013) “Introducción”. En Miranda A. (comp.) *Ahata Che: Juventud, migración y género en el corredor Paraguayo-Argentino*. Editorial FLACSO. Buenos Aires.
- Modonesi, M. (2012) *Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismos y subjetivación política*. Buenos Aires: Prometeo-CLACSO-Universidad de Buenos Aires
- Montes Cató, J. (2007) “Reflexiones teóricas en torno al estudio del conflicto laboral. Los procesos de construcción social de la resistencia”, *Trabajo y Sociedad*; vol. 9 p. 1 – 25
- Moore, H (1994) *A Passion for Difference*. Cambridge: Cambridge Polity Press.

- Moore, H. (1999) *Antropología y feminismo*. Madrid: Cátedra.
- Morínigo, J. (2005) “La matriz histórica del problema de la tierra en Paraguay”. *Revista NOVAPOLIS*, 10
- Nash, J. (2008) *Comemos a las minas y las minas nos comen a nosotros. Dependencia y explotación en las minas de estaño en Bolivia*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Neffa, J. (2002) *¿Qué son las condiciones y medioambiente de trabajo? Propuesta de una perspectiva*. SECYT-CEIL-CREDAL. Buenos Aires: Humanitas.
- Neiburg, F. (1988) *Fabrica y villa obrera*. Buenos Aires: CEAL.
- Nejamkis, L. y Rivero Sierra, F. (2010) “Patria Grande: consonancias ¿y disonancias? Entre políticas públicas, prácticas políticas y discursos”. En: Novick, S., *Migraciones y Mercosur. Una relación inconclusa*. Buenos Aires: Catálogos.
- Ness, K. (2011) “Constructing masculinity in the building trades: Most Jobs in the construction industry can be done by women”. En *Gender, Work & Organization*, 6: 113 - 137
- Neufeld, M. R. y Thisted, J. A. (comps.) (1999) *‘De eso no se habla...’ los usos de la diversidad sociocultural en la escuela*. Buenos Aires: Eudeba.
- Novaro, G. (2011) “Niños migrantes y escuela: ¿identidades y saberes en disputa?” En: Novaro, G. (coord.) *Niños indígenas y migrantes. Experiencias formativas y procesos de identificación en niños indígenas y migrantes*. Buenos Aires: Biblos
- Novick, S. (2008) *Las migraciones en América Latina. Políticas, culturas y estrategias*. Buenos Aires: Catálogos/CLACSO.
- Novick, S. (dir) (2010) *Migraciones y MERCOSUR: una relación inconclusa*. Buenos Aires: Catálogos.
- Novick, S. (dir.) (2012) *Migraciones y políticas públicas. Nuevos escenarios y desafíos*. Buenos Aires: Catálogos.
- OIT (2001) *La industria de la construcción en el siglo XXI: su imagen, perspectivas de empleo y necesidades en materia de calificaciones*. Programa de actividades sectoriales. Ginebra.
- Oliveira, A. y Tiscornia, S. (2003) “Migrantes”. En Cuadernos de trabajo del Instituto de Estudios e Investigaciones. Sección de Antropología Social –ICA. Facultad de Filosofía y Letras –UBA.
- Ortiz Sandoval, L. (2007) “Mercantilización y cultura entre los campesinos paraguayos”. En *Estudios Sociológicos*, 3: 731-764
- Ostergaard-Nielsen, E. (2009) “La política a través de las fronteras: reflexiones sobre la dimensión transnacional de la participación política de migrantes” en Escrivá, A. et al, *Migración y participación política*. Madrid: CSIC.
- Oteiza E. Novick, S., y Aruj, R. (1996) *Política Migratoria. Inmigración real y Derechos Humanos en Argentina*. Documentos de Trabajo IIGG-FCS-UBA.

- Pacecca, M. I. (2000) “Legislación, migración limítrofe y vulnerabilidad social”. En *Revista Realidad Económica*, 171.
- Pacecca, M. I. (2001) “Migrantes de ultramar, migrantes limítrofes. Políticas migratorias y procesos clasificatorios. Argentina, 1945-1970”. Informe final del concurso: Culturas e identidades en América Latina y el Caribe. Programa Regional de Becas CLACSO.
- Pacecca, M.I. y Courtis, C. (2007) “Migración y derechos humanos: una aproximación crítica al “nuevo paradigma” para el tratamiento de la cuestión migratoria en la Argentina”. *Revista Jurídica de Buenos Aires*. Número especial sobre Derechos Humanos. Facultad de Derecho, Universidad de Buenos Aires. Pp. 183-200
- Pacheco de Oliveira, J. (1999) *Ensaio de Antropologia Histórica*. Rio de Janeiro: Editora da UFRJ.
- Padawer, A. (2014) “Identidad indígena transnacional, reivindicaciones territoriales y demandas educativas de los mbyà guaraní en Misiones”. En Trinchero, H., Campos, L. y Sebastián Valverde (comps.) (2014) *Pueblos indígenas, Estados nacionales y fronteras: tensiones y paradojas de los procesos de transición contemporáneos en América Latina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.
- Pagura, N. (2008), “El concepto de «subsunción» como clave para la interpretación del lugar del trabajo en el capitalismo actual”, en *Revista Realidad Económica*, pp. 28-49
- Palau, T. (1998) “Migraciones limítrofes entre Paraguay y la Argentina. El caso de la Provincia de Formosa”. *Estudios migratorios latinoamericanos*. Nº 40 – 41. CEMLA, Buenos Aires.
- Palermo, H. (2012a) *Cadenas de oro negro en el esplendor y ocaso de YPF*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Palermo, H. (2012b) “Los trabajadores y la ‘seguridad competente’. Un análisis crítico a partir de algunas precisiones etnográficas en un estudio de caso”, en *Revista Trabajo y Sociedad*, vol. XV, núm. 18.
- Palermo, H. (2015) “‘Machos que se la bancan’: masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera argentina”. En *Desacatos*, 47. enero-abril 2015, pp. 100-115
- Panaia, M. (1985) *Los trabajadores de la construcción. Cambios y evolución del empleo en la industria de la construcción argentina (1947-1970)*. Buenos Aires: IDES
- Panaia, M. (1990) “Crisis y trabajo precario en la construcción” En: Galín, P. y Marta Novick (comps.) *La precarización del empleo en la Argentina*. Buenos Aires: CEAL/CIAT/CLACSO.
- Panaia, M. (1995) “Demanda de calificaciones en la Industria de la Construcción” En: *Estudios del Trabajo*, 8:73 – 107
- Panaia, M. (2004) *El sector de la construcción. Un proceso de industrialización inconcluso*. Buenos Aires: Nobuko.
- Panaia, M. et al. (2008) *Sociología del riesgo. Accidentes de trabajo en el sector informal*. Buenos Aires: Nobuko.

- Pantélides, E. y López, E. (2005) *Varones latinoamericanos. Estudios sobre sexualidad y reproducción*. Buenos Aires: Paidós.
- Palau, T. y María Victoria Heikel (1987) *Los campesinos, el estado y las empresas agrícolas en las fronteras*. Asunción: BASE ECTA.
- Palau Viladesau, T. (2005) *El movimiento campesino en el Paraguay: conflictos, planteamientos y desafíos*. Buenos Aires: CLACSO.
- Pastore, C. (1972) *La lucha por la tierra en el Paraguay*. Montevideo: Antequera.
- Pereyra, B. (2001) “El lugar de las organizaciones civiles de extranjeros residentes en Buenos Aires”. Buenos Aires, Mimeo.
- Pérez Acosta, J. (195) *Migraciones históricas del Paraguay a la Argentina*. Mimeo.
- Pérez, J., Rebollar, S. y Monroy, J. (2007) “Descampesinización de una comunidad indígena campesina en México Un estudio para comprender la articulación del modo de producción simple con el sistema de producción capitalista” En *Observatorio de la Economía Latinoamericana*, N° 75
- Pérez Vichich, N. (2000) “El componente migratorio internacional en la industria de la construcción” en Panaia, M. (dir.) *Construcción. Productividad, Empleo e Integración Regional*. EUDEBA.
- Pérez Vichich, N. (2004) “Los Trabajadores migrantes en la nueva Ley de Migraciones: de objetos de normas a sujetos de derecho” en Giustiniani, R. *Migración: un derecho humano*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pérez Vichich, N. (2005) “Los trabajadores migrantes en clave de integración: el caso del MERCOSUR” Ponencia presentada en el II Congreso Nacional de Sociología. FSOC-UBA.
- Pérez Vichich, N. (2007) “Migraciones laborales, libre circulación y construcción de ciudadanía en el proceso de integración regional del MERCOSUR”. En *MERCOSUR Parlamentario*, 6 pp. 34-75.
- Petroziello, A. (2012) *Haitian construction workers in the Dominican Republic: An exploratory study on indicators of Forced Labor*. Observatorio Migrantes del Caribe. OBMICA.
- Pettas, E. (1981) “The global labor market in the modern world economy”. En *Theory and research on international population movements*, 4. Staten Island: CMS.
- Pink, S., Tutt, D., Dainty, A. y Gibb, A. (2010) “Ethnographic Methodologies for Construction Research: Knowing, Practice and Interventions”, En: *Building Research and Information*, 38.
- Pink, S., Tutt, D., y Dainty, A. (2012) *Ethnographic Research in the Construction Industry*. Nueva York: Routledge.
- Piore, Michael J. (1979) *Birds of Passage: Migrant Labor and Industrial Societies*. Cambridge: University Press

- Pires do Rio Caldeira, T. (1989) "Antropología y poder: una reseña de las etnografías americanas recientes". *BIB*, N° 27.
- Pizarro, C. (2009) "Olor a negro. Discurso, discriminación y segmentación étnica en el lugar de trabajo". Ponencia presentada en el IV Coloquio de la Asociación Latinoamericana de Análisis del Discurso, UNC.
- PNUD (2008) *Ampliando Horizontes. Emigración Internacional Paraguaya*. Disponible en <http://www.py.undp.org/content/paraguay/es/home/library/poverty/ampliando-horizontes-emigracion-internacional-paraguay.html>
- Pomer, L. (2008) [1971] *La guerra del Paraguay, Estado, política y negocios*. Buenos Aires: Colihue.
- Pomer, L. (2014) Entrevista realizada por la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe. Disponible en <http://adhilac.com.ar/?p=4551>
- Polanyi, K. (1977) [1968] *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- Portes, A. (1995) *En torno a la informalidad: ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada*. México: Porrúa.
- Portes, A. (2005) "Convergencias teóricas y evidencias empíricas en el estudio del transnacionalismo de los inmigrantes" en *Migración y desarrollo*, 4.
- Portes, A. (2007) "Migración y Desarrollo: Una revisión conceptual de la evidencia." En Castles y Delgado-Wise, (Coord.) *Migración desarrollo: y perspectivas desde el sur*. México: Porrúa
- Portes, A. y Delgado Wise, R. (2006) "Un diálogo transatlántico: el progreso de la investigación y la teoría en el estudio de la migración internacional." En Portes y DeWise *Repensando las Migraciones*. México: Porrúa
- Portes, A. y Walton, J. (1981) *Labor, Class, and the International System*. New York: Academic.
- Portes, A. y Zhou, M. (1993) "The New Second Generation: Segmented Assimilation and Its Variants". *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 530(1): 74-96
- Potthast-Jutkeit, B. (2001) "*Paraíso de Mahoma*" o "*País de las Mujeres*"? *El rol de la familia en la sociedad paraguaya del siglo XIX*". Asunción.
- Potthast, B. y Eugenia Scarzanella (eds.) (2001) *Las mujeres y las naciones. Problemas de inclusión y exclusión*, Frankfurt – Madrid.
- Pries, L. (2000) "Una nueva cara de la migración globalizada: el surgimiento de nuevos espacios sociales transnacionales y plurilocales". En *Trabajo*, 3. México.
- Prieto Stambaugh, A. (1998) *Símbolo y representación: Geertz, Taussig y Derrida*. México: CONACYT.
- Quijano, A. (1967) *El proceso de urbanización en Latinoamérica*. Santiago de Chile: CEPAL
- Radovich, J. C. y Balazote, A. (2001) "Multiculturalismo y economía en el interfluvio Teuco-Bermejito". En *Actas IV RAM*. Curitiba. Brasil.

- Rau, V. (2012) “Caracterización y Diagnóstico de las organizaciones paraguayas”. En *Migrantes paraguayos en Argentina: población, instituciones y discursos*. Buenos Aires: IOM-OIM.
- Regalsky, P. (2003) *Etnicidad y Clase*. CEDIS – CESU – CENDA. La Paz: Plural.
- Rey, P. (1971) *Colonialisme, Neocolonialisme et Transition aur Capitalisme*. Paris: Maspero.
- Reyes, (2015) “Los indicadores de coyuntura laboral en el sector de la construcción de Argentina. Crisis económica internacional y políticas contra cíclicas”. En *Pampa- Revista interuniversitarios de estudios territoriales*. Mimeo. En Prensa.
- Ribeiro, G. L. (1991) *Empresas Transnacionais. Um grande projeto por dentro*. São Paulo: ANPOCS
- Ribeiro, G. L. (1992) “Bichos-de-Obra. Fragmentação e Reconstrução de Identidades”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18: 30-40.
- Ribeiro, G. L. (1999) “A Condição da Transnacionalidade” en *Revista Brasiliense de Políticas Comparadas*, Vol. III, N° 1.
- Ribeiro, G. L. (2006) *El capital de la esperanza. La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Ribeiro, G. L. (2011) *Antropología de la globalización. Circulación de personas, mercancías e informaciones*. En Cuaderno Urbano, 10: 86-96.
- Riquelme, Q. (2003) *Los sin tierra en Paraguay: conflictos agrarios y movimiento campesino*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rivarola, D. (1967) “Aspectos de la migración paraguaya” *Revista Aportes*, 3: 40 – 87.
- Rivarola, D. (1982) *Estado, campesinos y modernización agrícola*. Asunción: CPES
- Rivarola, M. (1993) *Obreros, utopías y revoluciones*. Asunción: CDE.
- Rivermar Pérez, M. I. (2013) “Las nuevas formas de proletarización. Trabajadores mexicanos en la industria de la construcción estadounidense”. En *Temas de Antropología y Migración*, 6: 6-22
- Rodríguez Enríquez, C. (2010) “Análisis económico para la equidad: los aportes de la economía feminista”, en *Saberes. Revista de Ciencias Económicas y Estadística*, 2, pp. 3-22.
- Rodríguez, I. (ed.) (1998) *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Durham: Duke University Press.
- Rodríguez, N. y Latorre, V. (2011) “Cultura y liderazgo en la industria de la construcción chilena” en *Revista de la Construcción*, 10. p. 64-74
- Rosaldo, R. (1989) “La erosión de las normas clásicas”. En *Cultura y verdad*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. pp. 35 a 51
- Roseberry, W (2007) “Hegemonía y el lenguaje de la controversia”. En Lagos, M. y Calla, P. *Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias*. La Paz: INDH/PNUD

Ruffa, J., Boracchia, M., Coló, M., Blasco, L. y Clara Pierini (2011) “Potencialidades y limitaciones de una asociación de trabajadores paraguayos en Argentina, en proceso de conformación”. Trabajo presentado en las *I Jornadas de Teorías y Prácticas territoriales del CIDAC – FFyL – SEUBE*. Ciudad de Buenos Aires.

Sahlins, M. (1972) *Economía de la edad de piedra*. Madrid: Akal.

Sahlins, M. (1988) *Islas de Historia*. Barcelona: Gedisa.

Santamaría, R y Gabriela Itzcovich (2005) “Percepciones y prejuicios hacia inmigrantes coreanos y paraguayos residentes en la Argentina” En Cohen, N. y Carolina Mera (comps) *Relaciones interculturales: experiencias y representación social de los migrantes*. Buenos Aires: Antropofagia.

Sassen, S. (1988) *The Mobility of Labor and Capital: A Study of International Investment and Labor Flow*. Cambridge: University Press.

Sassen, S. (2003) *Los espectros de la globalización*. Buenos Aires: FCE.

Sassone, S. (1987) “Migraciones ilegales y amnistías en la Argentina”. En *Estudios Migratorios Latinoamericanos* N° 6 – 7.

Sassone, S. (1995) “Migración indocumentada y ocupación en la Argentina”. Mimeo.

Sayad, A. (2010) *La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Barcelona: Anthropos.

Scheper-Hughes, N. y Lock, M. (1987) “The Mindful Body: A Prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology”. *Medical Anthropology Quarterly* 1 (1):6-41

Schiavoni, G. (1995) “Organización doméstica y apropiación de tierras fiscales en la Provincia de Misiones (Argentina)” En *Desarrollo Económico*, Vol. 34, N° 136, 595—608, 1995.

Schiavoni, G. (2005) “La construcción de los ‘sin tierra’ en Misiones, Argentina”. En *Theomai*, 12.

Scott, J. (2000) *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Era.

Segato, R. (2007) “Políticas de identidad, diferencia y formaciones nacionales de alteridad”. En *La Nación y sus otros*. Buenos Aires: Prometeo.

Semán, P. (2001) "Cosmológica, holista y relacional: una corriente de la religiosidad popular contemporánea", *Ciencias Sociales y Religión/Ciências Sociais e Religião*, 3, pp. 45-73

Shanin, T. (1979) “El campesinado como factor político”. En: Shanin, T. *Campesinos y sociedades campesinas*. México, Fondo de Cultura Económica. pp 214-236.

Silva, M. A. (2000) “Precariedad y salud en los obreros de la construcción. ¿Saldos de final de milenio?”. En *Medicina y Sociedad*, 23. Pp. 147-162

Silver, B. (2006) *Forces of Labor*. Ithaca: Cornell Press

- Sinisi, L. (1998) *Todavía están bajando del cerro. Condensaciones estigmatizantes de la alteridad en la realidad escolar*. Mimeo.
- Smith, A. (1986) *The ethnic origin of nations*. Oxford: Blackwell
- Soich, D. (2004) "El cuerpo como antidisciplina. Las miradas de Foucault y de Certeau". En VII Jornadas Rosarinas de Antropología Sociocultural. Rosario
- Soysal, Y. N. (2000) "Postnational citizenship: reconfiguring the familiar terrain". En: Nash, K. y A. Scott (Eds) *The Blackwell Companion to Political Sociology*. Oxford: Blackwell..
- Spivak, G. (1998) "¿Puede hablar el subalterno?". En *Orbis Tertius*, 3. pp. 175-235
- Stark, O. y David Bloom (1985) "The new economics of labor migration". En *American Economic Review*, 75.
- Stark, O. (1991) *The migration of labor*. Oxford: Blackwell.
- Stavenhagen, R. (1994) "Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización". En *Estudios Sociológicos*, 34. México DF.
- Stoler, A. (1997) "Sexual Affronts and Racial Frontiers. European Identities and the Cultural Politics of Exclusion in Colonial Southeast Asia", en Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, (eds) *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*. California: University of California Press.
- Suárez, R., Beltrán, E. y Sánchez, T. (2006) "El sentido del riesgo desde la antropología médica: consonancias y disonancias con la salud pública en dos enfermedades transmisibles". *Antípodas*, 3: 123-155
- SUPERINTENDENCIA DE RIESGOS DEL TRABAJO (SRT) (2013) *Informe anual de accidentabilidad laboral 2013 Resumen Ejecutivo*. En: www.srt.gov.ar
- Susser, M. (1998) "Does risk Factor epidemiology Put epidemiology at risk? Peering into the Future". *Journal of Epidemiological Community Health*, 52: 608-611
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003) *Entre la Ruta y el Barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Tamagno, L. (1988) "La construcción social de la identidad étnica". En *Cuadernos de antropología*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Luján EUdeBA, 48-60
- Taussig, M. (1993) *El diablo y el fetichismo de la mercancía en Sudamérica*. México: Grijalbo.
- Taylor, J. (1986) "Differential migration, networks, information and risks". En Stark, O. *Migration, human capital and development*. Greenwich: JAI Press.
- Teixidó, E. y Baer, G. (2003) "La migración laboral en la Argentina". En Teixidó, E.; Baer, G.; Pérez Vichich, N.; Santestevan, A.; Gomes, C. *Migraciones laborales en Sudamérica: el Mercosur ampliado*. Ginebra: OIT.
- Terrén, E. (2002) "La etnicidad y sus formas: aproximación a un modelo complejo de pertenencia étnica". En *Papers*, 66: 45-67.

- Thiel, D. (2012) *Builders: Class, gender and ethnicity in the construction industry*. Nueva York: Routledge.
- Tiscornia, S.; Eilbaum, L. y Lekerman, V. (1999) “Detención por averiguación de identidad. Argumentos para la discusión sobre usos y abusos”. En Documentos CELS.
- Theodorson, G. (1969) *A Modern Dictionary of Sociology*. Nueva York: Routledge.
- Thompson, E. P. (1979) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica.
- Thompson, E.P. (1984) *Tradición, revuelta y conciencia de clases*. Madrid: Crítica.
- Tilly, C. (2000) “Acción colectiva”, en *Apuntes de Investigación del CECyP*, 9-32.
- Torales, P. (1991) *Retorno de Paraguayos. Características y expectativas de retornantes paraguayos desde Buenos Aires*. Buenos Aires, OIM.
- Trinchero, H. (ed.) (1995) *Producción doméstica y capital. Estudios desde la antropología económica*. Buenos Aires: Biblos
- Trinchero, H. (2000) *Los dominios del Demonio*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Trinchero, H. (2002) “Cuestión agraria y políticas de desarrollo”. En *Economía y Ciencias Sociales VI*: 65-81. Buenos Aires
- Trinchero, H. y Balazote, A. (2007) *De la Economía Política a la Antropología Económica*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Trinchero, H.; Piccinini, D. y Gastón Gordillo (1992) *Capitalismo y grupos indígenas en el Chaco Centro-Occidental*. Buenos Aires: CEAL
- Trinchero, H., Campos, L. y Sebastián Valverde (comps.) (2014) *Pueblos indígenas, Estados nacionales y fronteras: tensiones y paradojas de los procesos de transición contemporáneos en América Latina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.
- Turner, V. (1990) [1967] *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI.
- Valverde, S y Morey, E. (2005) “Producción doméstica, mercado y actividad artesanal en comunidades indígenas del sur de la Provincia de Neuquén”. En: *Cuadernos de Antropología Social*, 22.
- Vargas, P. (2005) *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra: identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Vázquez, M. (2005) “Como en susurros. La identidad política de unas bolivianas piqueteras: entre la nación, la clase y el género”. Mimeo.
- Vázquez, M. (2011) “Trabajos, esclavitudes y políticas: definiciones sobre el inmigrante regional” en Domínguez, D., Halpern, G., Rodríguez, G. y Sergio Tonkonoff (comps.) *Construyendo la investigación social. Artículos seleccionados de las V Jornadas de Jóvenes Investigadores del Gino Germani*. pp. 206-222

- Vázquez Barquero, A. (2000) “Desarrollo endógeno y globalización”. En *EURE*, 26. Santiago de Chile.
- Velazco Arroyo, J. C. (2009) “Transnacionalismo migratorio y ciudadanía en mutación” En *Claves de Razón Práctica*, 197. Madrid.
- Vertovec, S. (2006) “Transnacionalismo migrante y modos de transformación.” En Portes, A. y J. DeWind *Repensando las Migraciones*. México: Porrúa
- Vilar, P. (1979) *Introducción al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Crítica
- Vilar, P. (1988) “La economía campesina”. En *Historia y sociedad: revista latinoamericana de pensamiento marxista*, núm. 15 (otoño de 1977) pp. 5-31
- Vilas, C. (1998) “Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?”, en AAVV: *Antropología Social y Política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Viveros, M. (2001) “Contemporary Latin American Perspectives on Masculinity”. En *Men and Masculinities*, 3: 237 – 260
- Wacquant L. (2010) *Las dos caras del gheto: ensayos sobre marginalización y penalización*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Wallace, S. (1998a) “Trabajo y subjetividad. Las transformaciones en la significación del trabajo”. En: AAVV, *Antropología Social y Política*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Wallace, S. (1998b) “Hacia un abordaje antropológico de los movimientos sociales” en AAVV, *Antropología Social y Política*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Wallerstein, I. (1979) *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. Madrid: Siglo XXI
- Wallerstein, I. y Balibar, E. (1991) *Raza, Nación y clase*. Santander: Indra.
- Wallman, S. (1979) *Ethnicity at Work*. London: Macmillan.
- Weber, M. (2004) [1905] *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: FCE.
- Whigham, T. (1991) *The Politics of River Trade: Tradition and Development in the Upper Plata, 1780-1870*. Albuquerque, Universidad de Nuevo México.
- Whingham, T. (2004) *La yerba mate del Paraguay, 1780-1870*. Asunción, CEPES.
- Wilde, G. y Couchonnal, A. (2010) “Paraguay: Reflexiones mediterráneas”. En *Papeles de trabajo*. Año 3, n° 6, Buenos Aires.
- Willis, P. (1978) *Aprendiendo a trabajar, o cómo los chicos de clase obrera obtienen trabajos de clase obrera*. Madrid: Akal.
- Willis y Trondman (2000) “Manifiesto for Ethnography”. En *Cultural Studies and Critical Methodologies*, Volume 2 Number 3

Wolf, E. (1966) “Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas”. En Banton, M. *Antropología social de las sociedades complejas*. México: Siglo XXI. pp. 19-39

Wolf, E. (1972) [1969]. *Las luchas campesinas del siglo XX*. México: Siglo XXI

Wolf, E. (1982) *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.

Young, I. (1992) “Marxismo y feminismo: más allá del ‘matrimonio infeliz’ (una crítica al sistema dual)”. En *El Cielo por Asalto*, año II, núm. 4.

Zizek, S. (1998) “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional”. En *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.